

Nicolái Ostrovski

Nacidos de la tempestad

Una insurrección roja en la Ucrania occidental



ediciones
mnemosyne

N. OSTROVSKI

NACIDOS DE LA TEMPESTAD
UNA INSURRECCIÓN ROJA EN LA UCRANIA OCCIDENTAL



Colección LITERARIA, n.º 4

0ª Edición, octubre de 2022

Publicada originalmente, en la U.R.S.S., en diciembre de 1936.
Obra que no se edita en castellano desde 1958.

Imagen de la cubierta:
Soldados rojos en Ucrania (1919).

Traducción:
J. Vento, a cuyos herederos no hemos logrado localizar.



De las notas, el diseño y la edición, Ediciones Mnemosyne.
Nuestro trabajo puede ser reproducido, compartido y difundido libremente mientras se den los créditos apropiados y sin fines comerciales.

Ediciones Mnemosyne

www.ediciones-mnemosyne.es

info@ediciones-mnemosyne.es



NOTA EDITORIAL

Nicolái Ostrovski apenas necesita presentación. Nacido en 1904 la actual Ucrania, en Viliya, era hijo de un obrero fabril y una cocinera. Fue expulsado de la escuela en 1915, antes de cumplir siquiera los 11 años. A partir de los 12, trabajó como friegaplatos, mozo de almacén, ayudante de fogonero y electricista. Leía en sus ratos libres. Con apenas 15 años, en 1919, ingresó en las Juventudes Comunistas del Partido bolchevique y marchó voluntario al frente en defensa del poder soviético. Las heridas sufridas en la guerra terminaron por minar su salud; pasó años postrado en la cama, ciego y sin poder mover nada más que su rostro y sus manos. Cambió el frente militar por el literario, donde cosechó su merecida fama universal.

*

NACIDOS DE LA TEMPESTAD es su segunda y última novela; proyectada como una trilogía, sólo pudo a escribir su primera parte, que hoy publicamos. Su mala salud y su postrera muerte le impidieron concluir su trabajo, y a nosotros saber el destino de los héroes de su novela.

Rescatamos ahora esta obra –cuyo subtítulo corre de nuestra cuenta– guiados por motivaciones políticas: mientras escribimos estas líneas, la guerra imperialista en Ucrania amenaza con escalar a la conflagración nuclear; el imperialismo occidental alimenta el nacionalismo nazi-banderista ucraniano, y el nacionalismo imperialista ruso fantasea con negarle a Ucrania su existencia nacional. Los dos imperialismos en pugna ponen su empeño en «descomunizar» el Este de Europa, un día ejemplo de fusión internacionalista de los pueblos. He ahí el motivo de recuperar esta novela injustamente olvidada, y no publicada en castellano durante casi 65 años: recordar al proletariado que, hace apenas un siglo, los obreros ucranianos, rusos, polacos, etc. combatían juntos por la implantación del poder soviético y la construcción del comunismo.

PRÓLOGO

NIKOLÁI OSTROVSKI,
ESCRITOR Y HOMBRE DE LUCHA

Nikolái Ostrovski, el popular autor de la novela *Así se templó el acero*, escribió otra, titulada *Nacidos de la tempestad*, que, desgraciadamente, no pudo terminar.

La acción de esta segunda y última novela de Ostrovski se desarrolla a finales de 1918, en tierras de la Ucrania Occidental, oprimida durante siglos por el invasor. La lucha, dura, implacable, une a todos los obreros: rusos, ucranianos, polacos, judíos y checos. Al lado de los padres luchan los hijos: Raimundo, hijo de Rayewski; Sara, hija de un zapatero; Alejandra, hija de un ferroviario; Andrés Ptaja, rebelde muchacho al que disciplina y educa la lucha clandestina; el checo Pshenichek y otros.

Ostrovski concibió su novela en 1933. Europa se hallaba entonces en vísperas de Múnich. La idea de que el peligro del fascismo era cada día mayor para los pueblos y el deseo de luchar contra él no abandonaban un solo segundo al escritor, condenado a la inmovilidad: en 1919, cuando tenía quince años, Nikolái Ostrovski se incorporó voluntario al Ejército Rojo y, en la guerra civil, sufrió una grave herida que le produjo una dolencia incurable. Lo mismo que su nuevo personaje Andrés Ptaja, al que se puede considerar el «doble» del Pavel Korchaguin de *Así se templó el acero*, Ostrovski quería asir el anillo de la sirena para recordar a los hombres, con el frenético aullido de alarma, el peligro que se cernía sobre ellos, despertar su vigilancia y ponerlos en pie, dispuestos al combate.

La lucha que Ostrovski pinta en la novela se libra contra las tempranas manifestaciones del fascismo. Cuando observamos hoy los tipos del mayor Sonnenburg, del teniente Schmuldtke, del coronel de la guardia Eduardo Mogielnicki y del tahúr Dziobek con el uniforme de gendarme, nos asombra su parecido con los «camisas pardas» del régimen hitleriano.

Ostrovski escribió su obra a lo largo de tres años y medio. El 15 de noviembre de 1936 se celebró en su casa de Moscú una reunión ampliada del Presídium de la Unión de Escritores, en la que se discutió el manuscrito de la primera parte de *Nacidos de la tempestad*. Ostrovski prometió tomar en consideración todas las valiosas

observaciones críticas hechas a la novela y dar el libro a la imprenta al cabo de un mes, plazo muy breve incluso para un hombre sano. Pero el joven novelista se apresuraba: su estado de salud no le permitía tomarse más tiempo...

—Padezco de insomnio; pero eso me viene ahora como anillo al dedo —bromeaba—. Unos se curan descansando, y otros, trabajando.

En efecto, el trabajo era el mejor «tratamiento» para Ostrovski. Enfrascado en él, se olvidaba del torturante dolor que lo acometía y del terrible agotamiento de su organismo.

—¡Adelante, amigos, adelante! —repetía, tesonero, mientras revisaba y redactaba la novela.

Cuatro días antes del plazo fijado, el 11 de diciembre de 1936, a las doce de la noche, terminó de redactar la última página. Y el 15 de diciembre sufrió el último ataque de su enfermedad: con él acabó su vida.

Por aquellos días, Madrid se hallaba asediado. Pese a su estado de salud, sobreponiéndose al dolor, Ostrovski se interesaba por la suerte de la heroica ciudad y de sus bravos defensores.

Un día telefonó a la redacción del periódico *Komsomólskaya Pravda* y preguntó:

—¿Qué se sabe de Madrid? ¿Resiste?

Le dijeron que Madrid resistía.

—¡Son unos valientes! Yo también debo resistir —dijo, y añadió con tristeza—: aunque parece que el enemigo me va venciendo...

La enfermedad iba llegando a un punto crítico. Se vencía ya bajo ella el organismo de Ostrovski, que seguía viviendo gracias a los balones de oxígeno. Todos los esfuerzos de los médicos por salvarle resultaron vanos.

Murió tan valerosamente como había vivido.

—¡Tengo una deuda tan grande con la juventud! Quiero vivir... Debo vivir —dijo ya agonizante.

Éstas fueron sus últimas palabras.

La primera parte de *Nacidos de la tempestad* apareció el mismo día de la muerte de Ostrovski. El viril escritor murió en su puesto de combate, sin abandonar las armas hasta el último instante de su vida.

SEMIÓN TREGUB

CAPÍTULO I

Un leve golpe en la puerta. Ludwiga alzó la vista del libro y quedóse escuchando. La llamada se repitió, suave, pero insistente. Sólo el viejo José sabía dar aquellos golpecillos tan cautelosos y tímidos, como disculpándose de antemano por la molestia. Ludwiga lanzó una ojeada involuntaria al antiguo reloj.

«Pronto será la una... ¿Qué podrá traerle por aquí a estas horas?»

El libro de Żeromski deslizóse por la colcha y fue a caer sobre la alfombra. Un frío apenas perceptible —quizá producido por el quimono de seda que se habla echado sobre los hombros desnudos, o acaso hijo de una vaga inquietud— la hizo estremecerse.

—¿Eres tú, José?

—Sí, señora.

Al ver al viejo mayordomo entrar en la alcoba sin su reverencia acostumbrada, lleno de turbación, Ludwiga comprendió que algo extraordinario ocurría.

—El conde Eduardo acaba de llegar, señora condesa...

—¿Qué dices...? ¿Eduardo...? ¿Dónde está? —preguntó, con un hilo de voz, Ludwiga, aunque a ella le pareció que lo hacía a gritos.

Esperaba cualquier cosa, todo menos que su marido pudiese volver. Durante unos segundos esforzóse en vano por dominar su voz. Loca de alegría, salió corriendo del dormitorio al enorme salón, apenas iluminado por la vela que ardía sobre el piano. Un hombre con capote gris de soldado, que se estaba despojando de la mochila, volvióse rápido al chirriar la puerta. Ludwiga se sujetó instintivamente el quimono abierto: ante ella, tapando la luz, hallábase un desconocido, con gorro de piel calado hasta las cejas. Los ojos de la mujer posáronse con asombro en la poblada barba del soldado. Éste la tomó de los brazos y la atrajo hacia él. Ludwiga quiso apartarse, pero el hombre la retuvo entre sus manos de hierro.

Cuando aquel rostro extraño y barbudo se acercó al de ella, el susto se disipó tan instantáneamente como había nacido. Nada —ni el gorro ni la horrible barba— podía engañarla. Hubiera reconocido entre mil los ojos de Eduardo, ligeramente entornados y de finas cejas arqueadas. Sin embargo, aquél no era su Eddy, el Eddy elegante, con esplendorosas charreteras de coronel de la Guardia del Zar...

Ahora, sus bigotes, su barba y el mugriento capote de soldado apestaban a tabaco barato y ropa mojada.

Mogielnicki comprendió lo que pasaba en el alma de su mujer. La besó en un sedoso bucle que le cubría la sien y, evitando los carnosos labios de ella, trémulos, la soltó. Luego, volviéndose hacia el viejo José, que se encontraba allí mismo, y como excusándose, dijo bajando la voz:

—Él tiene la culpa de que me veas así. No debió anunciarte mi llegada hasta que no me hubiese bañado y puesto otra ropa.

Eduardo se quitó el gorro y, con gesto cansado, pasóse la mano por la cabellera enmarañada. Este ademán, tan conocido, despertó en Ludwiga el viejo sentimiento de intimidad. Le dio vergüenza que la ropa sucia y el aspecto repelente del hombre amado hubieran provocado en ella, por un instante, repugnancia. Olvidándose de la presencia de José se apretó contra su marido, tomóle entre las manos la cabeza y besó aquellos ojos tan queridos, invariables. Eduardo la apartó con un movimiento amoroso y, al mismo tiempo, decidido.

—Espera, Ludwiga, espera... Antes debo quitarme estos harapos y, sobre todo, bañarme. Siento como si la porquería hubiese penetrado en todos mis poros: los dos últimos días he viajado en una locomotora y dormido sobre el carbón, aunque la verdad es que no he pegado ojo en todo el tiempo...

Al cabo de una hora, Eduardo entró en la alcoba de su mujer. Ludwiga se asombró de nuevo: se había afeitado la barba y, con ella, el ensortijado pelo. Su cabeza, correcta y de frente enérgica, parecía de marfil. Se diría otro, pues antes, sabedor de que el pelo le favorecía, nunca se lo afeitaba. El traje gris que José había sacado del viejo ropero del conde evocó en la mente de Ludwiga su luna de miel, pasada en Niza. Fue allí donde le viera de paisano por primera vez.

—Ahora, vida mía, puedes no temerme y hasta besarme — dijo Eduardo.

*

La mañana, aprovechando un huequecillo entre el cortinaje, se deslizó con su grisáceo claror en la habitación. Ludwiga abrió los ojos, e inmóvil, para no despertarle, se puso a contemplar a su marido. Eduardo respiraba profundamente, y la camiseta de seda ascendía y bajaba ceñida al abombado y velludo pecho. Dormía con la boca abierta: las pronunciadas comisuras ponían en su rostro un sello de crueldad y obstinación. Las noches de insomnio y de constante peligro hicieron un efecto inmediato. Cansado, ebrio por el vino fuerte, la buena comida y las caricias de su mujer, se durmió sin terminar de explicarle lo más importante.

Él estaba allí porque allí estaba ella. ¡No, nunca la había olvidado! Y aquel largo y peligroso camino que empezó en París y atravesó los frentes lo había recorrido por ella. Verdad era que le habían encomendado cierta misión... Pero ¿habría abandonado París y su puesto en el Ministerio de la Guerra, se hubiese arriesgado a mil peligros y privaciones de no esperarle allí la mujer más hermosa de Polonia? Las últimas palabras las pronunció medio dormido. Lo poco que Eduardo le dijera le bastó a Ludwiga para comprender que se avecinaban grandes acontecimientos; por lo demás, ella misma sentía que de un momento a otro iba a alzar la cabeza un peligro terrible, destructor, que amenazaría con arrasar todos los cimientos de su vida. Sin embargo, era feliz. Pasara lo que pasara, nada debía temer al lado de su Eduardo. Como siempre, él haría y pensaría todo lo necesario para salvarla. Ludwiga protegíase tras su fornida espalda contra la necesidad de resolver por sí misma cualquier problema práctico serio.

Eduardo se despertó tan súbitamente como se había dormido. Sus miradas se encontraron y ambos sonrieron.

—¡Vaya un despertar! Estaba soñando que me apuñalaban con un cuchillo romo. Imagínate mi alegría cuando, al abrir los

ojos, en vez del bandido que me asesinaba te veo a ti... ¡Huy, qué tarde es! Hay que levantarse...

—Cierra los ojos, Eduardo, que voy a vestirme. Eduardo sonrió condescendiente.

Recogió el libro caído sobre el tapiz y aparentó leer *El río fiel*, de [Stefan] Żeromski. El romanticismo de las insurrecciones, la abnegación, la fidelidad... No había cambiado. Como antes, le pedía que cerrara los ojos. ¡Una niña grande! ¡Una romántica...!

*

En las veintisiete habitaciones del palacio de los condes de Mogielnicki comenzaba la diaria vida matutina. La planta baja, habitada en parte por la servidumbre, hacía ya mucho que estaba en actividad. En la cocina preparaban el almuerzo. Dos doncellas y un lacayo joven limpiaban el vestíbulo y el salón grande. Arriba, todos dormían aún. La doncella de Ludwiga, Elena, bonita muchacha de dieciséis años, nieta del viejo José, fue a limpiar al *boudoir* de su señora, pero se encontró la puerta cerrada. Se lo dijo a su abuelo, y el viejo le prohibió molestar a la señora condesa y limpiar aquel día sus habitaciones. Eduardo esperaba el regreso de Ludwiga; mientras, contemplaba las costosas bagatelas que embellecían el tocador de su mujer. Ludwiga no se hizo esperar y entró al poco, seguida de José. El viejo inclinó profundamente su cabeza nevada. Bajo la librea azul resaltaban sus angulosos omóplatos. José servía a Eduardo desde la infancia. Era fiel a la familia del conde, como esos viejos perros siempre dispuestos a atacar al que entre en casa de sus dueños. No se concebía el palacio sin José. Los Mogielnicki se habían acostumbrado a él como a las dos armaduras medievales que se alzaban en el vestíbulo. Aquellas armaduras y José con su familia pasaban, por herencia, de generación en generación.

El viejo era lacayo. Y sus hijos y nietos, como por derecho hereditario, convertíanse en lacayos de los condes de Mogielnicki. José entró al servicio del abuelo de Eduardo cuando tenía

quince años. Por esta razón, el conde trataba con cierta familiaridad al mayordomo, en quien tenía plena confianza.

—¿Lo has hecho todo como te he dicho, José?

—Sí, nadie conoce la llegada del señor conde. Yo mismo me cuidaré de sus habitaciones. Aquí tiene el señor la llave de la puerta del despacho que comunica con el dormitorio de la señora condesa. Desde que el señor se marchó, nadie ha entrado allí más que la señora condesa y un humilde servidor... El señor puede pasar al despacho mientras Elena limpia las habitaciones. Claro es que mi nieta no diría nada a nadie, pero de todas formas, será mejor...

José hablaba quedamente, con voz cascada y senil. Eduardo examinó con atención su rostro enjuto, encuadrado por unas largas patillas grises, y se dio cuenta de lo que había envejecido el mayordomo en aquellos tres años.

—Muy bien, José. Ahora háblame de ese mayor alemán. ¿Cómo se llama?

—Adolfo Sonnenburg, señor. Ocupa la habitación del ayo. Tiene un asistente. Es un haragán que se pasa las horas muertas en la cocina y duerme con Adán, en la habitación de los lacayos. El mayor es de una familia noble y, a mi parecer, un buen hombre. Ha prohibido a sus soldados que hagan barbaridades en nuestro corral. Antes mataban nuestros gansos, nuestras gallinas...

—¿Cuántos alemanes hay en la finca? —le interrumpió Eduardo.

—Un escuadrón. Hace ya un mes que sus caballos comen nuestra avena. Cuando llegaron, su excelencia quiso impedirlo, pero arrestaron al administrador y tuvimos que abrir los graneros. Menos mal que, desde que el señor mayor se ha alojado aquí, buscan el forraje en las aldeas; antes, todo el que cogían era nuestro...

—¿Dónde están acantonados los soldados?

—En la granja.

—Está bien. ¿Cuándo vas a ver al padre Jerónimo? Quiero hablarle hoy mismo.

—Enseguida voy. ¿No manda nada más el señor conde?

—No.

José se detuvo en el umbral.

—¿Puedo anunciarle al padre Jerónimo la llegada del señor conde?

Eduardo lo pensó un instante e hizo un gesto de asentimiento.

Los condes se quedaron solos. Eduardo se acercó a su mujer.

—Perdona, Eddy, pero no alcanzo a comprender para qué necesitas al padre Jerónimo. No me puedo imaginar que desees confesarle tus pecados —dijo Ludwiga desgranando su risa argentina.

Eduardo la abrazó amorosamente.

—¿Es que no te agrada el padre Jerónimo?

—No es que no me agrade, pero me sorprende. Ni tu padre, ni tu hermano, ni Estefanía saben que has llegado...

—Y el padre Jerónimo lo va a saber antes que nadie. No debes asombrarte. No iba a poner en pie a toda la casa a las tantas de la noche. Aquí hay alemanes, y yo... soy un oficial francés. ¿Comprendes, Ludwiga? Mañana debo salir para Varsovia, y cuanto menos gente esté enterada de que estoy aquí, tanto mejor.

—¿Cómo, te marchas otra vez?

—Volveré pronto, querida.

—Y en vez de pasar a solas conmigo las pocas horas de que dispones, haces llamar a un asqueroso jesuita...

Eduardo sonrió.

—Tengo que hacer al padre Jerónimo un encargo. Son cosas de poco interés para ti. Perdona, pero cuando venga el padre deberás dejarnos solos. No sé qué le pidió al cardenal... Cosas de iglesia... Es un secreto y no le agradecerá la presencia de nadie. Y ahora permíteme que te haga unas preguntillas.

—Te escucho, Eddy.

—Dime, ¿ese mayor come con vosotros?

—Sí, papá y Estefanía le invitan a la mesa. Se conduce irremediablemente. Habla el francés bastante bien... Ahora que, a veces, viene con él otro oficial, el teniente Schmuldtke, un bávaro muy grosero. ¡Si oyeras qué cumplidos más torpes y vulgares nos hace! Y siempre nos da a entender que los verdaderos dueños son aquí ellos y no nosotros. Papá dice que el teniente Sch-

muldtke le presta grandes servicios; sin embargo, yo le tengo asco.

Eduardo adivinó entre las palabras de su esposa más de lo que ella decía, y sus cejas frunciéronse lentamente. Ludwiga se dio cuenta, y, con las puntitas de los dedos, borró la profunda arruga que surcaba la frente de su marido. Este contacto silencioso reconciliábales siempre sin palabras. Y cuando, luego, los dedos de Ludwiga le rozaron los labios, Eduardo contempló involuntariamente el brillo de las piedras de su sortija.

—¿Dónde guardas tus joyas, Ludwiga?

Las tupidas pestañas de la mujer alzáronse sorprendidas.

—¡Qué extraño eres, Eddy! No me preguntas cómo he vivido estos tres años, y te interesas por...

—Eres una niña, querida... Te lo pregunto porque debo saber de qué disponemos. Ya te explicaré la razón. ¿No recuerdas lo que valían en rublos oro tus brillantes?

—Mamá me dijo que el valor de las joyas que entraban en mi dote era de unos ciento setenta mil rublos. Los brillantes que me regalaste... ¡itú mismo sabes lo que valen!

Eduardo calculó mentalmente: «Ciento setenta, más ciento veinte: doscientos noventa mil. En el barrilito con monedas de oro de diez rublos, enterrado en el parque, hay doscientos mil. En el banco, en Francia, tengo seiscientos mil francos. En Londres hay, a nombre de Ludwiga, doce mil esterlinas. En el bolsillo llevo diecisiete mil marcos alemanes... Todo junto suma, aproximadamente, un millón de rublos oro, en dinero contante y sonante. Pero de esto, a nosotros dos nos pertenece sólo la mitad. ¡Es lo que ha quedado de los siete millones que componían mi fortuna...! Pues ahora, que todo cruje y amenaza con desmoronarse, no se pueden considerar capital las nueve mil hectáreas de tierra, las fincas, el molino de vapor, la fábrica de curtidos y las mil seiscientas hectáreas de bosque. Por todo eso hay que luchar aún... Por ahora disponemos de medio millón de rublos oro, lo que, en el peor de los casos, es mejor que nada».

Oyéronse pasos y risas tras la puerta.

Una voz femenina dijo:

—Dime, Wladislaw, ¿cuándo vas a aprender a conducirte como Dios manda?

La respuesta fue una risa atiplada.

—Son Estefanía y Wladislaw —cuchicheó, inquieta, Ludwiga—. José les ha dicho que no me encontraba bien del todo; sin embargo, han venido.

Eduardo entró en el dormitorio, llevando a su mujer del brazo. Abrió rápidamente la puerta del despacho, la volvió a cerrar y aconsejó a Ludwiga:

—Por ahora no les digas nada y haz que se marchen cuanto antes.

Estefanía entró en la habitación, preguntando con voz apresurada y cantarina:

—¿Qué te pasa, querida? ¿Es cierto que estás enferma?

Wladislaw de Mogielnicki apareció tras Estefanía, deslizándose como si patinara.

—¡Tan encantadora como siempre, lo juro por mi honor! —tartajeó, mientras esquivaba a Estefanía y se acercaba presuroso a Ludwiga.

Cuando los labios pegajosos de Wladislaw rozaron su mano, la condesa, como siempre, sintió repugnancia. No lograba explicarse por qué aquel muchacho rubio le parecía más y más repelente conforme iba haciéndose hombre.

—Como ves, Ludwiga, el montón de dinero gastado en educar a nuestro cuñado ha sido en vano. ¡Como un *jockey* en las carreras, siempre trata de llegar el primero! —dijo Estefanía con una sonrisa algo despreciativa.

Wladek se arregló el lazo con ademán satisfecho.

—¡Rapidez e ímpetu, he aquí el lema de los grandes jefes militares! —y para abandonar aquella desagradable conversación, pidió a Estefanía que enseñase a Ludwiga la carta que acababa de recibir de su marido.

—¿Qué dice Stanislaw? —se interesó Ludwiga, y, abrazando a Estefanía por los hombros, se sentó con ella en el diván.

Wladek tomó asiento frente a ellas, examinando con aire de entendido las gruesas pantorrillas de Estefanía, enfundadas en apretadas medias de seda, y las torneadas piernas de Ludwiga.

«Querida Estefanía —leyó Ludwiga con voz premeditadamente alta, para que Eduardo pudiera oírla desde el despacho—, nuestro Estado Mayor se encuentra ahora en Kiev. Es una ciu-

dad grande y bastante culta, con una buena ópera. Ayer, sin ir más lejos, asistimos a la representación de *Fausto*, y nuestro coronel, el viejo Becklendorf, exclamó: “¡Exactamente como en Múnich! Y eso que es un país bárbaro, lleno de bandidos”. Ya te comuniqué que cuando tomamos la ciudad de Ostroh me dieron dos semanas de permiso para visitar nuestra finca de la pequeña Borovichí. No puedes imaginarte la cólera que me invadió al llegar allí. La casa saqueada, las habitaciones vacías, los cristales rotos... Habían arrancado hasta las planchas de cinc del tejado. No quedaba ni una máquina. Los campesinos se adueñaron de todo el ganado de la finca y arrasaron los graneros. Todo estaba destrozado. Alrededor, reinaban la suciedad y el abandono. El administrador fue asesinado y todos los empleados huyeron. Con el auxilio de una sección de soldados alemanes del regimiento de Fráncfort realicé una encuesta y los registros necesarios. El padre Paísi, un sacerdote ruso en cuya casa me alojé, me puso al corriente de cómo y quién había realizado el saqueo. Siguiendo sus consejos, registramos una por una todas las casas de la aldea. Naturalmente, lo que pudimos encontrar son restos miserables. Todo cupo en tres habitaciones. Invité a los alemanes a alojarse en nuestra casa. El jefe de la policía del *hetman* (¿recuerdas al hijo del tabernero Masurenko?), con su familia, se ha alojado también en nuestra casa. Le he nombrado administrador interino de la finca. Es un muchacho muy valioso y servicial. Me ha jurado que recobrará hasta la más pequeña astilla sacada de la finca. Ahora es imposible encontrar mejor intendente por treinta marcos. Conoce a todos los aldeanos y recuperará lo que se pueda. Para él y para los alemanes es mejor vivir apartados de la aldea: aquí están juntos y, si los atacan, les será más fácil defenderse. A propósito, por aquí hormiguean las bandas de guerrilleros. Desgraciadamente, todos aquellos a quienes denunció el pope escaparon a los bosques antes de llegar nosotros. No han quedado más que los “mansos”. Para que a estos granujas no se les ocurra volver a robar, ordené a Masurenko que azotara a los más peligrosos. Naturalmente, yo no quise estar presente en esa escena...»

—¡Qué horror! —balbuceó Ludwiga, dejando caer sobre las rodillas la mano que sostenía la carta.

—Sí, Estefanía y Stanislaw han quedado completamente arruinados. En Borovichí, por lo menos, se han salvado las dependencias, pero la finca de Galitzia fue reducida a cenizas. Lo que no comprendo es por qué se anda con tantas contemplaciones. Yo hubiera ahorcado a la mitad de la aldea y me hubiera hecho con todo el ganado y el trigo de esos animales —comentó Wladislaw.

—Yo digo que es horroroso azotar a personas que quizá no tengan la menor culpa. ¡Y eso lo hace Stanislaw! No sé... Pero lo considero indigno de un verdadero aristócrata —le interrumpió, indignada, Ludwiga.

—¡A ti te es fácil hablar así! Tú y Eduardo lo tenéis todo enterito, pero Stanislaw y yo hemos quedado reducidos casi a la miseria —dijo violentamente Estefanía.

Wladislaw exclamó lleno de furia:

—¡Me gustaría saber qué has querido decir con las palabras «verdadero aristócrata»! ¿Acaso vosotros, los Czarniecki, sois los únicos dignos de tal honor?

Estefanía le cortó, con ademán impaciente:

—¡Basta, Wladek, basta! Ya veo que no queréis leer la carta.

Estefanía era hija de un industrial maderero, cuyos millones sustituían perfectamente el escudo nobiliario, y la altanería gallesca de Wladislaw, que siempre le parecía risible, la irritaba en esta ocasión.

Wladislaw se disponía ya a replicar, pero alguien llamó a la puerta. Entró un lacayo muy corpulento, anunció que su excelencia deseaba ver a la señora condesa y se apartó respetuosamente para dar paso a un viejo muy gordo y de carnes fofas, que entró en la habitación arrastrando con dificultad los pies.

Ludwiga, irritada, pensó: «Ahora vendrá José con el padre Jerónimo, y esta gente se ha reunido aquí como a propósito, y tardará aún en marcharse. Hay que advertir a José para que conduzca al padre Jerónimo directamente al despacho de Eddy. ¡Pero qué raro es todo esto! Nadie sabe que Eddy ha venido. ¿Tan peligroso es lo que le ha traído aquí? Y para acabarlo de arreglar, este mocoso repugnante...».

—¡Maldito otoño! Estoy helado y todo me duele otra vez. Adán, abrígame las piernas y puedes retirarte. Hazme la cama.

El viejo barbotaba trabajosamente, con voz ronca. El asma le ahogaba y su respiración era dificultosa y silbante.

Adán salió.

Estefanía, sentándose al lado del viejo, dijo:

—Estábamos leyendo la carta de Stanislaw, papá.

Los ojos incoloros del anciano se animaron.

—¿Qué hay por allí? ¡Contadme!

Hubo que empezar otra vez desde el principio. La carta seguía así:

«No puedo contaros muchas cosas, a pesar de que la carta va por el correo de campaña. Nada de consolador puedo decir, desgraciadamente. Ucrania se asemeja a una colmena en la que se hubiera hurgado con unos cuantos palos. Y uno de esos palos es nuestro ejército alemán. Las abejas asestan más y más aguijonazos. Se ha hecho peligroso el salir a la calle sin un chaleco de malla. Es posible que nos reunamos pronto. Confiemos en que la suerte no nos depare ninguna tragedia y en que todos saldremos de ésta sanos y salvos. ¿Qué se sabe de Eduardo? ¿Todos estáis bien? Saludos a todos vosotros, queridos, papá, Ludwiga y Wladek. A ti, Estefanía, te beso y...».

—Vaya, lo que sigue es sólo para mí —dijo Estefanía riéndose—. Me alegra mucho que Stanislaw venga, pues me muero de tedio. ¡Esta guerra sin fin me tiene tan harta! En toda esta temporada no ha habido más que dos bailes sin importancia. Los hombres más interesantes se hallan en el frente. Adondequiera que vayas no ves más que soldados. Sobre todo aquí, en la Ucrania de los mujiks. Yo creo que en París y en Berlín la gente vive como es debido, pero aquí se aburre una como una ostra.

—No veo por qué te alegras —dijo avinagradamente el viejo.

—¿Cómo que por qué? Pero si va a venir Stanislaw.

Mogielnicki miró descontento a Estefanía.

—Hay muchas maneras de venir. La carta dice claramente que la situación de los alemanes es de lo más inestable, y no es difícil imaginarse lo que va a ocurrir en Ucrania en cuanto la abandonen. Tras ellos se presentarán aquí los bolcheviques.

Wladislaw creyó muy oportuno resoplar despectivamente.

—¡Pero qué dices, papá! En Ucrania hay trescientos mil soldados alemanes. Constituyen el mejor ejército del mundo, y los

bolcheviques son una manada de mujiks armados de fusiles, un rebaño que se dispersará a la vista de un auto blindado. Schmuldtke me ha contado cómo hicieron correr a esos brutos desde Brest-Litovsk hasta Rostov. El teniente está seguro de que los alemanes pronto ocuparán Bakú y luego Moscú.

El viejo hizo un ademán de fastidio.

—¡Por Dios, déjame en paz con tu Schmuldtke! ¡No es capaz de meter en cintura a los mujiks que se desmandan ante sus propias narices! Cuando los campesinos se llevaron el heno de los prados de los Lajonezkowski, ¿qué hicieron tus Schmuldtke y Sonnenburg? Dijeron que salir para allá sólo con un escuadrón era arriesgado. ¿Y qué pasó en la azucarera de Barankiewicz? ¡Da risa! Un puñado de chicuelos con una ametralladora los tuvo tres horas sin dejarles dar un paso. ¡Y a ti todo eso te parecen tonterías! Cada día podemos despertarnos con el palacio en llamas. No puedo dormir tranquilo. Yo sé de qué son capaces esas bestias que ya han aprendido a matar. Únicamente se les puede sujetar por la fuerza. Y me aterroriza el pensar lo que puede ocurrir como no dispongamos de esa fuerza. Los alemanes son nuestro único sostén. ¡Si se marchan, estamos perdidos!

El viejo se ahogaba. Las venillas que surcaban sus sienas hincháronse, semejantes a gusanos azules. Una tos seca sacudía todo su cuerpo.

Todos callaban. Ludwiga se acercó a la ventana.

Frente al palacio veíase, parada, una calesa, como si esperara a alguien.

—Excúsenme por un minuto —dijo Ludwiga, y se dirigió hacia la puerta.

*

Cuando Ludwiga se hubo retirado el padre Jerónimo musitó:

—Me tiene usted a su disposición, señor conde.

Estaban sentados frente a frente en mullidos butacones junto a la mesa de escritorio. Los ojuelos negros y centelleantes del padre Jerónimo escrutaban a Mogielnicki por entre las pestañas

entornadas. Eduardo se dio cuenta de ello, aunque parecía que el padre Jerónimo, cansado, dormitaba.

Observando los ágiles dedos de su interlocutor, que juguetaban con el fleco negro del cinturón trenzado, Eduardo preguntó:

—¿Le causa cierta extrañeza mi llegada, padre Jerónimo?

—¿Extrañeza? Hum... ¡Quizá sí!

Sus miradas chocaron. A Eduardo le pareció haber rozado el filo de una navaja de afeitar, y fue él quien rompió el largo silencio diciendo:

—Pienso que ambos seremos francos y no nos andaremos por las ramas.

El padre Jerónimo le miró fijamente.

—Su ilustrísima el cardenal Camarini me ha pedido que le salute en su nombre y le transmita esta esquela.

El padre Jerónimo leyó y releó el papel, en el que había escrito en latín algo que parecía una receta.

«De él saldría un buen boxeador», se dijo Eduardo, observando al padre Jerónimo. En efecto, era su cabeza grande, su mandíbula cuadrada y el cucho grueso. Bajo la negra sotana se adivinaba un cuerpo fuerte y macizo.

—Por cuanto alcanzo a comprender, su ilustrísima desea que le ayude; mejor dicho, que cumpla cualquier misión que usted tenga a bien encomendarme —dijo, por fin, el cura.

—Exactamente. Pero usted, según tengo entendido, no ve con claridad cuál es la nueva orientación del Vaticano. Más tarde le será explicada con todo detalle. De momento, yo le pondré al corriente de las cosas.

—Sí, estoy muy interesado en ello.

Eduardo empezó, con murmullo apagado:

—Bien, padre Jerónimo. Usted, sin duda, conoce el dispositivo del ejército alemán...

—A grandes rasgos, sí...

Eduardo sacó un mapa del bolsillo de la chaqueta y lo extendió sobre la mesa. Se inclinaron sobre él. El dedo de Eduardo se deslizó lentamente desde el Mar Negro hasta el Báltico.

—Ésta es, aproximadamente, la frontera del territorio ocupado por los alemanes: Rostov del Don, Járkov, toda Ucrania,

poco más o menos..., parte de Polonia, después Bielorrusia, Lituania, Letonia y, por fin, Estonia. Como ve, ocupan un territorio casi tres veces mayor que Alemania. Hablo nada más de Alemania, porque Austria-Hungría desempeña aquí un papel secundario. Según los datos fidedignos de que dispone el Estado Mayor francés, el mando austroalemán tiene en este sector unas veintinueve divisiones de infantería y tres de caballería. Los efectivos de este ejército se elevan a trescientos veinte mil hombres.

En los labios del padre Jerónimo se esbozó una sonrisa.

—Comprendo por qué sonrío, padre Jerónimo: piensa usted que no valía la pena haber abandonado París para contar los cientos de miles de soldados alemanes que se hallan en un territorio que hasta ahora no pisa ningún francés. Digo hasta ahora porque la guerra no ha terminado. La guerra, padre Jerónimo, no sólo crea nuevas fronteras, sino también nuevos Estados. Quiero descubrirle un secreto militar: el motivo de mi venida. En primer lugar, Alemania ha perdido ya la guerra...

El padre Jerónimo exclamó con asombro no disimulado:

—¿Ha perdido ya la guerra? ¿Es que la Entente la ha derrotado en el frente occidental?

—No, el frente se mantiene aún; pero se encuentra en la agonía. Alemania se consume interiormente. Nuestro servicio de espionaje comunica que los obreros y soldados se insurreccionan en Austria, lo mismo que en Berlín y en Hamburgo. Se han sublevado los marinos de un acorazado. Los motines se multiplican y el gobierno del Kaiser ya no puede aplastarlos. No cabe duda de que en días próximos nos llegará la noticia de que la revolución ha estallado en Austria y en Alemania. Los alemanes no pueden seguir luchando. Nada ha podido salvarles; ni la ocupación de las regiones más feraces de Rusia ni el envío del pan y la carne de Ucrania a la Alemania hambrienta; la nación no puede continuar la guerra porque su retaguardia arde. Austria se mantiene únicamente gracias al apoyo de Alemania. Como ve, en Alemania está pasando lo mismo que en Rusia. Sería estúpido suponer que la peste revolucionaria rusa no puede extenderse a Europa. Se ha extendido ya. El propio Ludendorff ha confesado que las unidades alemanas trasladadas de Ucrania

al frente occidental están contagiadas del bolchevismo y no pueden ser metidas en combate; que hasta son peligrosas, pues desmoralizan a las demás tropas...

El padre Jerónimo le interrumpió:

—Dígame, señor conde: ¿eso se refiere nada más a Alemania?

Siguieron unos segundos de silencio. Eduardo sintió que en el despacho, con la estufa apagada, hacía frío. Se oía el piano. Tocaba Ludwiga. Eduardo se acomodó pesadamente en el sillón. Una nube cubrió su rostro y, desechando los pensamientos tiernos y cálidos inspirados por la música, dijo con voz sorda y dura:

—El bolchevismo puede devorar a todo el mundo civilizado si no se le mata en germen.

La voz del conde denotaba una obstinada decisión y esto lo percibió con su fino olfato el jesuita: miedo. Eduardo se levantó, dio unos pasos, se detuvo ante el padre Jerónimo y continuó:

—Se desmorona el edificio del Imperio alemán ... Difícil es conjeturar lo que puede ocurrir. Si Berlín imita a Moscú y crea los soviets, sucederá algo espantoso. El llevar las tropas aliadas a un país en estado de revolución sería repetir la suerte corrida por los alemanes en Ucrania. Si los socialdemócratas —me refiero a los de derecha— saben conservar el poder en sus manos, la gallina democrática sustituirá a las águilas imperiales y Alemania, por varios años, dejará de ser una gran potencia.

Eduardo leyó una pregunta muda en los ojos del padre Jerónimo.

—Usted no se explica por qué habré venido yo aquí; los alemanes me pueden fusilar como a un espía francés.

—Me parece no haber hablado de ello. Pero le confieso que no deja de interesarme.

—Muy bien. Perdóneme lo largo del prólogo. ¿Por qué estoy aquí...? Apenas estalle el incendio en Alemania, el ejército alemán que se encuentra en Polonia y en Ucrania se desmoronará. Los alemanes evacuarán, y todo el territorio que ocupan pasará a manos del Ejército Rojo. ¡Imagínese lo que va a ocurrir! ¡Un Moscú rojo y un Berlín rojo! ¡Sería el fin de Europa! Ni Francia ni Inglaterra pueden permitirlo. La situación cambia radi-

calmente. Antes, el ejército austroalemán era la barrera que separaba a Europa de la Rusia comunista. Ahora, esa barrera se desploma. Si no levantamos otra en su lugar, los soviets lo barrerán todo...

—Pero ¿cómo se puede impedir eso? —preguntó el padre Jerónimo, que escuchaba muy atentamente.

Eduardo tomó el mapa en sus manos.

—Creando una República polaca, con un ejército nacional, que cerrará a los rojos el camino de Occidente. A Letonia y Estonia se les concederá la «independencia» y, con Polonia y Rumania, formarán una barrera armada entre Rusia y el Occidente, bajo el protectorado de Francia. Inglaterra ocupará las regiones de Múrmansk y Arjanguelsk. Agrupaciones aliadas de desembarco atacarán a los rusos por el norte; la flota les presionará desde el Báltico. La segunda zona inglesa comprende el Cáucaso del Norte, Bakú y el Asia Central. Por su parte, la flota francesa entrará en el Mar Negro a la primera ocasión favorable y ocupará Odesa y otros puertos. Los japoneses ya han tomado Vladivostok y avanzan sobre Siberia. En la misma dirección operan el ejército blanco ruso y el cuerpo de ejército checoslovaco. Aprovechando esta coyuntura, Polonia debe adueñarse de la Ucrania de la orilla derecha, de Lituania y Bielorrusia o, si no lo consigue, constituir allí Estados enemigos de los soviets. Oprimida en semejante anillo, Moscú se asfixiará. Pero los polacos debemos apresurarnos para que el caos no se extienda a nuestras tierras. Hay que preparar fuerzas militares capaces de exterminar a todos los que después de la evacuación de los alemanes pretendan crear en Polonia los soviets o algo por el estilo. Debemos ganar tiempo, reunir fuerzas, armarlas, crear órganos de poder, un cuerpo de gendarmes. Francia nos dará a crédito equipos y armamento, y enviará unos mil quinientos oficiales. ¡Entonces hablaremos en otro tono! Pero ahora hay que actuar, y actuar con la máxima decisión, pues, además de las cuestiones políticas generales, está en juego nuestra suerte personal: ¡si nosotros no eliminamos a los bolcheviques polacos, ellos nos eliminarán a nosotros!

Eduardo se calló, fijos los ojos en el mapa. Después añadió, como si hubiera olvidado algo:

—Por cierto, su ilustrísima el cardenal me dijo que, si le acompañaba a usted el éxito en su trabajo, no podrá encontrar mejor candidato para el puesto de vicario general de Volinia.

Los ojuelos del padre Jerónimo permanecieron impasibles.

—Espero sus órdenes, señor conde.

—Magnífico, padre Jerónimo —respondió Eduardo, sentándose—. Entonces, pongámonos manos a la obra... Dentro de un par de días iré a Varsovia a una reunión. Mientras tanto, usted pondrá a sus colegas de la comarca al corriente de la situación. Sea usted cauto —Eduardo se dio cuenta de que el jesuita movía los dedos impacientemente y comprendió que no debió haber dicho la última frase—. Por ahora, ni una palabra acerca de mi llegada ni de mi misión. Dentro de tres semanas será el cumpleaños de mi mujer. Aprovechando la ocasión invitaremos a las mejores familias de la comarca y a las personas más pudientes y más interesadas en nuestras acciones. Simultáneamente, reunirá usted en su casa a todos los sacerdotes. Después tratará de ponerse en contacto personal con los politicastros de la localidad. ¿Quién es el que lleva la batuta?

—Un socialista, el abogado Sladkiewicz.

—¿Ya se ha hecho socialista? ¡Qué pronto! Es un granuja de siete suelas. ¡Cuidado con él, padre Jerónimo! Mientras se aclara la situación, es capaz de vendernos tres veces a los alemanes. Traeré de Varsovia unos oficiales a quienes deberemos alojar en casas de confianza. Empezaremos a reclutar gente y a armarla... Que alguno de sus colegas haga un llamamiento en sus sermones a la lucha por la patria, por la gran Polonia. Si le detienen, no importa, ¡le sacaremos! Traeré dinero. De momento, aquí tiene quince mil marcos. A propósito, advierta a los nuestros de que el marco alemán pronto perderá todo valor. En Varsovia veré al nuncio de Su Santidad y le preguntaré qué debe hacer usted en el futuro. Por ahora, la tarea fundamental es la de reunir fuerzas... Me parece que es todo lo que quería decirle. Ahora le ruego que vaya a ver al príncipe de Zamojski y le entregue esta carta.

Ambos se levantaron.

CAPÍTULO II

Francisca miraba, encandilada, al muchacho que estaba partiendo la leña. Alzaba el hacha, la descargaba vigorosamente, y los maderos, partidos en dos, volaban lejos. Una vez, otra... La pila de leños crecía a ojos vistas. En el ligero subir y bajar del hacha se percibía la destreza y la fuerza del joven.

Francisca, mientras enrollaba la alfombra que acababa de sacudir, dijo al muchacho:

—Descansa un poco, hombre, ¿qué prisa tienes?

El muchacho miró a la doncella sin saber qué responderle. Tenía él los ojos azules, con cejas negras que semejaban las alas de un pájaro en vuelo... Un indómito mechón de pelo le caía sobre la frente.

«Es guapo el chico, sin discusión alguna, pero no lo sabe aún. Tiene labios de niño, que todavía están por besar», se dijo Francisca, mientras lo examinaba con ojos de mujer ducha en amores.

Francisca le dirigió una sonrisa. En aquel muchacho fuerte y alto había un no sé qué de bondad y pureza. ¡Qué extraño era que su voz no fuese cambiante, como la de los adolescentes, sino grave, varonil!

—¿Le molesto?

—¡Qué va! —protestó Francisca—. Es que te veo trabajar desde la mañana, como si alguien te estuviera metiendo prisa. ¿Has comido?

—Sí... no... No tengo qué comer. Además, no siento apetito.

—¡Déjate de historias! ¡Eso son tonterías! Ayúdame a meter el tapiz y luego iremos a comer a la cocina. Yo tampoco he almorzado.

El muchacho, indeciso, dijo:

—De eso no se ha hablado... El hombre con librea azul que me alquiló no me dijo ni una palabra de la comida.

—Es mi suegro... Coge el tapiz. ¡Y luego a comer, que allí tienen de sobra para alimentar a un regimiento! ¡No empobrecerán por eso! —Francisca se ciñó el delantal con impaciencia.

El muchacho se echó al hombro el inmenso tapiz y entró en el palacio, siguiendo a la doncella.

*

—Bárbara, daños algo de comer. ¡Y llena bien los platos, que hay que agasajar aquí al muchacho y yo misma tengo más hambre que un lobo! —dijo Francisca al entrar en la cocina—. ¡Con esta fiesta, todo en la casa anda de cabeza! No sé qué va a ser el día que la celebren... Cien invitados, vendrá una orquesta de la ciudad... ¡Virgen Santa! Ya hace tiempo que no hemos visto nada igual.

Francisca invitó al muchacho a sentarse a la mesa, en la que Bárbara estaba poniendo dos platos de *borsch*.¹

—¿Cómo te llamas? —preguntó Francisca al muchacho, mientras le servía otro plato de sopa.

—Raimundo.

—¿Y de apellido?

—Rayewski.

—¿Eres de la ciudad? ¿Tienes padres?

—Sí.

—No debes vivir muy bien cuando andas en busca de trabajo. ¿Es que tu padre está en la guerra?

—No.

—¿Dónde está, pues?

El muchacho no respondió.

Francisca le miró comprensiva y exhaló un suspiro.

—Os dejó abandonados, ¿verdad?

Elena entró corriendo en la cocina. Después de lanzar una rápida mirada al muchacho desconocido, dijo con celeridad de ametralladora:

—Los señores van a visitar a los Zamojski... La condesa, en el coche, y el joven conde, a caballo. Ahora, Anelia está rizando a la condesa Estefanía, y yo voy corriendo a las caballerizas para que de aquí a una hora estén dispuestos los caballos.

La puerta se abrió de nuevo.

¹ Sopa ucraniana. | N. del T.

Entró José rezongando:

—¡Otra vez gente extraña en la cocina! ¿Qué es lo que te dije, Francisca? Anda, come deprisa, que te están esperando arriba.

—¿Pero qué es esto? ¡Ni comer tranquila la dejan a una! ¡Te pasas el día corriendo de un lado para otro y todo les parece poco! ¡Aún se quejan! —replicóle Francisca.

—¡Ea, ea, ten quieta la lengua! —le gritó José—. Y tú, muchacho, acaba el trabajo y luego descansa cuanto quieras. Aquí no tienes nada que hacer... La leña la dejas en la leñera del patio trasero. No te olvides de barrer. Cuando acabes, te pagaré. ¡Ea, cada uno a su sitio!

El joven se levantó con tal ímpetu que el viejo, asustado, dio un paso atrás.

—Muchas gracias por la comida —dijo Raimundo con voz ahogada, y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

Luego de haber llevado a la leñera la última brazada de maderos y barrido el patio, Raimundo se puso la cazadora y, con el hacha bajo el brazo, se encaminó hacia la puerta principal.

El palacio se alzaba sobre una colina, a cuyo pie discurría un río. Hacia él descendían dos amplias escalinatas de granito. Macizos de flores y una verja de tela metálica, de un metro de altura, se alzaban, describiendo un arco, de la escarpada orilla. Junto a la escalinata había un surtidor muy descuidado. En tiempos remotos se elevaba allí el castillo de los condes de Mogielnicki. A la margen del río aún quedaban restos de la antigua muralla.

La fachada del palacio daba a un parque. Junto a la puerta principal, abríase un enorme espacio asfaltado. Una amplia avenida, sembrada de arena rojiza, conducía al parque. Un huerto separaba del palacio los pabellones de la servidumbre, las caballerizas y otras dependencias.

Frente a la puerta principal esperaba un cupé. El cochero, un fornido mocetón, apenas si podía sujetar a los fogosos caballos. Un hermoso potro, que debía haber estado mucho tiempo sin salir de la cuadra, piafaba impaciente. Al acercarse Raimundo al animal, le lanzó una ojeada salvaje y dio un bufido amenazador.

—¡Quieto, diablo! —gritó el cochero al bruto, tirándole de las riendas.

Oyéronse unos pasos ligeros. Raimundo volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Ludwiga. La condesa le miró apenas un segundo. Pero el muchacho se quedó contemplándola con asombro pueril.

Ludwiga montó presurosa en el cupé.

—¿Dónde está Estefanía? ¿Y mi caballo? Juan, ve corriendo a la cuadra y di que me traigan en seguida mi *Laska*. ¡Cuántas veces voy a tener que mandar las cosas! —gritó una voz tartajosa a espaldas de Raimundo.

El cochero apeóse fatigosamente del pescante y dijo:

—Alguien tiene que sujetar los caballos, señor conde.

El conde era un jovenzuelo imberbe, zanquicorto y grueso, vestido con guerrera de caballería y leguis.

—¡Eh, tú! ¿Cómo te llamas? ¡Sujeta los caballos! —ordenó imperioso a Raimundo, frunciendo altanero el grueso labio superior y sacudiendo nerviosamente la fusta.

—¡Yo no soy lacayo de usted! —respondióle Raimundo, sin poder contenerse.

Wladislaw quedó desconcertado un instante. Luego, alzó furioso la fusta, pero no la dejó caer: adivinó instintivamente que, si le golpeaba, aquel muchacho lo partiría la cabeza de un hachazo.

—¡Entonces, lárgate de aquí! ¿Quién te ha dejado entrar? ¡José, o quien haya por ahí! ¿Dónde diablos os habéis metido? —gritó Wladislaw colérico, arrancando las riendas de manos del cochero.

Raimundo se alejó lentamente hacia la cocina, para cobrar su jornal.

En este momento salió Estefanía.

Raimundo se detuvo a unos pasos de la verja que separaba la explanada de la abrupta orilla del río, atraída su atención por una motocicleta que se acercaba velozmente por la avenida del parque. La conducía un soldado alemán, que llevaba la carabina en bandolera. La moto casi chocó con el cupé, y su estruendo ensordecedor espantó a los caballos. El potro se encabritó, haciendo crujir la lanza. Wladislaw soltó las riendas y se refugió en el portal, huyendo de los cascotes del caballo. El soldado, para evitar el choque, dio gas y torció bruscamente hacia un lado. Los

animales, enloquecidos, se lanzaron hacia la abrupta orilla del río. El grito de espanto lanzado por Estefanía pareció darles alas. Unos pasos más y todo volaría al precipicio. Los caballos no divisaban el barranco, oculto tras los matorrales. Raimundo se precipitó hacia los animales desbocados; pero enseguida comprendió que no podría detenerlos. Le pisotearían antes de que pudiera hacer algo. Y sólo en el último momento se dio cuenta de que tenía en sus manos el hacha. La salvaje cabeza del potro estaba ya a un paso de él... Un terrible hachazo en la frente abatió al animal. En aquel mismo instante, la lanza, revestida de hierro, derribó al muchacho. El otro caballo tropezó y desplomóse encima de él.

A los gritos, acudió en un vuelo toda la servidumbre. Sacaron del cupé a Ludwiga, pálida como un cadáver, y luego corrieron hacia el caballo, que se debatía en el suelo y bajo el cual se hallaba Raimundo. Cuando, por fin, consiguieron sacar al muchacho de debajo de la bestia, no daba señales de vida. Lo dejaron en el suelo. Una palidez de cera le cubría el rostro y parecía estar profundamente dormido.

Movíanse agitados los hombres en tomo a los caballos. El potro yacía con la cabeza abierta, tan inmóvil como su matador.

—¡Pero si le ha partido la cabeza! ¡Matar a un caballo tan costoso! —dijo, recobrándose, Wladislaw.

—¡Gracias a Dios que a la condesa no le ha pasado nada! ¡Señor mío Jesucristo! ¡Qué hubiera sucedido! ¡Y el conde Eduardo de viaje! —barbotó el viejo José, reseco los labios por la emoción.

La rabia sustituyó al miedo en el alma de Wladislaw, y la emprendió con los criados que le rodeaban.

—¡La culpa la tenéis todos vosotros, parásitos del diablo! ¡Haraganes, canallas! ¿Dónde estabais cuando trajeron el cupé? ¿Y cómo se atreve cualquier soldado de mierda a andar por aquí con su carraca?

La última frase iba dirigida al mayor Sonnenburg, que acababa de salir de la casa y estaba presentando sus excusas a Ludwiga por el susto que había sufrido. Wladislaw se le acercó a grandes zancadas.

—Señor mayor, exijo el arresto de este idiota que casi ha causado la muerte de la condesa... Además, el caballo vale unos miles de marcos que ese papanatas no ganará en su vida. Finalmente, debe usted decir a sus soldados que esto no es el patio de una posada —dijo Wladislaw en un alemán pésimo.

El mayor, alto y seco como un arenque, saludó cortésmente a Ludwiga y se volvió hacia Wladislaw.

—¿Qué quiere usted de mí, joven?

—¡Tenga la bondad de no llamarme joven; soy el conde de Mogielnicki! Le ruego que no lo vuelva a olvidar, señor von Sonnenburg.

—Muy bien. Pero si continúa usted en ese tono, me negaré a escucharle. El motorista cumple su deber y no tiene la culpa de que usted haya soltado las riendas y abandonado a la condesa al arbitrio de la suerte —le espetó Sonnenburg, y se alejó, acompañado del soldado, hacia la casa, mientras abría un sobre con la inscripción: «Secreto. Urgente. Personal».

En medio de aquel nerviosismo, todos se olvidaron de Raimundo. Ludwiga fue la primera en darse cuenta.

—¡Dios mío! ¿Por qué le han dejado abandonado? —gritó—. ¡Llévenlo inmediatamente a la casa! Estefanía, dile al mayor que nos envíe al practicante.

*

En su habitación, el mayor leía:

«Le transmito un radiograma cifrado. En Austria-Hungría reina un profundo malestar. Su real majestad imperial ha abdicado. Ordeno mantener la disciplina entre las tropas por todos los medios y, en caso necesario, pasar por las armas a los agitadores. Obedecerá únicamente órdenes del Alto Mando. Recibirá instrucciones complementarias. Queme la orden después de leída...» —musitaba Sonnenburg.

*

—Se trata de un síntoma muy fuerte. *Shock* traumático; pero no ha sufrido ninguna fractura. Por ahora no hay que vestirle.

Voy a inyectarle aceite alcanforado —dijo el practicante alemán, que llevaba un brazalete de la Cruz Roja.

Raimundo yacía, arropado en una manta de lana, en un ancho diván del salón de fumar. Le atendían el lacayo Adán y Francisca. Estefanía les ayudaba.

Ludwiga entró en la habitación cuando Raimundo ya volvía en sí.

—El pulso se va normalizando... El joven se porta bien. Ahora necesita reposo absoluto... ¿Qué es eso? ¿Tocan a generala? Debo marcharme. Volveré dentro de una hora. No deben dejarle solo —aconsejó el practicante, levantándose del diván.

—Pueden retirarse —dijo Estefanía a Francisca y Adán—; la condesa y yo le cuidaremos.

Cuando se quedaron solas, Estefanía respondió muy bajito a la pregunta muda de Ludwiga:

—Gracias a Dios, va volviendo en sí. ¿No encuentras, Ludwiga, que es muy guapo?

—¡Estefanía! ¿Cómo no te da vergüenza?

Raimundo alzó con dificultad los párpados. Estefanía, sentada a la cabecera, se inclinó cariñosa sobre él. El joven fijó una turbia mirada en la elegante desconocida de ojos traviosos y labios coralinos por el carmín, sin comprender dónde se hallaba ni qué le había sucedido.

Estefanía le recordó lo ocurrido. El muchacho quiso levantarse, pero ella le sujetó, diciéndole:

—¡Estese quieto!

Ludwiga, al ver que el joven se movía, se acercó al diván y tomó su mano entre las suyas.

—¿Cómo puedo darle las gracias? —balbuceó.

Oyóse el traqueteo de la moto que se llevaba al mayor.

Aquel estruendo evocó en la mente de Raimundo todo el suceso. Estremeciéndose, dijo:

—¿Dónde está mi ropa? Quiero marcharme.

—Ahora mismo le traerán la ropa y le ayudarán a vestirse. No debe usted marcharse hasta que no haya recobrado sus fuerzas —le dijo Estefanía, y, con Ludwiga, salió de la habitación.

Tambaleándose, casi cayéndose de vértigo, Raimundo empezó a vestirse. Cuando José entró en el fumadero, llevando en las

manos un traje de buen paño, unas botas de caña alta y una cazadora, se encontró al muchacho ya vestido.

—Esto te lo manda la señora —dijo el viejo, dejando la ropa encima de una silla—. Además, me ha mandado que te entregue doscientos marcos —y tendió al joven un manojo de billetes—. También me ha ordenado que te dé de comer y te lleve a la ciudad.

La habitación giraba lentamente ante los ojos de Raimundo, que tenía que aspear los brazos para conservar el equilibrio.

—¿Cuánto me corresponde por haber partido la leña? —preguntó.

—¿Por la leña? Tres marcos, como convinimos. ¡Pero si te dan doscientos! ¿Qué más quieres?

Raimundo sacó tres marcos del paquete, dejó el resto en la mesa y salió en silencio.

Cuando traspuso la verja del parque, volvióse y contempló largamente la finca. Después se dirigió, poquito a poco, hacia la ciudad. El viento le azotaba el rostro y se le metía por debajo de la zamarra. Y él andaba y andaba, dando traspíes y tambaleándose como si estuviera borracho...

*

—Mi teniente, estos dos no tienen el salvoconducto en regla. ¿Qué ordena usted? —informó a Schmuldtke, con la mano en la visera, un achaparrado suboficial de caballería.

El teniente lanzó una ojeada a los detenidos. Uno de ellos, encorvado, con dura barba de alambre, vestía un raído uniforme austríaco y le miraba con odio, pestañeando nerviosamente, como si el humo del cigarrillo del oficial le escociera los ojos. El otro, un hombre alto, de bigote gris como la ceniza de un puro, chaquetón negro y botas de soldado, examinaba indiferente a los viajeros que se apeaban del vagón.

—¿Por qué no ha registrado el salvoconducto? —preguntó con aspereza Schmuldtke.

—Lleva ya tres registros, y si falta el cuarto es porque no hubo quien lo pusiera. Todos se largan a casa y les importan un

comino esas formalidades —le replicó mordazmente el primer detenido.

—¿Qué facha es ésa? ¡Firmes! ¡Yo te enseñaré, canalla, cómo debes hablar con un oficial! ¿A qué regimiento perteneces? ¿Por qué no llevas las hombreras ni la escarapela? ¿Eres un desertor, granuja? —le gritó Schmuldtke, que por fin había hallado contra quien descargar el mal humor acumulado en los tres días y tres noches que llevaba de guardia en la estación para cazar en los trenes a los desertores del ejército austrohúngaro.

—Yo no soy un desertor. He estado prisionero en Rusia y ahora regreso a casa. Tenga la bondad de fijarse en mis documentos —respondió el soldado bajando la voz.

Schmuldtke examinó los papeles de los detenidos. En el certificado mugriento que le tendió el prisionero de guerra Mechislaw Przygodzki había un sello de la comandancia de Kiev y la breve inscripción: «Registrado. Inválido. Se le permite dirigirse al lugar de residencia». El segundo certificado estaba extendido a nombre de Segismundo Rayewski, electricista del servicio de aguas potables de Varsovia, a quien también se permitía trasladarse al lugar de residencia de su familia.

—¿Qué has hecho en Rusia después del año diecisiete?

—Recogía patatas, señor teniente.

Schmuldtke percibió una burla oculta en la respuesta del soldado.

—Bien, te tendré a la sombra hasta que pongamos las cosas en claro... ¿Por qué le falta a usted el registro? —demandó el teniente al segundo detenido, hablándole de usted, aun sin quererlo.

—No sé el alemán —respondió el hombre en polaco.

—Es polaco y no comprende nada de lo que usted le dice —tradujo el soldado—. Hemos hecho el viaje juntos. Fue a la comandancia a que le registraran el salvoconducto, pero allí ya no quedaba nadie. Somos paisanos, de aquí.

Las explicaciones de nada sirvieron. Era tal la irritación que poseía a Schmuldtke en aquellos días, que a duras penas se podía dominar. Sentía enormes deseos de abofetear a aquel granuja, que una semana antes temblaba a la vista de cualquier oficial y que desde que en la estúpida Austria-Hungría se había

armado el jaleo tenía el atrevimiento de emplear aquel tono... ¿Qué pasaría? Aquel día habían cazado en el tren a cincuenta y siete desertores, de ellos once armados. Y los telegramas anunciaban que se había iniciado la desbandada general. Si la ola llegaba allí... ¡diablos!

—¡Llevalos a la comandancia! Mañana comprobaremos si son de aquí.

*

—¡Vaya, esto es lo que se llama llegar a casa! Ahora tendremos que pasarnos toda la noche en este chinchorrero... ¡Mañana por la mañana pondrán las cosas en claro...! ¡Todo un mes de viaje, y cuando llegas a casa te cierran con siete llaves! ¡No quiera Dios que me encuentre a un tipo de éstos en un callejón oscuro! —refunfuñó, rechinando los dientes, Przygodzki, cuando se cerró a sus espaldas el calabozo, y arrojó con furia su hatillo sobre un camastro de madera.

—Tú tienes parte de culpa, amigo. Debiste tratarle con más cortesía. Dime: ¿dónde vives?

—Aquí, muy cerca de la ciudad, en la finca de los Mogielnicki.

—¿A quién tienes allí?

—A mi mujer, a mi padre, a mi hermano... En fin, toda una cattera de parientes. ¡Seguro que vivirán como los ángeles! Toda nuestra casta sirve de lacayos a los Mogielnicki desde hace un siglo. Mi padre es mayordomo; mi hermano, lacayo; mi mujer, doncella. Yo era caballero. No me tomaron de lacayo: tengo la jeta muy fea. Además, tampoco hubiera aceptado. Es una profesión perruna. Mantente sobre las patas traseras y agita la cola cuando el dueño te da un capirotazo en las narices. Es mucho más agradable tratar con los caballos.

Rayewski extendió su pelliza en un camastro, se quitó el gorro y se tumbó, volviéndose hacia el soldado. Este miraba la cabeza plateada de su compañero de celda.

—¿Cuántos años tiene usted, señor Rayewski?

—Cuarenta y cinco. ¿Por qué lo preguntas?

—Me estaba fijando en que tiene todo el pelo blanco. ¿Por qué es eso?

Las cejas espesas y adustas de Rayewski se fruncióron y dijo:

—A veces encanece la gente a los veinte años.

Por unos minutos, ambos guardaron silencio.

—Es usted muy reservado, señor Rayewski —dijo por fin Przygodzki—. Hace tiempo que le vengo observando. Usted le ha dicho al alemán que no le comprendía, y eso no es cierto.

Rayewski le miró atentamente. Przygodzki le sonrió y se apresuró a tranquilizarle:

—¡No se preocupe usted, señor Rayewski! Aunque soy un «setter» de raza [perro de caza], nunca he vendido mi alma al diablo. Yo también tengo en qué pensar. Si esa salchicha alemana supiera qué clase de «patatas» he estado sembrando todo este año, hubiera hablado conmigo en otro tono. Si le interesa, puedo contarle algo de mi vida. De todas maneras, no tenemos nada que hacer. Así el tiempo pasará más de prisa...

Rayewski observaba los nerviosos movimientos del soldado.

—¿Quiere un consejo, Przygodzki? —dijo después de unos segundos—. No hay que contar siempre lo que uno quisiera contar. Me parece usted un hombre honrado. Pero ahora los tiempos no son como para hablar de más cuando no es necesario. Por ejemplo, si no le hubiera usted pisado los callos al alemán, ahora estaríamos los dos en casa...

El soldado se sentó al borde del camastro que ocupaba Rayewski.

—Verdad es. Pero, ¿sabe?, a veces se pone uno triste y necesita contar a alguien sus penas. Sobre todo si se da cuenta de que le comprenden. Fíjese, se puede decir que ya estoy en casa y, sin embargo, no siento la menor alegría...

—¿Por qué?

—Porque sí... En fin, empezaré desde el principio, desde muy lejos... Me casé un poco antes de la guerra. Encontré en mi aldea una buena muchacha, guapa, pero algo coqueta. Francisca se llamaba. Vivíamos en la granja cercana al palacio de los condes. Comenzó la guerra. El hijo mayor de los condes, Eduardo —sus posesiones están cerca de Varsovia—, servía en la Guardia rusa; el mediano, Stanislaw —cuyas fincas se hallan en Galitzia y en

Ucrania—, al decretarse la movilización se vio convertido, de la noche a la mañana, en oficial austríaco. Cuando los alemanes ocuparon estos lugares, le nombraron ayudante del comandante militar de la plaza. En resumidas cuentas, cualquiera que fuese el fin de la guerra, los Mogielnicki saldrían ganando. A ruegos de mi padre, el conde Stanislaw me tomó de asistente. Y las cosas hubieran ido muy bien de no haber llamado Francisca la atención de los señores. Les gustó y la hicieron doncella. Entonces pasó a vivir en el pabellón contiguo al palacio. Le encargaron que cuidara al viejo conde, que siempre está enfermo. Había que pasarse las noches enteras atendiéndole. Al poco me di cuenta de que a Francisca le pasaba algo. No me decía nada, pero yo veía que algo la inquietaba. Yo venía cada noche de la ciudad a dormir en casa. Una buena mañana me desperté cuando Francisca aún dormía y vi que tenía en el pecho unas moraduras, como si alguien la hubiera mordido. Se me hizo todo negro y estuve a punto de estrangularla. Entonces, me confesó que el viejo conde no la dejaba en paz. La había llenado de cardenales y la pobre no sabía cómo librarse de él. Cuando ella se resistía, la amenazaba con enviarme a mí a la guerra a la mañana siguiente y con ponerla a ella de patitas en la calle... Cuando me lo contó todo, me puse hecho una fiera. ¡Ya era hora de que el viejo lagarto estirara la pata! ¡El saco de tripas! ¡No valía para nada...! Pero, sin embargo, se metía con mi pobre mujer y le había mordido todo el cuerpo... Todo el día anduve como loco... Por la noche llegué a casa y no encontré a Francisca. Entré en el palacio y me puse a aporrear la puerta del viejo. ¡El diablo sabe qué ocurrió luego! No recuerdo... Todos acudieron corriendo y no me dejaron entrar, a pesar de que peleé como si estuviera rabioso. El conde Stanislaw me soltó un culatazo en la cabeza y me arrastraron a la calle como si fuese un saco. Me arrestaron por «escándalo y borrachera». Al día siguiente me metieron en el tren y ¡al frente! A la primera ocasión, me entregué a los rusos... Nos llevaron a Siberia, a un campo de concentración. Fue a fines del año quince. ¡Lo que tuvimos que sufrir allí! ¡Daban treinta y cinco kopeks al día a cada soldado! Pero a los oficiales les asignaron siete rublos. Nosotros nos moríamos de hambre y de tifus, mientras ellos vivían tan tranquilos ... Por fin, llegó la

Revolución. El año diecisiete nos lo pasamos sin ningún cambio en nuestra vida. Pero cuando los bolcheviques agarraron por las agallas a quien era necesario, los prisioneros también empezamos a movernos. Entre los oficiales había un muchacho que valía mucho, el teniente húngaro Shaino. Nos dijo: «¡Saquead, amigos, los depósitos y coged los víveres y los equipos!». Así lo hicimos. Pero la revolución bolchevique aún no había llegado a aquellos lugares. Nos pillaron. A Shaino y a los soldados más revoltosos nos pusieron a la sombra, y se disponían a entregarnos a un consejo de guerra. Pero entonces se armó también allí el jaleo. Los bolcheviques llegaron a nuestros campos de concentración y nos pusieron a todos en libertad. Empezamos a organizar un mitin tras otro. Parte de los prisioneros decidió apoyar a los bolcheviques. Nos reunimos, por lo menos, unos mil quinientos hombres, húngaros, oriundos de Galitzia... Casi todos de caballería. Nos armamos y nos hicimos con caballos. Ocupamos la ciudad. Abrimos las puertas de la cárcel. Buscamos a Shaino y le planteamos la cuestión a rajatabla: «Si de verdad eres un hombre honrado y simpatizas con la gente del pueblo, toma el mando y actúa». El teniente, sin pensarlo un segundo, nos contestó: «Con mil amores. ¡Dadme un caballo y un par de pistolas!». Y empezamos a machacar a los señores oficiales rusos. Le tomé tal afición al asunto, que me pasé medio año sin apearme del caballo. El teniente Shaino y los prisioneros se quedaron en el Lejano Oriente, en los destacamentos guerrilleros. Yo decidí volver a casa. Me trasladé a Ucrania. Allí también encontré trabajo. Estuve combatiendo hasta que caí en las zarpas de los alemanes. Me enviaron de reconocimiento a una aldea y me di de narices con una patrulla. Menos mal que no llevaba armas. Gracias a mis viejos documentos, logré hacerme pasar por un prisionero. Pero me costó mucho trabajo el que me dejaran venir para casa.

Przygodzki se calló y, cansadamente, reclinó la cabeza sobre el pecho.

—¿Para qué me cuentas lo que has hecho con los bolcheviques? Soy para ti un extraño; no me conoces más que de los tres días que hemos viajado juntos. Si tropiezas con un canalla, tus

propias palabras te llevarán ante el piquete —le reprochó, con la voz apagada, Rayewski.

—Lo he hecho para que perdiera usted el recelo...

—¿Y qué más te da a ti? ¡Qué raro eres! Me parece que te equivocas... Anda, mejor será que nos tumbemos a dormir.

La penumbra crepuscular se extendió por el calabozo. Aca-llóse el rumor de voces tras las paredes. Se oía el restallar de la lluvia en los cristales.

—Hasta que se quitó el gorro no le reconocí, camarada Rayewski. Tres días he estado pensando dónde le habría visto. Se parece usted mucho al comisario de la brigada internacional mixta. Sólo que me extrañaba verle aquí y con ese apellido... Aquél se llamaba el camarada Jmuri. Pero si uno se fija, se da cuenta de que son ustedes la misma persona... Por eso le he contado mi vida, para que pierda el recelo. Ahora ya ve que no somos tan extraños...

Rayewski esbozó una sonrisa bajo su bigote gris.

—¡Hay personas que se parecen como dos gotas de agua! Pero ese parecido es peligroso: pueden colgarle a uno de un travesaño sin más ni más...

Przygodzki puso la mano sobre el hombro de Rayewski.

—Pierda cuidado, camarada Jmuri... Perdone, camarada..., es decir, señor Rayewski. Durante los seis meses pasados en el Ejército Rojo he aprendido algunas cosillas...

Llegó hasta el calabozo el traqueteo de un tren que se acercaba. De nuevo sonaron voces tras la puerta. Alguien abrió, y en el pasillo restallaron, secas como pistoletazos, unas voces de mando. Un tropel de soldados austríacos de todas las armas invadió el calabozo. Los dragones cerraron inmediatamente la puerta.

Al instante se notó la apretura y el angosto recinto se llenó de ruido. Los soldados se acomodaron en los camastros, en el suelo, en el poyo de la ventana, en el cajón que hacía las veces de mesa.

Un soldado de caballería, de porte muy marcial, con la orden de la Cruz de Hierro en el pecho, hizo un guiño a Przygodzki y le preguntó:

—¿Tú también te retiras, camarada? ¿Te has quitado tú mismo las hombreras o te las ha arrancado ese hijo de perra del teniente?

—Soy un prisionero de guerra. ¿Y vosotros qué, muchachos, os vais para casa? —preguntó a su vez Przygodzki, sin poder evitar una sonrisa.

Un soldado muy fornido, con galones de cabo, respondió:

—Sí, con permiso ilimitado.

Todos se echaron a reír.

—Vamos a casa a pescar caracinos.

—Las mujeres nos han presentado un ultimátum: si no volvemos, nos destituirán. Por eso llevamos prisa.

Alguien gruñó, malhumorado, desde un rincón:

—Hemos corrido demasiado. El soviet del regimiento dijo que debíamos retirarnos con toda la unidad. ¡Si le hubiésemos hecho caso, de esos dragones no quedaría ahora ni el recuerdo!

—¡No te apenes! Pronto llegarán los nuestros y nos sacarán de aquí.

—Cuando revienta un dique, no se puede tapar el agujero con el gorro...

—¡Ya hemos combatido bastante!

Oscureció. Los soldados encendieron una vela, abrieron sus mochilas y se pusieron a cenar.

—¡Sentaos con nosotros, camaradas! Seguramente, tendréis hambre —dijo el soldado de caballería, invitando a Rayewski y Przygodzki, mientras abría un bote de conservas.

Rayewski le dio las gracias, pero no se acercó. Przygodzki aceptó gustoso el convite: llevaba dos días sin probar bocado.

Un viejo soldado de infantería le preguntó:

—Entonces, ¿vienes de Rusia, camarada? ¿Qué, qué hay por allí? Dicen que la vida es imposible. ¿Es cierto?

—Sí, hace demasiado calor para algunos: para los fabricantes, los terratenientes y demás ralea que bajo el zar iban a lomos de la gente como tú y yo. Los bolcheviques les han apretado las clavijas de tal modo que apenas pueden respirar. Los obreros y los campesinos luchan. Ya sabes que les atacan por todas partes —respondió Przygodzki, olvidándose de dónde se encontraba.

—¿Es cierto que los bolcheviques les han quitado la tierra a los terratenientes para entregarla a los campesinos?

—¿Tú piensas que, si no fuera así, los campesinos lucharían por el poder soviético?

—¿Es cierto que maltratan a los prisioneros de guerra?

—Eso son cuentos. Inventiones de los oficiales. ¿A que no os han dicho que los bolcheviques tienen brigadas internacionales formadas por prisioneros de guerra?

—Nos hablaron de ciertos traidores... Ese teniente también nos ha llamado traidores a nosotros.

—¿Qué pensáis, nos darán la tierra en Hungría?

—Sí..., una fosa de dos metros de profundidad...

—¿Que no me la darán? Entonces, ¿por qué he luchado?

—¡Qué pronto te has olvidado del reglamento militar! «Por el emperador», pero...

—¡Bueno, pero al emperador ya le han dado lo suyo! —rio alegremente el soldado de caballería, llevándose a la boca una enorme rebanada de pan.

Przygodzki no se quedaba a la zaga y sonreía contento, escuchando la conversación de los soldados. Cuando la lata de conservas quedó vacía, Przygodzki se limpió el bigote con la manga, dio las gracias al soldado de caballería y, sin dirigirse concretamente a nadie, observó:

—¿Por qué, camaradas, vais a casa sin armas? Allí los gendarmes os cazarán a montones. Hubierais debido formar varios trenes y retiraros juntos, sin esos canallas de los oficiales. Uno de vuestros camaradas ha dicho muy bien que el fusil siempre hará falta en casa para cuando haya que ajustarle las cuentas a quien sea necesario. Y vosotros...

Rayewski le tiró disimuladamente de la manga y le susurró en polaco:

—No te entusiasmes...

Al amanecer les despertaron unos disparos de fusil. Todos se levantaron sobresaltados, con exclamaciones de alarma.

—¿Qué es eso? —preguntó Przygodzki a Rayewski, quien se encogió de hombros, sin saber qué responderle.

Unos veinte minutos más tarde todo se puso en claro. La puerta saltó de sus goznes, a fuerza de culatazos, y unos cuantos militares irrumpieron en el calabozo. Se oyeron voces de alegría.

—¡Ah, pero si son los nuestros del 37 de infantería!

Un corpulento soldado de artillería, el sable al cinto, gritó con voz de trueno:

—¡Recoged los macutos, camaradas! ¡Vivo! ¡Vamos para casa! Hemos hecho entrar en calor a esos dragoncitos. Estuvo en un tris que pasásemos de largo; pero nos enteramos de que estabais aquí. ¡Ea, daos prisa!

*

Separáronse en la plaza. Przygodzki estrechó con fuerza la mano a su compañero de viaje y le dijo:

—¡Que tenga usted buena suerte! Si le hago falta, ya sabe dónde encontrarme. ¡Que le vaya bien, señor Rayewski!

Przygodzki echó a andar y volvió la cabeza, agitando la mano cordialmente.

Rayewski le respondió con una ligera inclinación.

Se detuvo en la conocida puerta del sótano. Notó que le ganaba la emoción. Habían pasado once años desde que unos gendarmes le sacaran de allí. En aquellos peldaños estuvo parada su Jadwiga, con Raimundo de la mano. Un gendarme le cerraba el paso... ¿Qué habría sido de ellos? ¿Vivirían?

¡Cosa extraña! Le faltaba decisión para bajar aquellos peldaños y llamar a la puerta.

Alguien abrió, y un segundo más tarde, una muchacha, vestida con chaqueta de punto, subía rápidamente la escalera. La puerta volvió a entreabrirse y asomó una cabecita infantil.

—¿Tía Sara, me traerás un caramelo?

—¡Claro que sí, querido! ¡Cierra la puerta!

Rayewski, esforzándose por aparentar tranquilidad, preguntó a la joven:

—Dígame, ¿no vive aquí Jadwiga Rayewski?

La muchacha se detuvo.

—¿Rayewski? No... Es decir, vivía aquí hace unos años. Ahora vive el zapatero Mijelson. Los Rayewski se mudaron a la calle de Cracovia.

—Entonces, ¿ella y su hijo viven?

—¿Jadwiga Bogdanovna y Raimundo? Pues claro que viven. ¿Hace mucho que no les ha visto usted?

—Sí, mucho... ¿No puede usted decirme el número de su casa?

—Si quiere verles, vamos juntos. Todas las mañanas paso a recoger a Jadwiga Bogdanovna; trabajamos en el mismo taller. ¿Vamos?

*

Rayewski oía el taconeo de la joven, que caminaba a su lado.

Sin mirarla, percibía con el rabillo del ojo que ella le examinaba con mucha curiosidad. Rayewski era un magnífico fisonomista, y el rostro de la muchacha, a la que el chico había llamado Sara, se le grabó en la mente con singular nitidez, sobre todo los ojos oscuros, de los que había desaparecido la expresión de fría indiferencia en cuanto se puso a hablar con el pequeñuelo. De no ser tan joven —no debía pasar de los diecisiete— se la hubiera podido tomar por la madre del chico.

Rayewski ardía en deseos de saber de Jadwiga y de su hijo más de lo que la joven le había dicho, pero su habitual cautela no le permitía seguir inquiriendo. De momento, se había quitado una losa del pecho: sabía que vivían; pero la emoción que en él despertara el ansia del reencuentro le dominaba más y más. ¿Cómo sería su hijo? Tenía dieciocho años... Ya era un hombre... ¿Y Jadwiga? ¿No se habría vuelto a casar? ¡Habían transcurrido once años! ¡Cuánto tiempo! Tan imposible era desprenderse del peso de aquellos años como escapar a las canas...

—¡Hemos llegado!

La voz de la muchacha era cantarina y melodiosa.

Rayewski la miró. Llevaba un gorrito gris, de lana, haciendo juego con la chaqueta, puesto sin la menor coquetería. Su nariz era irreprochable, y su boca, bella y enérgica.

La muchacha sonreía, adivinando vagamente.

—¿Eres tú, Sarita? Ahora voy...

—No he venido sola, Jadwiga Bogdanovna; me acompaña un viejo amigo suyo. ¡Buenos días, Raimundo!

Rayewski casi tocaba con la cabeza el techo de la diminuta y oscura habitación, cuya única ventana daba a la pared de una leñera.

Jadwiga volvió la cabeza, al tiempo que se ponía el abrigo.

Segismundo se quitó el gorro, con mano que le pareció de plomo, y dijo en un susurro:

—¡Buenos días, Jadsia!

Jadwiga se le quedó mirando un instante, con ojos que el asombro dilataba.

—¡Segismundo!

Le abrazó, sollozando convulsivamente, como si temiera que de nuevo la dejaran sin él.

—No llores, querida, no llores... Ya estamos juntos otra vez... No llores, Jadsia... —la tranquilizó Rayewski.

Raimundo miraba con fijeza a su padre. De él le hablaba sin fin la madre, llena de ternura y amor, en las largas veladas invernales. El muchacho se había forjado una imagen legendaria de su padre, aquel hombre tan viril, fuerte, justo y honrado.

En el corazón de Raimundo habían nacido, al mismo tiempo, el amor a su padre y el odio a sus perseguidores, a sus jueces, a los que le habían arrojado a presidio.

El muchacho no tenía una idea clara de lo que era el presidio. Pero se lo imaginaba como una fosa sombría, de la que era imposible salir. La madre le hablaba de Siberia, país muy lejano, casi en el fin del mundo, donde hacía un frío espantoso y donde todo eran bosques inextricables y campos muertos, con un sudario de nieve. En centenares de kilómetros no se podía encontrar un alma. Y allí, en aquel país espantoso, unos hombres aherrojados sacaban de las entrañas de la tierra el oro que se llevaba el zar. Esos hombres estaban vigilados por soldados. Aquello era el presidio. Allí estaba su padre.

¡Cuántas lágrimas había derramado el pequeño al escuchar los dolorosos relatos de la madre sobre aquél que sólo ansiaba una vida feliz para los pobres y los desposeídos!

¿A quién, de no ser a su hijo, hubiera podido hablar la madre de la herida sangrante en su corazón, de su vida truncada en plena juventud, del hombre a quien no había dejado de amar y al que esperaba todos aquellos años infinitos?

La madre vertió en el corazón del hijo la ternura inagotable de su alma.

El pequeño creció sabiendo percibir y comprender el dolor ajeno. Era la única alegría de su madre, que para él vivía. Pasaron los años. El niño se hizo un hombretón. La madre, al mirarle, solía acordarse de su juventud, cuando Segismundo iba a verla, tan guapo y joven como su hijo. ¡Cómo se había mofado de ella la vida...!

Había pasado sus mejores años sin su amigo, sabiendo a cada instante lo que él sufría... Pero ahora estaba allí el padre y el marido. Canoso y adusto. Dos arrugas, profundas como heridas de sable, surcaban su frente...

El padre era más alto que él, era fuerte. Raimundo lo sintió por el contacto del brazo que se ciñó a sus hombros.

—Padre, padre mío —musitó el muchacho.

*

Sara les contemplaba, llena de turbación por su presencia involuntaria. Rebosante de alegría por la felicidad de sus amigos, pensaba: «¡Es él, el misterioso padre de Raimundo...! Casi lo adiviné...», y dijo quedamente:

—Jadwiga Bogdanovna, yo me voy corriendo. Usted quédese. Diré que se ha puesto enferma.

Jadwiga salió de su abstracción:

—Ay, sí, debo ir al taller... ¡Espera, Sarita! Hoy no puedo quedarme, pues Shpilman ha ordenado que vayamos las dos a casa de los Mogielnicki. Si no voy, me despedirá...

Volviéndose hacia su marido, se disculpó.

—Perdona, Segismundo, pero tengo que marcharme. Debo ir personalmente a tomar y probar un encargo de mucho precio.

Procuraré regresar cuanto antes... Bueno... Raimundo te contará todo... ¡Dios mío! ¿Pero es posible que hayas vuelto?

En el umbral volvió a abrazar a su marido y cerró la puerta.

—¿Esa muchacha es amiga de casa? —preguntó Segismundo a su hijo, apenas las mujeres hubieron salido de la habitación.

—Sí, padre.

—Dales alcance y adviérteles que no digan a nadie una palabra de mi llegada.

Raimundo, comprensivo, salió rápidamente.

Cuando regresó, su padre, sentado a la mesa, sumido en un mar de pensamientos, apoyaba en las manos la gris cabeza. Miró a su hijo y le sonrió con tierna gravedad. Raimundo se encontraba ante él sin atinar a decir palabra. Por fin, logró balbucear:

—¿No quiere usted comer?

—Sí; pero no me hables de usted.

De nuevo una pausa. Ambos se miraban atentamente. El hijo sabía mucho de la vida del padre; el padre, nada de la del hijo. Y la incertidumbre inquietaba a Segismundo Rayewski. ¿Qué ideas y sueños tendría aquel joven tan corpulento? ¿Qué relaciones se establecerían entre ellos? ¿Sería el muchacho su amigo y camarada de lucha o un ser extraño, ajeno, del que tendría que ocultarse igual que de los vecinos? Como siempre, Rayewski afrontó el peligro:

—Siéntate, hijito, y dime cómo habéis vivido.

Raimundo obedeció, sonriendo confuso. El padre le miró al rostro bello y delicado y frunció el ceño. Buscaba rasgos viriles y sólo en los ojos azules percibió por un segundo lo que deseaba.

—¿Por dónde empezar, padre?

—¿Estudias?

—No. Ya hace tres años que terminé la escuela del pueblo. No pude continuar los estudios por falta de dinero. Mamá se empeñaba, pero yo no podía consentir que pasara veinte horas diarias cose que te cose. Y entré a trabajar en la azucarera de Barankiewicz...

En la habitación reinaba un profundo silencio: no se oía más que el pausado tictac del reloj.

—¿Y por mí no has ido hoy a la fábrica?

—No... Ya hace unos meses que no trabajo...

—¿Por qué?

Raimundo se agitó inquieto en su silla.

—Me despidieron.

—¿Por qué?

Las pupilas de Raimundo se contrajeron.

—Según el documento de despido, por haber tomado parte en el saqueo de unos depósitos...

Raimundo se calló, al darse cuenta de que su padre había arrugado bruscamente el entrecejo.

—¡Pero eso no es verdad, padre! ¡Es una mentira infame! Lo único que hicimos fue exigir que nos pagaran los seis meses que nos debían. Los obreros nombraron una delegación para tratar con Barankiewicz, y los jóvenes me enviaron a mí. Barankiewicz nos gritó como si fuéramos perros y nos echó de su despacho. Toda la fábrica nos estaba esperando a la puerta de la oficina. Les contamos cómo nos había recibido el patrono. Y empezó el jaleo... Cuando los soldados alemanes, que montaban guardia allí, quisieron disolvernó, los desarmamos y nos hicimos con una ametralladora. Obligamos al cajero a que nos pagara por lista. Cuando se acabó el dinero de la caja, abrimos un depósito y ordenamos al guardián que diera a cada hombre tres sacos de azúcar en vez del jornal. No robamos nada. Nosotros, con los camaradas que habían servido en el ejército, defendimos la calle contra los dragones alemanes que Barankiewicz llamó por teléfono de la ciudad. Cuando se nos acabaron todas las municiones, nos dispersamos. Pero la ametralladora la escondimos en lugar seguro, para que no cayera en manos de los alemanes...

Raimundo guardó silencio. El padre, pensativo, atusábase el bigote gris y sonreía.

—¿Qué pasó luego?

—Luego, los alemanes nos quitaron a todos el azúcar. A muchos los arrestaron, y a los demás, Barankiewicz los puso en la calle sin pagarles ni un kopek. A otros camaradas y a mí, que formábamos la delegación, nos inscribieron en la lista negra. Yo, padre, no me quedé ni con una libra de azúcar. Pero Barankiewicz no me pagó los ciento ochenta marcos que me debía. Eso, por seis meses enteros de trabajo...

—Bien, hijito. Ya me presentarás a tus amigos, los ametralladoristas. Y ahora vamos a comer, si es que hay algo.

—Perdona, padre, pero no tenemos más que un poco de arenque.

CAPÍTULO III

La enorme verja del parque no se cerraba: los coches iban llegando uno tras otro. En la puerta principal del palacio de los Mogielnicki, profusamente iluminada, observábase un movimiento incesante: acudían los invitados. En el vestíbulo, unos lacayos recogían los abrigos.

Estefanía y Wladislaw recibían a los invitados en la puerta del salón. Un traje de noche, negro, ceñía la figura carnosa de Estefanía, dejando al desnudo sus hombros y sus brazos. Expresaba el rostro alegría y excitación. Recibía a los invitados con una sonrisa tan cordial y amable que los pequeños hidalgos, a quienes impresionaba en el primer momento el suntuoso palacio de los condes y la brillante sociedad allí reunida, notaban al punto cómo se desvanecía su apocamiento.

Wladislaw afanábase por dar la sensación de ser un verdadero aristócrata; quería que la morralla invitada por razones de tipo político viera en él, a la primera ojeada, al conde de Mogielnicki. Tendía negligentemente dos dedos a los nobles de poca monta y cruzaba algunas palabras de bienvenida con los grandes latifundistas. Pero cuando llegó el príncipe de Zamojski con su familia, se precipitó a su encuentro.

Del enorme salón escapábanse sueltos acordes de la orquesta, que afinaba los instrumentos.

—Ahí tienes al señor Barankiewicz y a su señora —musitó Wladislaw a Estefanía.

A ellos se acercaba un hombrón, tan grueso como delgada era su esposa, a quien llevaba del brazo. Unos abultados pliegues le sobresalían del almidonado y estrecho cuello de la camisa. Sus ojos saltones, que parecían de cangrejo, surcados de venillas sanguinolentas, se detuvieron en Estefanía.

—¡Oh, la señora condesa está hoy deslumbrante! ¡Quién tuviera diez años menos...! ¡Hem, hum... sí! —exclamó con voz aguardentosa.

Su esposa sonreía ácidamente. A Wladislaw le pareció que los botones del chaleco del fabricante de azúcar estaban a punto de saltar bajo la presión del enorme abdomen.

Los Barankiewicz pasaron al salón. Un lacayo anunció a Estefanía que había llegado un coche con los oficiales alemanes. Wladislaw miró a su cuñada significativamente y le dijo con precipitación:

—No te olvides, Estefanía; Eduardo te rogó que no perdieras de vista a los alemanes. Hay que entretenerles en el saloncito. Procura reunir allí a algunas señoritas de las que saben el alemán, y no escatiméis el vino...

—Ya lo sé... Ahí vienen. Yo les recibiré y tú ve arriba para anunciarle a Eduardo su llegada... Y que Ludwiga venga a ayudarme. Todos preguntan ya por ella...

Wladislaw se esfumó. Estefanía recibió a los alemanes con una sonrisa encantadora. Al lado de Sonnenburg iba un coronel no muy viejo: el comandante militar de la plaza. Les seguían tres oficiales, uno de ellos Schmuldtke. Sonnenburg presentó a Estefanía a sus acompañantes.

El coronel rozó la mano de la dama con sus engomados bigotes.

—Muy agradecido, condesa, por su amable invitación, y muy contento de saludar en su persona a la esposa de un oficial del ejército alemán.

—Confío, excelencia, que no se aburrirá usted en nuestra sociedad.

—¡Pero qué dice usted! —protestó el coronel.

Estefanía entró en el salón, rodeada de los oficiales.

Sonnenburg detuvo a Schmuldtke.

—¿Ha puesto guardia en torno a la finca, señor teniente?

—¡Sí, mi mayor!

*

En el despacho de Eduardo había varias personas reunidas: el propio Eduardo, que había regresado de Varsovia la víspera; el padre Jerónimo, el príncipe de Zamojski, Barankiewicz, el obispo Benedicto y tres jóvenes vestidos de paisano.

José estaba sentado a la entrada de la habitación de Ludwiga.

Cuando llegó el viejo conde de Mogielnicki, apoyado en el brazo de un lacayo, José abrió con respeto la puerta y la volvió a cerrar inmediatamente ante las mismas narices del servidor.

—Puedes marcharte; te llamaré cuando seas necesario.

El lacayo, que era hijo del viejo José, se encogió de hombros desconcertado y se dirigió hacia la escalera.

—¿Dónde está ese golfo de Mechislaw? No le quites ojo, Adán. ¡Vaya un castigo que nos ha enviado la Providencia!

Adán se detuvo y lanzó a su padre una mirada llena de tristeza.

—Desde ayer, después de la paliza que le dio a Francisca, no le he vuelto a echar la vista encima. Dicen que ha ido a la granja, a charlar con los soldados.

Eduardo se levantó al entrar su padre, y dijo:

—Parece que ya estamos todos. Mientras abajo se divierten, podremos tratar algunos asuntos. Aquí te presento a unos amigos, padre —continuó Eduardo, al ver que el viejo se detenía ante los jóvenes desconocidos que se habían levantado para saludarle.

—Capitán Wrona —se presentó uno de ellos, de rostro pálido y ojos congestionados.

—Teniente Vernery —dijo otro, apuesto y de ojos azules.

—Teniente Zaremba —se anunció con voz bronca el último, rechoncho y con bigote corto.

Wladislaw entró apresuradamente en la habitación.

—Eduardo, han llegado los alemanes: el coronel y unos cuantos oficiales... Ludwiga ya está abajo. ¿Oyes? Están tocando el saludo. Todas tus órdenes han sido cumplidas. ¿Me permites que me quede?

—No. Ve abajo a entretener a los invitados. Vuelve dentro de media hora —le respondió secamente Eduardo.

Wladislaw hizo una mueca de disgusto, pero giró sobre los talones y salió. Aquel mismo día, por la mañana, había sido «promovido» a alférez y nombrado jefe de sección de la legión polaca que estaba formando Eduardo.

—Así, pues, si ustedes me lo permiten, empiezo —dijo Eduardo, cuando todos se hubieron sentado.

De abajo llegaban los acordes de una mazurca.

—Hemos decidido lanzarnos a la calle pasado mañana. No podemos esperar más. Los austríacos huyen hacia su patria, abandonándolo todo. Hoy hemos sabido que en Alemania ha estallado la revolución. Nuestra situación es muy crítica. Destacamentos guerrilleros persiguen a los alemanes en retirada. Pronto llegarán aquí. El señor de Zajaczkowski dice que en sus aldeas ya ha comenzado... Como saben ustedes, el siete de noviembre se formó en Lublin un gobierno polaco presidido por el socialista Daszinski.

Barankiewicz hizo un brusco ademán de disgusto.

—Eso nada tiene de terrible —le tranquilizó Eduardo—. Es verdad que Daszinski ha prometido mucho en sus declaraciones: sufragio universal, igual, directo y secreto, jornada de ocho horas y hasta la entrega de la tierra a los campesinos —enumeró el conde con sorna—. Pero todas esas declaraciones son hoy necesarias. Nos será fácil arrojarle a un rincón cuando seamos fuertes. Mientras tanto, gracias a estas promesas de Daszinski, los propios campesinos cuidan de nuestras fincas, pues las consideran patrimonio del pueblo. Lo importante es que poseamos la fuerza de las armas. Hoy disponemos de unos cien hombres. Es lo suficiente para ocupar la ciudad. La guarnición austríaca se va esfumando. La única fuerza real la constituye el escuadrón de dragones alemanes... Pero con los alemanes nos pondremos de acuerdo. Con mayor razón, porque pronto no les quedará ni un solo soldado.

—¿De dónde ha sacado usted esos cien hombres? —inquirió el obispo, viejo seco como una momia, que pasaba maquinalmente las cuentas de su rosario. Hasta entonces había sido partidario de los alemanes y deseaba conocer qué había de real en aquella aventura, a la que con tanto empeño le quería arrastrar el padre Jerónimo.

—Parte son antiguos soldados de la legión polaca del ejército austríaco y miembros de la organización militar de la ciudad. El resto, jóvenes de buenas familias... Al día siguiente de haber tomado la ciudad, seremos tres veces más... En caso necesario,

el señor Daszinski promete enviarnos un destacamento de la milicia popular organizada por ellos.

—¡Hem, hum... sí! —carraspeó sombríamente Barankiewicz—. ¡Odio a todos esos socialistas y demás granujas! ¡«Milicia popular»! ¿Qué les parece? Por lo que a mí respecta, me agrada más la palabra «gendarme».

—Gracias por el cumplido —dijo el capitán Wrona, con una mueca que quería ser una sonrisa.

Cuando el capitán sonreía semejaba un difunto que mostrase los dientes; tal era la inmovilidad de su rostro y de sus ojos turbios. Después del golpe de Estado, Wrona debía ser el jefe del cuerpo de gendarmes.

—¿Quién va a ser el alcalde de la ciudad? —preguntó el obispo.

Eduardo sonrió con indulgencia.

—El Poder lo tendremos nosotros, el Estado Mayor de la comarca. En el Ayuntamiento pondremos a hombres de paja como el abogado Sladkiewicz... Dentro de unas tres semanas, reuniremos unos mil o dos mil soldados, lo que será ya un pequeño ejército...

El obispo le interrumpió cortésmente:

—¿Piensa usted que bastará?

El capitán Wrona dijo al oído a Vernery:

—Esa lombriz desecada no es tan tonta como parece...

El viejo señor de Zajaczkowski se levantó impaciente.

—Me parece que su ilustrísima no comprende toda la seriedad del momento. ¡Si ustedes, que viven en la ciudad, donde siempre hay una guarnición u otra, se sienten relativamente seguros, nosotros, en nuestras fincas, pasamos las noches sin pegar ojo! Estamos rodeados de mujiks. Por cada diez ucranianos no hay más que un polaco... Esos cerdos de los ucranianos sueñan con unirse a los guerrilleros...

—Más exacto sería decir con arrebatamos la tierra —añadió el príncipe Zamojski—. Aquí la cuestión nacional es accesoría.

—La tierra a los campesinos, las fábricas a los obreros, los señores a la pared y los curas a la horca. ¿No es ése su programa? —observó tranquilamente Wrona.

—¡No divaguemos, señores! —le interrumpió Eduardo—. Así, pues, pasado mañana ocuparemos la comandancia militar, el Ayuntamiento y la estación. Declararemos el estado de guerra y la recluta de voluntarios. Después, ya veremos qué giro toman las cosas.

El obispo sonrió malicioso.

—Que el señor conde me perdone la interrupción. Pero yo quiero puntualizar algunos extremos —dijo muy quedamente, dejando en paz las cuentas de su rosario y clavando sus ojuelos de rata en Eduardo—. El señor de Zajaczkowski acaba de decir que yo no comprendo toda la seriedad del momento... —el tono con que fueron pronunciadas estas palabras encerraba una regular dosis de veneno—. Pero creo que no soy yo quien peca de incompreensión en este caso. Llevo treinta años sirviendo a Dios en estos lugares y tengo motivos para conocer el verdadero estado de las cosas. No soy un guerrero, sino un manso portavoz de las palabras de Dios. Realmente, ni el padre Jerónimo ni yo deberíamos asistir a esta reunión. Pero los servidores de la Iglesia han acudido, a veces, a los consejos militares para advertir a los jefes demasiado impetuosos los peligros que se alzarán frente a ellos en sus campañas... Todos ustedes son celosos católicos. Yo, como su pastor, estoy obligado a decirles lo que pienso de todo esto —el obispo hizo una pausa muy significativa—. No olviden, señores, que vivimos en la misma frontera de Austria con Rusia. Ahora, esta frontera ya no existe. Los ucranianos que se encontraban en Rusia ya saben lo que es la revolución. Confío en que no habrán olvidado ustedes cómo incendiaban las fincas de sus terratenientes. La ocupación alemana les ha amedrentado por cierto tiempo. Otros ucranianos, los que viven al lado, en Galitzia, no han hecho lo mismo, porque, gracias a Dios, reinaba el emperador austríaco y su ejército mantenía el orden... Ahora no hay ni emperador ni ejército. Ustedes se disponen a tomar el poder en un territorio poblado en sus nueve décimas partes por ucranianos. El conde Eduardo me ha leído las cartas del conde de Potocki y del príncipe de Radsiwil. Sus fincas y fábricas están dispersas por toda Volinia y Podolia. Ellos también forman sus destacamentos y se disponen a tomar el poder. Esperan nuestra ayuda... ¿Qué significa esto, señores? Esto significa que

el Estado polaco, antes de su nacimiento, ya piensa en la guerra contra Ucrania y Bielorrusia. Tengan en cuenta que allí tendrán que vérselas con una población que les combatirá como a invasores extranjeros y como a terratenientes... ¡Ahora, piensen si un Estado joven puede lanzarse a semejante aventura —y perdonen lo fuerte de la palabra— sin poner en peligro su propia existencia! Si en la misma Polonia contamos con una mayoría polaca, a la que se puede poner en pie para defender la patria contra los rusos y los ucranianos, ¿cómo se la van a arreglar ustedes para alzar a los ucranianos y bielorrusos contra sus hermanos en favor de los terratenientes polacos? ¡Bien sabe Dios que mi sueño es la victoria de la Iglesia católica en todo el mundo! Pero, señores, nosotros no somos niños. Y debemos saber que los alemanes necesitaron trescientos veinte mil soldados para realizar la ocupación de Ucrania. Y ustedes sólo dentro de un mes confían en tener dos mil... Creo, señores, que debemos sacrificar los intereses de los Potocki y de los Radsiwil, de los Sangushko y otros cinco o seis magnates para fortalecer el reino polaco allí donde contamos con una base para ello...

El príncipe de Zamojski, a quien el obispo, diplomáticamente, no había nombrado entre los magnates, se mordió colérico los labios.

—¡Hem, hum... sí...! —carraspeó Barankiewicz, dándose un puñetazo en la rodilla (a duras penas contenía su furia). Barankiewicz solía asustar a sus interlocutores con su ensordecedor carraspeo que terminaba invariablemente con la palabra «sí»—. ¡Perdone, excelencia! ¿Me aconseja su ilustrísima que abandone mi fábrica y huya a Varsovia? ¿Nos aconseja a todos los presentes abandonar nuestras fincas y bienes y largarnos a Varsovia con lo puesto, para «fortalecer» allí el reino polaco? ¡Gracias! ¡Nosotros pensamos de otro modo! ¡Lucharemos hasta el último aliento...! ¡Todo antes de entregar voluntariamente nuestra fortuna a esas bestias enfurecidas! ¿Por quién nos ha tomado usted?

El obispo frunció los labios con gesto despectivo.

—El señor Barankiewicz ve lo que está ocurriendo desde lo alto de la chimenea de su fábrica, de donde no se alcanza más

que cinco kilómetros de distancia; pero le tienen sin cuidado los intereses de Polonia.

—¿Pero acaso el ideal de cada hidalgo no es ver la Gran Polonia con fronteras de mar a mar? —exclamó Zaremba, poniéndose en pie.

El obispo respondió fríamente, sin molestarle siquiera en mirarle.

—¡Desafortunado ejemplo, señor teniente! La Gran Polonia de 1772, que poseía parte de Ucrania, Lituania y Bielorrusia —y que, por cierto, sus fronteras distaban entonces mucho del Mar Negro—, pereció precisamente porque cada comarca no pensaba nada más que en sí misma, porque cada vaivoda se apoderaba de todas las tierras que podía para sumarlas a sus posesiones, porque cada magnate pensaba en sus intereses particulares y no en los del Estado como tal... Y ustedes se disponen a repetir algo semejante.

—Es extraño, pero su ilustrísima no objetó nada cuando los alemanes se adueñaron de Ucrania —le espetó, irritado, el príncipe de Zamojski.

—Los alemanes constituían una fuerza real... Ahora se desmoronan los imperios, caen las coronas... Rusia arde. Y nosotros, si no queremos ser los causantes de nuestra propia muerte, debemos observar la mayor prudencia. ¡Yo me pronuncio por fortalecerse allí donde se cuenta con una base! ¡Yo soy partidario de la prudencia! Dios ve que si tuvieran ustedes la fuerza suficiente, les daría mi bendición para que exterminaran a los malditos bolcheviques, no sólo en Polonia... Me retiro, pero que recuerden los señores que aquí, en nuestra propia casa, hay no pocos hombres que nos están cavando la sepultura. ¡Recuerden que en Polonia, además del gobierno de Daszinski, ya hay soviets en algunas partes!

El obispo se levantó, saludó a todos con una inclinación y se retiró. El padre Jerónimo, que en todo el tiempo no había dicho esta boca es mía, salió tras de él. Bajaron por la escalera de servicio, tratando de pasar inadvertidos. En silencio llegaron al parque, donde esperaba el cupé del obispo, y en silencio montaron en él. Cuando ya estaban llegando a la ciudad, el obispo se volvió hacia el padre Jerónimo y le dijo en tono confidencial:

—Usted, padre Jerónimo, volverá, sin duda, allí. Pues bien, venga mañana para tenerme al tanto. Esfuércese por que el conde no se deje ilusionar por la proposición de Zamojski y Potocki. Todos los destacamentos por él formados deben quedar aquí y no adentrarse en Ucrania. Por cierto, me han dicho que ayer se reunieron en casa de usted los curas rurales... Creo que la próxima vez ustedes deberán reunirse en mi presencia. Permaneceré en la ciudad unos diez días. Ya sabe, claro está, que voy a ser trasladado al obispado de Cracovia. Pero, mientras me encuentre aquí, padre Jerónimo, le ruego que no dé un paso sin mi consentimiento... Recuerde, padre Jerónimo, que si todos esos proyectos quedan en agua de borrajas no será usted obispo. Por eso le aconsejo que no menosprecie mi ayuda ni mis consejos... ¡No se olvide de que la prudencia es hermana de la sabiduría!

El padre Jerónimo se mordía los labios. Sentíase como un escolar sorprendido al cometer una diablura y al que tiraran de las orejas. «¿De dónde el viejo zorro lo sabe todo? ¡Hay que tener más cuidado con este diablo con sotana!»

El cupé se detuvo junto a la casa de un sacerdote de la ciudad. El padre Jerónimo abrió la portezuela y ayudó al obispo a apearse.

—Que Dios le bendiga —dijo aquél al despedirse—. Mi cochero le llevará allí.

*

En el comedor se vertía el vino a torrentes y tintineaban las copas.

Se comía y bebía sin tasa. Todos los presentes hablaban a un tiempo, sin escucharse unos a otros. Se entusiasmaban, discutían, peroraban.

Los lacayos corrían de un lado a otro.

José contemplaba con dolor de su corazón cómo se consumían los quince mil marcos que el conde Eduardo había dado para la fiesta.

Las damas de edad, refugiadas en los divanes del salón, se entretenían poniendo de vuelta y media al prójimo.

En la sala de billar, en torno a Wladislaw, reuníase toda la juventud masculina. El teniente Zaremba, después de un discurso lleno de llamamientos patrióticos, empezó a reclutar voluntarios. Todas las candidaturas habían sido discutidas previamente. Cada voluntario recibía su destino y determinadas instrucciones. Los cajones con armas estaban ya en la finca y todos serían armados al día siguiente por la tarde. Todos aparetaban valentía, pero en algunos, como dice el refrán, la procesión iba por dentro. Wladislaw presumía, mostrando el uniforme hecho de uno de su hermano, con galones de oficial. Después del alistamiento cantaron, para elevar la moral, el himno *Polonia aún no está perdida*, y salieron en tropel al salón.

Los alemanes jugaban a las cartas en el despacho del viejo conde. Se les escanciaba vino generosamente. Estefanía entraba allí a cada momento para ver si había suficiente bebida en la mesa y si los oficiales seguían entretenidos en el juego. Al darse cuenta de que quedaba poco vino, dijo a Wladislaw:

—Haz que lleven al despacho unas botellas de Borgoña.

Wladislaw había bebido abundantemente y estaba enardecido. La primera doncella que encontró fue Elena, y le ordenó:

—Corre a la bodega y trae una cesta de Borgoña. ¡Rápido!

—Yo no entiendo de vinos, señor conde. Le diré a mi padre que lo traiga él.

Los ojos de Wladislaw resbalaron rápidamente por el cuerpo de la muchacha.

—¡Hace falta ahora mismo! Vamos juntos y yo lo elegiré.

Al bajar a la bodega, Wladislaw cerró silenciosamente la puerta. Elena, que le precedía con una vela en la mano, no se dio cuenta de nada.

La muchacha llenó una cesta de botellas y se inclinó para levantarla. Pero Wladislaw la derribó de un empujón brutal.

*

Arriba continuaba la fiesta...

Wladislaw abrió cautelosamente la bodega: nadie. Sacó la cesta con las botellas a la escalera, empujó la puerta y, mirando temeroso a uno y otro lado, intentó cerrarla con llave. Le pare-

ció oír unos pasos arriba. Se deslizó al patio por una puerta lateral, dejando la llave en la cerradura. Como un perro que ha cometido alguna barrabasada, llegó al bufé y se bebió de un trago un vaso de vino dulce.

En un rincón había dos personas que se hallaban en aquella fiesta como gallina en corral ajeno. Eran el enteco y nervioso Shpilman, dueño de unos talleres de costura, y Abramajer, el director del banco comercial, gordinflón flemático, con una calva enorme. Como no habían advertido la presencia de Wladislaw, conversaban animadamente.

—¿Comprende usted, señor Abramajer, cómo me duele eso? ¡Cuando mi Isaac quiso alistarse, le respondieron que no admitían a los judíos! Ellos dicen: «¡Esto es el ejército polaco!».

—¿Y qué?

—Isaac se indignó. Pesqué a Barankiewicz y le dije: «¡Oiga usted, he dado para este asunto diez mil marcos, y, además, daré trescientos uniformes! ¿Pero acaso no es posible nombrar a Isaac oficial de intendencia? El muchacho, gracias a Dios, ha estudiado en la Escuela de Comercio y no es más tonto que esos señoritos que no tienen un rublo en el bolsillo. Además —le dije—, ¿es decente tratar así a los aliados por el mero hecho de que sean judíos?».

—¿Y qué?

—Pues que Barankiewicz lo arregló todo. A Isaac lo han alistado en intendencia. No le han hecho oficial. Por ahora no es más que sargento. ¡Pero no importa! El chico es listo y, si todo marcha bien, llegará, sin duda alguna, a oficial. ¡Aunque tenga que soltar otros diez mil del ala!

Abramajer vio en aquel momento a Wladislaw y dio un codazo a su interlocutor. La conversación prosiguió en un susurro.

—Dígame, señor Shpilman, ¿cree usted que lograrán tomar el poder?

—Pues claro; ¿para qué, si no, todo esto?

—¿Y qué piensa usted de ello?

—¿Qué voy a pensar, señor Abramajer? Pienso, y usted estará de acuerdo, que mejor son los nobles que el poder soviético. Si los descamisados les cortan la cabeza a los señores, nos dejarán a usted y a mí con lo que nuestra madre nos echó al mundo.

Y, ¿quién sabe?, bien puede ser que nos rebanen la cabeza... Me he enterado de que ayer se decían entre mis obreros cosas como ésta: «En cuanto llegue el poder soviético, le ajustaremos las cuentas a esa sanguijuela de Shpilman...». ¡Qué marranada! Doy de comer a esos mendigos, y en señal de agradecimiento: ¡«sanguijuela»! Dígame: ¿hay justicia en este mundo?

—¿Y sabe usted quién lo dijo?

—¡Cómo no voy a saberlo! Tengo entre ellos gente de mi confianza. Lo dijo Sara, la hija del zapatero Mijelson. Me parece que viven en una de sus casas. ¡Claro está que mañana mismo pondré a esa zorróna de patitas en la calle! ¿Pero acaso es ella sola? ¿Qué falta les hacía a los austríacos armar todo este lío? Nos teníamos creído que eran un pueblo decente y fíjese con la que nos han salido, ¡con la revolución!

Abramajer, impaciente, le interrumpió:

—¿Entonces, recogerá usted mañana las divisas que tiene en mi banco? Pienso que hay que esconderlas lo mejor posible. La lástima es que por ahora no se pueden transferir a ningún sitio, ni sacar del país... Dese usted prisa, ¿me entiende? Dios sabe lo que puede suceder... Tenga presente que Mogielnicki es capaz de echarle la zarpa a nuestro banco. Todo será que se le ocurra...

—¡Es usted una bellísima persona, señor Abramajer! Ve a cuatro metros bajo tierra. ¡Créame que si encontrara un idiota dispuesto a comprar mis talleres y casas, se los vendería hoy mismo, sin pensarlo ni un segundo! Y a mitad de precio, se lo juro... ¡Vaya una situación...!

*

Al regresar al palacio por la puerta de servicio, el padre Jerónimo oyó unos gritos ahogados que partían de la bodega. Se detuvo.

—¡Ábranme, por Dios, que tengo mucho miedo!

Gritaba mía mujer. La llave estaba en la cerradura. El padre Jerónimo le dio la vuelta. En la oscuridad, Elena, enloquecida, creyó tener delante al mismo diablo.

—¡Jesús! ¡Virgen Santa! ¡Apiadaos de mí! — gritó histéricamente.

—¿Qué te pasa, hijita? ¡No temas! ¿Acaso no reconoces al padre Jerónimo?

Las palabras incoherentes de Elena se lo explicaron todo. Tomó a la muchacha de la mano.

—Ven conmigo...

Estefanía, que en aquel momento se encontraba en el primer piso, les abrió la puerta.

—¿Qué ocurre, padre Jerónimo? —preguntó, toda asustada, al ver el semblante desencajado de Elena.

—Perdone, condesa; debo hablar a solas con esta niña. ¿Me permite que pase con ella a su *boudoir*?

—Con mil amores; pero ¿qué ha ocurrido?

El padre Jerónimo, con un ligero ademán, le rogó que callase, introdujo a Elena en el *boudoir* y, después de dejarla sentada en el diván, regresó a donde estaba Estefanía, cerrando previamente la puerta.

—Ha ocurrido un asunto muy desagradable que es necesario ocultar. Pase a su dormitorio y escuche. La voy a necesitar a usted —musitó precipitadamente el jesuita.

*

—Sí, hija mía, lo que cuentas, si no mientes, es horrible. Ahora escúchame, hija. ¿Vas a decírselo a tus padres? ¡No lo hagas! No conseguirías más que perderte. Los señores despedirían a los viejos y a ti te meterían en la cárcel, acusándote de haberles calumniado. Tú misma dices que nadie te vio con el conde. Escucha, hija, lo que te aconseja tu padre espiritual. ¡El Señor manda que perdonemos a nuestros ofensores! Y como a buena cristiana te será tenido en cuenta si lo olvidas todo... Si me prometes callar, le hablaré de tu desgracia a la condesa Estefanía. Es una buena católica y no escatimará el oro para expiar ante Dios el pecado de tu ofensor. Júrame, hija, en nombre de la Santa Virgen, que no dirás a nadie ni una palabra. Cree que lo único que deseo es tu bien. Le rezaré a Dios, para que te bendiga. ¡Y ese hombre malvado no escapará al castigo de la Providencia!

Los ojos del padre Jerónimo hipnotizaron a Elena, que murmuró con voz sorda:

—No diré nada.

El padre Jerónimo, bisbiseando una oración, pasó cariñosamente su pesada mano por la cabeza de la joven.

Mientras tanto, Estefanía, que ardía de vergüenza, porque, gracias al padre Jerónimo, iba a desempeñar en aquella historia un papel poco envidiable, sacaba de su cofrecillo unas chucherías de oro...

*

Ludwiga estuvo durante toda la velada de un humor magnífico. La atención general, el verse admirada, la conciencia de su belleza, la felicidad de tener a Eduardo tan cerca y la emoción de saberse la primera beldad en el ruidoso salón le producían vértigos. Los jóvenes de las mejores familias consideraban un honor el sacarla a bailar la mazurca o el *krakowiak*, y ella bailaba, hasta marearse, las agitadas danzas nacionales, llenando de entusiasmo a los viejos de bigotes grises y a los jóvenes casi imberbes.

—¡Es encantadora! —exclamó Vernery, sin apartar sus ojos admirados de Ludwiga, que estaba bailando en aquel momento.

Vernery y Wrona habían dejado solos en el despacho a Eduardo y al príncipe de Zamojski y bajaban juntos al salón. Desde los últimos peldaños de la escalinata se veía a todo el mundo.

—¡Las mujeres no son mi elemento, *monsieur* Vernery! Un pellizco de cocaína me emociona más que todas esas venus tan cacareadas —respondióle Wrona en un francés espantoso.

Vernery hizo una mueca de repugnancia.

—De gustos no hay nada escrito... ¿No llamaré la atención si la invito a valsar? No le oculto que estoy casi enamorado...

—Opino que puede hacerlo si no es capaz de aguantarse. Ahora, no olvide que para los extraños es usted el preceptor del benjamín de Zamojski... ¡Que la suerte le sea propicia! Aunque la empresa es desesperada —replicó perezosamente Wrona.

Un cabo rechoncho y fornido exigía de José que llamara al teniente Schmuldtke. El viejo, al darse cuenta de que el soldado estaba dispuesto a entrar sin permiso, fue en busca del teniente.

Unos minutos más tarde salía Schmuldtke, con Estefanía del brazo. El teniente estaba achispado. Al ver al cabo, movió con enfado sus bigotes kaiserianos.

—¿Qué pasa, Zuppe? ¿No te tengo dicho que no vengas a molestarme por tonterías?

Schmuldtke no soltaba a Estefanía, y ella no hacía nada por alejarse. El cabo no se atrevía a hablar en su presencia, pero el teniente movió tan amenazadoramente los bigotes, que se apresuró a decir:

—Debo informarle, mi teniente, que he detenido en la granja a Mechislaw Przygodzki, que se dice prisionero de guerra; fue ya una vez arrestado por usted y huyó con los otros reclusos cuando los desertores asaltaron la estación...

—Me parece muy bien que lo hayas arrestado; pero podías habérmelo dicho mañana por la mañana.

El cabo comenzó a ponerse nervioso.

—Es que ese hombre sublevaba a los soldados... Además, se presentó en la granja, borracho, el asistente del señor mayor, con una cesta de botellas de vino que no sé de dónde la habrá sacado. Y se puso a contar a los soldados que en Alemania había estallado la... —al cabo se le atragantó la espantosa palabra.

Schmuldtke soltó el brazo de Estefanía.

—¿Qué dices?

—Entonces, ese prisionero se puso a azucar a los soldados para que arrestasen a los señores oficiales.

—¡Basta! ¿Y tú dónde estabas? Perdome, condesa; pero debo marcharme.

Estefanía, alarmada, se apresuró a comunicar a Eduardo todo lo que había oído. Al entrar en el despacho, notificó, de paso, a José, sentado a la puerta, el arresto de su hijo. El viejo se lanzó escaleras abajo.

Después de escuchar a Estefanía, Eduardo preguntó a Wrona, que acababa de entrar:

—¿El hijo mediano de José ha sido reclutado por ustedes?

—No. Es un tipo extraño. Esta mañana me ha dicho que estaba harto de luchar, que no quería saber nada más de la guerra.

El viejo conde, que no había abandonado el despacho, salió de su somnolencia.

—Hay que decirle a Schmuldtke que no deje escapar a ese canalla... —le dio un golpe de tos—. Su aparición aquí, en estos momentos, da muy mal que pensar. Es un tipo capaz de cualquier crimen ... Hasta hoy no me había enterado de que se hallaba aquí. Me han dicho que le ha pegado a Francisca... ¡Eduardo, te ruego que tomes medidas!

—No te preocupes, padre; sin que tengamos que decirles nada, ya le ajustarán las cuentas los alemanes. Al fin y a la postre, toda esa historia nos viene de perlas... Por lo visto, el asistente ha leído algunos documentos secretos del mayor. Bueno es que los soldados sepan que ha estallado la revolución. ¡No te preocupes, Estefanía, todo esto no tiene ninguna importancia! Vamos, príncipe, a la escalinata a contemplar cómo se entretiene la juventud; desde allí se ve todo perfectamente.

*

Aquella tarde, Francisca trabajaba en la cocina. No la dejaron servir a los invitados, a causa de los cardenales que tenía en la cara. Cuando José le notificó el arresto de su marido, se desconcertó por un instante, pero enseguida gruñó, haciendo ruido con los platos:

—¡Y qué! Me da igual. ¡No lo considero mi marido! ¡Maldita vida ésta! ¡Que lo ahorquen si quieren; me importa un comino!

Las lágrimas la ahogaban. Sentía una pena enorme de sí misma, de su juventud truncada. Recordaba todos los ultrajes que había sufrido en aquella casa. Lo que más le dolía era que Mechislaw le hubiese pegado el mismo día en que llegó. ¡La había puesto como un trapo! Abundantes lágrimas corrían por sus mejillas. Sentía lástima por sí misma, y también por él. ¿Qué habría hecho? ¿Cómo terminaría aquello? La asustaba el peligro que amenazaba a Mechislaw. Pero no quería confesarse que le preocupaba su suerte y que, a pesar de todo, aún lo quería.

*

Estefanía, condolida, miró a Francisca. La doncella, conteniendo las lágrimas, estrujaba, nerviosa, la punta de su delantal.

—Difícilmente podré hacer algo. El viejo conde no quiere mucho, que digamos, a tu marido. Además, en estos tiempos...

—Usted lo puede todo, señora condesa. ¡Se lo suplico! Con dos palabras que usted le diga, el señor oficial lo pondrá en libertad... —imploró Francisca.

La condesa denegó con la cabeza.

—¡No, ahora no puedo hablarle al teniente de eso! Por otra parte, me asombras: te pega, y tú...

—¿Y qué? Me pega porque me quiere...

—Vaya, mujer —Estefanía comprendió el papel desempeñado por el viejo conde en aquel asunto y consideró llegado el momento de cortar la conversación. Dio esperanzas a la doncella con una vaga promesa y regresó al salón.

*

Elena, sacudida por la fiebre, se arrebujó en la manta.

Su madre, asustada, se sentó a su lado.

—¿Quieres que mande llamar al médico, hijita?

—No hace falta, madre, ya pasará. Estoy un poco resfriada. Déjame sola.

*

—¡Ahora, canalla, no escaparás como la primera vez! Dices que hay que arrestar a los oficiales, ¿eh? Por ahora, estamos aún en situación de acortar tu vida perra... Anda, contesta a mis preguntas; de lo contrario... —Schmuldtke golpeó la mesa con el cañón de la Parabellum—. ¿Nombre y apellidos?

—Mechislaw Przygodzki.

*

En el salón bailaban la mazurca. Los hombres taconeaban ágilmente y las mujeres giraban graciosas.

—¡Me tiene usted hechizado, condesa!

Ludwiga sonreía. Por encima del hombro de Vernery miraba hacia donde, altivo y grave, se hallaba Eduardo. Pero el teniente creía que la sonrisa era para él...

—¡Viva la Gran Polonia, de mar a mar! ¡Viva la gran nobleza polaca! ¡Muerte a nuestros enemigos! —gritó Wladislaw, borracho como una cuba.

—¡Viva! —tronó en respuesta el salón, ahogando por un instante los acordes de la orquesta.

CAPÍTULO IV

—¡Mira, papá, el sol ha venido a vernos! —Moishe trató de apresar con sus manitas los dorados reflejos en el sucio piso—. Ahora te traeré un poquito de sol... Se escapa, no quiere...

Moishe entornó los ojillos. Un rayo de sol le daba en la cara. El pequeño sabía que el astro se iba a dormir y que todo quedaría a oscuras. El padre y el abuelo manejaban muy deprisa los martillos. Siempre hacían lo mismo cuando el solecillo se retiraba a dormir, pues no tenían «querosén». Y ellos necesitan hacer zapatos. A la mañana siguiente vendría un señor grandote, con un cuchillo descomunal al cinto, y le gritaría al abuelito. Moishe ignoraba lo que le decía al abuelito, pero éste sí lo sabía y siempre contestaba algo que él tampoco podía entender. El abuelito lo sabía todo. Siempre daba respuesta a las preguntas de Moishe... La abuelita encendía unas astillas bajo las trébedes. Pronto cenarían. Moishe se acordó de que ya hacía mucho que tenía hambre. ¡Cuánto tiempo llevaba sin comer nada sabroso! ¡Cada día habichuelas sin carne! ¿Cuándo se cansaría de ellas la abuela? ¿No le traería la tía Sara una manzana o un caramelo? A Moishe le gustaban los caramelos. Quería mucho a la tía Sara. Era muy cariñosa y buena. Siempre jugaba con Moishe cuando no tenía que coser. Él había visto la casa en la que cosían muchas mujeres... Los ojos de la tía Sara eran muy grandes y negros como el betún. Moishe veíase retratado en ellos... Moishe tenía en la casa su rinconcito: debajo de la mesa. Allí estaban todos sus tesoros: el banquito, los pedazos de piel, el martillito que le regaló papá y unas cuñitas de madera. Moishe también hacía zapatos, pero de juguete.

Moishe se encontraba muy bien debajo de la mesa. Allí no molestaba a nadie, y la madre no le reñía porque se le enredara entre las piernas.

Papá y el abuelito trabajaban en un rincón del cuarto, bajo el ventanuco abierto en el techo. El sol les visitaba por allí muy raras veces y se marchaba enseguida. Apenas si Moishe tenía tiempo de jugar con él, y ya se escapaba.

En otro rincón encontrábase la estufa. Allí se hallaban siempre mamá y la abuela. En otro rincón veíase la cama. La abuela dormía sobre la estufa. La tía Sara, encima del baúl. El abuelo, sobre el cajón donde guardan la piel. Papá y mamá, en la cama. Y Moishe con todos, por turno. En la casa había cuatro rincones, y él tenía cuatro años. El padre le dijo que al abuelo la víspera... Moishe no se acordaba de lo que había dicho su padre...

Chirrió la puerta. ¡Ah, la tía Sara! Moishe dio un brinco de alegría.

Se abrazó a las rodillas de la tía Sara. Ahora mismo sabría si le había traído algo... Lo que más agradaba a Moishe era sentarse al anochecer en las rodillas de la tía Sara. Tenía las trenzas largas y espesas, con las puntitas cosquilleantes, que le gustaba rozarlas por su cara.

Los martillos golpeaban precipitadamente... La tarde pronto cerraría el ventanuco, con su gorro negro. Las brasas del fogón serían la única luz en el cuarto...

Mamá cortaba el pan. El papá y el abuelito se lavaban las manos...

—¿Qué te pasa que estás tan callada, Sara? —preguntó papá.

—Shpilman me ha despedido.

—¿Por qué? —gritaron a coro todos, menos Moishe, que no dijo nada.

—Porque le he llamado sanguijuela.

Moishe no sabía qué era aquello de «sanguijuela», pero debía ser algo terrible.

—¿Es que creías que por eso te iba a subir el jornal? —la voz de la madre tembló de cólera. La madre no quería a la tía Sara.

—¿Según tú, Fira, debí callar? Cada mes nos bajaba el salario y nos obligaba a trabajar catorce horas diarias. Se ha hecho rico y a nosotras nos robaba unos céntimos. ¡Es una víbora!

—¿Qué haremos ahora? Nosotros contábamos con tu salario del mes que viene para pagarle el alquiler al señor Abramajer —dijo asustado el abuelo.

—¿Y a ella qué le importa? Ella tiene su propia cabeza y sus humos... ¡Como una marquesa! Se permite faltarle al dueño y mañana no tendrá qué llevarse a la boca. ¿Es que piensas que tu padre y tu hermano te van a mantener? —gritó la madre.

Moishe la miró asustado. Era delgada y tenía la nariz muy picuda. Siempre estaba enferma, siempre estaba de mal humor.

—No hay que pelearse, Fira. Si en la casa hay una desgracia, las riñas no la amenguan.

Eso lo dijo el abuelito. El abuelito quería a la tía Sara y a Moische. El abuelito era muy viejo. Tenía una barba muy larga, toda blanca. Y unas cejas que daban miedo; pero sus ojos reflejaban bondad. El abuelo siempre estaba sentado en dos pliegues: por eso era cargado de espaldas.

Alguien llamó a la puerta. Abrieron y Moische vio al imponente señor Abramajer. Todos le miraron en silencio.

Por fin, el abuelito dijo:

—¡Buenas tardes, señor Abramajer! Tenga la bondad de sentarse. Fira, enciende una vela.

Moishe quiso preguntarle al abuelito si era sábado. Pero le intimidaba la presencia de aquel imponente señor.

—He venido a preguntarle, Mijelson, si piensan ustedes pagar el alquiler o si debo tomar mis medidas —pronunció aquel señor tan imponente.

—Espere usted un poquito, señor Abramajer. ¡Le pagaremos sin falta! Pero ahora no disponemos de dinero. ¡No tenemos ni un marco! Ya sabe usted lo dura que es la vida para los pobres. Apenas gana uno lo justo para comer. Pensábamos que Sara recibiría su salario, pero el señor Shpilman la ha despedido hoy... —contestó el abuelito.

El señor Abramajer miró a la tía Sara. Parecía un gatazo que, sentado en una valla, acechase a unos gorriones. ¡Qué gato más pillito! ¡Aparentaba dormir, pero lo veía todo! Y en cuanto un gorrion se posaba en la valla, izap...! El señor Abramajer tenía unos bigotes como los de un gato.

—Eso no es cosa mía. Lo que yo le pregunto es cuándo me va usted a pagar el alquiler.

Se puso el gorro. ¡Ojalá se marchase cuanto antes!

—Si mañana no me pagan ustedes los cuatro meses que me deben, o sea sesenta marcos, pasado mañana tendrán que vivir en la calle.

—¿Cómo en la calle? ¡Pero si estamos en invierno! ¡Tenga usted temor de Dios, señor Abramajer! ¡Usted es un hombre de

buen corazón! ¡Usted también es judío! —suplicó la abuela sollozando.

—Soy, ante todo, el casero. Cada mes sacrifico a Dios y a los judíos pobres un poco más de lo que ustedes me deben. Pero si creen que porque soy judío no deben pagarme el alquiler de la casa, están muy equivocados.

—¿Acaso esto es una casa? ¡Esto es una tumba! —gritó el padre con una voz que hizo temblar a Moische.

—¡Ja! ¡Una tumba! ¿Quiere usted vivir en un palacio por quince marcos...? En fin, ya están advertidos. Mañana debo recibir el dinero. Y hagan el favor de buscarse otra casa. ¡No estoy dispuesto a tener en la mía a personas groseras y desagradecidas!

Abramajer se dirigió hacia la puerta.

La madre se abalanzó a él.

—¡Espere usted, señor Abramajer! No tome a mal las palabras de mi marido. Somos gente sin instrucción y no siempre nos expresamos como es debido. ¡Perdónenos, señor Abramajer! ¡Le pagaremos...! Quizá podamos amortizar parte de la deuda con nuestro trabajo... ¿No paga usted a la lavandera? Si quiere, yo puedo hacerle la colada... ¿No desearán coserse alguna cosilla su señora o sus hijas? Sara puede hacerlo —imploró casi llorando la madre a aquel hombrón tan imponente.

El señor Abramajer miró otra vez a la tía Sara y respondió:

—Está bien, esperaré unos días... Que ella —apuntó con el dedo a la tía Sara— venga a verme a la oficina. Es posible que le pueda dar trabajo... Aunque, de todas maneras, preparen el dinero...

El hombrón imponente se marchó.

Moische quiso burlarse de él, sacándole la lengua, pero le dio miedo, por si mamá le tiraba de las orejas, como aquella mañana en que ató a la cola del gato la caja de las tachuelas.

*

Segismundo Rayewski regresaba a su pequeña habitación ya avanzada la noche. Jadwiga le observaba inquieta. Una noche, abrazada a él, murmuró:

—¡Qué poco te veo...! ¡Como entonces, Segismundo! No tengo tranquilo el corazón: ítemo que te pase algo! Se ve que éste es mi destino... Cuando volviste, me pareció mentira mi felicidad. ¡Han sido tantos años, Segismundo, tantos años sola, sin ti...!

Segismundo, en silencio, puso su fuerte mano en la espalda de su mujer. Jadwiga prefería este contacto a las palabras más cariñosas. Su marido nunca había atinado a pronunciar tales palabras. Pero ella sabía con qué pasión y ternura la amaba. Evocó su primer encuentro en una reunión clandestina en Varsovia. Entonces él tenía ya un seudónimo de partido: «camarada Jmuri». Jadwiga salió de la reunión siendo ya miembro del Partido Obrero Socialdemócrata polaco. El mecánico del servicio de Aguas Potables, Jmuri, acompañó hasta casa a la nueva camarada. Aquella noche empezó una amistad que había de terminar siendo amor...

—Me espanta, Segismundo, pensar que pueden dejarme sin vosotros. Digo «vosotros» porque el chico se ha convertido en tu sombra. No te pierdes de vista... Comprendo que debe ser así. Pero hazte cargo de mi angustia. ¡Esté donde esté y haga lo que haga, siempre pienso en vosotros! ¡He sufrido tanto, tanto he pasado, que no sobreviviría a vuestra pérdida!

Como si quisiera interrumpirla, Segismundo le oprimió el hombro.

—¡No se puede pensar así, Jadsia! Comprendo todo lo que dices. También yo conozco el dolor. Las madres, claro está, sufrís más. ¡Es terrible perder a un hijo! Pero ¿qué se le va hacer? Tú has sido miembro del Partido. Sabes muy bien que una vez iniciada la lucha no existe más fin que la derrota del enemigo, aunque se pierda, para lograrlo, lo que uno más quiere.

Segismundo sintió sobre su pecho la cabeza de Jadwiga y su mejilla humedecida por las lágrimas. Le escuchaba desconcertada y sin saber qué responderle. Él retomó:

—No quiero censurarte ahora por tu alejamiento del Partido. Suele ocurrir que los débiles no soportan el peso de la lucha. No todos han sabido mantener en alto, durante estos años, la bandera del Partido. Algunos se han retirado, entregándose por completo a su familia. Para ellos la destrucción del hogar equivale a la propia muerte. Pero ¿acaso toda la vida puede ser ence-

rrada en esta habitación? ¡Piénsalo, Jadsia! Volverás a nosotros, querida, y encontrarás otra vez, en la lucha, la felicidad... Sucédanos lo que nos suceda, siempre te quedará en la vida un objetivo, el más noble y bello de los que conoce la humanidad.

Los labios de Jadwiga rozaron suavemente su pecho, allí donde latía el corazón. Bajo el influjo de una gran ternura, Segismundo la abrazó con fuerza...

En el ángulo opuesto de la habitación, extendidos los brazos y respirando acompasadamente, dormía el hijo. Soñaba. Hallábanse su padre y él en la cima de un cerro. Alrededor se extendía la estepa sin fin. Era de noche. Allá, en el oriente, fulguraba un vivo resplandor. Parecía que la estepa estaba en llamas. El viento traía el fragor de la tormenta que se avecinaba. Lejos, en cuanto abarcaba la vista, movíanse enormes olas humanas. Bañadas de brillante luz, las banderas ardían más rojas que llamas. Refulgían los sables. Temblaba la tierra bajo los cascos de los caballos. Y, dominándolo todo, resonaba una canción atronadora. «Son los nuestros, hijito. Vamos a su encuentro», le dijo su padre, tomándole del brazo.

*

Los Rayewski se despertaron muy temprano. Era domingo. Los obreros revolucionarios debían reunirse a medio kilómetro de la estación, en una profunda barranca, cercana al río, en casa del mecánico de la bomba hidráulica. Todos aquellos días se los había pasado Rayewski localizándolos gracias a esa ligazón fraternal que se establece entre los hombres que han luchado juntos contra sus opresores. Encontró también a algunos de los camaradas dedicados en otro tiempo al trabajo clandestino, que se habían apartado temporalmente de la lucha. Y adondequiera que fuese, hiciera lo que hiciera, sentía a sus espaldas a su hijo, salvaguardándole.

Ahora, cuando en la espaciosa habitación del mecánico estaban reunidos los obreros, Raimundo hacía de centinela en la desierta garita del guardagujas, enclavada en una loma, donde la vía torcía hacia el depósito de máquinas. Desde allí se veía todo alrededor. Abajo, junto al río, estaba la bomba de agua. Por

la ventanilla de la derecha se veía el terraplén del ferrocarril y los rieles de acero que se alejaban hacia el norte. A la izquierda se divisaban las vías que llevaban al depósito de máquinas; más allá, la estación.

El mecánico Kovaló iba y venía por allí cerca, aparentando reparar el puentecillo. Cuando por el sendero que bordeaba el río pasó el cuarto hombre, Kovaló tomó el hacha bajo el brazo y se dirigió hacia la garita.

—Ahora no te duermas, muchacho —dijo secamente a Raimundo—. Nadie más debe venir. Si alguien se acerca por casualidad, déjale pasar. Y cuando esté bajando, haz una señal con el gorro. Mi hija estará al tanto en el patio. Ella me lo hará saber.

Y descendió hacia la casa.

*

—Alejandra, echa una ojeada a los animales. Y no te olvides de lo que te he dicho —le recomendó Kovaló a su hija en cuanto hubo entrado en la casa—. ¿Estamos todos? Entonces, ¿podemos empezar?

Kovaló interrogó con la mirada a todos los presentes. Parecía un erizo con su barba gris y el pelo muy corto. Sus ojos azules e inteligentes se detuvieron en Rayewski, y dijo, sentándose cerca de la mesa:

—En fin, tú tienes la palabra, Segismundo. Empieza y nosotros te escucharemos.

Luego, dirigiéndose a los demás, añadió:

—¿Ya os conocéis? Él y yo somos viejos amigos. Como sabéis, lo han enviado aquí para que remueva el agua estancada; hemos quedado muy a la zaga del pueblo... En la ciudad se va a armar el lío y hay que estudiar la situación.

El camarada Kovaló hablaba en ucraniano.

—Camaradas —empezó Rayewski—, el Comité Revolucionario de la ciudad me ha encomendado que discuta con vosotros algunos problemas.

—¿Quién forma ese comité? —preguntó ingenuamente Vorobeiko, que estaba sentado en un ángulo de la habitación. Era

muy flaco y el más joven de los presentes. Rayewski le miró y no pudo evitar una sonrisa.

—Podéis estar tranquilos: son hombres seguros...

Vorobeiko se turbó.

—Tenemos ya una organización del Partido —continuó Rayewski—. Y aunque no es muy numerosa, treinta y siete hombres en total, todos somos camaradas probados. En la ciudad, por lo visto, se está preparando un golpe de Estado. Los alemanes se marchan, y los nobles se disponen a tomar el poder. Hoy no contamos con fuerzas para golpearles. Y esto nos obliga a actuar, a poner en pie a los ferroviarios y a los obreros de la azucarera. De lo contrario, esa bandada de cuervos se hará fuerte y nos será mucho más difícil acabar con ella.

Frente a Rayewski estaba sentado Danilo Chobot, hombre tón desgalichado, pero muy fornido, negro como la antracita con que alimentaba la caldera de su locomotora. Danilo se removió pesadamente en su taburete, arrancándole un quejido, y dijo con voz de trueno:

—La cosa está clara... Pero ¿con qué vamos a medirles las costillas a los señores? ¡Levantaremos a la gente, sin duda alguna! ¡Lo malo es que no tenemos armas! A puñetazo limpio, poco se puede hacer.

Todos miraron involuntariamente las tremendas manazas de Chobot.

—Si lo que se necesita son armas, no hay que ir muy lejos para encontrarlas: en el apartadero siete hay un vagón precintado. Está lleno de cajones con fusiles. Yo mismo vi cómo los cargaban —notificó Vorobeiko, animándose—. ¡Y en el polvorín cercano a la estación hay cartuchos para estar tirando un siglo...! Si lo creéis necesario, podemos traer aquí ese vagón esta misma noche, descargarlo en un santiamén y esconder las armas en el arca de reserva. La bomba está apartada de la estación y nadie se dará cuenta... Pero no hay que dormirse.

*

Raimundo observaba a un muchacho que por el terraplén se iba acercando a la garita. El viento arrastraba jirones de su canción:

*¡Eres mía para siempre,
y sólo la muerte nos separará...!*

Hacía frío, pero el muchacho llevaba abierta la zamarra guateada. Veíase que estaba de un humor magnífico. Cubría su cabeza con un gorrillo rojizo, echado hacia atrás. El viento revolvió sus onduladas greñas del color del centeno maduro. El muchacho se acercaba, con las manos hundidas en los bolsillos, cantando entusiasmado.

Raimundo lo reconoció. Era Andrés Ptaja, fogonero de la azucarera.

«¿Adónde irá Ptaja?», pensó Raimundo lleno de preocupación; «Si va a la aldea, torcerá a la derecha del cruce de vías. Ya está en el paso a nivel... ¡No, dobla hacia aquí! Por lo visto, se dirige hacia la bomba».

Raimundo abandonó su puesto y gritó:

—¡Eh, Andrés!

Ptaja volvió la cabeza y, mirando asombrado a Raimundo, conjeturando de dónde habría salido, se encaminó hacia él.

—¿Adónde vas, Andrés?

—A ver a Grigori Mijáilovich. Vive ahí abajo.

—¿Qué vas a hacer allí?

—¿Que qué voy a hacer? Hum... Lo mismo de siempre. Tiene un pajarillo la mar de simpático... Y todos los domingos vengo a oírlo. ¡Canta tan bien! —respondió Ptaja, sonriendo maliciosamente, y estrechó con fuerza la mano que le tendía Raimundo—. ¿Y tú qué haces por estos andurriales?

—¿Yo? Pues he venido por casualidad. Nunca había estado por aquí y... decidí darme un paseito —dijo, turbado, Raimundo.

Ptaja se puso serio, y la valiente mirada de sus ojos grises midió, desconfiada, a Raimundo. Luego se encasquetó el gorro hasta las orejas.

—¿Has venido de paseo? ¡Harto estoy de ver pájaros como tú! —y frunciendo el ceño añadió—: Más te valdrá buscar otro sitio. Aquí no tienes nada que hacer, ¿comprendes?

—¡No comprendo nada!

—Entonces, tendremos que rompernos la crisma.

—¿Rompernos la crisma? ¿Por qué? Me parece que has bebido hoy más de la cuenta...

Pero Ptaja sacó las manos de los bolsillos con una decisión que no dejaba lugar a dudas y dijo agresivo:

—¡No te hagas el tonto! ¿Crees que porque estéis ahora en el poder vais a hacer lo que os dé la gana? Yo me río de todo eso. Como te dé un par de sopapos, no vas a tener más ganas de meterte con los ucranianos. No te salvará ni la orden.

—¡No digas tonterías, Andrés! ¿De qué poder hablas? ¿De qué orden? Si es que quieres pelearte, anda a buscar las pulgas a otro —respondióle Raimundo, a quien comenzaba a irritar la extraña conducta de Andrés.

—¿Qué, das marcha atrás? ¡Bien sabes que te has metido en coto ajeno! Todos los polacos sois iguales: ¡presumís más que una mona! Estáis acostumbrados a ir montados a lomos de los ucranianos, como si fuésemos borricos.

Raimundo dio un paso hacia él y, conteniendo la cólera a duras penas, le dijo en voz baja:

—Si no estuvieras borracho, te rompería las costillas por esas palabras... ¡Ladras como un perro rabioso! ¡Y yo que te creía una persona decente...! ¿Por qué insultas al pueblo polaco? ¿De qué presumo yo? ¿A lomos de quién me paseo? ¡Tarugo!

*

No sabemos cómo habría terminado esta conversación si una sonora voz juvenil no hubiese llamado desde la barrancada:

—¡Andrés!

Ambos jóvenes volvieron la cabeza. Abajo, junto a la casita, se encontraba Alejandra. Ptaja permaneció indeciso unos segundos. Después, se echó el gorro más hacia la nuca y se dirigió hacia abajo. Cuando se hubo alejado algunos pasos, se detuvo y, sin mirar a Raimundo, gruñó:

—Busca en otro sitio; de lo contrario, aunque eres de los míos, te partiré la crisma; ¿te enteras?

Alejandra esperaba a Andrés con impaciencia. El viento, en su errabundo movimiento, llegaba, frío y seco, hasta la profunda barrancada. La joven luchaba contra él, que, impúdico, intentaba alzarle la falda.

Un tupido jersey de lana modelaba el pecho y los hombros de la muchacha. Alejandra andaba alrededor de los dieciséis años, tenía los ojos negros y era morena, vivaracha e impulsiva. En ella combinábase extrañamente la timidez femenina con el atrevimiento propio de un chicuelo, lo que acentuaba su atractivo.

Esbelta como una gacela, estaba convencida de su encanto. La mujer, ya despierta en ella, apuntaba los movimientos más graciosos y una coquetería deliciosa, a la que recurría instintivamente, guiada por el afán de agradar.

—¿De qué estabais hablando? —preguntó a bocajarro a Andrés, antes de que él pudiera saludarla.

—De... nuestros parientes... Su padre y mi abuela son conocidos de lejos... ¿Y tú qué, juegas con él a la gallinita ciega? ¿Por qué no lo invitas a casa, con el frío que hace? Yo quería hacerle entrar en calor, pero tú...

Andrés se calló súbitamente. Los ojos de la muchacha, entornados, le miraban con tal frialdad que se sintió muy embarazado.

—¿Y qué más?

Ptaja percibió una nota de amenaza en aquella pregunta. La niña era un hueso duro de roer. Andrés no quería regañar con ella; no había venido a verla para eso. Pero el encuentro con Raimundo y las preguntas de Alejandra, tan tosca, tan enojada, le habían puesto de un humor de perros.

—¿Y qué más? —Alejandra golpeó con el tacón el piso de cemento.

—Pues le he dicho que se largue con viento fresco al mismísimo cuerno, ¿comprendes?

Andrés, convencido de que la fiesta ya estaba aguada, arremetió de frente. Una ráfaga de viento cogió desprevenida a Ale-

jandra. La muchacha golpeó con rabia la falda levantada. Andrés bajó los ojos discretamente. Alejandra exclamó:

—¡Qué asno! ¡Qué asno! ¿Qué pensará ahora de nosotros?

Andrés, lleno de amargura, vio unas lágrimas en los ojos de la joven.

—Bueno, asno, lo que quieras; pero ¿por qué lloras? No te he dicho nada de...

—¿Que lloro? ¡Estaría bueno que llorara delante de cualquier mocoso! El viento escuece los ojos y... ¡Vaya un pretendiente! Aunque le cuelgan los mocos y... Dime: ¿qué diablo te trae por aquí? ¿Cuántas veces te he dicho que no quiero ni verte?

—No lo he oído nunca.

—¡Lárgate, asqueroso!

Alejandra se volvió de espaldas. Andrés no sabía qué hacer para reconciliarse con ella. Instintivamente comprendía que Raimundo no había venido para ver a la muchacha. Alejandra se hubiera comportado, en tal caso, de otra manera.

—En fin, nos fumaremos un cigarrillo para matar las penas —dijo tristemente el muchacho, y hundió la mano en el bolsillo para sacar la petaca. Sus dedos tropezaron con un papel doblado. Lo sacó y, desplegándolo, leyó por segunda vez: «Orden del jefe de las Fuerzas Armadas del Estado Polaco en Volinia...».

—Di, Alejandra: ¿sabes si tu padre ha leído este papelucho? ¿Qué haces? ¿No será mejor que pase a verle, ya que a ti te disgusta hablar conmigo?

—No se puede pasar. Mi padre tiene invitados. Trae eso —y le quitó el papel de las manos.

La orden estaba escrita en polaco y en ruso. Alejandra la leyó rápidamente y se volvió hacia Andrés.

—Espérame aquí. Ahora mismo vuelvo... —y salió corriendo hacia la casa.

Andrés se alegró. Al parecer, la tormenta amainaba. Volviéndose de espaldas al viento, se puso a liar un cigarrillo descomunal.

*

En la habitación todos escuchaban atentamente. Rayewski leía con voz distinta y mesurada:

«Artículo primero. Por voluntad del pueblo polaco, a partir de hoy todo el poder en la comarca pertenece al Estado Mayor de los legionarios.»

—¿Os dais cuenta? ¡Se han metido en Ucrania y mandan en nombre del pueblo polaco! —gritó indignado Ostap Schabel, un joven moreno, de hermoso rostro, que trabajaba de forjador en el depósito de máquinas.

—Sería interesante preguntarles cuándo han consultado con el pueblo polaco —observó, levantándose impetuosamente, el apuesto Metelski, y sus ojos centellearon coléricos.

«Artículo segundo. Declaro en la ciudad el estado de guerra. Se prohíbe, bajo pena de muerte, circular por las calles después de las siete de la tarde. Artículo tercero. Se prohíbe toda clase de reuniones y formación de grupos sin permiso mío. Todo el que sea sorprendido llevando a cabo agitación contra el mando y el poder recién instaurado será fusilado en el acto.»

—¡Anda!

—¡Por la forma de aullar, se ve que son lobos!

—¡Se las trae el «poder del pueblo polaco»!

—¡Al pueblo polaco le temen como al diablo!

«Artículo cuarto. Prevengo que toda apropiación violenta de las propiedades y bienes de los ciudadanos del Estado polaco será considerada como robo. Con los culpables se procederá en consecuencia.»

—¡Por ahí tenían que haber empezado!

—Ahí no se ve nada que huela a pueblo; pero a la legua se percibe el látigo de los terratenientes —tronó Chobot.

—De la tierra no dicen nada, para que la gente no arme jaleo. Aún hay tiempo; estamos en invierno... —apuntó Vorobeiko.

—Entonces, según tú, ¿qué son las propiedades? —le interrumpió Schabel.

—Continúo leyendo: «Artículo quinto. Declaro abierto el reclutamiento de voluntarios polacos para las unidades recién formadas. Cada voluntario recibirá víveres, equipo y cincuenta marcos de soldada».

—¿Qué más dicen? —apremió Kovaló, impaciente.

—¿Qué más?: «El mando luchará implacablemente contra los bolcheviques, los peores enemigos del Estado polaco. Las personas cuya pertenencia al partido bolchevique sea comprobada serán entregadas inmediatamente a un tribunal militar que las juzgará en el plazo de veinticuatro horas».

—¡Eso está escrito especialmente para nosotros!

—¡Con esa gente no va uno a poder vivir mucho en este mundo!

Chobot, con gesto furioso, se pasó la mano por la cabellera.

—¿Quién es ese tipo que hace las cosas con tanta rapidez?

Rayewski miró la firma.

—El coronel Mogielnicki.

En la habitación todos callaron por unos segundos. Rayewski dejó la orden encima de la mesa.

—Creo, camaradas, que ahora todo está bien claro.

Chobot, fijos los ojos en la ventana, resoplaba enfurecido.

Rayewski recorrió con la mirada a los cinco y no vio en sus ojos ni miedo ni desconcierto. «Buena gente se ha reunido.»

Adustos semblantes obreros. Un poco tristes. Schabel es de una gravedad impropia de sus años. Vorobeiko está sumido en reflexiones poco gratas. Schabel y Vorobeiko no saben que Koval, Chobot y el doctor Metelski son miembros del Comité Revolucionario. Para ellos, Rayewski es el único representante del Comité Revolucionario.

Rayewski se acercó al dueño de la casa.

—Hay que enviar a los muchachos a la ciudad para que nos pongan al corriente de lo que pasa allí. Que vayan mi Raimundo y tu hija.

—Muy bien; enseguidita se lo digo.

—Ahora vamos a hablar de lo que debemos hacer —propuso Rayewski.

*

Alejandra se acercó corriendo a Andrés.

—¡Vamos, antipático, a la ciudad! Nos daremos un paseo y veremos qué pasa allí.

Cuando subían la cuesta, la muchacha dijo resueltamente:

—¡Como no hagas las paces con Rayewski, no voy contigo a ninguna parte! Si no fueras tan tonto, te diría qué hace aquí ese muchacho.

Alejandra echó a correr hacia la garita.

—Vamos a la ciudad, Raimundo. Mi padre dice que debemos enterarnos de lo que pasa allí. Su padre le esperará en mi casa. Vorobeiko ocupará su puesto —y mientras se acercaba Andrés, añadió, turbándose—: Ptaja le habrá dicho mil tonterías; pero es un buen muchacho. No le guarde usted rencor. ¡Vamos!

Ptaja hablaba como un descosido, como si entre él y Raimundo no hubiera pasado nada. Se oyeron unos disparos en la estación. Atronó el espacio el silbido inquietante de una locomotora, pero se interrumpió apenas iniciado. Silencio.

—¿Has estado en la ciudad, Andrés? ¿Qué hacen allí? —preguntó alarmada Alejandra.

—¡Ni el diablo lo sabe! Vi un destacamento de caballería. Cerca del Ayuntamiento se hallaba un puñado de señoritos armados de fusiles. A uno lo reconocí: era el hijo del abogado Sladkiewicz. ¡La de águilas blancas que llevan en los gorros...! Casi todos son estudiantes del gimnasio. ¡Dan risa!

Las vías estaban desiertas. Las puertas del depósito de máquinas, cerradas. En aquella desolación había algo amenazador. Antes que alcanzaran el puente tendido por encima de la estación, un hombre salió a su encuentro de detrás de los almacenes. Era un policía austríaco. Al ver a los muchachos tuvo un gesto de espanto, pero el aspecto de nuestros amigos le tranquilizó. Jadeando, sin dejar de mirar a todos lados, gritó en un polaco insoportable, mientras señalaba con la mano hacia el norte:

—¿No habéis visto pasar a unos hombres armados?

—No —respondió Raimundo, el único de los tres que sabía el polaco.

El policía echó a correr hacia el depósito del agua. Pero Ptaja le dio súbitamente un zancadillazo y el hombretón se vino al suelo tan largo como era. En menos de lo que se tarda en contarle, Andrés se montó sobre él a horcajadas. Por más que se esforzaba, el polizone no podía librarse de las fuertes manos del muchacho.

—¡Raimundo, quítale la pistola! ¡Deprisa!

Raimundo se inclinó sobre el policía y, apresurado, nervioso, le sacó la pistola de la funda. Ptaja se apartó de un salto del policía, después de haberle despojado del machete, y se puso en guardia.

Raimundo daba vueltas en sus manos a la pistola, sin saber qué hacer con ella.

Todo ocurrió tan rápidamente, que Alejandra apenas si se dio cuenta exacta. El policía se levantó de un salto. El miedo y la rabia hacían temblar su mandíbula inferior. Pero el resuelto aire de Ptaja le hizo comprender que toda resistencia sería inútil.

—¡Anda, ahora, lárgate! Muéstranos los talones —y Andrés blandió significativamente el sable en dirección norte—. ¿No comprendes? ¿Cómo decís vosotros? ¡Ah, sí! ¡*Machen!* ¡Arrea al mismísimo cuerno!

Raimundo se guardó la pistola en el bolsillo. El policía se alejó a buen paso, volviendo la cabeza a cada instante. Cuando se hallaba a unos metros de distancia, se desabrochó el cinto y tiró la pistolera y la vaina, que ya de nada le servían. Andrés las recogió, envainó el machete, sonrió satisfecho, y regresó al lado de sus amigos.

—¿Dónde podría yo esconder este cacharro?

—¿Estás loco? ¿Y si nos hubiera matado a tiros a todos? —le reprochó, furiosa, Alejandra.

—¡Si nos hubiera, si nos hubiera! ¿Qué necesidad tenía el condenado de la pistola? ¡De todas maneras, ya han perdido, y a mí me puede hacer falta!

—¿Para qué quieres el machete? ¡Tíralo y vámonos!

—¡Claro! De él pueden salir dos cuchillos magníficos. Lo esconderé debajo de ese peldaño; ahí no lo verá nadie.

Andrés alcanzó a sus amigos cuando ya estaban en el puente. Raimundo le dijo muy serio:

—Oye, Andrés, si piensas hacer otra de las tuyas, más vale que no nos acompañes. Nosotros vamos a cumplir una misión muy seria.

—¡No seáis latosos! ¡Como si hubiera pasado algo! Hace mucho que quería tener una pistola, y la ocasión era perfecta... ¡Vaya susto que le he dado a ese polizonte! A estas horas ya se

habrá tragado, por lo menos, diez kilómetros! ¡Qué risa! —y soltó una carcajada tan contagiosa, que Raimundo y Alejandra no pudieron evitar una sonrisa.

Andrés había recobrado su buen humor. Iba por el puente dando brincos y cantando:

*¡Ah, comadre, no te apenes!
Vuélvete para aquí, vuélvete para allá...*

De pronto se le ocurrió demostrar que era un muchacho generoso, y dijo a Raimundo:

—¿Sabes qué, Raimundo? ¡Te regalo la pistola! Quédate con ella, para que veas que soy tu amigo. Yo me buscaré otra.

Alejandra se volvió bruscamente hacia él.

—¿Es que piensas meterte con alguien más? No vengas con nosotros. ¿Me oyes? ¡No vengas!

—¡No te asustes, mujer! ¿Por qué te has empeñado hoy en ponerme de mal humor? Yo hablo de todo corazón, y tú... Ya he dicho que me portaré como es debido, ¿qué más quieres? ¿Qué sabes tú dónde puedo conseguir yo una pistolita? ¿Qué te importa a ti? Toma, Raimundo, la funda, y llévala a mi salud... ¡Qué saben estas mujeres de las cosas militares!

—¡No te metas con las mujeres!

Pero Andrés no la escuchaba ya. Abrazó a Raimundo y, sonriendo turbadamente, balbuceó:

—Así le salten los ojos al que recuerde lo pasado, ¿comprendes? Y cuando encontremos un lugar a propósito dispararemos una vez cada uno con ese cacharro. ¿De acuerdo?

Por toda respuesta, Raimundo le puso la mano en el hombro.

CAPÍTULO V

Aquel domingo todos se despertaron muy temprano en el palacio de los condes de Mogielnicki.

Hombres armados, con el uniforme de la legión polaca, ensillaban sus monturas en las caballerizas. En los pabellones de la numerosa servidumbre esperaban los infantes la orden de formar.

Schmuldtke y Sonnenburg habían dado fin a su almuerzo. José entró en la habitación y entregó al mayor una esquila. El mayor la leyó y dijo al teniente:

—La condesa Estefanía nos ruega que pasemos a verla para tratar un asunto urgente y de gran importancia.

Los alemanes cruzaron una mirada interrogante y, ajustándose la guerrera, siguieron en silencio al viejo.

Cuando llegaron al segundo piso, José abrió de par en par la puerta del *boudoir* de Estefanía y, con un gesto, invitó a los alemanes a entrar.

En vez de la condesa encontraron allí a varios oficiales armados que vestían un uniforme desconocido. Uno de ellos cerró la puerta apenas Schmuldtke y Sonnenburg hubieron entrado y quedó a su espalda, empuñando una pistola.

—¿Qué significa esto? —preguntó con aspereza el mayor.

Schmuldtke se llevó instintivamente la mano al cinto. ¡Se había dejado la pistola en la habitación del mayor!

En un ángulo del *boudoir* arrellanados en unos profundos butacones, hallábanse Barankiewicz y el viejo conde.

—Tomen asiento, señores —les ofreció uno de los oficiales, torciendo con una sonrisa sus labios exangües.

Los alemanes permanecieron de pie.

Barankiewicz se levantó pesadamente, se acercó a ellos y, como un conocido, les tendió la mano. Ambos oficiales ni siquiera hicieron el menor movimiento. Barankiewicz se puso rojo como un pavo.

—¡Hem... hum... sí! —empezó—. Se trata de lo siguiente, señores. Ya que ustedes abandonan nuestras tierras y no pueden

continuar defendiéndonos ni manteniendo el orden, hemos resuelto ocuparnos de ello nosotros mismos.

—¿Quiénes son ustedes? —le interrumpió Sonnenburg, lanzándole una mirada colérica.

—El Estado Mayor de la legión polaca —y Barankiewicz, haciendo girar su enorme mole, señaló con la mano a uno de los oficiales polacos—. Tengo el honor de presentarles al coronel conde de Mogielnicki, jefe de la legión.

—¿Eduardo de Mogielnicki? ¿Coronel del ejército francés?

—Poco más o menos, señor teniente. En realidad, soy coronel de la Guardia rusa, pero he pasado toda la guerra en Francia, como miembro de la misión militar rusa, y desde la revolución bolchevique en Rusia me considero oficial del ejército francés —respondió Eduardo con gélida cortesía.

—Entonces, estamos obligados a detenerle.

—Es un poco tarde, señor teniente. Además, les hemos llamado a ustedes con un fin por completo distinto. Será mejor para ambas partes si estudiamos tranquilamente la situación —continuó Eduardo—. Nosotros vamos a ocupar la ciudad. Exigimos de ustedes que se mantengan neutrales. No pondremos el menor obstáculo a su evacuación si se avienen a no inmiscuirse en nuestros asuntos. Huelga decirles que todos los depósitos de armas y equipos deben pasar a nuestras manos —Schmuldtke hizo un gesto de indignación—. Ya ven que no se trata de un motín plebeyo, pero los rojos avanzan en pos de las unidades alemanas en retirada, y se lanzarán sobre nosotros en cuanto ustedes evacúen. Ésta es la razón que nos obliga a imponer el orden en la comarca y a movilizar nuestras fuerzas antes que ustedes se marchen. Me dirijo a usted, señor mayor, y a usted, señor teniente, porque ambos son nobles y oficiales. Es verdad que hasta ahora nos hemos encontrado en campos opuestos. Pero hoy tenemos un enemigo común: la revolución. Si se ponen ustedes a combatirnos, llevarán el agua al molino de los rojos. ¡No creo que sea ése su deseo!

Unos segundos de silencio. Schmuldtke miró interrogativamente a Sonnenburg.

—Está bien... Pero ¿qué piensa de este asunto su excelencia el jefe de la guarnición? —balbuceó, desconcertado, el mayor.

—Su ilustrísima el obispo Benedicto ya se ha puesto de acuerdo con el señor coronel —respondióle una voz queda.

Los alemanes volvieron la cabeza. Ante ellos se hallaba el padre Jerónimo, que había entrado en la habitación sin que nadie se diese cuenta. El jesuita entregó a Sonnenburg un sobre lacrado y, mientras los alemanes leían, cruzó con modesto continente la estancia y se sentó al lado del viejo conde.

—Bien, señores oficiales, ¿cuál es su respuesta? —preguntó Eduardo.

—No nos queda más que obedecer —respondió sordamente Sonnenburg.

—¡Me alegro mucho! Naturalmente, señores, pueden ustedes considerarse libres. A partir de hoy, serán mis huéspedes. Tengan la bondad de advertir a sus soldados cómo deben comportarse. Teniente Zaremba, guárdese el revólver. Alférez Mogielnicki, ordene al destacamento que se prepare. Señores oficiales, ocupen sus puestos.

Media hora más tarde, un pequeño destacamento, compuesto de caballería e infantería, con tres ametralladoras, partía para la ciudad.

*

La enorme celda estaba sumida en la penumbra. Los dos ventanucos, con gruesos barrotes, apenas si dejaban entrar luz. El recinto estaba abarrotado. En vez de quince personas había allí treinta y una. Los camastros de madera hallábanse atestados de cuerpos humanos. Pestilencia y suciedad.

Un campesino de hercúlea complexión, que estaba tendido en el suelo, volvió hacia Przygodzki su enorme cabezota y, rasándose su enmarañada barbaza con los dedos, a modo de peine, exclamó:

—¡Deja de croar, hombre! ¡Desde hace siglos los polacos nos vienen martirizando! Están acostumbrados a tratarnos como a animales. Nos llaman «rebaño». ¡Hasta el fin del mundo no habrá paz entre polacos y ucranianos!

Przygodzki escupió al suelo, lleno de rabia.

—¡Qué idiota eres! Dios te ha dado de todo, menos sentido común... ¡Tómate tú mismo por ejemplo, cabeza de alcornoque! ¿Por qué tú y yo hemos de ser enemigos, di? El terrateniente trata de engancharnos a los dos al arado y hacernos sudar la gota gordá. No todos los polacos son iguales. ¡No todos son terratenientes, qué diablos! ¡Hay entre ellos descamisados como tú!

El campesino escuchaba, lleno de desconfianza.

—Si fueras terrateniente, darías de latigazos a la gente, lo mismo que el señor Zajaczkowski. Dices que eres un descamisado como yo y no haces más que insultarme. Resulta que tú eres muy listo y yo soy un tonto, un borrego aldeano. Lo que tienes tú son muchos humos...

Przygodzki se sentó en el camastro, miró sombríamente a su vecino y sonrió.

—¡Qué raro eres! Te hablo como a un amigo y te ofendes.

—¿Según tú, es de amigos tratarle a uno de idiota, de alcornoque?

—¡No seas así, hombre! ¡No te agarres a mis palabras y fíjate en el fondo de las cosas!

Una cabeza afeitada asomó por debajo de un camastro y unos ojuelos de zorro se clavaron en Przygodzki.

—¡Qué testarudo es usted, señor Przygodzki! ¡Quiere hacer de ese buey un caballo de carreras! ¡Ji, ji, ji! —y el dueño de los ojos de zorro salió de debajo del camastro en que dormía.

—¿Qué mierda te importa a ti? —le respondió cachazudo el campesino, que sabía el polaco.

Przygodzki miró también hostilmente a aquel escurridizo individuo, vestido con un traje de verano muy sucio y una corbata arrugada.

—A mí me importa todo; por algo soy...

—¡Un tahúr y un ratero! —apuntó desde un rincón de la celda una sonora voz juvenil.

—Tú, mocoso, cállate, si no... —y el hombre del traje de verano hizo un ademán muy significativo.

Un obrero entrado en años, de rostro magro y pálido, que estaba tumbado al lado de Przygodzki, intervino en aquel intercambio de cumplidos.

—Cuidado con los puños, señor Dziobek. Pshenichek tiene razón. Bien cierto es que has desplumado a todos los tontainas que hay en el calabozo.

—¿Yo? ¿Que los he desplumado?

Dziobek se metió la mano en el bolsillo.

Hacía ya largo rato que la celda estaba despierta, pero hasta aquel momento no se había agitado. Y en aquella agitación percibió Dziobek una amenaza inequívoca.

—Dime, Patlai, ¿por qué se mete la mano en el bolsillo cada vez que le pisan el rabo? ¿Quiere asustarnos o es, a fin de cuentas, una mala costumbre? —preguntó Przygodzki a su vecino.

—Yo sé que tiene una hoja de afeitar —avisó el muchacho que se encontraba en el rincón, mientras se calzaba las botas.

Después, el muchacho se levantó rápidamente y, sorteando a los compañeros de reclusión que estaban tendidos en el suelo, se acercó a Dziobek. El muchacho era alto, rubio, de ojos azules, y vestía ropa de trabajo como la que usan los panaderos. La policía lo había detenido al pie del horno por haberse abalanzado, cuchillo en mano, contra el dueño, cuando éste estaba golpeando a un aprendiz de diez años.

El patrono escapó con un ligero arañazo, pero Pshenichek estaba esperando que le juzgaran.

—Enséñame lo que tienes ahí —gritó a Dziobek.

La celda se calló. En aquel momento, uno de los guardianes pasó corriendo por delante de la celda. Al poco, se oyó el pisar de botas militares.

Se abrió la puerta. En el umbral apareció un oficial con un uniforme que antes nadie había visto. Le acompañaba un grupo de soldados. El jefe de la cárcel, asustado, hojeaba un grueso libro con los atestados de los reclusos. Przygodzki se levantó rápidamente: había reconocido en uno de los soldados a su hermano Adán y en el oficial al señorito que le había propuesto ingresar en la legión polaca.

—Aquí, señor oficial, hay unos campesinos detenidos por haberse amotinado —balbuceó en alemán el jefe de la cárcel.

—¿Los que le robaron el heno al señor de Zajackowski? —preguntó Wrona.

—Sí, sí... Además, siete obreros de la azucarera ...

—Ya lo sé.

—Y otros que han sido encarcelados por distintas causas. Entre ellos hay dos polacos: Dziobek, acusado de timo y chantaje, y Przygodzki... El último está a disposición de la comandancia militar.

—Lo sé —dijo Wrona, mientras miraba fijamente a Przygodzki.

—Los demás se hallan aquí por asuntos de poca monta. Entre ellos hay un menor de edad: Pshenichek.

Wrona tomó el libro de manos del jefe de la cárcel e hizo una cruz con lápiz rojo al margen, frente al apellido de Przygodzki, de los obreros de la azucarera y de los campesinos.

—A los demás los pone en libertad. ¡No hay por qué dar de comer a parásitos! ¡Sigamos adelante!

Mientras abrían la celda contigua, el jefe de la cárcel leyó en voz alta los apellidos de los que iban a ser puestos en libertad.

Veinte minutos más tarde no quedaban en la celda más que dieciséis hombres. Patlai, apresuradamente, dio a Pshenichek un recado para su mujer. Przygodzki, por su parte, confiaba en poder cambiar unas palabras con su hermano.

—Señor capitán, me atrevo a suplicar a su merced que ponga en libertad a mi hermano, Mechislaw Przygodzki, recluso en la celda número nueve. Hacía agitación contra los alemanes y por eso lo detuvieron...

A Adán le temblaba la voz. No apartaba la mano de la visera de la gorra.

—Soldado Przygodzki, yo ya sé lo que tengo que hacer. ¡Arrea para la puerta!

Adán no se movió.

—¿Estás sordo? ¡Media vuelta! ¿Qué haces ahí parado, hijo de perra!

Silencio. El puñetazo en la cara fue tan fuerte, que Adán se tambaleó y estuvo a punto de soltar el fusil.

—¡March! ¡De lo contrario, te voy a matar como a un perro!

Adán echó a andar pesadamente, arrastrando el fusil por el suelo. Al pasar junto a la celda número nueve, su mirada tropezó con la de su hermano: Mechislaw lo había oído todo.

La noticia del golpe de Estado y los rumores de que iban a poner en libertad a los presos corrieron por la ciudad como un relámpago. Pronto una espesa muchedumbre se agolpaba a la puerta de la cárcel.

Un destacamento de legionarios no dejaba acercarse a nadie. Raimundo, Andrés y Alejandra se hallaban también allí.

El gentío rodeaba a los excarcelados, abrumándoles a preguntas; pero nadie sabía nada concreto. Cuando salió corriendo un muchacho con ropa de panadero, lo asediaron al instante.

—¿Tú también estabas enjaulado?

—Di, ¿van a poner en libertad a todo el mundo? —le preguntó Raimundo.

—¡Qué va! Únicamente a los rateros... A la gente honrada le han puesto un candado más.

—¿Tú eres un ratero? Raimundo, cuidado con los bolsillos, si no, en un santiamén, te los va a dejar limpios.

Pshenichek se volvió furioso hacia Andrés.

—¿Eres tú quien me ha llamado ratero? ¡Hijo de Satanás!

—¡Tú mismo te lo has llamado! —le gritó Andrés, disponiéndose a soltarle una bofetada.

—¿Por qué os habéis enzarzado como gallos? ¡No hay forma de poder preguntar nada a nadie! —gritó una mujer entrada en años, que tiraba a Pshenichek de una manga.

—¿Dices que no han soltado a todos? ¿Quién queda allí?

—Repito que a los que luchan por la justicia no los soltarán. ¡Y si alguien me vuelve a llamar ratero le pondré la jeta como un pastel...! ¡Yo también estaba por honrado! No me explico por qué me han puesto en la calle.

—Eh, tú, ¿qué mentiras estás diciendo? ¿Quieres que te vuelvan a meter en la jaula? —gritó a Pshenichek un señor muy elegante, dueño de una fábrica de embutidos, famoso en la ciudad, y le empujó en la espalda con el bastón.

Andrés le arrebató el bastón de un manotazo.

—¿Por qué le has pegado, salchicha hedionda? Toma el cambio —y, hábilmente, hizo rodar por el suelo el bombín que cubría la cabeza del fabricante.

—¡Guardias! ¡Detenedlo! —aulló el choricero, llevándose ambas manos a la calva.

Se oyó el batir de cascos sobre el empedrado.

—¿Qué aglomeración es ésta? —desde lo alto de su caballo, Eduardo de Mogielnicki lanzó una mirada de desprecio al gentío agolpado junto a la cárcel—. ¡Teniente Zaremba, despeje la plaza!

—¡Despejad! —mandó Zaremba.

Sobre su cabeza refulgió el sable.

La multitud, espantada, echó a correr, arrollándolo todo en su camino.

El destacamento de legionarios que guardaba la cárcel presentó armas. Aquello igual podía ser para saludar a su jefe que para atemorizar a la multitud.

Cuando hubieron dejado atrás unas dos manzanas de casas, Raimundo, Alejandra y Pshenichek se detuvieron. Los legionarios, después de dispersar al gentío, se habían alejado al galope.

—¿Dónde está Andrés? ¿No le habéis visto? —preguntó muy preocupada Alejandra.

La carrera había encendido sus mejillas y respiraba agitadamente.

El joven panadero miró a la muchacha, después a Raimundo, y una sonrisa triste asomó a sus labios.

Andrés salió corriendo de un callejón vecino. Iba brincando y jugueteando con el bastón arrebatado al choricero.

—¡Ah, por fin os encontré! ¡Puf...! Me quedé un poco retrasado...

Los ojos de Andrés reían. Se acercó a sus amigos y, apoyándose en una valla, soltó la carcajada.

—¡Ay, si hubierais visto cómo corría! ¡Para morirse de risa! Cuando todos salieron huyendo, le aticé otro bastonazo al choricero. ¡Si le hubieseis visto correr! Tan deprisa movía las pezuñas, que me costó trabajo alcanzarle. Para despedida lo sacudí una vez más, y, huyendo de mi como del diablo, se metió debajo de un portal...

Pshenichek también se echó a reír.

Raimundo y Alejandra, al verles, tampoco pudieron mantener la seriedad.

—No iré más contigo a ningún sitio... Siempre me haces quedar mal. No sabía que eras tan golfo...

—¡Qué culpa tengo yo que el día de hoy sea tan maldito! —respondió despreocupadamente Andrés.

—Toma, amigo, el bastón. Con él te pegaron y lo debes guardar como recuerdo... Dime: ¿no has visto allí a la gente de nuestra fábrica? ¿No estaban contigo Patlai, Shiroki? —preguntó Andrés al panadero, entregándole el bastón.

—Sí, hombre, sí, estaban conmigo. ¡Vasili Stepánovich es una bellísima persona! Todos los de la fábrica están juntos... Con ellos se encuentra un tal Przygodzki. También un buen hombre —dijo Pshenichek, barajando dificultosamente las pocas palabras ucranianas que conocía.

—¿Sabes qué? —propuso Raimundo, después de pensarlo—. Vamos a casa de la mujer de Vasili Stepánovich y se lo cuentas todo.

—Muy bien: él mismo me dio un recado para ella.

—¡Ea, vamos! ¡Seamos amigos! ¿Cómo te llamas?

*

—Señor capitán, uno de los liberados quiere comunicarle algo de importancia —el jefe de la cárcel señaló a Dziobek— Vamos, ¿qué tienes que decirme? ¡Pronto! —gruñó Wrona, entrando en la oficina.

—¡Permítame su señoría que le felicite por la victoria! Yo también soy polaco... —empezó patéticamente Dziobek.

—¡Más breve!

Dziobek se tragó el final de la frase, sonrió servilmente y continuó:

—Yo, como polaco, estoy obligado ante la patria a servirles incondicionalmente... Fui recluido por equivocación...

—¡Sé breve, hijo de perra! —vociferó Wrona.

—Considero mi deber poner en su conocimiento, señor capitán, que en la celda número nueve hay unos hombres muy peligrosos... Sobre todo ese Patlai... y Przygodzki. Ambos hacen continuamente propaganda en favor de los rojos... Patlai es el más peligroso. ¡Bolchevique hasta la médula de los huesos,

señor capitán! Usía tuvo a bien poner en libertad a ese muchacho, a Pshenichek. ¡Es un mal bicho! Todo el tiempo cuchicheaba con ellos. Patlai le dijo algo antes de que saliera. Si no es aún tarde, ordene usted que lo detengan. Si el señor capitán lo estima necesario, puedo hablarle de todo con mayor detalle.

—¡Está bien! Hablaremos... A propósito, ¿a qué piensa usted dedicarse?

—A lo que usted quiera, señor capitán.

—¡Está bien, probaremos! A lo mejor sale de usted un buen agente. Ahora, que sin trampas. De lo contrario, le espera un tiro en la frente y un barranco como sepultura.

—¡Por Dios, señor capitán! Seré digno de su confianza.

*

Al anochecer, Rayewski y su hijo se acercaron cautelosamente a su casa. En la ventana ardía el quinqué.

—Sin novedad. La madre está en casa.

El padre entró en la habitación; el hijo se quedó vigilando a la puerta de la calle. El muchacho había pasado todo el día dando vueltas por la ciudad, cumpliendo encargos de su padre.

Al cabo de un minuto, salió la madre y le dijo al oído, sin detenerse:

—Voy a casa de la mujer de Patlai. Oliva está aquí. Esperaba al padre —y se perdió en la oscuridad.

«¡Madre, mamá querida! ¡Cómo ha cambiado! ¡Parece otra, parece una muchacha...!»

*

—¡Todo se hará como usted dice, camarada Rayewski! En el depósito de la imprenta hay una Boston de reserva. Se hace funcionar a mano. Esta noche tenemos que cumplir un encargo urgente del Estado Mayor. Hay que imprimir órdenes, formularios de movilización y cartillas militares. Ya le traeré unos cuantos ejemplares de cada cosa; quizá le sean útiles. Lo nuestro lo imprimiré yo mismo esta noche. Quinientos ejemplares. Más no podré. Tenga en cuenta que al amanecer habrá que sacar los

llamamientos del depósito. Y la composición también; no tendré tiempo de deshacerla. Después les traeré por piezas una multicopista. Les será muy útil; dudo mucho que podamos seguir imprimiendo allí: en cuanto lean el llamamiento, lo revolverán todo... Hay que hacer las cosas con mucho cuidado; de lo contrario, puede costarle a uno la cabeza —dijo Oliva, pausada y juiciosamente.

A Rayewski le gustó el viejo cajista de rostro ajado. Llevaba unas gafas con montura de cobre, tras las que se veían unos bondadosos ojos azules.

—Diga, camarada Oliva, ¿no hay allí nadie más en quien se pueda confiar?

—No sé. Naturalmente, hay gente buena, pero no querrá exponerse. Son hombres caseros. El resto son peores: dos socialistas polacos, un sionista y tres que siempre están al sol que más calienta. Como no fuera Emma Shtolberg... Su padre es húngaro, pero la pequeña nació aquí. Es muy joven, y la creo buena.

—¡Bien, camarada Oliva, manos a la obra!

El cajista se levantó.

—¡Ah, se me olvidaba! ¿No podría usted hacernos un sello?

—Hombre, no soy grabador, pero quizá lo haga. Confío en que no querrán ustedes una cosa muy elegante. ¡Je, je...! —las arruguillas se pusieron a danzar en el rostro del viejo y terminaron por reunirse en abanico en los ángulos de sus ojos—. Que lo pase usted bien. Mande los muchachos a las cinco de la madrugada.

Rayewski retuvo por unos segundos, en la suya, la mano de Oliva, negra por el polvo de plomo.

—¿Por qué no es usted del Partido, camarada Oliva?

—Soy muy viejo... ¿Qué puedo hacer yo? Eso es cosa de jóvenes. Yo ayudaré. Si me ahorcan, poco se perderá. Ya he vivido lo mío... Claro es que nadie tiene ganas de morir; pero a los jóvenes les resulta más doloroso —el viejo miró a Rayewski por encima de las gafas, con severidad y, según le pareció a Segismundo, con cierto reproche.

Apenas hubo salido Oliva entraba Raimundo en la habitación.

—Mira, hijito, te confiamos la organización de las Juventudes Comunistas. El Partido necesita vigilantes y exploradores, jóvenes que le sean fieles. Tú mismo ves que nos encontramos en el campamento del enemigo. Un paso en falso, un movimiento imprudente puede hundir toda la organización. La juventud, por su inexperiencia, es a veces imprudente; por eso, la admisión de nuevos camaradas es un asunto de mucha importancia. Se debe aceptar a gente audaz, consciente y dispuesta a sacrificar, si hace falta, la vida. Figúrate lo que puede ocurrir si admitimos a un cobarde y cae en manos de los gendarmes. Nos entregaría a todos, con la esperanza de salvar su pellejo. Su revolucionarismo terminaría en cuanto fuera detenido. Hay gente a la que gustan las aventuras peligrosas. Nuestra lucha no es para ellos sagrada. Esos elementos juegan a la revolución. Suelen sufrir esta enfermedad, sobre todo, los intelectualillos que han leído montones de novelas de aventuras. Cuando ven que el juego puede costarles la vida, comienzan a acobardarse. Juntos veremos quiénes deben constituir el núcleo fundamental de la organización. ¿A quién consideras digno de formarlo?

Raimundo, pensativo, tardó en responder:

—No sé, padre. Es un asunto muy serio.

—Está bien; yo te ayudaré. ¿Qué piensas de Alejandra Kovaló? Es de buena raza. Vive sola con su padre. Les unen lazos de sangre y una causa común. Me parece que es una chica valiente.

—Sí, eso mismo creo yo.

—¿Ves? Ya tenemos un camarada. ¿A quién más conoces?

Raimundo guardó silencio por unos instantes y, al fin, dijo:

—Sara Mijelson. Shpilman la despidió y el dueño de la casa ha puesto hoy en la calle a toda la familia. Están allí en el patio, sentados sobre las cosas amontonadas. Hace poco que la he visto; no tienen dónde meterse... ¿No podríamos ayudarles de alguna manera, padre?

Rayewski contestó, después de breve reflexión:

—Que se vengán a vivir con nosotros.

—Pero ¿dónde van a meterse? Aquí no podemos ni movernos, y ellos son seis. Además, los trastos...

—No te preocupes; nosotros, de todas maneras, tendremos que marcharnos de aquí. Ya sabes que andan venteando por la

ciudad. Si no hoy, mañana darán con nuestra pista. ¡Que vengan con todo su ajuar y se acomoden como mejor les plazca! Nosotros nos alojaremos cada uno en un sitio. Yo viviré por ahora en casa de Kovaló; la madre, con la tía Marcelina, y tú, con alguno de tus camaradas... En fin, nos hemos apartado del asunto. ¿Entonces, propones a Sara? Me parece bien. ¿Quién más?

—Andrés Ptaja. Valentía le sobra. Ahora, que es un cabeza loca y puede excederse. Es consciente, pero demasiado fogoso.

Rayewski sonrió.

—Bien, vosotros le tiraréis de las riendas. La cautela viene con la conciencia de que no sólo uno puede perderse... ¿Es amigo tuyo?

—Sí... Mejor dicho, no mucho... Está en muy buenas relaciones con Alejandra... —respondió Raimundo, turbándose visiblemente.

—¡Ah, muy bien! La amistad es una gran cosa. ¿En quién más piensas?

—Queda aquel muchacho que estaba en la cárcel con Patlai. El checo Pshenichek. Por su carácter, se parece mucho a Andrés.

—Muy bien. Mañana hablas con cada uno de ellos por separado. Ponles al corriente de todas las dificultades, para que sepan a qué se exponen, y sólo después de que estén conformes podremos considerarles miembros de las Juventudes Comunistas. El primer grupo deberá ser aprobado por el Comité Revolucionario. Después, admitiréis a los nuevos camaradas vosotros mismos... Ahora debes ir a la bomba de la estación. Esta noche nos espera allí un trabajo muy importante. Kovaló te pondrá al corriente. ¿Tienes algún arma?

—Sí, la pistola que le quitó Andrés al policía.

—¿Sabes manejarla?

—No.

—¡Trae que te enseñe!

Cuando Raimundo hubo aprendido a montar y desmontar el arma, su padre le dijo:

—Toma. No lo olvides: hay que disparar sólo en caso de extrema necesidad, cuando no quede otra salida. Pero si te pones a hacer fuego, no pares mientras tengas un cartucho. Los gen-

darmes cobran lo mismo por un disparo que por diez... ¡Ve, muchacho, y sé precavido...!

Era la primera vez que su padre le llamaba «muchacho», y Raimundo sintió vivos deseos de abrazarle, de estrecharse contra su pecho y decirle: «¡Padre, te aprecio y te quiero!». Pero al ver que Segismundo hacía un movimiento impaciente, abandonó presuroso la habitación.

De camino, fue a ver a Sara, para alegrarla. Pero no consiguió hablar a solas con la muchacha, como le encomendara su padre, pues no les dejaron.

Como aún disponía de unas dos horas, se dirigió a la barriada obrera de las afueras, donde vivía Ptaja.

Andrés estaba en casa. Sentado en la cama, tocaba en la mandolina un popurrí y música de baile ucraniana. Acababa de tocar la triste melodía *Nadie sufre tanto como el pobre huérfano* y había pasado al alocado y vertiginoso *hopak*.² El muchacho tocaba como un virtuoso. Un mechón caído sobre su frente bailaba al compás de sus manos, invisibles por lo rápidas.

Su hermanito Vasilek, niño de nueve años, con la cabeza en la almohada y los pies en alto, hacía toda suerte de caprichosos movimientos. Cuando perdía el equilibrio y caía sobre la cama, inmediatamente, como un potrillo, volvía a alzar las piernas y a tomar la posición vertical.

Al entrar Raimundo, el músico terminó con tal *fortissimo* que rompió dos cuerdas de la mandolina. Andrés se entusiasmó.

—¡Vaya, soy un maestro! ¡Cómo sonaban las cuerdas! —dijo Andrés, saltando de la cama, y dejó la mandolina encima de la mesa.

La madre de Andrés estaba en casa de los vecinos.

—Andrés, necesito hablar contigo de un asunto muy serio —comenzó Raimundo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ptaja intranquilo—. ¡Desembucha!

—Debemos hablar a solas.

² Baile nacional ucraniano. | N. del T.

Andrés se volvió hacia Vasilek, quien, sentado en la almohada y agitando las piernas, se hurgaba muy seriamente las narices.

—¡Vasilek, vete a la calle!

—¿Qué se me ha perdido allí?

—Haz lo que te he dicho. Aquí no haces ninguna falta.

—No quiero ir. Hace frío y no tengo botas.

—Ponte los zapatos de la madre.

—¡Claro, para que luego me zurre!

—¿Quieres probar mi correa? ¿O tendré que salir yo al patio?

—¿Para qué? Yo me taparé las orejas mientras habláis.

—¡Vasilek! —casi gritó Andrés.

Pero Vasilek continuó en la cama, sin manifestar el menor deseo de obedecer. Andrés empezó a desabrocharse el cinto. Vasilek le observaba atento. Raimundo agarró a Ptaja del brazo.

—Vamos, Andrés, al patio. Es verdad: allí hace mucho frío.

Tomaron asiento en los peldaños de la entrada. La puerta de la habitación chimó quedamente.

—¡Vasilek, como te dé dos azotes te voy a quitar las ganas de huronear!

La puerta se cerró rápidamente.

—Dime: ¿le pegas de verdad?

—¡Qué va! Pero el granuja se parece a mí como una gota de agua a otra. Si yo le digo así, él me contesta asá. Pero no puedo pegarle, ¡le quiero al bandido! Lo peor es que él lo sabe. Si le tratas bien hace lo que sea. ¡No le gusta al zorro que le manden!

Los dos amigos estuvieron hablando, largo rato, en voz tan baja, que era un susurro.

Andrés acompañó a Raimundo hasta la calle. Por unos segundos guardaron silencio, sin soltarse las manos.

—Comprenderás, Andrés, que esto nadie debe saberlo.

—¡Raimundo, ya te he dicho que seré mudo como una tumba! Más de una vez he pensado: ¿será posible que no haya hombres dispuestos a imponer la justicia en este mundo? Y ahora veo que sí los hay.

—Quizá cambies de opinión... Si es así, mañana me lo dices.

—¿Yo? ¡Que me muera de repente si me echo para atrás! ¡Ay, Raimundo, no comprendes mi carácter! Piensas que soy un

voceras... No, también yo ansío en el fondo del corazón vivir como es debido...

*

La noche era fría y oscura. Un viento gélido corría alocadamente por las vías.

En la estación habían cambiado el rótulo del cartelillo de la gendarmería. El nombre era el mismo, pero en polaco.

Ninguno de los que se encontraban en el cartelillo sospechaba que una locomotora de maniobras había chocado como por casualidad, en un apartadero, con un vagón solitario, al que después arrastró hasta que se detuvo y dio marcha atrás. Pero el vagón se deslizaba ya hacia donde lo estaban esperando unos veinte hombres. Al amanecer, la misma locomotora volvió a arrastrar el vagón desde la vía muerta, cercana al depósito del agua, hasta el apartadero.

Antes del amanecer, Raimundo sacó del almacén de la imprenta un paquete de proclamas envuelto en un saco. No había dormido en toda la noche, y el trabajo más peligroso aún estaba por hacer.

Por la mañana, la familia de Mijelson se alojó en el cuarto de los Rayewski. Jadwiga dijo al casero que ella y su hijo se marchaban de la ciudad.

En casa de Kovaló había un nuevo inquilino.

*

Wrona releyó tres veces la proclama recién impresa.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

El encabezamiento estaba escrito en ruso, ucraniano, polaco y alemán. ¡Era un llamamiento a la insurrección armada!

¡Todo el Poder a los Soviets! ¡Abajo los capitalistas y terratenientes! ¡La tierra para los campesinos!

¡Ah, hijos de perra! Había sido impresa ante sus propias narices... ¿Qué diría Mogielnicki? Y lo peor era la firma: «El Comité Revolucionario». Por lo tanto, existía tal comité...

—¡Eh! ¿Quién hay ahí?

El centinela apareció en el umbral.

—¡Trae aquí a ese hijo de perra de Dziobek!

Dziobek entró en el despacho de su jefe, haciendo sonar el sable, que le arrastraba por tierra como a los húsares austríacos.

—A sus órdenes...

Dziobek se atragantó al ver cómo se crispaba el rostro de Wrona.

El capitán se levantó con la proclama en las manos. Dziobek no sabía si Wrona reía o si era que contraía los labios convulsivamente.

—¿Qué es esto?

—Debo informarle, mi capitán, que mis agentes me lo acaban de comunicar. Esta mañana unos desconocidos han pegado esas proclamas al mismo tiempo que los carteles del cine. Tenga la bondad de observar, mi capitán, que por un lado está impresa su orden y por el otro la proclama. Allí donde podían, pegaban la proclama; y donde no, la orden... Luego, me permito informarle que un pequeñuelo de unos diez años recorrió las calles del centro con nuestro periódico y lanzaba esas octavillas al grito de «¡Leed la orden del Estado Mayor!». Cuando las patrullas vieron la proclama y quisieron detenerlo, ya se había evaporado... Debo, asimismo, poner en su conocimiento que elementos desconocidos difundieron las proclamas en la fábrica y en el ferrocarril... Ya he arrestado a todos los de la imprenta. Pero, a excepción de nuestros materiales, no hemos encontrado nada. Además, hay allí dos miembros del Partido Socialista Polaco que apuestan la cabeza a que nadie ha podido imprimir las proclamas allí. ¡Por lo visto, esa gente cuenta con su propia imprenta!

—¿Y de dónde sacaron las órdenes?

—Me atrevo a sugerirle que no puede haber sido más que del Ayuntamiento: allí están amontonadas por paquetes en los pasillos. Cualquiera pudo cogerlas sin exponerse lo más mínimo.

Wrona dio dos pasos hacia el suboficial.

Dziobek retrocedió hasta conservar la distancia anterior.

—¡Escúcheme, granuja! ¡Le he dado un uniforme y galones, pero lo ahorcaré, haciendo que antes le propinen cien latigazos, como no desembrolle todo esto! Aquí tiene mil marcos. Reúna a toda su banda y no vuelva por aquí sin los que han impreso las proclamas... ¡Si los trae, tiene asegurado el ascenso a alférez y mil marcos! ¡Juro por Dios que cometo un delito contra el honor del uniforme! Un tipo con esa jeta de golfo no merece lucir las charreteras de oficial. Pero usted las obtendrá, si es que no prefiere colgar de... ¡Que no se le ocurra escaparse con el dinero, pues lo encontraré aunque sea bajo tierra! ¡Marchen!

Dziobek tomó el dinero y dio la vuelta tan rápidamente, que el sable se le enredó entre las piernas y estuvo a punto de hacerle medir el suelo con sus huesos.

*

—¿Por eso mandaron a tu marido al frente? —musitó Ludwiga.

—Señora, se lo imploro. Dispuesta estoy a besarle los pies. El señor conde lo hará todo por usted... ¡Sávelo! —sollozó Francisca, abrazada a las rodillas de la condesa.

—Está bien, haré todo lo que pueda; pero deja de llorar —prometió, desconcertada, Ludwiga.

—¡Por la Virgen María, dese prisa, señora! Los fusilan esta noche. Lo ha dicho el capitán —balbuceó Francisca, levantándose pesadamente del suelo.

—Ahora mismo le hablaré al conde. Tranquilízate, Francisca.

Ludwiga salió rápidamente de la habitación, evitando la mirada implorante de la pobre mujer.

*

—¿Quién es? ¡Ah, Ludwiga! Perdóname, pero estoy ocupado —Eduardo dejó sobre la mesa el auricular del teléfono de campaña.

Su despacho se había convertido en el Estado Mayor. En la mesa veíanse dos teléfonos. En la pared, un mapa de la región,

cuajado de banderitas rojas y negras. El sable y la pistola del conde yacían sobre el diván.

—Eddy, perdona que te moleste un minuto... Quiero pedirte que hagas una cosa por mí...

—Dime, Ludwiga; ya sabes que por ti lo haré todo.

Sonó el timbre del teléfono. Eduardo descolgó el auricular.

—Al aparato. ¿Qué? ¿Una insurrección en Pawlodz? ¿Qué? ¿Tiroteo en la estación? ¡Entérese en seguida de lo que pasa! Naturalmente... Ponga en pie a todo el mundo... Ahora mismo voy... ¿Qué? ¿Un tren de alemanes...? Envíe una sección para proteger la finca. Sí. ¡Ahora mismo voy!

Eduardo, rabioso, arrojó el auricular sobre la mesa.

—¿Qué te pasa, Eddy?

Mogielnicki se abrochó apresuradamente el cinturón del que pendían el sable y la pistola. La expresión de su rostro era sombría.

—Cosas muy desagradables. Lo arreglaremos todo... Pronto llegará Wladislaw con una sección de caballería. No te asustes, vida mía, todo se arreglará. Pero estad preparados para salir en caso necesario... Llamaré desde el Estado Mayor. ¡Adiós!

—Eddy, ¿y mi ruego?

—Perdona, a la noche...

—No, entonces sería tarde. Te lo ruego, Eddy, te lo imploro... ¡Hazlo por mí: pon en libertad al hijo de José! Miedo me da decirlo, pero se disponen a fusilarlo esta noche.

Ludwiga cerraba el paso a su marido.

—¡Ah! ¿Eso es lo que querías? ¡No puedo hacer nada! Se trata de un elemento peligroso. ¡Además, querida, no debes meter-te en estas cosas! Tengo prisa, Ludwiga.

—¡Te lo ruego, Eddy! Hazlo por mí... ¿Me oyes? ¡Te lo suplico! —Ludwiga abrazó a su marido y se estrechó tiernamente contra él.

Eduardo la apartó con gesto decidido.

—No puedo quedarme aquí ni un segundo más. Me están esperando. En la estación hay malestar... Adiós...

Ludwiga lo sujetó por la manga de la guerrera.

—¡Eddy, te lo pido por nuestro amor! Si no lo haces, será porque no me quieres...

Eduardo se volvió bruscamente hacia ella, frío, cambiado...

—Te ruego, mejor dicho, te exijo... sí, te exijo que no te entrometas en los asuntos del Estado Mayor. Pides lo imposible. ¿Qué te importa esa gente? ¡Están dispuestos a despedazarnos, y tú aún los defiendes...! Tu sentimentalismo está fuera de lugar. ¡Hay que exterminarlos como a perros rabiosos! ¡Por favor, no montes escenas! En vez de ajuiciarme, me estás estorbando...

La puerta se cerró. Sonaron en el pasillo los pasos rápidos y el retintín de las espuelas de Eduardo. Un minuto más tarde, tres jinetes se alejaban al galope hacia la ciudad.

CAPÍTULO VI

Dziobek había resuelto firmemente ganarse las charreteras doradas de alferez y los mil marcos o, de fracasar, poner tierra de por medio. Ya hacía tiempo que necesitaba cambiar de aires. Pero en aquel instante, cuando el juego acababa de empezar y aún se estaba dando las cartas, el tahúr venció en él al cobarde.

Más que nada le seducía el deseo de «ir por la banca». ¡Quién sabía cuándo volvería a presentarse otra ocasión en la que fuera tan fácil llegar a general o ser ahorcado! ¡Lo que hacía falta era no fallar! Partidas de juego como aquélla no se presentaban dos veces... Dziobek actuaba.

Acompañado de dos cabos y del sargento Kobylski, que poco antes servía de conserje en la «institución» de *madame Pushkalskaia*, Dziobek se dirigía apresuradamente al bando obrero.

El cabo se detuvo frente a la casa donde vivía Pshenichek.

—¡Alto! —Dziobek saltó a la calzada—. ¡Kobylski, sígueme! A ver si tenemos la suerte de pescar a ese granuja de Pshenichek... —y, sujetándose el sable, entró corriendo en el patio.

—¡Ahí está, ahí está! ¡Alto, o disparo! —aulló con alegría loca, al ver cómo, ante sus propias narices, retrocedía de un salto, hacia el pasillo, la alta figura del panadero.

León entró en el cuarto como una tromba e inmediatamente cerró la puerta con llave.

—¡Jesús, María y José! ¿Qué pasa? —gritó, asustada, la madre.

Pero ya forcejeaban en la puerta.

—¡Kobylski, derribala, que se nos va a escapar!

El sargento tomó carrerilla y, con todo su peso, se lanzó contra la puerta, cayendo con ella, todo lo largo que era, en la habitación. En aquel mismo momento, Pshenichek brincó a la ventana, arrancó el marco de un cabezazo y saltó al jardín.

El ruido de los cristales hechos añicos, la irrupción violenta de los gendarmes en el cuarto y la huida de su hijo dejaron petrificados de horror a los viejos Pshenichek.

—¡Detenedlo! —bramó enfurecido Dziobek, a quien la puerta y Kobylski, que se estaba enderezando, impedían acercarse a la ventana.

—¡De nuevo se ha escapado...! ¡Ay, alcornoque! ¿Qué estabas mirando? ¡Lo tenías ante las narices, canalla!

Kobylski, frotándose la rodilla dolorida, replicó de mal talante:

—Lo mismo podría decirle yo, señor Dziobek.

El tahúr gritó al padre del muchacho:

—¡Vente con nosotros, penco viejo! ¡Te haremos entrar en calor y nos dirás dónde se esconde!

—¿Por qué me quieren llevar, señor suboficial? —barbotó el viejo, mezclando palabras checas y polacas.

—¿Aún preguntas por qué, canalla? ¿No te dije ayer que en cuanto viniera me lo comunicases?

—¿Dónde ha visto usted, señor, que un padre denuncie a su propio hijo...?

—¡Pues nosotros te enseñaremos! ¡Tú pagarás por todo! ¡Andando!

—¿Adónde lo llevan ustedes? —gritó, horrorizada, la vieja.

—¡Cállate, bruja! ¡Sois astillas de un mismo palo! ¡Cállate, porque, si no, haremos lo mismo contigo...!

El viejo echó a anclar entre dos gendarmes, la cabeza, descubierta, impotentemente caída sobre el pecho. Alrededor se agolpaban, silenciosos, los vecinos, sin alcanzar a comprender por qué se llevaban detenido al honrado carretero, tan pacífico, que hacía casi veinte años habitaba en la misma casa sin haber jamás reñido con nadie.

Media hora más tarde, cuatro gendarmes irrumpían en casa de Patlai, asustando a la mujer y a los niños. Su presencia fue notada inmediatamente. Allí vivían obreros de la azucarera. Todos conocían a Patlai. Frente a la casa se reunió, casi al instante, un grupo de obreros.

—¿Qué te dijo el muchacho que salió de la cárcel? ¡Habla! —ordenó Dziobek, abalanzándose, como un gavilán, sobre la mujer de Patlai.

—No sé nada... —balbuceó despavorida la pobre mujer, flaca y menudita.

Los niños, a cada cual más pequeño, se acurrucaron en un rincón, tras la madre.

—¡Mala zorra! —la insultó Dziobek—. ¡Ya te haré cantar!

Dziobek tenía prisa. Su olfato de sabueso le apuntaba que allí podría encontrar el rastro de los que habían impreso las proclamas.

—Bien... Ayer vino a verte ese Pshenichek... Lo hemos detenido y ha cantado... Claro está, después de una buena ración de latigazos... Así que nada ganas con negarlo. Lo único que necesitamos es comprobar si no ha mentido. Si no quieres hablar o nos engañas, te arrancaré el pellejo. ¡Habla!

La mujer, llena de espanto, retrocedió hasta el rincón donde se hallaban los niños.

—Yo... no sé nada ...

Dziobek ordenó precipitadamente:

—¡Kobylski, dale para empezar!

Kobylski, cuadrado, con cuello de toro y estrecha frente de degenerado, alzó la mano que empuñaba la fusta.

La madre y los niños gritaron a una: ella, de dolor; los pequeños, de miedo.

—¡Cállate, perra...! ¡Cuenta lo que te dijeron! ¡Habla! ¡Kobylski, dale otra vez!

El alarido salvaje de la mujer hizo el efecto de una puñalada en la muchedumbre reunida en la calle.

—¿Qué están haciendo con ella?

—¡Eh, muchachos! ¿Qué hacéis aquí parados? Entrad en la casa.

—Puede que estén maltratando a la mujer, y vosotros miráis con la boca abierta...

—Les parece poco tener al marido pudriéndose en la cárcel, y azotan a la mujer...

—¡Vamos, amigos!

—¡Alto! ¿Adónde vais? —gritó a los obreros el cabo que guardaba la puerta.

—¿Qué estáis haciendo con ellos?

—¿Por qué gritan?

—¡Déjanos entrar!

—¿Por qué no traéis la orden de registro?

Al oír aquellos gritos coléricos, Dziobek salió a la puerta.

—¿Qué es esto? ¡Despejen!

Nadie se movió. Por el contrario, de todas partes acudían corriendo, al ruido, los vecinos de la barriada.

—¡Están azotando a la tía María! Lo he visto por la ventana —gritó Vasilek, que se había subido a una valla.

—¿Por qué le pegáis a la mujer? —preguntó sordamente a Dziobek un obrero de edad madura.

La muchedumbre se iba acercando con aire amenazante. Dziobek se dio cuenta de que la fría víbora del miedo reptaba por su espina dorsal. Sabía que la muchedumbre lo arrollaría si se daba cuenta de su temor. Desenfundó el revólver.

—¡Despejen, o disparo!

Los que estaban delante intentaron retroceder, pero las filas traseras empujaban y se lo impidieron. Sólo el viejo obrero que se encontraba ante Dziobek ni siquiera se movió de su sitio.

—¡No nos amenes de esa manera! A todos no podrás matarnos... ¡Largaos por las buenas!

El tiro dio a todos en el corazón.

El obrero se llevó las manos al pecho, se tambaleó y desplomóse sobre un costado. Se desparramó la muchedumbre en torno a él. Los gendarmes sacaron de la casa a la mujer de Patlai y la metieron a empujones en el coche. Después, revólver en mano, se encaramaron a los estribos.

Dziobek y Kobylski subieron de un salto a otro coche y arrancaron a toda velocidad.

Alrededor del muerto se iba reuniendo más y más gente...

*

La noticia de que los gendarmes polacos habían asesinado al cerrajero Glushko se extendió por todas las callejuelas de la barriada obrera. Penetró en todos los rincones y llegó hasta las covachas más alejadas de las afueras. La mayoría de la gente acudía a casa de Patlai para convencerse por sus propios ojos. Los demás, a la puerta de sus casitas, comentaban acaloradamente el hecho.

—¿Por qué lo han asesinado? —preguntaban al mismo tiempo varias voces a los que traían la noticia.

—Por haber defendido a la mujer de Patlai. Ese tipo, Kobylski, el que estaba de chulo en el burdel de madame Pushkalskaia, le pegó un tiro.

—No fue Kobylski, sino uno que jugaba a la ruleta en el mercado. Ahora lo han hecho suboficial.

—¿Dónde está la ley? Matan a la gente sin causa ni motivo.

—La ley es que manda quien tiene la sartén por el mango. ¡Vaya unos nuevos amos que nos ha enviado Dios!

—Ahora vivimos así: si ha pasado el día y no te han colgado, puedes darte por satisfecho. ¡Vaya una vidita!

Y sólo en algunos lugares la conversación tomaba un tono más enérgico.

—¿De qué habláis, muchachos?

—Aquí estamos dándole a la lengua... Estos canallas hacen lo que les da la gana, y a nosotros todas las energías se nos van por la boca. ¡Nos pasamos el día charla que te charla y luego nos metemos en casa! Y por la noche vendrán a sacarnos las tripas...

—¿Y tú qué haces aquí, si eres tan valiente? Ve a hablar con los señoritos.

—¿No te da vergüenza reírte? ¡Están matando a la gente y tú te pones a gastar bromas!

—Yo os decía: muchachos, no entreguéis los fusiles a los alemanes. Ahora los alemanes se largan, y nosotros no tenemos con qué plantarles cara a los señores. Nos van a montar a caballo.

—Si la gente estuviera unida, y no temiera cada uno por su propio pellejo...

—¡Sí, eso es! Les hace uno la higa sin sacar la mano del bolsillo y echa a correr para que no lo cacen...

—Entre nosotros hay, por lo menos, trescientos hombres que han estado en el frente... ¡No creo yo que todos hayan entregado los fusiles!

Pero cuando la conversación llegaba a este punto, intervenían decididamente las mujeres.

—¡Ignacio, vamos a casa! ¡Vamos a casa, te digo!

En la fábrica de Barankiewicz estaba terminando el trabajo del segundo turno. Frente al portalón de la fábrica se agolpaban los obreros del relevo. Parte de la gente había entrado ya en los talleres, pero la mayoría, al enterarse del asesinato, se había detenido a la puerta.

—¿Qué hacéis ahí parados? ¡Entrad de una vez! —gritaba el viejo guardián de la fábrica.

—Tenemos tiempo... Aún no ha tocado la sirena.

Andrés lanzó a la caldera la última palada de carbón. La saeta del reloj se aproximaba a las tres. Los fogoneros eran relevados diez minutos antes que los demás.

—¿Te has enterado, Andrés? Los señoritos han asesinado a Glushko —dijo, acercándose a Ptaja, su amigo el fogonero Demetrio.

El relevo entraba en la sección de calderas, y a los oídos de Andrés llegaron jirones de conversación.

—¡En la calle empieza el jaleo!

—¿Has visto cómo corrían hacia allí los gendarmes?

En la calle sonó un disparo. Los fogoneros cruzaron una mirada.

—¿Qué pasa?

Por unos segundos, todos, en silencio, prestaron oído, esperando que siguieran los disparos. Andrés subió por la escalerilla a lo alto de la caldera. Arriba había tres angostos ventanucos. Uno de ellos estaba abierto y por él se veían las puertas de la fábrica. Allí ocurría algo anormal. Toda la plaza se hallaba abarrotada. Un hombre, subido a la tapia, se dirigía a gritos a la multitud. Los legionarios que protegían la fábrica corrían de uno en uno hacia la entrada.

El capataz, señor Strumil, se presentó en la sección de calderas.

—¿Por qué no tocáis la sirena para el relevo? —gritó con todas sus fuerzas.

—¿Dónde está Ptaja? ¡Dad la señal!

Al ver que nadie le hacía caso, el capataz se aferró a la anilla sujeta a la cuerda que abría la válvula de la sirena y tiró de ella.

El poderoso aullido ensordeció a Andrés. El muchacho se había olvidado de todo, observando la enorme aglomeración formada frente a las puertas, y, de pronto, aquel aullido...

La gente comenzó a salir, por todas las puertas, al patio de la fábrica.

La mitad de los obreros eran mujeres.

Andrés bajó rápidamente la escalerilla...

Strumil soltó la anilla. El aullido cesó. El capataz vio a Andrés.

—¿Dónde has estado metido?

—Estuve mirando por la ventana...

—¿Mirando por la ventana? Entonces, quedas despedido. Has sido alquilado para trabajar... ¡Ea, muchachos, manos a la obra! —gritó Strumil a los fogoneros y salió corriendo a la sala de máquinas.

Andrés permaneció inmóvil unos segundos. Le obsesionaba una idea.

Vacilaba, la desechaba. Pero ya se había adueñado de su voluntad. El corazón se le encogió como antes de saltar al vacío. Y de pronto se precipitó hacia la puerta, la cerró y se guardó la llave en el bolsillo. Después, se acercó a las calderas, agarró la anilla y se colgó de ella. El aullido de la sirena volvió a atronar el espacio.

—¿Te has vuelto loco, Andrés? —gritaron los fogoneros—. ¿Quieres que nos echen a todos a la calle?

Pero Andrés no les hizo caso y siguió tirando de la anilla.

—¡Suéltala, Andrés! Nos van a despedir a todos —le rogó Demetrio.

Andrés empuñó con la mano libre la pesada barra de hierro con que removía el carbón y gritó a Demetrio:

—Diles a los muchachos que se larguen de aquí por la puerta falsa... Que digan que me lie a barrazos con la gente...

Pero no se le oía. Entonces, Andrés soltó la anilla. El aullido cesó instantáneamente. Andrés agarró la barra con ambas manos, y, los ojos centelleantes, todo negro por el polvo de carbón, gritó a sus camaradas:

—¡Salid corriendo por la puerta falsa! ¡Muchachos, os pido por las buenas que os larguéis enseguida! ¡Yo voy a tocar la

sirena para alzar a la gente...! ¡Dejad que me peguen a mí solo...!
¡Salid, muchachos; de lo contrario, os haré probar la barra!
¡Deprisa!

Andrés levantó la barra. Los fogoneros corrieron en tropel hacia la puerta falsa.

Andrés echó el cerrojo y atrancó la puerta con la barra, después de lo cual, de nuevo tiró de la anilla. Atronando el aire, volvió a rugir con fuerza la sirena, heraldo jadeante y terrible de la desgracia. En la ciudad, todos salieron corriendo a la calle. Aquel ulular erizó los cabellos a Barankiewicz, hizo palidecer a Wrona y temblar a Dziobek. En la cárcel escuchaban atentamente el aullido. Los soldados del convoy alemán saltaban de los vagones y miraban alrededor. Y la sirena continuaba aullando...

Los legionarios de guardia pugnaban por hacer saltar la puerta de la sección de calderas. Pero la enorme puerta blindada apenas si acusaba, con ligero temblor, los culatazos.

—¡Traed una escalera! ¡Corred a las ventanas! ¡Matad a tiros a ese hijo de perra! —gritó el cabo a los soldados.

Andrés no se dio cuenta del peligro hasta que en la ventana restalló el primer disparo y la bala pasó silbando a unos centímetros de su cabeza. El muchacho soltó involuntariamente el anillo. El aullido cesó. Andrés, para salvarse de los disparos, se refugió en la carbonera.

Un legionario, con las manos y la carabina extendidas, trataba de penetrar por el ventanuco. Ptaja se agitaba en la carbonera como un ratón cazado. Estaba claro que su acto de rebeldía tocaba a su fin. Y le invadió la desesperación.

La ventana era estrecha y el legionario no había logrado meter por ella más que un hombro. Desde atrás lo empujaban. Andrés cogió un pedazo de antracita y, arriesgándose a recibir un tiro, saltó de la carbonera. Tomando impulso, lanzó con fuerza el pedrusco de carbón a la ventana y acertó a darle al legionario en plena cara. El soldado profirió un alarido. Su rostro se cubrió de sangre instantáneamente. Soltó la carabina y se desplomó en los brazos de los que lo sostenían. La carabina cayó con ruido metálico sobre el piso de cemento de la sección de calderas. Sonó un nuevo disparo. Andrés no cabía en sí de con-

tento. Se puso a bombardear el ventanuco con pedazos de carbón.

Unos juramentos salvajes llegaron a sus oídos. Los hombres que subían por la escalera se arrojaban de ella precipitadamente.

Andrés parecía un loco. Se quitó el cinturón y sujetó con él la anilla al regulador de la presión. La sirena empezó de nuevo a aullar sin tregua: Ptaja había puesto el cinturón bien tirante.

Andrés tenía las manos libres. Para que no lo cogiesen desprevenido, arrojaba un pedazo de carbón tras otro contra el ventanuco.

En el fragor de la lucha, Ptaja se olvidó de que en la sección de calderas había otros dos ventanucos. Y hasta que no saltaron los cristales y no se desprendió el enlucido de la pared, Andrés no se dio cuenta, apenado, de que no podría atender a los tres ventanucos. Las balas, de nuevo le obligaron a meterse en la carbonera. Por uno de los ventanucos asomaba el cañón de una carabina.

Andrés tiró furiosamente hacia allí un pedazo de antracita, pero un disparo hecho desde otra ventana le hizo dar un salto atrás.

—¡Ahora me ha llegado el fin! —murmuró Andrés, y casi se echó a llorar. El valor le iba abandonando...

Sintió de pronto un cansancio infinito. Y renunciando ya a la idea de resistir, se sentó en un rincón de la carbonera. Algo le golpeó dolorosamente en un costado. Ptaja se agarró instintivamente al objeto que le había hecho daño. Era la boca de la manga que utilizaban los fogoneros para mojar el carbón.

En su fatigada conciencia fulguró el relámpago de una idea.

—¿Creéis que ya me habéis cazado, canallas, señoritos? ¡Ahora veremos! —gritó, aunque nadie podía oírle bajo el infernal estruendo de la sirena.

Andrés hizo girar furiosamente la llave del agua. Por la boca de la manga salió, con estridente silbido, un chorro de vapor y, luego, agua hirviente. La carbonera se llenó de vapor. A Andrés le faltaba el aire. Con manos trémulas empuñó la manga y, quemándose los dedos, soportando sin una queja las dolorosas salpicaduras, dirigió el chorro de agua a la sección de calderas.

Sin pensar ya en que podían matarle, roció las ventanas. Bailaba de alegría, como un salvaje, al oír los aullidos de los legionarios. Sentado entre las calderas, manejaba la manguera sin tener que asomarse y hacía llover agua hirviendo sobre las ventanas.

El corazón parecía querer saltársele del pecho. El recinto estaba lleno de vapor. El agua hirviendo inundaba el suelo. Andrés se subió al soporte pétreo de las calderas. Se ahogaba. Le ardían las manos. Pero la certidumbre de lo desesperado de su situación le obligaba a continuar resistiendo.

*

Mogielnicki llegó, al galope, al Estado Mayor.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó secamente a Wrona.

El capitán se llevó la mano a la visera.

—Por lo visto, se han producido graves desórdenes, mi coronel. Mi suboficial ha disparado contra un obrero que le opuso resistencia. En la fábrica se han negado a trabajar y están de mitin. He enviado allí a Zaremba... —le informó Wrona, con aparente tranquilidad.

Eduardo se mordió nerviosamente los labios.

—¿Quién toca la sirena? ¿Por qué permite usted ese toque a rebato? ¿Es que los obreros han ocupado la fábrica?

Wrona bajó un poco la mano. Le desagradaba tener que estar en posición de «firmes». Esperaba que se le invitase a deshacer el saludo, como es norma, por cortesía, entre oficiales.

—No, en la fábrica se encuentran nuestros soldados. Pero uno de los fogoneros se ha hecho fuerte en la sección de calderas y hasta ahora no han logrado hacerle salir de allí.

Mogielnicki, con ira contenida, golpeó la cruz de su sable.

—¿Un hombre, dice usted? Escuche, capitán, ¿qué burla es ésta? ¿Un hombre alarma a toda la ciudad y usted lo observa tan tranquilo?

La sirena continuaba ululando, potente, infatigable, y sacaba a Mogielnicki de sus casillas.

Wrona permanecía ante él, inmóvil como un madero, con una mueca petrificada en el rostro. Eduardo, por fin, se dio cuenta de su falta de delicadeza.

—Baje la mano. Comprenderá usted que ahora no estarnos para eso —e hizo un ademán de irritación.

Wrona, en silencio, bajó la mano.

Se oyó un sonido semejante al crujir de ramas secas, que se acalló en el acto. Mogielnicki se acercó rápidamente a la ventana.

—Es Zaremba, que se abre camino —le explicó Wrona.

Mogielnicki se volvió hacia él.

—¿Qué tal se portan los alemanes del convoy?

—Por ahora, bien. No vienen a la ciudad en número menor de una sección. Siempre están listos. No dejan acercarse a nadie al tren... Son unos setecientos hombres. Tienen cuatro cañones y un auto blindado. No se ven indicios de descomposición: los oficiales ocupan sus puestos... Han requisado todos los víveres que había en las tiendas y han pagado con recibos. He ordenado a los policías que no se metan con ellos por ahora y que cierren los comercios. Si tratan de abrirlos por la fuerza, habrá que tomar medidas.

—Sí, sí, no hay que meterse con los alemanes —dijo Mogielnicki con tono menos irritado—. Dígame, ¿cree usted que todo es trabajo de «ellos»?

Wrona comprendió a qué se refería el coronel.

—Naturalmente. Como muestra, basta el llamamiento. Ahora, que de no haber matado el suboficial a ese cerdo ucraniano, creo que todo estaría tranquilo.

—¿Ha conseguido usted saber algo...? ¿Quién ha impreso ese papelucho?

—Hasta ahora no sé nada.

Mogielnicki, pensativo, andaba y desandaba la habitación. Por fin, recogiendo el sable, se sentó junto a la mesa y dijo como tomando una decisión:

—¡Escúcheme, capitán!

—A sus órdenes —Wrona volvió a cuadrarse.

—Usted comprenderá, señor Wrona, que si consentimos semejante situación en la ciudad un día o dos más...

—Le comprendo.

Mogielnicki se levantó, dióse un tironcito del alto cuello engalonado del capote, como si le costara trabajo respirar, y terminó de exponer su pensamiento:

—Entonces, tenga la bondad de ponerse manos a la obra. Ante todo, le ordeno que fusile esta misma noche a esa canalla que hay en la cárcel. Sáquelos de la ciudad y líquídelos lejos de aquí. Y que mañana peguen por toda la ciudad la noticia, firmada por mí.

—¡A sus órdenes!

—Además, si alguien asoma las narices a la calle después de las siete, ¡lo fusila! —Eduardo se calzó violentamente un guante—. Hay que meter el ganado en el establo. El ganado siempre es ganado. Y para algo existe el látigo.

La sirena continuaba aullando.

—Y que no le oiga, señor capitán, más respuestas... como esa de que no han podido ustedes meter en cintura a un solo hombre, quien, como oye, continúa aullando.

—Zaremba está allí. La sirena dejará de sonar, mi coronel.

Mogielnicki, sin escucharle, se dirigió a la puerta.

—Véngase conmigo.

El cabo de gendarmes que estaba de guardia les saludó al salir y, cuando hubieron bajado a la calle, entró en el despacho de Wrona y se sentó al teléfono.

Frente al Estado Mayor formaba una sección de caballería.

Wladislaw Mogielnicki iba a la cabeza, pegadas a la silla sus carnosas nalgas y enderezándose a cada dos por tres la gorra de oficial con galones plateados. Al ver a su hermano y a Wrona, picó espuelas y gritó hasta casi desgañitarse:

—¡Sección, fir...mes!

Eduardo se apoyó en el estribo e hizo un esfuerzo para saltar «graciosamente» a la silla.

«¿No me estaré haciendo viejo? Las limusinas de París me han desacostumbrado del caballo —pensó con disgusto, e hizo una mueca de dolor—. ¡No me faltaban más que estas almorranas! ¡Lo peor que le puede pasar a un oficial de caballería...!»

Wrona, ya montado, se le acercó.

—Vamos a ver qué desórdenes tan serios son éstos —ironizó Eduardo, y rozó con las espuelas los ijares del caballo.

Wladislaw dio la orden de «marchen» con voz atiplada, y las bestias emprendieron el galope sin orden ni concierto.

La primera muchedumbre que se ofreció a sus ojos se hallaba frente a una farmacia.

—¿Qué pasa aquí? —gritó bruscamente Eduardo, sintiendo un tic nervioso en la ceja derecha.

Una señora gruesa con aspecto de intelectual, limpia, pero pobremente vestida, que se encontraba cerca, sonriendo como si quisiera excusarse por algo, le respondió en polaco:

—Han traído a tres heridos... A una mujer le han saltado un ojo.

—¿Quién los ha herido?

La dama, turbada, no atinó a contestar.

—Los suyos pasaron a caballo por aquí, señor oficial.

—Pegan a la gente sin el menor motivo...

Wrona dirigió violentamente su caballo hacia el lugar de donde habían partido las voces.

—¿Quién ha dicho eso?

La muchedumbre comenzó a agitarse. Los que estaban en las filas de atrás se iban alejando.

—Ocupese de ellos —ordenó Eduardo entre dientes, y siguió su camino.

La muchedumbre cedió ante él como una masa blanda en la que se hubiera hundido el puño.

—¡Eh, a casa todo el mundo! ¡Si algún granuja se atreve a salir a la calle, que se despida de la cabeza!

—Señor alférez, ordene que le den unos azotes... —mandó la voz de Wrona. Eduardo tiró bruscamente de las riendas y salió al galope.

«Es desagradable el papel de gendarme. ¡Qué trabajo más innoble!», se dijo, sintiendo un escalofrío de repugnancia. Semejante sensación la había experimentado la primera vez que cazó un piojo en el cuello de su camisa, cuando cruzaba los frentes.

Wrona le dio alcance.

—Creo, señor coronel, que no debe usted alejarse de la sección. El alférez terminará allí ahora mismo y podremos seguir adelante.

—Por ahora, basta la fusta para meter en cintura a esas bestias —respondió despreciativamente Eduardo.

—Sí; pero como uno de ellos lance una piedra...

Cesaron los gritos a sus espaldas. La sección se acercaba. La calle estaba desierta.

—De estas cosas se ocupaba antes la policía, y ahora, como ve, nosotros mismos tenemos que limpiar la calle de esa basura.

Wrona sonrió cáusticamente. «¡Se ve que estás acostumbrado a sacar las castañas del fuego con manos ajenas, rata de Estado Mayor! No te preocupes, que esa gente te rebajará los humos... Espera: aún verás cosas más gordas», pensó con cierto placer el capitán.

Wrona había pasado toda la guerra en las trincheras. Sufrió dos contusiones. Hijo de un terrateniente arruinado, a duras penas logró ascender a capitán. Desgraciado en la vida, era en la guerra de una crueldad extrema. Odiaba a la masa gris de los soldados, pero también a aquellos que, protegidos por los hombres del frente, llevaban una vida orgiástica en los tranquilos Estados Mayores y gozaban de todo lo que era inaccesible para él. No tenía dinero ni amigos que pudieran sacarle del lodo de las trincheras y llevarle allí, a la retaguardia, donde discurría aquella vida mareante y frívola. Cuando cayó prisionero de los austríacos, se alegró: desaparecía el peligro de morir de un balazo en la espalda, a manos de sus propios soldados, que lo odiaban por su brutalidad. En Austria, como polaco, lo reclutaron para la legión de Pilsudski. Y Wrona volvió a su oficio de asesino profesional, sólo que al otro lado del frente, cambiando de uniforme y de escarapela. Cuando los alemanes se disgustaron con Pilsudski y lo recluyeron en la fortaleza de Magdeburgo (naturalmente, alojándole con todo el confort posible) y disolvieron su legión, Wrona, que no deseaba seguir combatiendo en el ejército austríaco, escapó a Varsovia, donde lo localizaron los elementos de la organización militar polaca de Pilsudski dedicados a reclutar voluntarios. Con el teniente Zaremba, fue enviado a Volinia, a disposición de Mogielnicki.

—¡Ah, otra aglomeración! —gritó Eduardo.

Wrona alzó la cabeza. En el cruce de dos calles céntricas, junto a una panadería que estaba cerrada, se apretujaba una nutrida muchedumbre. Wrona se volvió atrás e hizo una seña con la mano. La sección pasó al galope y formó en línea, tras sus jefes.

Entre la muchedumbre sonaban gritos.

—¿Por qué no venden pan?

—¿Pero qué es esto? ¿Acaso debemos morir de hambre?

Para dejar camino a la sección, Eduardo debía apartarse o abrirse paso a través del gentío. Rabioso, picó espuelas. El fogoso caballo se alzó sobre las patas traseras. No detuvieron a Eduardo ni los gritos de espanto de las mujeres y los niños ni las exclamaciones coléricas de los hombres. El orgullo no le permitía retroceder. Mordiéndose de rabia los labios, cargó contra la multitud.

—¿Pero qué hace usted? ¡Los niños..., cuidado con los niños!
—gritó histéricamente una mujer.

Eduardo se alzó en los estribos, sofocado de rabia.

—¡Fuera...! —chilló Wladislaw.

Alguien sujetó por la brida el caballo de Eduardo. La paciencia del coronel tocó a su fin. Enfurecido, desenvainó el sable. Un segundo más y hubiese abierto la cabeza al atrevido. Pero el grito seco y amenazante de «züruck»³ y el cerquillo rojo de una gorra alemana detuvieron su mano. Eduardo tiró violentamente de las riendas.

Al mirar con mayor atención, se dio cuenta de que entre la multitud había varios soldados alemanes y de que en la calleja esperaba un furgón: por lo visto, buscaban pan.

Mientras tanto, Wladislaw terminaba de dar la voz de mando:

—¡Sables!

—¡Quietos! —gritó, con rabia impotente, Eduardo.

Wrona vio también a los alemanes. Formaban una fila compacta, que les cerraba el paso, prestos los macizos fusiles de corto machete.

³ «¡Atrás!» en alemán. | N. del T.

La multitud se había dispersado, dejando la calle vacía. Los más atrevidos observaban, desde lejos, el final de aquel choque inesperado.

La sirena continuaba aullando y recordaba a Eduardo el otro peligro. La sangre se fue retirando lentamente de su rostro. Estaba seguro de que podría arrollar sin dificultad a aquellas figurillas con uniforme verde oscuro. Pero tras ellas había cuatro cañones, un auto blindado y setecientas bayonetas. Tenía que sacrificar el orgullo e ir a un compromiso. Era humillante. Pero en las luchas internas de Mogielnicki siempre vencía el cálculo.

—¿Qué desea usted? —preguntó secamente al hombre que había detenido su caballo. Era un teniente rubio de ojos azules y miopes, que observaba recelosamente a Eduardo, tras de los cristales de sus lentes.

—Deseo que envaine usted el sable.

Eduardo se fijó en lo cómicamente que bailoteaba el bigotillo bajo la nariz del teniente cuando éste hablaba.

—Si eso le pone nervioso, puedo hacerle ese favor —dijo, mordaz, Eduardo, y, sin apresurarse, envainó el sable. Al hacerlo, se cortó ligeramente un dedo. Apretándose con otro dedo el corte, miró con expresivo gesto al teniente y luego a los soldados.

El teniente abrochó la funda de la pistola. Después, se volvió hacia los soldados y, a su orden, seca como un ladrido, éstos se echaron los fusiles a la espalda.

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —preguntó el alemán.

—Con el coronel conde de Mogielnicki —respondió Eduardo, llevándose la mano a la visera.

—¿Coronel? Permítame preguntarle de qué ejército. Es la primera vez que veo semejante uniforme —dijo el teniente, entornando aún más los ojos.

—Del ejército polaco —silabeó Eduardo, sintiendo que de nuevo le ganaba la cólera.

—¿Del ejército polaco? No conocemos tal ejército— Los bigotitos del teniente pusieron de nuevo a danzar, con asombro, bajo su nariz.

—¿No lo conocen? No importa; espero que en el futuro lo conocerán —respondió Eduardo con un tono de oculta amenaza y recogió las riendas—. Hable usted con él, capitán Wrona... Si necesitan pan, que lo lleven. No puedo seguir conversando con este tipo. Soy capaz de partirle la cabeza con sus estúpidos lentes —dijo en polaco, y, sorteando al alemán, siguió su camino al galope.

Wladislaw se puso detrás de él, a la cabeza de la sección.

En las inmediaciones de la cárcel, todo dormía. Junto a las puertas había un grupo de legionarios en torno a una ametralladora.

—¿Recuerda usted, capitán Wrona, lo que le he dicho?

—Estoy obligado a recordarlo, mi coronel. El suboficial está llevando a cabo el último interrogatorio...

La sirena seguía aullando. Eduardo frenó el caballo, estuvo largo rato escuchándola y de nuevo sintió un tic nervioso en la ceja derecha. Trató de evitar el tic pasándose la mano por la frente, pero no lo consiguió.

—Capitán, diga que telephonen de la cárcel al Estado Mayor para que envíen a la fábrica a toda la gente disponible... Por lo visto, Zaremba tampoco ha podido arreglar las cosas. Tendré que ocuparme personalmente de ello. Le aseguro que yo sabré cerrarle la boca.

Eduardo fustigó a su montura.

La sección apenas si podía seguirle.

La gente se metía en los patios en cuanto divisaba a los jinetes. Los que no lograban esconderse a tiempo, se arrimaban a las paredes. Cuanto más se acercaban a la fábrica, tanto más numerosos eran los grupos que iban encontrando.

Al doblar la última esquina, se ofreció a sus ojos una enorme muchedumbre que ocupaba todos los accesos a la fábrica. Había varios miles de personas.

El rumor de la multitud se fundía con el bramido de la sirena. Al ver aquella aglomeración, Eduardo se desconcertó. No esperaba que la cosa tuviera tal alcance. Involuntariamente, frenó el caballo. Wrona y Wladislaw se le acercaron.

Había que tomar una decisión. No sé podía permanecer inmóvil frente a la multitud.

—¡Capitán, ordéneles que despejen inmediatamente!

Wrona gritó a la muchedumbre. Eduardo ordenó:

—¡Descuelguen! ¡Disparen sólo a la voz de fuego!

—¡Ocupen aquel callejón...! ¡Desalojen a golpes de *nagaika* a la gente que haya allí!

Repartiendo golpes a diestro y siniestro, los legionarios despejaron el callejón y formaron en arco.

—¡Por última vez —gritó Wrona—, ordeno...!

La multitud, como cortada en dos por un gigantesco cuchillo, dejó abierto el camino hacia las puertas de la fábrica y quedó inmóvil.

Eduardo se apartó a un lado; Wrona y Wladislaw a otro.

—Por ahora, disparen al aire —dijo quedamente Mogielnicki—. Den la orden a la sección.

Los legionarios se echaron el fusil a la cara. En la multitud se inició el pánico.

Pero la distancia entre los legionarios y la multitud aumentaba muy poco a poco.

Los que se encontraban detrás no sabían lo que ocurría delante y frenaban involuntariamente a la ola humana que se les echaba encima. Tratando de salvar su vida, los de las primeras filas se derribaban unos a otros, y eso hacía cundir el pánico. Eduardo, radiante, se dijo: «El ganado es ganado».

—¡Fuego! —gritó.

La descarga restalló en el aire como si una mano hubiese desgarrado en dos un enorme lienzo. La muchedumbre retrocedía velozmente y dejaba en el suelo a los que caían, dándoles por muertos o heridos.

—¡Fuego! —gritó Eduardo.

Y no cesó de repetir la orden hasta que la sección hubo disparado todo el peine.

La plaza quedó medio desierta. La lava humana retrocedía más y más impetuosamente...

Las puertas de la fábrica se abrieron. La sección de Zaremba, desnudos los sables, se lanzó en persecución de los que huían.

—¡Adelante! —gritó Eduardo—. ¡Metedlos en el establo!

La sección de Wladislaw salió al galope. Eduardo y Wrona se dirigieron hacia las puertas...

Ambas secciones estuvieron persiguiendo a la muchedumbre atemorizada e impotente durante media hora.

En las calles no se veía un alma. Los heridos se habían refugiado, a rastras, en los portales, para ponerse a salvo.

Al poco de haber llegado Mogielnicki, se presentaron en la fábrica Barankiewicz y el alcalde, Sladkiewicz. Hasta entonces, ninguno de los dos se había atrevido a salir de casa.

En el patio de la fábrica había unos ochocientos obreros.

—¿Por qué no los han dejado salir de aquí? —preguntó Eduardo, sorprendido, al alférez Zajaczkowski, a quien Zaremba había dejado allí de reserva.

El alférez, casi un niño, saludó torpemente y se justificó, todo turbado:

—Así lo ordenó el señor teniente. Temía que se uniesen a los otros.

—¡Vaya un político! Debió haber despejado la fábrica inmediatamente. Los de la calle pensaban que aquí los habían ahorcado a todos. ¡Ni adrede hubiera podido imaginar mejor provocación! —rezongó, irritado, Mogielnicki, mientras estrechaba la mano al abogado y al fabricante.

—¿Pero qué ocurre? ¡Un motín! ¡Hay que poner término a estos desmanes!

—No se preocupe, señor Barankiewicz, haremos todo lo que sea necesario —le tranquilizó Eduardo.

—¡Pero si tengo la fábrica llena de remolacha que se está pudriendo! No puedo permitir que la fábrica esté parada... Cada día me cuesta muchos miles —se quejó, fuera de sí, Barankiewicz.

A Eduardo le repugnaba aquel gordinflón, de cuya codicia circulaban anécdotas.

—Hay asuntos más importantes que la remolacha, señor Barankiewicz. En Pawlodz se han insurreccionado. Los campesinos se han alzado en armas en Holmianka y Sosnowka...

—¿Qué es de los míos? —gritó, asustado, el alférez Zajaczkowski.

—No tema, alférez: camino de la ciudad me he encontrado a su padre y a su familia. Están en mi casa, todos sanos y salvos.

—Perdone, señor coronel...

—No se preocupe, le comprendo perfectamente...

—Por si algo faltaba, esos alemanes de la estación... Se llevan de las tiendas todo lo que se les antoja —intervino Sladkiewicz.

Mogielnicki se volvió hacia él y le dijo con un desprecio que no intentó disimular.

—Confío, señor Sladkiewicz, en que no nos negará la amabilidad de hablar con éstos —y señaló a los obreros.

Wladislaw entró en el patio con una parte de su sección. El resto continuaba patrullando por las calles.

—La orden ha sido cumplida, mi coronel —afirmó a Eduardo, recalcando con marcado placer las dos últimas palabras.

Como la sirena no cesaba de rugir, Eduardo apenas le oyó. Se acercó a él. Wladislaw inclinó la cabeza hacia su hermano.

—Coge la sección y márchate a casa. Aquí nos las arreglaremos sin ti, y allí no hay nadie. Pon centinelas y estate alerta. Mantén enlace telefónico con el Estado Mayor. ¡Adiós!

Wladislaw saludó y se dirigió a la salida. En aquel momento llegaba Zaremba con los suyos.

—Vaya usted, señor Barankiewicz, y tranquilice a su esposa. El orden ha sido restablecido. Por la tarde venga a casa y hablaremos. Ahora me ocuparé de eso —Eduardo miró hacia las nubes de vapor que se elevaban sobre el tejado de la sección de calderas.

*

—Teniente Zaremba, ordene a los obreros que desalojen la fábrica. De todos modos, nadie oye a ese papagayo. ¡Que dentro de veinte minutos no quede aquí ni un alma! ¡Nosotros vamos a taparle la boca a esa bestia!

Mientras caminaban hacia la sección de calderas, el alférez Zajaczkowski dijo a Eduardo:

—Ha cerrado el vapor, mi coronel. Se ve que no puede respirar. Nosotros quisimos entrar por un ventanuco; pero hirió de un tiro a uno de nuestros soldados... ¿Sabe? Cuando le atacamos por primera vez, le dio una pedrada a un legionario, y éste dejó caer allí la carabina. En la recámara tenía cuatro cartuchos. El arma se disparó al caer. Le quedaban tres cartuchos. Como

ha disparado una vez, ya no le quedan más que dos... Lo malo es que en cualquier momento puede poner en juego la manga. Se encuentra allí como en una fortaleza... El ingeniero dice que tiene vapor para unas cuantas horas.

—Díganle al ingeniero que venga.

CAPÍTULO VII

Vasilek entró en la fábrica con el primer grupo de obreros del relevo. A toda costa quería referir el primero a su hermano cómo habían asesinado al tío Seriyoga, su vecino.

No era la primera vez que Vasilek se metía en busca de su hermano durante las horas de trabajo, escurriéndose como una anguila por entre los obreros y sin que lo viesen los guardianes. A veces, pasaba con su hermano todo el turno, esforzándose por ayudarlo. Los fogoneros querían mucho al avisgado muchacho, que tan pronto había aprendido el arte de alimentar las calderas.

Una vez, el señor Strumil encontró a Vasilek en la sección de calderas, pero los fogoneros intercedieron por el pequeño, y el capataz hizo la vista gorda. Vasilek ayudaba a los fogoneros a descargar las vagonetas, conocía todas las entradas y salidas de la sección y pronto halló un camino que le permitía burlar a los guardianes. Se metía en la carbonera principal y, luego, se deslizaba por la tubería del respiradero. Después, llegaba a la carbonera por una viga de hierro y de allí, apartando dos o tres bloques de antracita, iba a parar a la sección de calderas por la abertura de la que sacaban el combustible. El pequeño no descubrió su secreto a nadie, ni siquiera a su hermano. Le agradaba aparecer inesperadamente y causar la admiración de los fogoneros por su habilidad para burlar a los guardianes.

Vasilek quedó frío de espanto al saber que Andrés se había encerrado en la sección y lo querían matar. El muchacho, con el corazón en suspenso, observaba a los legionarios que intentaban penetrar en la sección de calderas.

Cuando las tentativas fracasaron, su alegría no tuvo límites. Corría de un lado para otro por entre los obreros y, mirando con ojos anegados en lágrimas a los fogoneros, les preguntaba:

—Dime, ¿qué van a hacer con él?

Los fogoneros guardaban un silencio sombrío. Uno de ellos tomó a Vasilek de la mano y lo llevó a un lado.

—¡Márchate, antes que te maten! Tu hermano ya ha terminado su carrera... ¿O quieres que te retuerzan el pescuezo?

El pequeño se soltó de la mano del obrero y, deshecho en llanto, corrió de nuevo a mirar lo que hacían los legionarios.

Todos los obreros retenidos en el patio de la fábrica seguían atentamente lo que sucedía en la sección de calderas. La temeraria valentía de aquel muchacho, ante el que eran impotentes los legionarios armados, cautivaba los corazones. Y los hombres, entristecidos, agotados por el duro trabajo, veían en la resistencia del héroe un reproche a su pasividad. El aullido de la sirena no les dejaba olvidarlo un minuto. La suerte de Ptaja obsesionaba a todos, y algunos, principalmente entre las mujeres, empezaron a manifestar sin disimulo su admiración. Se oyeron voces indignadas:

—¡Debería daros vergüenza, hombres, el estaros ahí mirando! ¡Lo habéis dejado solo frente a la muerte...!

—No valéis más que para reñir con la mujer...

—Sí, son héroes para saltarnos a nosotras los dientes...

Enardecidos por los gritos de las mujeres, por la sirena, por todo lo que estaba sucediendo, los obreros se negaron a salir a la calle. Los legionarios, mandados por el teniente Zaremba, que estaba ronco de tanto gritar, pusieron en acción las bayonetas. La caballería cargó contra la multitud a latigazos.

Los obreros, enfurecidos, arrancaron de la silla a uno de los legionarios. Sus compañeros lo salvaron a duras penas. El escuadrón de Zaremba limpiaba el patio con gran dificultad.

Vasilek no podía estar quieto. Los legionarios advirtieron aquella inquieta figurilla que iba de un lado para otro.

—Eh, ¿qué haces aquí? ¡Alto, hijo de perra! ¿Adónde corres? —le gritó uno de los soldados. El pequeño, abriéndose paso con los codos y la cabeza, se metió en lo más espeso de la muchedumbre y, temeroso de que pudieran detenerle, salió por la puerta de los empleados al depósito de carbón. Una vez allí se acordó de su entrada secreta...

Cuando llegó a la carbonera, Vasilek estuvo largo rato arrastrándose en la oscuridad, golpeándose dolorosamente las rodillas y la cabeza contra los pedruscos y buscando, sin poder encontrarlo, el orificio que llevaba a la sección. Estaba obstruido

por el combustible. Entonces, el muchacho se puso a escarbar el carbón, apartando a un lado pesados bloques. Uno de ellos le magulló los pies desnudos. Vasilek cayó y rompió a llorar amargamente. Pero después reemprendió su trabajo. Había hecho un pequeño hoyo, pero el ahondar se hacía más y más difícil. Tenía que subir los bloques de carbón y arrojarlos bien lejos, para que no le cayeran en la cabeza. La carbonilla se le metía en los ojos y en la nariz. El pequeño estornudaba y escupía. Pero al carbón no se le veía el fin. Vasilek pensó que quizá se habría equivocado de lugar. Sintió miedo y pena. De nuevo estalló en sollozos.

—¡Andrés, Andrés...! —gritó con todas sus fuerzas.

Andrés saltó como si le hubiese picado una víbora.

—¡Puf, diablo!

Le había parecido que Vasilek estaba llorando detrás de él.

Andrés se encontraba en la carbonera, con la carabina en las manos y los ojos puestos en los ventanucos.

La manguera yacía a su lado. El vapor, que estuvo a punto de ahogarle, salía lentamente por los ventanucos. En la sección había poca luz y el calor era sofocante.

A Andrés le parecía, a veces, que todo aquello era una pesadilla. Habían pasado ya tres horas y nadie acudía en su ayuda. Todos sus esfuerzos iban a ser vanos. De todas maneras, lo prenderían y fusilarían. ¡A nadie le preocupaba su suerte! ¡Todos permanecían cruzados de brazos y sólo él, Ptaja, debía perecer...!

—¡Andrés! —gritó muy cerca Vasilek.

Rodó un pedrusco y golpeó dolorosamente a Andrés en un hombro. Casi al instante sonó un grito de alegría: «¡Soy yo, Vasilek!», que paralizó los dedos de Ptaja cuando ya se disponía a apretar el gatillo.

Vasilek, en carne y hueso, vivo, se encontraba ante él; y a Andrés le castañetearon los dientes al pensar que había estado a punto de matarle.

—Andrés, soy yo... Han venido un montón de legionarios... Todo el patio está lleno de caballos. Con ellos se encuentra su jefe principal... ¡Vámonos de aquí! Por ese agujero... Yo siempre entraba por él. Pero esta vez lo han llenado de carbón hasta

arriba y me ha costado mucho —gritó Vasilek al oído de su hermano, abrazándole.

A Andrés le latía tumultuosamente el corazón.

—¿Por dónde has entrado?

—Por el depósito de carbón.

—Pero si allí no hay ningún pasadizo...

—Me he metido por la tubería. Es muy ancha. Tú también podrás pasar. ¡Vamos, Andrés, vamos! ¡La de tipos que se han juntado ahí! ¡El tío Ostap dice que te matarán!

Vasilek tiró de su hermano hacia el agujero.

—¡Pasa y yo te seguiré!

El pequeño comenzó a elevarse. Ptaja miró por última vez su «fortaleza», las calderas, que se iban apagando, y le siguió. Vasilek le estaba esperando arriba. Andrés echó el seguro a la carabina y se la tendió a su hermanito. Después, arañándose los hombros, se metió por el agujero, y agarrándose al carbón, que se desprendía, ascendió trabajosamente.

Vasilek le apresuraba. Andrés agarró con ambas manos un pesado bloque de carbón y lo tiró al agujero. El muchachito se puso a ayudarle, arrojando allí, con manos y pies, pedruscos de antracita. Un minuto más tarde el agujero estaba obstruido.

Vasilek guiaba a su hermano por aquel camino que sólo él conocía. Ptaja se imaginaba, horrorizado, lo que ocurriría si no lograba salir por la tubería del respiradero. Cuando, en pos de Vasilek, introdujo en ella la cabeza y los hombros, y empezó a avanzar lentamente, exhaló un suspiro de alivio.

Cuando salieron al aire libre, estaba llovisnando. Una elevada tapia separaba los talleres del depósito de carbón, al que iban a parar las vías de ferrocarril accesorias.

Vasilek salió para observar los alrededores. Regresó al poco y dijo a su hermano que por allí no había ni un alma.

—Hay tres filas de vagones vacíos. Podremos pasar por debajo de ellos sin que nadie nos vea. Y cerca de la puerta trasera no hay nadie. Está cerrada con candado. Nos subiremos a un vagón, de allí pasaremos a la verja y, ¡al campo! —musitó Vasilek a su hermano.

Se deslizaron de la montaña de carbón y, agachándose, corrieron por entre los vagones.

El plan de Vasilek resultó magnífico. El último vagón se encontraba junto a la verja. Los muchachos la saltaron y echaron a correr entre los rieles.

Vasilek volaba delante como un pajarillo, agitando los brazos y dando saltos de dos metros. Volvía la cabeza con frecuencia para ver si su hermano podía seguirle. Andrés corría a todo correr. La lluvia le azotaba el rostro. Unas nubes bajas y negras cubrían el cielo.

Andrés no tiró la carabina. «De todas maneras me matarán si me cazan. Así, por lo menos, dejaré secos a dos antes de morir», pensó, seguro de que no lograría salvarse.

Cuando perdieron de vista la fábrica y el ferrocarril torcía hacia la estación, Andrés se detuvo, y, sin fuerzas para seguir corriendo, se dejó caer en el terraplén...

—¡Para, Vasilek, que no puedo más! —gritó, llevándose la mano al corazón.

—Corramos, Andrés, corramos, que nos pueden alcanzar —el muchacho, mirando temerosamente alrededor, brincaba impaciente. Calado hasta los huesos, temblaba de frío y de miedo. Tenía ateridos los pies, sucios de barro. Se hallaba sobre una traviesa y se frotaba un pie con el otro...

A Vasilek le pareció que Andrés descansaba demasiado tiempo.

—¡Ya está bien, Andrés, corramos!

Ptaja se volvió cansadamente, miró los pies de Vasilek y la vieja gorra que cubría su cabeza, la figurilla doblada en tres pliegues y envuelta en un viejo jersey de mujer, y un sentimiento de profunda lástima y amarga furia contra aquella vida perra que no le permitía siquiera poder comprarle unas botas y ropa al pobre niño, le oprimió la garganta.

«Ahora no tendremos ni un pedazo de pan. Yo mismo no tendré donde meterme...»

—Andrés... —sollozó Vasilek.

Ptaja se levantó. De entre la espesa niebla en que se perdía la fábrica continuaba llegando el amenazante aullido de la sirena.

—Suena —murmuró con orgullo, escuchando, placentero, la poderosa voz de su cómplice.

Siguió su camino a buen paso, pero sin correr. Vasilek iba a su lado con un trocillo menudo, volviendo la cabeza a cada instante.

Desde el alto terraplén vio Ptaja la conocida casita junto al depósito del agua, y entonces creyó, por primera vez, en su salvación.

—¡Vasilek, hermanito...! ¡Vasilek, granujilla! ¡Ahora podemos reírnos de ellos! Y por tus sufrimientos me las tendrán que pagar.

Andrés abrazó fuertemente a su hermano, alegrándose de no tener que ocultar sus lágrimas. ¿Quién iba a notarlas, si estaba lloviendo a cántaros?

*

—Podemos empezar únicamente de noche. Salir ahora a la calle, con un grupito de treinta hombres, es una estupidez — espetó, ya irritado, Rayewski.

Chobot sacudió la cabeza testarudo.

—Antes de que se haga de noche los dispersarán a todos y matarán a los presos. Ahora es el momento más oportuno. ¡No estoy de acuerdo, de ninguna manera!

Tras él habló calurosamente Metelski.

—Camarada Segismundo, Chobot tiene razón. Una vez que las masas han salido a la calle, y que éstos fusilan a los obreros, estamos obligados a alzarnos en armas. Aunque nos derroten, debemos salir a la calle. De lo contrario, nos cubriremos de vergüenza... Además, eso es un axioma del marxismo ... Aunque el movimiento sea inoportuno, nosotros debemos encabezarlo si ha comenzado.

Rayewski le miró descontento.

—Encabezar no significa ir a la zaga.

Metelski se indignó:

—Por primera vez oigo decir que echarse a la calle con las armas en la mano significa ir a la zaga. Me extraña oírlo de usted...

—¡Lo mismo digo yo! —le apoyó el vozarrón de Chobot.

Metelski iba y venía nerviosamente por la habitación. Una acentuada palidez cubría su rostro de finas facciones y hermosa frente despejada. Un fuego interior iluminaba sus grandes ojos negros. En toda su figura había algo delicado. Rayewski miró otra vez al joven médico y dijo más tranquilamente:

—Hemos prolongado demasiado nuestra reunión. Creo que es hora de poner fin a esta polémica infructuosa... El doctor y Chobot están en contra y Kovaló y yo en pro de intervenir esta noche. Para entonces reuniremos y armaremos a cerca de doscientos ferroviarios y obreros de la azucarera. Llegará Schabel de Sosnowka y, con él, quizá, un grupo de campesinos... Echarse a la calle porque sí no es de bolcheviques. Camarada Metelski, nos cubriremos de oprobio si lanzamos a treinta comunistas a una muerte segura e infructuosa. Y de hacerle caso a usted, daríamos esa posibilidad al enemigo. Repito una vez más: todos los comunistas deben ahora movilizar a los obreros. ¡Sí, sí! Hay que hablar con todos aquellos que creamos decididos a empuñar las armas. Usted mismo ha visto cómo un grupito de señores armados ha podido con una multitud de miles de hombres. ¿Por qué? Pues porque los obreros no estaban organizados. El Partido existe precisamente para organizar la resistencia. Aquí no hacen ninguna falta las frases floridas. Pensemos cómo armar mejor y más rápidamente a los obreros. Creo que ya hemos hablado lo bastante. Durante este tiempo, los camaradas que enviamos a otros lugares han hecho más que nosotros aquí... Tenemos armas, pero carecemos de munición. No hay que olvidarlo. Estoy en contra de su proposición de buscar por separado los cartuchos y traerlos aquí. El polvorín está cerca de la estación y, en caso de sufrir el menor revés, nos exponemos a quedarnos sin cartuchos. Por eso, el destacamento se reunirá aquí y, en masa, avanzará hacia el polvorín, suprimirá al centinela, se hará con los cartuchos y, ya desde allí, iniciará la ofensiva sobre la ciudad... Chobot llevará a la fábrica dos vagones con fusiles y munición. En la barriada obrera armaremos al resto de los camaradas, a los que aún no han podido o no se han decidido a unirse a nosotros. Nuestro baluarte será la barriada obrera. La mayoría del destacamento la formará gente de allí. Es todo.

Kovaló expresó su aprobación con un ligero carraspeo.

—Es una lástima que no se encuentre aquí el camarada Patlai. Pero esta noche lo pondremos en libertad: la cárcel es el primer punto de la ciudad que atacaremos. ¡Así, pues, decidido, camaradas! Como presidente del Comité Revolucionario, os ordeno actuar inmediatamente. Camaradas, para mayor seguridad, os ruego que me confirméis si estáis dispuestos a obedecerme.

Chobot, dolido, miró a Rayewski.

—¿Qué duda puede haber? ¿Acaso no sabemos lo que es la disciplina del Partido?

En los labios de Rayewski se esbozó una sonrisa cansada. Se levantó de la silla, se acercó a Metelski y, cariñosamente, le puso la mano en el hombro.

—Dígame, doctor: ¿conseguirá usted todo lo necesario para las curas? No podremos evitar que haya sangre...

—Conseguiré todo lo que haga falta. ¿Adónde me ordena ir ahora?

—No sea niño, Metelski. ¡No estamos para eso! Vaya a la estación y tantee a los alemanes. Usted, como médico ferroviario, puede hablar con los oficiales. Vea cómo respiran. Nos vendría muy bien saber qué actitud van a adoptar los alemanes cuando empiece nuestro choque con los legionarios.

*

Salieron juntos al porche. Anochecía. El tiempo estaba lluvioso y sombrío.

—El tiempo es bueno —dijo Rayewski—. Bien, amigos, nos separaremos hasta las nueve de la noche. Tú, Gregori, ve a ver a tus camaradas del depósito de máquinas. Que vengan unos cinco miembros del Partido. Necesitamos tener aquí un punto de apoyo. Si alguno de ellos tiene armas, que las traiga... ¡Mira, ahí viene tu golondrina! —Rayewski sonrió cariñosamente.

Alejandra bajaba, corriendo, la pendiente.

—He hecho todo lo que me mandaste, padre —anunció, jadeante, cuando llegó junto a Kovaló y Rayewski.

La muchacha se turbaba siempre un poco en presencia de gente extraña. Su vestidito, empapado de agua, modelaba su cuerpo, y la joven quiso refugiarse en su habitación.

—¿Dónde está Raimundo? —le preguntó Rayewski deteniéndola.

—Nos separamos en la ciudad hace unas dos horas. Ahora debe estar en la barriada obrera... Su mujer ha llevado a la vieja habitación un paquete con papeles... Raimundo me ha pedido que le comunique que en la cárcel hay cinco hombres con una ametralladora. He estado con Vorobeiko y dice que podemos contar con la locomotora —le informó rápidamente Alejandra, y se apresuró a ocultarse en su habitación.

—Tu hija es una muchacha magnífica —dijo Chobot, exhalando un triste suspiro. El gigantón no tenía hijos.

—Gracias. Es una lástima que no tenga más hermanos. Sí, parece buena muchacha —respondió muy bajo Kovaló, frunciendo inesperadamente el ceño.

La lluvia arreciaba. Sus chorros oblicuos anegaban el porche de la casita.

Metelski se encasquetó el gorro y se abrochó el impermeable.

—¿Vamos?

Rayewski los acompañó con la mirada hasta la garita. Cuando se separaron, entró en la casa.

Alejandra ya se había cambiado de ropa y salió a su encuentro.

—Seguramente no habrá comido nada —dijo con cierta turbación, mientras estrujaba su trenza empapada por la lluvia—. Ahora coceré unas patatas y traeré col agria... ¡Mi padre nunca se acuerda de poner el puchero al fuego, a pesar de que se lo dejo preparado! —se lamentó la muchacha con fingido descontento.

*

Mogielnicki, con rabia contenida, se azotaba la bota con la fusta.

—Discurra más rápidamente, señor Strumil. No dispongo de tiempo. Usted ha consentido este desacato, y si dentro de diez minutos no encuentra la forma de hacer que cese ese aullido, me temo que tendré que fusilarlo.

Eduardo se dio cuenta de que al capataz le temblaban las rodillas. No se tomó el trabajo de mirarle a la cara.

—¡Compadézcase de mí, señor coronel! ¿Qué culpa tengo yo?

—No se justifique y dígame cómo hemos de arreglárnoslas para hacerle salir de ahí.

—Ya he pensado...

—¡Nada que valga la pena! —le interrumpió Eduardo.

Se hallaban en la sección de máquinas.

—¿No se le puede escaldar con vapor?

—No, porque ha cerrado las tuberías que alimentan la sección de máquinas —explicó, desesperado, Strumil.

Pero, de pronto, abrió mucho la boca y quedó inmóvil, como idiota, iluminado por una idea.

—¡Ya sé cómo! ¡El señor coronel me ha dado la idea! —exclamó alegre, dándose una palmada en la frente—. Cerraremos el tiro de la chimenea y se asfixiará.

—¡Manos a la obra!

Media hora más tarde, cuando las densas columnas de humo dejaron de salir por las ventanas de la sección de calderas, Eduardo ordenó:

—¡Vayan a comprobar el resultado!

Se abrió la puerta falsa, y el cabo —tras el que se hallaban los legionarios que entraran con él en la sección de calderas—, abriendo y cerrando los ojos lagrimeantes, informó desconcertado a Eduardo, entre golpes de tos:

—¡No hemos encontrado a nadie, señor coronel!

—¿Qué? —Eduardo apretó con tal fuerza el mango de la fusta, que le crujieron todos los huesos de la mano.

De la sección de máquinas salía tufo a carbón. Eduardo dio la vuelta bruscamente y, sin mirar a nadie, se dirigió hacia la salida.

Zaremba, Wrona, Zajaczkowski y Strumil entraron en la sección de calderas. Eduardo iba y venía por el patio, sin hacer caso de la lluvia torrencial.

—¿Qué? —preguntó aviesamente cuando Wrona y Zaremba se le reunieron.

Zajaczkowski y Strumil estimaron más conveniente no dejarse ver.

—No está allí... Y no puede uno imaginarse que se haya ocultado en ningún sitio...

Ahora que la sirena callaba, el silencio parecía extraordinario.

—¿Quiere usted decir que no hubo allí nadie? ¿O cómo quieren que me explique esto?

—Alguien hubo, pero no logramos explicarnos cómo escapó. —dijo Zaremba, abriendo los brazos en ademán de impotencia.

—¿Quiere decir que lo han dejado ustedes escapar?

—Eso es imposible: guardábamos todas las puertas. No alcanzo a comprender lo sucedido, mi coronel...

—Si no fuera usted un oficial que ha estado en las trincheras, teniente, otro gallo le cantarían. Capitán Wrona, cuando restablezcamos el orden en la ciudad, tendrá arrestado quince días al teniente Zaremba. ¡Eh, mi caballo!

*

...La casita cercana al depósito del agua iba llenándose de gente. La primera en acudir fue Jadwiga. Mientras Alejandra andaba atareada en la cocina, contó a su marido todas las novedades.

Al poco llegó Vorobeiko. Sacó de debajo del abrigo una escopeta de dos cañones, desmontada, y una cartuchera. Montó la escopeta, la cargó y, satisfecho, la puso en un rincón.

—He rellenado los cartuchos de metralla. A veinte pasos se puede tirar con toda seguridad... En la oscuridad no distinguirán con qué tira uno, y ruido hace bastante. ¡Para empezar, no está mal! Y esto para hacer boca —dijo con orgullo, sacando del bolsillo del pantalón cinco cartuchos de fusil alemanes—. Cinco... Se los pedí al chico del vecino. No sé dónde los encontré el

diablillo. ¿Qué falta pueden hacerle? Y a nosotros nos son imprescindibles ... Daremos a cinco camaradas un cartucho por barba y podrán soltar un trabucazo cada uno...

Vorobeiko dejó amorosamente el peine sobre la mesa. De su ropa chorreaba el agua. Pero el ayudante de maquinista estaba de un humor inmejorable. Movía cómicamente sus cejas albinas y, dando frecuentes sorbetones con la nariz, relataba, animado, qué clase de muchachos iba a traer.

—¡Le quitan a uno los calcetines sin tocarle los zapatos! — exclamó, no encontrando una expresión más gráfica—. En cuanto oscurezca del todo los traeré. Ahora me vuelvo para allá. Aún tengo que hablar con algunos y preparar la locomotora. Si no fuese por los alemanes, la cosa sería coser y cantar... ¿Qué diablo los habrá traído? Dicen que ahora no pueden marcharse, que los señorones polacos les ponen mil impedimentos. ¡Me largo!

Vorobeiko salió apresuradamente, pero, cuando ya estaba en el zaguán, volvió a la habitación.

—¿No sería bueno que os trajera, por ahora, un fusil del depósito? No sea que el diablo traiga a algún hijo de Satanás y no tengáis con qué hacerle frente.

Rayewski asintió con la cabeza.

Cuando Vorobeiko regresó, Raimundo y varios obreros se encontraban ya en la casa. Entre ellos, había un muchacho rubio, muy alto, a quien Raimundo presentó a su padre.

—Es Pshenichek. Te hablará de Patlai y del resto de los camaradas. Lo encontré casualmente en casa de Stepovoi.

Rayewski estrechó fuertemente la mano del muchacho.

—Y éstos —añadió Raimundo en un susurro, señalando con la mirada a los obreros que entraban— son los ametralladoristas. ¿Te acuerdas que me pediste que te los presentara? Ese tan alto, Stepovoi; y el otro, el de los bigotes, Gnat Verba. Ambos son viejos soldados. Han traído la ametralladora desmontada, en unos sacos. Ahora la montaremos en el arca del agua. Tenemos una cinta, pero sin cartuchos... Los demás vendrán más tarde, como ordenaste...

La habitación era pequeña para contenerlos a todos. Un obrero de alta estatura examinaba el fusil traído por Vorobeiko.

—¡Nuevecito! La bayoneta se sujeta así: una, dos, tres, ¡y ya está!

Rayewski interrogaba a los obreros acerca de la moral reinante en la barriada fabril.

Jadwiga pasó a la cocina para ayudar a Alejandra. Raimundo la siguió, llevando consigo a Pshenichek.

—Aquí tiene, Alejandra, a un nuevo camarada. ¿Lo recuerda?

Pshenichek, no sabiendo dónde dejar su gorra mojada, le daba vueltas en las manos. Ya estaba enterado de la detención de su padre, y la inquietud por la suerte del pobre viejo no le daba un minuto de sosiego.

—Siéntense en el banco y perdonen que estemos tan estrechos —les invitó Alejandra y, hábilmente, hizo pasar del puchero a un plato muy grande algunas patatas humeantes.

Jadwiga aderezaba con aceite la col agria.

Raimundo comprendía que debía hablarle a la muchacha de Andrés.

—Alejandra, ¿sabe usted quién toca la sirena?

—No, no lo sé.

—Dicen que es Ptaja, que se ha encerrado en la sección de calderas.

La joven arqueó sus negras cejas. No sintió que el puchero le quemaba los dedos.

—¿Andrés? ¿Sólo?

—Sí. Lo han cercado... Hasta ahora resiste.

Pshenichek observaba a Alejandra con mirada triste.

—¿Cómo ha sido eso, Raimundo? ¿Por qué lo han abandonado? ¿Qué va a hacer él solo?

Raimundo, sin poder mirarla a los ojos, salió de la cocina.

—Padre, ¿recuerdas que te hablé de Andrés Ptaja?

—Sí.

—Él es quien toca la sirena en la fábrica. Lo matarán. Déjanos, padre, acudir en su ayuda, te lo ruego...

Raimundo adivinó que Alejandra se encontraba detrás de él.

—Déjanos... Ahora vendrán más camaradas de la barriada. Todos conocen a Andrés. ¡Deja que vayamos a salvarlo!

—¡Si, lástima de muchacho! ¡Lo matarán! —musitó aquel obrero tan alto a quien Raimundo había presentado como un ametralladorista.

Las cejas de Segismundo se fundieron en una sola línea.

—No tenemos cartuchos. Además, no podemos echarnos a la calle separados...

Nadie se movió. Raimundo permanecía de pie ante su padre, como una súplica muda.

Rayewski miró fijamente a los ojos, muy abiertos, de Alejandra, y ella comprendió que aquel hombre no cedería.

—¡Dios mío! ¿Pero es que no tiene usted corazón? —balbuceó muy quedamente la joven.

Por unos segundos, Rayewski reclinó cansadamente la blanca cabeza en la palma de la mano. Las guías de sus bigotes pendían gravemente. Alejandra recordó que aquel hombre llevaba dos noches enteras sin dormir. ¡Y cuántas noches de insomnio habrían precedido a aquellas dos! ¡Con qué amor y aprecio hablaba de él su padre!

Aquel hombre, que rara vez sonreía, siempre era cariñoso con ella, y Alejandra se sintió avergonzada de su primer pensamiento...

De pronto, la sirena dejó de oírse. Durante algunos segundos, nadie pronunció una palabra. Alejandra estalló en sollozos y corrió a su habitación.

Una vez allí, se desplomó sobre la cama, estremeciéndose por el llanto.

Jadwiga, en silencio, le acariciaba la cabeza. Más y más gente acudía a la casa. La sección de máquinas del depósito del agua, el cobertizo, la gran habitación y la cocina, apenas si podían dar cabida a los reunidos. Kovaló y Chobot se presentaron con algunos camaradas ferroviarios.

A todos les preocupaba el súbito silencio de la sirena.

—¡Lo han cazado al fin!

De pronto, Ptaja, seguido de Vasilek, apareció en la puerta.

—¡Anda! —exclamaron todos, llenos de asombro.

A Ptaja le pareció que en aquella exclamación había una nota de desencanto, casi de irritación.

—Ptaja, ¿eres tú? —gritó Raimundo, que salía en aquel momento de la cocina.

—¿Quién va a ser, si no? —gruñó Andrés, sorprendido de ver allí tanta gente, y contrariado porque Vorobeiko, armado, les hubiera detenido a él y a Vasilek cuando cruzaban el puentecillo.

Todos se pusieron a hablar a un tiempo.

—¡Vaya, hombre, todos decían que estabas en la fábrica tocando la sirena, y ahí lo tenéis, tan fresco!

Al oír la exclamación de Raimundo, Alejandra entró corriendo en la habitación. Kovaló, involuntariamente, miró de reojo a Andrés:

—La gente aseguraba que tú tocabas la sirena; por lo visto se equivocaba.

—Debe ser otro el que está allí, y los idiotas de los fogoneros se confundieron a causa del susto...

—¿Quién hizo sonar la sirena?

—¡Se ve que es un muchacho valiente! ¡Lo habrán matado esos canallas! —exclamó emocionado Rayewski y se levantó de su asiento.

Andrés se sintió tan humillado, que lo vio todo negro. Agotado, enflaquecido por aquellas horas de sufrimiento, se encontraba ante sus camaradas, con la cabeza caída sobre el pecho, empapado de agua, todo sucio de carbón. Nadie se dio cuenta de esto último. Suele ocurrir que los hombres, absortos por algo emocionante, no se dan cuenta de aquello que en estado normal no dejarían de advertir.

Inmediatamente se olvidaron de Ptaja. Era un episodio fastidioso. Le habían creído un héroe y resultaba ser un ocioso. Y todos estaban descontentos y hasta molestos por su propia equivocación.

Alejandra sentía vergüenza de sus lágrimas y de que todos las hubieran visto y pudiesen pensar de ella cualquier cosa. Que Ptaja, aun sin culpa alguna, se encontrase en situación tan ridícula, hería su amor propio de muchacha.

Lanzó una mirada ultrajante a la lastimosa figura de Andrés. «¿Qué habré visto en él de agradable? ¡Ahí está plantado como un tonto! ¡Si por lo menos se marchara!», pensó con despecho.

Raimundo evitaba que sus ojos se encontraran con los de la muchacha y se sentía muy violento.

Vasilek, tras su hermano, miraba a todos, indignado. No alcanzaba a comprender por qué Andrés sufría aquello. «Según éstos, no hemos estado en la fábrica. Y no le dan importancia alguna a que el carbón me haya magullado los dedos.» Sin saber por qué, se acordó en aquel momento de sus dedos. «Con seguridad, la madre me dará, encima, una buena zurra», pensó tristemente, a punto de llorar.

Andrés alzó la cabeza.

Alejandra vio que el muchacho palidecía súbitamente. Ptaja vaciló y, para no caer, tuvo que apoyarse en la pared.

«¿No estará borracho? ¡Eso faltaba!», se dijo Alejandra; pero instintivamente se dio cuenta de que otra cosa ocurría. Sintió lástima de Andrés, se acercó a él y le dijo muy quedo:

—¿Qué haces ahí? Pasa a la cocina. ¡Vaya una traza que tienes! ¡Héroe!

Ptaja dio un paso y apartó a Alejandra.

—¿Os burláis de mí? No regateé mi vida... ¡Todos vosotros huisteis, abandonándome a su venganza! ¡Yo solo he luchado contra ellos, esperando vuestra ayuda, mientras estabais aquí tan tranquilos...! ¡Y, encima, os reís de mí...! —Andrés hablaba, tragándose las lágrimas que lo ahogaban.

Todos se volvieron hacia él. Su voz, vibrante como una cuerda de guitarra, su emoción, todo su aspecto, cansado y enardecido, obligaban a mirarlo con otros ojos.

Ptaja no pudo continuar hablando. Se dirigió a la cocina, tambaleándose, y, de allí, a la habitación de Alejandra, donde se dejó caer al suelo y quedó inmóvil, semiinconsciente. Desconcertada por todo lo ocurrido, la muchacha trataba en vano de obtener una explicación.

Vasilek relató gustosamente en la cocina a Raimundo y a Pshenichek todo lo acaecido. Llevaron al pequeño testigo a presencia de Rayewski. El chico, después de entrar en calor y familiarizarse con la gente que le rodeaba, repitió su narración, sin olvidarse de añadir:

—Andrés se ha traído la carabina, ¡lo juro! La ha ocultado detrás del cobertizo. Ahora la traeré —y sin esperar a más, desapareció por la puerta de la calle.

Regresó al instante.

—¡Aquí está! ¡Cargada!

Segismundo entró en la habitación de Alejandra. Ptaja continuaba tendido en el suelo.

Rayewski le levantó con ambas manos la cabeza. De los ojos del muchacho fluían abundantes lágrimas.

—¡Es usted un valiente, Ptaja! No retiro mis palabras... ¡Debe perdonar a los camaradas su equivocación!

Ptaja le estrechó la mano y murmuró:

—Era yo quien tocaba la sirena.

—Ahora nadie lo duda.

Rayewski notó que el muchacho tenía los dedos hinchados.

—¿Qué le pasa en las manos?

—Me las he escaldado con el agua hirviendo...

—Quédese aquí y descanse. Hoy no le permito participar en el combate. Cuide de las mujeres.

CAPÍTULO VIII

La llamita rojiza de la mariposa lamía el borde del tazón de arcilla lleno de sebo.

En la pared del corredor batía acompasadamente sus alas la sombra de un pajarraco enorme.

Sara, con los brazos ceñidos en torno a las rodillas, contemplaba encandilada la llamita. Meer estaba cosiendo la caña de una bota.

En la habitación vecina todo callaba. Se habían acostado a dormir. Meer trabajaba en silencio para no molestarles. El padre estaba enfermo. Aquellas vicisitudes —el desahucio y el traslado— acabaron de minar su salud. Perderían los viejos clientes: el nuevo domicilio quedaba muy lejos, y no sería fácil encontrar otros. La reputación de zapatero honrado costaba muchos años de trabajo. En el nuevo lugar habría que comenzar todo desde el principio.

Era difícil, muy difícil, cuando se llevaban a cuestras sesenta y cuatro años...

¿De qué alegrías había gozado el padre en su larga vida? Sara recordaba sus relatos. Se imaginaba los días del viejo como una hilera interminable de pequeños clavitos de madera gris, todos ellos idénticos. El golpear monótono del martillo, el olor a cuero, la espalda encorvada, el trabajo extenuante desde el amanecer hasta muy entrada la noche. Y eso desde los once años...

El pájaro en la pared continuaba aleteando.

Sara cerró los ojos. ¿Sería posible que ella, Meer y Moishe, el pequeño y pelirrojo Moishe, corrieran la misma suerte? Hacía mucho, cuando ella no tenía aún ni pizca de conocimiento, la abuelita solía decirle: «La suerte es una visitante enigmática, y cada muchacha la aguarda trémula de esperanza. Dios nos envía la suerte, que es infalible. Nadie puede escapar a ella. Y no hay que encolerizarla. Cuanto mayor es la resignación con que el hombre la acepta, tanto más benigna le es...».

La abuelita había muerto hacía mucho tiempo. Sus cuentos fueron olvidados y las semillas de la Biblia que sembrara en la cabeza de la niña no dieron brotes: si en aquella fría noche de otoño hubiese llegado la suerte, privada ya de todo misterio, Sara habría cerrado la puerta a la maligna mensajera del infortunio. Sara sabía perfectamente que el hojalatero Falstok iba a su casa con el solo fin de envenenarle la vida. Era un hombre inflado de vanidad: poseía un taller y se consideraba un buen partido. Y aunque su madre era una verdadera furia (de cuando en cuando pegaba aún a su hijo), ¿qué le importaba a él cómo viviría su mujer al lado de aquella bruja? Falstok tenía casa propia y para él trabajaban tres obreros... Necesitaba casarse. ¿Acaso Sara era una novia despreciable? Pariría hijos y condimentaría sabroso pescado relleno... Y ella, a los cinco años de casada, sería ya una vieja; pero ¿qué tenía aquello de particular? Tal era el destino de toda muchacha judía si su padre no contaba con más fortuna que ella...

Alguien llamó levemente a la puerta... Meer volvió la cabeza.

En la pared destacaba ahora su perfil aguileño, con la cabellera en desorden.

—Es Raimundo. Ha venido... a buscarme —murmuró Sara, y se levantó para abrir la puerta.

Con Raimundo entró el hálito de la húmeda noche otoñal.

—Ahora me visto —musitó Sara, y abrió, silenciosa, la puerta del dormitorio.

Raimundo estrechó la mano a Meer y se sentó frente a él, en el banquillo del padre.

Salió Sara, poniéndose la chaqueta. Meer daba cerapez al hilo. Ella notó que estaba disgustado.

—¿Adónde vais con la lluvia... y tan tarde? ¡Vaya un tiempo que habéis escogido! —dijo Meer en yiddish.

Sin embargo, Raimundo le comprendió, y su rostro se encendió. Sara, tras corta vacilación, preguntó muy bajito al muchacho:

—¿Se lo digo?

—No sé —respondió, intranquilo, Raimundo.

—Yo creo que podemos decírselo. Oye, Meer, deja por un instante el trabajo.

—Es un encargo urgente y no tengo tiempo...

—Meer, hoy empieza una insurrección en la ciudad... —la muchacha se calló, al ver cómo los ojos negros de Meer, tan grandes y negros como los de ella, quedaban inmóviles, fijos en su rostro.

—¿Una insurrección? ¿Cómo lo sabes? Y... —Meer no acabó de expresar su pensamiento.

Sara le puso la mano en el hombro.

—Meer, ¿quisieras venir con nosotros?

—¿Adónde?

—Si vienes, te lo diremos.

Meer pestañeó presto, torciendo en un rictus los labios.

—¡No voy a ningún sitio! —respondió por fin, tirando con fuerza del hilo encerado.

La sombra del pájaro en la pared batió una de sus alas.

—Y tú tampoco vas a ir... ¡A la cama...! ¡Y dile a ése que no vuelva más por aquí! ¡No quiero que te ahorquen! —profirió asustado y colérico.

Raimundo escuchaba aquellas palabras incomprensibles, tratando de adivinarlas. Por un movimiento apenas visible que hiciera el zapatero, comprendió que estaban hablando de él.

—Quédate, si quieres; yo voy. No pensaba que fueras tan...

La muchacha quiso decir «cobarde», pero no se atrevió a pronunciar aquella palabra.

La horma con la bota cayó de las rodillas de Meer al suelo. Todos, asustados, miraron hacia la puerta.

—Deberías pensar en la familia... ¡en el padre! ¿Quieres que nos degüellen a todos? ¿Es que no tienes conciencia? ¿Qué se te ha perdido allí? —musitó Meer con emoción creciente.

—¿Que si tengo conciencia? ... Yo quiero vivir, Meer. ¡Quiero vivir! ¿Acaso es vergonzoso?

—¿Quieres vivir y vas en busca de la muerte...?

—¡No puedo continuar así! Siempre hambrienta, en medio de la miseria... Todo el que tiene dinero y fuerza puede darte de puntapiés en el corazón... Dime: ¿para qué vivir como un gusano, al que cada una de esas víboras puede aplastar? Prefiero morir en la calle —replicó Sara apasionadamente, también con un hilo de voz.

—¿Quién te ha enseñado esas cosas?

—La vida, esta maldita vida...

—Gente más lista que tú nada logró, y tú quieres darle la vuelta al mundo.

Sara se levantó.

—¿Nada pudieron hacer? Tú esperas a que alguien lo haga todo por ti. ¡Mientras tanto, te arrastrarás ante los Shpilman y los Barankiewicz! ¡Maldecirás tu destino y amenazarás con el puño cuando nadie te vea...! ¡Nosotros queremos terminar con ellos! Son también tus enemigos. ¿Por qué temes alzar la mano contra ellos? ¿Es que no tienes conciencia?

Meer la miró iracundo.

—Mi conciencia es la familia —el zapatero estrujaba entre sus dedos esqueléticos la bola de cerapez—. Sin nosotros se morirán de hambre. ¿Comprendes? ¡Se morirán! Y nadie les ayudará... ¿Quieres irte? ¡Vete! —Meer hizo un ademán violento, señalando la puerta—. ¡Vete, vete! Yo soy un judío, un pobre zapatero... No tengo una patria por la que dar la vida... Bajo el zar ruso, me perseguían como a un perro. Llegaron los alemanes, y tres cuartos de lo mismo. Ahora están en el poder los polacos, y da miedo salir a la calle. ¿Crees que, si en lugar de éstos vienen los *haidamaks*⁴ del atamán, la vida nos será más fácil? No sé qué insurrección habrá allí, ni quién quiere derribar a quién. Lo único que sé es que el judío debe quedarse siempre en casa...

—Hoy por la noche se alzarán en armas los obreros.

—¿Los obreros?

Se oyó el prolongado silbido de una locomotora en la estación. Silencio. Luego, tres pitidos cortos, que llegaron a la habitación, sordos, apagados. Raimundo se levantó rápidamente.

—¡Adiós, Meer! —dijo Sara, emocionada.

—Entonces, ¿te marchas? —la voz de Meer tembló.

—Sí.

⁴ Llamábanse así las tropas contrarrevolucionarias del atamán Skoropadski, tristemente célebres por los asesinatos y pogromos que realizaban. | N. del T.

Meer, apenado, miró a su hermana. Sara esperó unos instantes.

—¡Os matarán! ¿Con qué vais a luchar contra ellos? — barbotó ahogadamente el zapatero.

Después, parpadeando asustado, alzó del suelo su cuchilla con el mango forrado de cuero.

—Llévate aunque sea esto...

La puerta se cerró tras ellos. Meer permaneció inmóvil largo rato. Pensamientos alarmantes y tristes lo acosaban.

*

En la habitación, estrechamente apretados unos contra otros, permanecían de pie cincuenta hombres. Los demás se encontraban en el patio, en el porche y junto a la puerta que llevaba a la sección de máquinas. Todos estaban armados de fusiles con la bayoneta calada.

Alejandra había tapado con una manta la ventana que daba al cruce de vías.

Andrés, que obligado por Kovaló se había puesto un traje seco de éste, hallábase con sus camaradas en la cocina. Alejandra había dado a Vasilek unos pantalones de su padre, un viejo jersey y unas medias suyas, que el chico estaba ajustándose con todo cuidado. Cerca de él se veían unos zapatitos de Alejandra. La muchacha había dejado en la despensa la ropa sucia y mojada de los dos hermanos.

—¡Qué largas son! —comentó Vasilek, resoplando.

El pequeño se apresuraba: tenía interés por escuchar a aquel hombretón de bigote gris.

—Me parece, camaradas, que no es necesario hablar mucho —dijo Rayewski—. Todos vosotros habéis venido aquí voluntariamente y todos sabéis para qué. Resolvamos con firmeza, camaradas: ¡quien no tenga suficiente valor, que se marche! Los que se queden, quienes hayan decidido terminar con los explotadores, con nuestros enemigos seculares, que den su palabra de obrero de no huir en el combate.

Rayewski guardó silencio por unos minutos y añadió:

—Al que huya... —miró los rostros de sus camaradas, como interrogándoles.

—¡Lo fusilaremos! —concluyó por él Stepovoi.

Rayewski le buscó con la mirada.

—Sí, el que huya, además de un cobarde, será un traidor.

Segismundo estaba de pie, junto a la ventana, apoyado en el fusil. Hablaba sin alzar la voz, tan mesuradamente como siempre, pronunciando con claridad cada palabra, pensando cada frase para lograr la expresión más sencilla y fiel de sus pensamientos.

La tranquilidad de aquel hombre fornido, de ojos que todo lo sabían, infundía a cada uno de los presentes seguridad en sus fuerzas. El encanto de Segismundo era hijo de su sencillez, privada de toda afectación, de su incommovible certidumbre en la razón de la causa que defendía, propia de los que han consagrado su vida a la lucha revolucionaria.

Kovaló miró el reloj.

—Ya es hora, Segismundo.

Rayewski se puso el gorro.

—Sí, amigos —dijo en voz alta—. Vale más pensarlo dos veces, y marcharse a tiempo, que huir en el combate...

Nadie se movió.

Segismundo examinó atentamente a todos sus compañeros, desde las punteras de las botas hasta la cabeza.

Se notaba que la mayoría de ellos no había estado en el frente. Sostenían los fusiles con la recámara hacia sí, y habían estirado de tal manera las correas, que no habría manera de colgárselos al hombro. ¡Pero los rostros afirmaban que lucharían con empeño...! Un mozo muy chato, con una gorra encasquetada hasta las orejas, apretaba contra sí el fusil como si fuese la novia. Su mirada era grave, pero sus labios, entreabiertos con gesto pueril, delataban sus dieciocho años.

Un obrero enjuto, con gorra de cuero, resumió los sentimientos de todos:

—Nada tenemos que pensar. Los flojos se han quedado en casa. Los que hemos venido no nos echaremos atrás.

Rayewski se echó el fusil al hombro.

—Amigos, comunicad nuestra decisión a los que se encuentran en el patio. El Comité Revolucionario me ha nombrado jefe del destacamento. Vosotros elegid mis dos ayudantes —dijo.

—Chobot.

—Stepovoi.

—¿Nadie más?

—¡No!

—Entonces, en marcha. Los que tengan cartuchos, que avancen en vanguardia. Ocuparemos el polvorín y de allí iremos a la barriada, y, luego, a la cárcel. ¿Cada grupo de diez conoce a su jefe?

—¡Lo conocemos...!

*

Los ciento sesenta y tres hombres se perdieron en la oscuridad de la noche. El ruido de sus pasos se confundía con el rumor de la lluvia y el silbar del viento.

Kovaló fue el último en salir de la casa. Ni siquiera abrazó a su hija, cohibido por la presencia de Ptaja y Jadwiga Bogdanovna.

«En mala hora —dirán— se ha enternecido el viejo diablo. A lo mejor, es capaz de echarse a llorar.» Kovaló recorrió con la mirada la conocida habitación y, posando los ojos en el suelo, se despidió de Alejandra con fingida indiferencia.

—¡Tú, hija, no tengas miedo! Volveremos a la hora de comer. Fríenos unas patatas y saca de la cuba unos pepinillos... ¡Bueno, hasta luego...!

Al llegar al umbral volvió la cabeza. Alejandra tenía los ojos anegados en lágrimas.

—¿Cómo no te da vergüenza? ¿No te he dicho que volveremos a la hora de comer...? —y, precipitadamente, añadió—: Tú, Andrés, ten cuidado de la casa. Cierra y no dejes entrar a nadie. Te hubiera dejado un fusil, pero sería peor. Ahí, en el zaguán, hay un hacha... —cuando ya estaba descendiendo los peldaños del porche, dijo al muchacho—: Si las cosas nos salen mal, te largas a Sosnowka con Alejandra y Jadwiga Bogdanovna; no te olvides de llevarte un fardo de ropa.

—¿Y la casa, qué?

—¡Así se hunda! Si nos derrotan, no podremos vivir aquí de ninguna de las maneras. Cuida de la chica...

—Gregori Mijáilovich, yo...

—Ya sé que tú... Cuidala. Y si me... —Kovaló no acabó de expresar su pensamiento. Se encontraban ya en la puerta. — Entonces, sé para ella un hermano...

Entre el ruido de la lluvia, Andrés apenas si entendió:

—No tengo a nadie más...

—Yo tampoco...

—En fin, ya veremos; por ahora, ten cuidado.

Andrés regresó a la casa. Quiso echar el pestillo y no pudo. Por primera vez sintió un dolor insoportable en los dedos.

—Cierra, Alejandra, que estas malditas manos se me han hinchado.

Apagaron la luz en la habitación grande. Jadwiga se sentó junto a la ventana. Si conseguían hacerse con los cartuchos, pasaría hacia la fábrica una locomotora con una plataforma... Segismundo había ordenado a las mujeres que se quedaran. Pero ella estaría más tranquila a su lado. Le aguardaba una noche de angustia, de espera afanosa e inquietante...

—Enséñame las manos. Dios mío, ¿por qué no has dicho nada? —exclamó, asustada, Alejandra.

La muchacha tomó apresuradamente un paquete que le había dejado Metelski, y, con una expresión de dolor en el rostro, se puso a vendar los dedos de Andrés. La piel colgaba de ellos en jirones.

Vasilek daba cabezadas.

—Ve a la cocina y acuéstate en el camastro —le dijo Andrés cariñosamente.

El niño se estremeció y le respondió con voz triste:

—¿No será mejor que vaya a casa? La madre me va a zurrar. Me dirá que dónde he estado metido todo el día.

—No te pegará. Acuéstate y mañana iremos juntos. ¡Te digo que nadie te tocará! Escuchándote a ti parece como si la madre no hiciera más que pelearse.

—A ti no te hace nada, pero a mí cada vez me zurra...

—¿Quieres que por tus barrabasadas te pase la mano por la cabeza?

Vasilek, ofendido, se limpió las narices con la manga y se dirigió, sin responder, a la cocina. Apenas se tendió en el camastro, se quedó dormido como un tronco.

Andrés, mordiéndose los labios, miraba cómo los ágiles y finos dedos de Alejandra, tocando tiernamente su mano, le quitaban los colgajos de piel muerta y desenrollaban la nivea venda. Para poder moverse con mayor soltura, la muchacha se sentó en el suelo. Andrés la miraba de arriba abajo y veía que cada gesto suyo de dolor provocaba un temblor en las bellísimas pestañas de la muchacha y en los tiernos labios virginales, frescos y atractivos por lo inaccesibles. Andrés nunca los había besado. No se decidía, sabedor de que Alejandra no toleraría la menor libertad. Y él esperaba, luchando contra sus impulsos, deseoso de no perder su amistad.

Alejandra terminó de vendarle las manos. Al inclinarse para coger las tijeras, le dijo:

—Eres muy sufrido...

Andrés vio por un segundo, en el escote, el nacimiento de sus pechos turgentes, y sintió inquietud y pena. Aquel atrevimiento, del que no era culpable, le llenó de turbación. Y una profunda tristeza invadió su alma.

—¿Qué te pasa? ¿Te he hecho daño?

—Sí. Pero no volveré...

—¿Ves qué torpe soy? Te he empujado y no lo he advertido.

Andrés calló.

—Acuéstate; yo le haré compañía a Jadwiga Bogdanovna. Bueno, apago...

Andrés permaneció largo rato sentado, con la cabeza entre las manos, sumido en tristes pensamientos. Después se dejó caer en el colchón que Alejandra le había tendido en el suelo y probó a cerrar los ojos.

«¿Por qué me habré encariñado con ella? ¡Cómo si no hubiera más chicas guapas en el mundo!»

Andrés quería persuadirse de que Alejandra no tenía nada de particular. «Hay muchachas más bonitas que ella. Por ejemplo, Pasha Sologub o Malina Konoplanskaya. ¡Son magníficas,

cariñosas, y con ellas puede uno pasar un buen rato...! ¿Hay acaso pocas chicas guapas? ¡Vaya, maldita la falta que me hacía tomarle cariño a ésta! Se burla de mí, me da voces... ¡Y no te atrevas a ponerle un dedo encima! ¡Y todo eso lo aguanto yo, yo, a quien las chicas más bonitas buscan!»

Estos pensamientos aumentaron la tristeza de Andrés.

«Se ve que ésta es mi estrella. Todo me sale mal.»

Se sumió en una ligera somnolencia, pero su cerebro, agitado, evocaba a cada instante una visión fugaz: las bellísimas y tupidas pestañas de la joven, sus ojos traviesos, en los que brillaba un fuegucillo burlón...

*

Las mujeres, inquietas y alarmadas, permanecían en silencio junto a la ventana.

Jadwiga aconsejó a Alejandra que se echara a dormir.

—Yo la llamaré si hace falta.

Vasilek resoplaba dulcemente en la cocina.

Alejandra entró de puntillas en la habitación.

El silencio la oprimía y no lograba tranquilizarse.

El peligro anidó en la casa aquel mismo día en que su padre encontró a Rayewski. Alejandra quería a su padre tan profunda y tiernamente que no dejaba de temer por él.

La muchacha se acostó en silencio para no despertar a Andrés.

Pero Ptaja no dormía: le escocían terriblemente las manos.

—¿No duermes? —le preguntó con un hilo de voz Alejandra al notar que se removía.

—No.

—¿Te duelen las manos?

—¡Qué me importan las manos! El corazón no me deja sosegar.

El muchacho se sentó en el suelo y reclinó la cabeza en las rodillas, con gesto de amargura.

—¿Por qué dices eso? —se interesó Alejandra, inclinándose ligeramente hacia él.

—Porque en la vida no existe la suerte. Todo es infortunio... ¿Para qué vivimos los hombres en este mundo? Por todas partes no se ven más que injusticias...

Alejandra también se sentó. Andrés la sintió a su lado y le invadió un deseo incontenible de expresar su amargura.

«Ahora se lo diré todo y me marcharé. ¡Que me maten en el combate!»

Extendió la mano para levantarse y tropezó con las rodillas de la joven. Inmediatamente, los dedos de Alejandra se posaron en su vendada mano. Temerosa de hacerle daño, la joven le apartó la mano con precaución.

Andrés se olvidó de todo, de la amargura y de los reproches. Y en su alma quedó únicamente el deseo de una caricia, de una palabra de aquella muchacha tan entrañable, tan bella y querida.

—¡Alejandra! —se quejó con voz triste y apagada—. Alejandra, ¿por qué eres así?

—¿Qué dices, Andrés?

—Alejandra, tú eres mi única alegría...

El muchacho le abrazó las rodillas. Ella no pudo resistirse. ¿Cómo iba a rechazar aquellas manos laceradas?

—Andrés —balbuceó con tono de reproche.

El mozo rozó con sus labios las rodillas de la muchacha. El burdo tejido de la falda lo llenó de furia, y, olvidándose de todo, sin sentir dolor, lo estrujó con su mano llagada.

—¡Andrés...!

Pero él ya besaba sus rodillas, y Alejandra no podía impedirselo. Desconcertada por el estallido de pasión, no sabía qué hacer con aquel loco.

—¡Alejandra...! ¡Querida...!

La muchacha, emocionada, se levantó bruscamente. Andrés no hizo nada por retenerla. Sin pronunciar palabra, Alejandra fue a reunirse con Jadwiga.

«¿Qué he hecho? Ahora todo está perdido. ¡Qué más da!», pensó Andrés, e hizo un ademán de desesperación.

El dolor, agudo, se dejó sentir. El muchacho, con el corazón latiéndole aceleradamente, se derrumbó sobre el lecho.

«Siempre me sale todo al revés. ¡Bueno! Mañana me marcharé para no verla», se dijo sin creerse él mismo. «No, Ptaja, hasta que ella no te dé en los hocicos, no te marcharás. ¡Y entonces, todavía lo veremos...! Y que llegarás a eso, está bien claro... ¿Qué pensará ella de mí? La gente ha ido al combate. Quizá a la muerte... La muchacha sufre por su padre, y yo... No he podido encontrar mejor oportunidad.»

Ptaja sintió vergüenza de aquel arrebató de pasión.

«¿Pero cuándo hubiera podido decírselo? Quizá mañana haya dejado de existir. ¿Acaso no me he salvado hoy por puro milagro?»

Se oyó un chasquido en la lejanía. Andrés aguzó el oído. Después, se puso de rodillas.

«¿Habrá comenzado ya?», pensó. Se levantó y, extendiendo las manos, como los ciegos, se dirigió hacia la puerta.

Ambas mujeres se hallaban pegadas a la ventana.

—Soy yo —dijo Andrés, al tropezar con la mesa.

—Voy a abrir el ventanillo —susurró Jadwiga.

Olía a humedad. Llovía. Todo era oscuridad y silencio. Y los tres permanecieron largo rato callados, con los nervios en tensión.

—Miren, una luz. ¡Es la locomotora! ¿Les habrá salido bien? —exclamó Alejandra.

En la oscuridad impenetrable se encendieron dos ojos. Parecía que allá arriba, respirando y bufando violentamente, se arrastraba un animal monstruoso.

Nuestros amigos escuchaban el traqueteo que se alejaba.

*

La ciudad dormía.

De pronto, entre el rumor de la lluvia y el murmullo de los arroyuelos se oyó un leve ruido. Y unos instantes después pareció como si alguien hubiese arrojado una almorzada de guijarros contra las planchas de hierro del tejado.

Un inquieto guardián andaba por la barriada. Despertaba a la gente con su carraca, llamaba a los postigos y ponía a todo el mundo en pie. Empezaron a hablar las calles mudas y desiertas.

Fulguraron unas luces. No se veía a la gente, pero se la oía. Hablaban demasiado alto. A pesar de que el sargento Kobylski dormía como un lirón, las conversaciones lo despertaron. Salió corriendo del Estado Mayor sin detenerse a calzarse. La cosa no estaba como para acordarse del capote y las botas, cuando lo esencial era salvar el pellejo.

Los cristales saltaron hechos añicos. Las calles bullían. Alguien parecía taconear furiosamente en el tejado del Estado Mayor. Con brillo cegador, algo estalló ensordecedoramente ante las mismas narices de Kobylski.

El sargento, asustado, echó a correr, casi a rastras, y se ocultó en el portal de enfrente.

En aquel estruendo sin orden ni concierto, introdujose un traqueteo acompasado y seco. Era Stepovoi, que desde el callejón acribillaba las puertas de la cárcel.

—Adelante, amigos —ordenó la voz poderosa de Rayewski.

Raimundo cruzó la plaza corriendo a su lado; temía perderle de vista en aquella densa oscuridad. Al llegar a las puertas tropezó con un cuerpo, estuvo a punto de caer y penetró con su padre en el patio. A la entrada del pabellón de la cárcel colgaban unos faroles.

Desde las puertas disparaban. El padre se precipitó hacia allí. Detrás, ruido de pisadas. Tiroteo desordenado... Chocar de bayonetas. Alguien escapaba corriendo. Alcanzaron a alguien. Gritos... Un breve choque a la entrada...

Raimundo asestó un bayonetazo a un legionario que apuntaba a su padre.

—¡Matad a los señoritos! ¡Aplastad a esos hijos de puta! —rugió Chobot, irrumpiendo en el corredor.

Los legionarios se desbandaron como gorriones, escapando a su bayoneta. Rayewski subía de cuatro en cuatro la escalera. Un muchacho, con la gorra caída sobre una oreja, le pasó.

El vozarrón de Chobot tronaba en el corredor.

—¡Eh, Patlai! ¿Dónde estás? ¡Contesta! ¡Hemos vencido! ¡Patlai!

Dziobek se agitaba alocadamente por el patio trasero, arrancándose las charreteras. En él alentaba un único pensamiento: «¡Es el fin, el fin...! ¡Ahora llegarán aquí! ¿Adónde escapar?».

Se encontraba en un callejón sin salida.

Entró como una tromba en el retrete. El terror lo empujó al hoyo pestilente y fétido. Se sumergió en la repugnante masa y se ocultó bajo las tablas, sintiendo que el hedor insoportable iba a asfixiarle. No pensaba más que en una cosa: ¡vivir!

El despacho del jefe de la cárcel fue ocupado en último lugar. Allí estaban, ya liberados, Przygodzki, Patlai y Tsibula, aquel gigantón campesino con quien Przygodzki solía charlar en la celda.

Stepovoi y el otro ametralladorista, Gnat Verba, se quedaron guardando las puertas.

Gnat iba y venía en torno a su ametralladora, tomada a los legionarios allí mismo, en la cárcel.

—Permítame quedar a su disposición —le dijo turbada Sara—. Cumpliré todas sus órdenes.

Verba, que sentado en cuclillas comprobaba si la ametralladora giraba con facilidad, la miró lleno de asombro, y tras breve reflexión respondió muy convencido:

—¡No es cosa para mujeres! ¡La ametralladora no es una máquina de coser, señorita!

Sara, ofendida por la contestación, se alejó de Gnat.

—¿Por qué la has molestado? —reprochó Raimundo al ametralladorista.

En aquel momento se les acercó Pshenichek, con un grupo de obreros.

—¡Se ha escapado, maldita sea su madre! —gritó con rabia.

—¿Quién se ha escapado? —preguntó Stepovoi.

—Aquel canalla ... ¿Cómo se llama...? ¡Ah, sí, Dziobek! ¡Lo han buscado por todas partes y no han podido encontrarlo! Los presos dicen que estaba aquí.

Verba cargó la ametralladora y se acomodó junto a ella lo mejor que pudo.

—Stepovoi, voy a soltar una ráfaga contra el techo, para ver cómo funciona...

La máquina tableteó.

—¡Magnífico!

Stepovoi soltó un terno.

—Pshenichek, corre al despacho y di que ha sido una prueba. Di que todo está tranquilo y que los señores todavía no han dado señales de vida...

Cuando ya estaba en el pasillo, Pshenichek oyó la voz de Rayewski:

—¡La proposición de fortificarse en la fábrica y en la cárcel y esperar la llegada de los de Holmianka y Sosnowka es absurda! Hay que actuar con ímpetu, sin dejar que el enemigo se recobre. Hacia el amanecer, la ciudad debe ser nuestra. Ahora, aprovechando su desconcierto, hay que asestarles un golpe tras otro. Tened en cuenta que la mitad de los soldados están en la finca y pronto se presentarán aquí.

Le interrumpieron varias voces.

El vozarrón de Chobot las dominó a todas.

—¡Cierto! Cuando se pega, hay que machacar hasta que el enemigo pierda el sentido. ¡Vamos a acorralar a los señores en la estación!

Todos se pusieron en pie. Rayewski dio las últimas órdenes.

—Traed aquí los carros con los fusiles. Si alguno de los presos desea armarse, que lo haga... Usted, camarada Tsibula, coja mi caballo en la fábrica y vuele a Sosnowka. Schabel se ha atascado allí... Sus muchachos, que se queden aquí, para ayudarnos. Ahora les darán armas. Chobot, tome consigo cincuenta hombres y avance desde el mercado hasta el río. Empújelos hacia la estación. Nosotros atacaremos el Ayuntamiento. Mantengan enlace. Recuerden la contraseña. No se olviden de que el Comité Revolucionario se encontrará en la fábrica.

Todos se dirigieron hacia la puerta. Przygodzki se acercó a Rayewski.

—¿A qué grupo me incorporo yo, camarada... Jmuri?

Tenía toda la cara llena de moratones.

—¿Ha sido aquí? —le preguntó lacónicamente Rayewski, refiriéndose a los cardenales.

—Sí —respondió sombrío Przygodzki—. ¿Me permite que me quede con usted?

—Bien.

—Camarada comisario, ¿y si atacamos la finca? Allí cazaremos a toda la pollada. Si les damos el pasaporte a éstos, la cosa nos será más fácil —dijo sordamente.

Rayewski percibió todo el ardor del odio que impulsaba a Przygodzki a hacer aquella proposición.

—No, ahora no conviene. Luego, cuando hayamos tomado la ciudad...

Przygodzki empuñó en silencio un fusil y se apretó con furia las cartucheras.

Tsibula esperaba a Rayewski en el pasillo.

—¿Es usted el jefe? —le preguntó.

—Sí, algo por el estilo —respondióle Rayewski, sonriendo.

—Pues bien, ahora no voy a Sosnowka; puede caer uno en manos de esos... Les ayudaremos aquí y, en cuanto amanezca, me pondré en camino. Para entonces, ya se podrá ver qué giro toman las cosas.

«Es un hombre prudente», se dijo Rayewski.

—Aquí debe haber unos veinte campesinos de su aldea, que estaban en la cárcel; reúnalos y sea su jefe.

*

Zaremba llamaba furiosamente por teléfono.

—¡Aló! ¡Aló! —gritaba en el auricular.

El tiroteo se oía cada vez más cerca.

—¡Aló! ¡Aló! ¿La finca? ¡Callan, los hijos de perra! Se marcharon tranquilamente y uno suda aquí por todos... ¡Aló! ¡La finca! ¡Ni caso...! —Zaremba, cínicamente, blasfemó.

En el umbral apareció Wrona, empuñando una Parabellum.

—¡Deje en paz el teléfono, teniente! Han cortado los cables. Dese prisa.

Los cristales saltaron ruidosamente, hechos añicos.

—¿Ve usted? Tendremos que entregar el Ayuntamiento. De lo contrario, nos cazarán aquí como en una ratonera. Nos retiraremos hacia la estación. Esos bestias tratan de rodearla por la parte del río. Si nos cercan, no habrá forma de escapar... Ese Mogielnicki se las trae: el señor tiene la costumbre de pasar la noche en casa y, por si fuera poco, se lleva la mitad del destaca-

mento —se desahogó, furioso, Zaremba, mientras bajaban a toda prisa la escalera.

—Lo que más estima el hombre es su propio pellejo —le respondió Wrona.

Al llegar a la calle, Zaremba se detuvo.

—Fíjese, capitán, ¿de quién disponemos para luchar? ¿De esos mohosos? ¡Vaya unos soldados! ¡Maldita sea su madre! — exclamó el teniente, y, colérico, soltó un escupitajo.

—¡Sí, son una mierda, teniente! Si tuviera a mi disposición una compañía de bávaros, hace tiempo que hubiese metido en cintura a esa canalla.

Zaremba le agarró de la manga.

—Escuche, ¿y si les pedimos ayuda a los alemanes?

El tiroteo arreciaba.

—No querrán. Ahora, que si los provocamos...

Varios legionarios se les acercaron a todo correr.

—Ya se encuentran en la barriada ribereña, mi teniente — anunció, jadeante, uno de ellos.

—¡Silencio! —lo interrumpió Zaremba—. ¡Eh! ¿Adónde corréis, hijos de puta?

Muy cerca tableteó, ahogando todo sonido, una ametralladora. Las balas silbaron sobre las cabezas de los legionarios.

Zaremba y Wrona también echaron a correr.

Delante de ellos, huían a la desbandada los legionarios. Detrás, los disparos estallaban más y más cerca.

Zaremba y Wrona se detuvieron en la plaza próxima a la estación.

—¡Hay que parar a esos cobardes! —gritó Wrona.

—¡Aquí! ¡Eh, aquí! —vociferó Zaremba, y golpeó furiosamente con la culata del revólver al primer legionario que se puso a su alcance—. ¿Adónde vas? ¡Alto, te mando! ¡Yo te enseñaré a correr, hijo de perra!

El legionario maltratado lloriqueó:

—¡No me pegue, mi teniente, soy yo!

Zaremba soltó un terno.

—Alférez Zajaczkowski, ¿dónde están sus soldados? ¿Dónde están sus soldados, le pregunto? ¡Es usted un mocoso y no un oficial...! ¡Adelante!

No lejos de allí, Wrona también iba deteniendo a los que huían. Poco a poco, ambos oficiales lograron establecer cierto orden, ocuparon la estación y abrieron fuego desde ella.

CAPÍTULO IX

En el comedor de los Mogielnicki estaban cenando. Eduardo, que acababa de llegar, relataba lo acaecido en la ciudad. La presencia de los criados le impedía ser muy explícito.

Wladislaw, por el contrario, charlaba por los codos, con su aplomo habitual:

—¡Tienen bastante para un año! ¡Hemos trabajado de lo lindo...!

Ludwiga guardaba silencio y apenas si probaba bocado.

Barankiewicz, manchando el mantel con el relleno del lechón, se quejó al viejo conde:

—No sé qué hacer con la remolacha. El azúcar... ¿Dónde voy a meter el azúcar? ¡Sí! —de pronto recordó algo desagradable y se le atragantó el trozo—. ¿Sabe usted? —continuó volviéndose hacia Eduardo—, hoy me han traído una nota en la que un oficial de intendencia del tren alemán me ordena entregarles inmediatamente seis vagones de azúcar... ¿Qué le parece la cosa? ¡Seis vagones de azúcar! ¡Son el colmo de la desvergüenza!

Eduardo frunció el ceño.

—¿Y qué piensa usted hacer, señor Barankiewicz? —inquirió, insinuante, el padre Jerónimo.

La pregunta indignó al fabricante.

—¿Que qué pienso hacer? ¡No darles ni un terrón!

—Entonces, lo tomarán ellos por su cuenta —respondió el jesuita, sirviéndose con esmero una tajada de lechón.

—Confío en que el conde Eduardo no les dejará.

Eduardo guardó silencio.

—Seis vagones no tienen importancia. A nosotros nos lo han quitado todo y por poco dejamos allí la vida —observó mordazmente el viejo Zajaczkowski—. Creo que el conde Eduardo enviará el destacamento a nuestras posesiones. Le ruego, conde, que lo haga mañana mismo, antes de que los campesinos puedan ocultar lo robado.

Barankiewicz dejó de masticar.

—Entonces, ¿piensa usted que seis vagones de azúcar son una nimiedad? ¡Son seis mil *puds*! ¡Seis mil *puds*! —gritó con voz ronca, blandiendo con furia el tenedor—. Veintiocho mil ochocientos rublos oro...

—Sí, pero eso constituye una ínfima parte de su fortuna, y a nosotros nos han dejado con lo puesto —le replicó la señora de Zajackowski.

Barankiewicz se volvió bruscamente hacia ella:

—Perdone... ¡Hem, hum... sí! Según parece, la señora sabe mejor que yo cuál es mi fortuna ...

La entrada de José puso fin a la desagradable escena.

—El señor mayor y el señor teniente ruegan que se les permita pasar. Se marchan a la estación y quisieran despedirse de ustedes —anunció sombríamente el viejo mayordomo.

Los Mogielnicki intercambiaron una mirada.

—¡Que tengan la bondad de pasar! —respondió Eduardo.

Invitaron a los alemanes a cenar. La conversación no cuajaba.

—Perdonen, señores: ¿no saben ustedes cómo se llama el jefe del tren que ha llegado hoy? —preguntó Eduardo a los alemanes.

—El coronel Pflaumer —respondió fríamente el mayor.

—¿El tren sale hoy? —inquirió, esperanzado, Barankiewicz.

Sonnenburg se forzó por sonreír y dijo:

—Habitualmente, de eso no se habla.

—Perdone, perdone mi curiosidad... —respondió, ofendido, Barankiewicz.

José volvió a entrar, y dijo a Wladislaw:

—Perdone. Ahí a la puerta hay unos jinetes. El cabo de guardia ruega al señor que vaya a hablar con ellos.

Wladislaw salió apresuradamente.

El viejo conde se inclinó hacia el teniente y le preguntó en voz muy baja:

—Entonces, ¿nos venderá usted los caballos de su escuadrón?

Sonnenburg estaba sentado lejos de ellos.

—¿Qué quiere que le diga...? No me viene muy bien. El mayor está en contra...

—Puede hacerlo sin él... Ustedes se van a marchar, ¿no es así? La mitad de los soldados han desertado ya; los demás están impacientes por llegar a casa. ¿Cómo van a llevarse los caballos si además hacen el viaje en tren...?

—Lo comprendo perfectamente, señor conde, pero el asunto...

—Reside en el precio... —le apuntó el conde.

—Sí, quizá sea así. Le pedí antes cuarenta mil marcos. Pero el marco baja. Temo que al llegar a Berlín no pueda comprar con ellos más que un bocadillo. Usted convendrá que es muy poco por noventa magníficos caballos.

Casimiro Mogielnicki, irritado, tosió.

—¡De todas maneras, no podrán llevárselos! Comprenderá que si se marchan esta misma noche, los caballos nos saldrán gratis...

Absortos en la conversación general, los comensales no les prestaban atención.

Schmuldtke maldijo para sus adentros; pero, conteniéndose, explicó al conde:

—Naturalmente, no nos los llevaremos. Verdad es que yo podría quedarme aquí por unos días. Está al caer el regimiento de Fráncfort, en el que, según tengo entendido, sirve su hijo. Si no los detienen en el camino, llegarán de aquí a unos días.

El viejo conde se puso nervioso. Eduardo le había encargado comprar los caballos a toda costa.

—Muy bien, estoy de acuerdo en darle cincuenta mil, por tratarse de usted; somos buenos amigos...

—Perdone, señor conde, pero el mayor me llama. Ya es hora de que nos marchemos... ¿Sabe?, yo también quiero hacerle un favor. Es una indiscreción, pero se lo diré: el mayor me ha ordenado que mate a tiros los caballos... Pero si dispone usted de mil rublos oro, ¡precisamente rublos oro!, no cumpliré la orden y su hijo obtendrá los caballos que necesita. ¡Piénselo!

Se abrió la puerta y Wladislaw entró corriendo.

—¡Una noticia agradable, Eduardo! Acaba de llegar el conde Román de Potocki con sus acompañantes.

Eduardo se acercó a su hermano.

Los comensales se pusieron a cuchichear. La llegada del poderoso magnate despertaba la curiosidad general.

—Diles que tengan la bondad de pasar. ¿Es que estás sordo? —ordenó el viejo conde a José.

Un grupo de militares entró en el salón. Los encabezaba Román de Potocki, un gigante con uniforme gris de oficial, sin charreteras, con pantalones de montar azul marino y botas altas con espuelas de campaña. El sable y la pistola los había dejado en el vestíbulo.

Potocki examinó rápidamente a todos los reunidos en el comedor. Sus altivos ojos grises se detuvieron por un segundo en Ludwiga y luego en los alemanes. Sus labios se crisparon.

Eduardo se le acercó.

—¡Me alegra mucho verlo en mi casa!

Potocki y sus acompañantes fueron presentados a todos.

—¿Cómo está su padre, el conde José?

—Bien, muchas gracias.

Sonnenburg se levantó de la mesa.

—¡Ustedes lo pasen bien! Nosotros nos vamos —dijo Schmoldtke al viejo conde, dándole la mano.

—¡Oh, sí! —exclamó apresuradamente el conde—. Le ruego que espere unos minutos. Voy a hablarle a mi hijo.

—Muy bien. Mientras, nos vestiremos...

Los alemanes hicieron una reverencia general y se retiraron.

Los recién llegados se sentaron a la mesa. Eduardo dijo a Potocki:

—Estaban alojados en casa. Ahora se marchan a la estación, donde está su tren...

Potocki miró con desprecio hacia la puerta por la que habían salido los alemanes.

—Lo sé. Por su culpa hemos tenido que hacer treinta verstas a caballo. Un destacamento de los de Pilsudski les obstruyó el camino, haciendo saltar un puente. Por lo que se ve, está usted con ellos a partir un piñón —observó Potocki, con un dejo de ironía que no pasó inadvertido para Eduardo.

—Para reñir hace falta fuerza, y yo no la poseo aún. Además, sin ellos, tengo ya bastantes quebraderos de cabeza.

El viejo conde intervino en la conversación.

—Perdona que te interrumpa, Eduardo; pero el teniente pide por los caballos mil rublos oro. De lo contrario...

A Eduardo le disgustó que su padre le hablase de aquello en presencia de Potocki, y no le dejó terminar.

—Haz lo que sea necesario.

El viejo se levantó, resolllando. José, que se hallaba junto a la puerta, acudió en su ayuda.

—Díganos, conde, ¿qué hay de nuevo en Varsovia? —pidió Eduardo.

—¿Que qué hay de nuevo en Varsovia? Le confieso que me es difícil responderle. ¡Hay tantas novedades! —contestó evasivamente Potocki, y añadió muy quedo—: Necesito hablar a solas con usted.

—Está bien —le contestó Eduardo en el mismo tono.

En el despacho de Eduardo estaban reunidos únicamente los hombres. Además del padre Jerónimo, Barankiewicz y Zajaczkowski, se hallaban allí varios terratenientes huidos de Shepetovka, Staro-Konstantinov y Antonía.

Potocki iba y venía por la habitación, con las manos en los bolsillos y sin mirar a nadie, dirigiéndose exclusivamente a Eduardo, como dando a entender que no le importaba lo demás.

—Ustedes preguntan quién es Pilsudski. He hablado con él antes de salir de la capital. Es un hombre de mucha personalidad —Potocki se detuvo junto a la mesa, examinando una miniatura de Ludwiga, en elegante marco de marfil—. Sí, un hombre de mucha personalidad, al que no se le puede dejar a un lado...

Barankiewicz, con su habitual falta de tacto, le interrumpió:

—¡Pero si dicen que es socialista!

Potocki le dirigió una mirada desdeñosa y se echó a reír:

—¿Pilsudski socialista? ¿Quién ha querido asustarlo?

—¿Acaso en otros tiempos no andaba con los del Partido Socialista? —preguntó Zajaczkowski, saliendo en defensa de Barankiewicz.

Potocki dejó cuidadosamente en la mesa el retrato de Ludwiga.

—No sé lo que hacía antes. No me importan las tonterías que haya podido cometer. Afirmino, y no expreso únicamente mi opi-

nión, que es, ante todo, un buen patriota. Eso es lo principal. Y para nosotros, naturalmente, es preferible que sea él la cabeza visible del Estado y no el príncipe Sapieha, por ejemplo, aunque lo último sería más agradable...

El padre Jerónimo, sentado como siempre en un ángulo del despacho, preguntó diplomáticamente:

—Perdone, excelencia; pero ¿no existe el peligro de que, en contra de su voluntad, el general Pilsudski se convierta en un juguete en manos de su partido, de esos demagogos al estilo de los Daszinski y compañía?

Por unos segundos, Potocki escrutó al padre Jerónimo.

—¿Ah, el pastor de almas también se interesa por la política?

A Eduardo no le gustaba el tono soberbio del magnate, y dijo secamente:

—El padre Jerónimo ha hecho una pregunta muy interesante.

—¡No tienen ustedes una idea clara de José Pilsudski ni del Partido Socialista Polaco! Yo creo que Pilsudski está mucho más cerca de nosotros. El Partido Socialista Polaco, que se encuentra completamente influido por él, no es más que un medio para crearle una aureola entre las masas. ¡Todo eso se hace para la plebe! Nosotros no perderemos nada si la plebe cree en él. Desgraciadamente, nos vemos obligados a maniobrar... Su sostén lo constituye la organización militar que lleva su nombre. En ella, cierto es, forman no pocos miembros del Partido Socialista Polaco, pero son unos socialistas que... ¡Si Pilsudski cuenta con alguien, es con nosotros, porque poseemos fuerza y oro! Para que se hagan ustedes una idea de qué hombre es, les contaré cómo se formó el gobierno.

—¡Oh, sí, tenga la bondad! En esta maldita ciudad no se entera uno de nada —dijo Barankiewicz, expresando el deseo general.

—Como es de rigor, empezó la lucha por las carteras. El príncipe Sapieha dice que los candidatos, todos esos nacionaldemócratas *ludowcy*⁵ y demás, estuvieron a punto de darse de golpes. Entonces Pilsudski llamó al capitán de la segunda briga-

⁵ *Ludowcy*, miembros del Partido Stronnictwo Ludowe. | N. del T.

da de legionarios, Moraczewski, viejo socialista y miembro de la organización militar del general, y le dijo: «Le he nombrado a usted primer ministro. ¡Firmes!». Moraczewski saludó militarmente. «¡Retírese!», le ordenó Pilsudski. El primer ministro dio media vuelta y salió del despacho del general... Estén seguros de que ese mismo Moraczewski, al que los demócratas consideran como uno de los suyos, no se atreverá a abrir la boca si Pilsudski no se lo manda...

Eduardo apagó el cigarrillo que estaba fumando.

—¿Y cuáles son sus planes? ¿Qué piensa de nuestras acciones?

Potocki se detuvo frente a Eduardo.

—Puede usted estar tranquilo, conde. Dicen, y naturalmente es cierto, que cuando Pilsudski aceptó ponerse al frente del Gobierno prometió: «No abandonaré mi puesto hasta que la espada polaca no trace la frontera de Polonia desde el Mar Báltico hasta el Mar Negro!». ¡Y lo hará si logramos meter en cintura a la plebe amotinada! —Potocki se detuvo junto a la ventana y, fruncido el ceño, miró largamente la oscuridad nocturna.

—¿Tan mala es nuestra situación? —preguntó, con temor manifiesto, el viejo conde, entre golpes de convulsiva tos.

Potocki esperaba a que le pasase el acceso. Pero el viejo tosía más y más violentamente y se llevaba la mano a la garganta.

Eduardo, sombrío como un día nublado, observaba, inquieto, a su padre.

Potocki miraba con fría repugnancia al viejo, que se estremecía en el sillón. Por fin, el conde dejó de resollar.

—Pregunta usted, conde, cuál es nuestra situación —empezó con viveza Potocki, y en sus ojos fulguró un relámpago de cólera—. Pienso que también ustedes sienten cómo la tierra tiembla bajo nuestros pies. ¡Es un terremoto, señores! Lo más espantoso es, quizá, que no se registra en nuestra patria. Si antes se podía huir a un sitio u otro, ahora es casi imposible. ¡Y no tenemos más remedio que poner el freno a las bestias desbocadas! —Potocki se acercó con un movimiento impulsivo—. En Varsovia hay caballeros que ya han hecho las maletas y comprado los billetes... —rio mordazmente—. Ahora, que no sé a dónde se disponen a huir. No sé cuál es su estado de ánimo, señores; pero

sé que nosotros, los Potocki, así como los Sangushkoi, los Radziwill, los Zamojski, los Tyszkiewicz, los Branicki, todos los nobles y ricos de Polonia, con posesiones en Ucrania, no depondremos las armas hasta no exterminar a todos los que han tendido su mano indecente hacia nuestros bienes. ¡Y les cercenaremos la mano y la cabeza!

Eduardo miró de soslayo a Potocki.

«¡Sí, éste tiene qué perder! ¡Decenas de fábricas de azúcar, centenares de miles de hectáreas de labrantío, quinientos mil millones en dinero! ¡Éste, naturalmente, luchará! Si yo me juego la cabeza por la porquería de cinco millones, él se la jugará con mayor razón», pensó.

—¡Hem, hum.... sí! ¡Bien dicho! ¡Precisamente, la mano al mismo tiempo que la cabeza! Mas, para eso, es necesario que en Varsovia no dejen que los granujas de los socialistas suban al Poder. ¿Sabe usted? Cuando me enteré de que Pilsudski había nombrado ministro a Ignacy Daszinski, me estuvo doliendo el vientre todo el día —vociferó Barankiewicz, con su grosería habitual—. Me dije: «¡Si han nombrado ministro a ese tipo, mal nos van a ir las cosas! Ese animal ya ha cometido bastantes atrocidades en Lublin...». ¡Hem, hum... sí! ¡La jornada de ocho horas! ¿Qué les parece? Yo me estoy arruinando con la de doce. Y ellos...

Potocki le detuvo, con ademán imperioso.

—Veo que el señor lo simplifica todo. Daszinski, ese jefe de los socialistas polacos que tanto le asusta, es, a su manera, un hombre muy útil. En este torbellino loco que agita a Polonia, sólo hombres como él pueden salvarnos. Y usted lo colma de improperios con y sin razón. Le aseguro que si Ignacy Daszinski fuera realmente un elemento peligroso, Pilsudski nunca lo habría nombrado ministro —concluyó Potocki, que ya empezaba a irritarse.

—¡Hem, hum... sí! Pero...

Potocki no le dejó hablar.

—El señor se parece mucho a un poste telegráfico. Perdone, le aseguro que lo he dicho sin la menor intención de ofenderlo. La firmeza de convicciones es buena, pero no llevada a tal extremo —ironizó Potocki, riéndose—. Y a propósito, el señor

puede tranquilizarse: el dieciocho de noviembre, Daszinski presentó la dimisión.

—¿Por qué? —se interesó el padre Jerónimo.

—Según parece, ahora no le conviene ser ministro. ¿Sabe?, a fin de cuentas es un «representante del pueblo», y el Partido Socialista Polaco debe jugar, quieras que no, a la oposición. No a todos les agrada, por ejemplo, nuestro legítimo deseo de comenzar inmediatamente la guerra contra los ucranianos, bielorrusos y letones. La plebe, ¿sabe usted?, no desea seguir combatiendo. ¡Y qué digo la plebe! Algunos burgueses y terratenientes, cuyas propiedades se encuentran en plena seguridad, estiman que nuestros planes son demasiado arriesgados. Pero tales gallinas, por suerte, no son muchos. En todo caso, les obligaremos a aflojar la bolsa. ¡Si piensan que vamos a crear regimientos con nuestros fondos, para guardar sus arcas, están bien equivocados!

Barankiewicz se sintió aludido.

—¡Hem, hum... sí! Pero no todos poseen la misma fortuna.

Dándose cuenta de que Barankiewicz podía decir a Potocki alguna impertinencia, Eduardo se apresuró a terciar en la conversación.

—Dígame, conde, si no es un secreto, ¿adónde se dirige usted?

—A ustedes puedo descubrirles mi itinerario. Voy a Zdobunovo. Allí se está formando el regimiento que he de mandar. Diga: ¿ha enviado al jefe del Estado su informe y la solicitud de ratificación de los nombramientos que usted ha hecho? —preguntó Potocki.

—No —respondió Eduardo—. ¿Acaso es obligatorio que Pilsudski los ratifique?

—Sí, pero eso no debe preocuparle. Lo hará sin poner el menor reparo. Ahora no están los tiempos como para andarse con formalidades. ¿Piensa usted organizar un regimiento? ¡Magnífico! Tiene aseguradas las charreteras de coronel del ejército polaco.

Eduardo, todo encendido, le espetó:

—Yo, conde, soy coronel de la Guardia del zar desde hace cinco años, y ahora llevo el mismo título en el ejército francés.

No pienso preguntar a ese generalillo de última hornada si se dispone o no a reconocermé como tal...

Potocki se mordió los labios y replicó secamente:

—Eso es cosa suya, conde. Sin embargo, debe hacerlo para guardar las apariencias. Así se refuerza la autoridad del ejército. Para mí, Pilsudski tampoco es un dios. Pero he aceptado el nombramiento de coronel, lo mismo que mis hermanos. Y no veo en ello nada denigrante —haciendo chocar marcialmente los tacones, Potocki añadió—: Permítame, conde, que lo deje. Mis acompañantes y yo necesitamos descansar: al amanecer debemos proseguir nuestro viaje.

Eduardo acompañó a Potocki a la habitación que le había sido designada.

Cuando se quedaron solos, Potocki le dijo:

—Delante de esos señores no he podido decírselo todo. Como no saben tener la lengua quieta, me he callado lo principal. ¿No tendrá usted inconveniente en dedicarme unos minutos?

—¡Con mucho gusto! Soy todo oídos, conde.

Se sentaron en torno a la mesa.

—¿Sabe usted que Pilsudski ha ordenado desarmar a los alemanes en todo el territorio de Polonia? —preguntó Potocki.

—Sí; pero no en todas partes es posible hacerlo... Yo, por ejemplo, no dispongo de las fuerzas necesarias.

Potocki miró a Eduardo con desconfianza.

—Pronto llegará el príncipe Radziwill. Además, se dirigen hacia aquí varios pequeños destacamentos de legionarios. Si logra usted detener el tren un par de días, podrá desarmarlos. Ya sabe que vamos a necesitar armas y munición...

—Si me ayudan, claro está, los desarmaré. Pero tenga en cuenta que en todos los lugares del entorno ha empezado un movimiento insurgente. Por ejemplo, a unas veinte verstas de aquí se encuentra Sosnowka, una gran aldea en la que se halla la finca del señor Zajaczkowski. Bastó que éste quitara a los campesinos cierta cantidad de centeno y de heno, que no se sabía a ciencia cierta a quién pertenecía, para que los ucranianos echaran mano de las horquillas. Zajaczkowski disponía en total de unos diez legionarios y, naturalmente, no pudo hacer nada. Los campesinos desarmaron a los legionarios y les propinaron una

buena paliza. Los Zajaczkowski, a duras penas, lograron escapar. En la aldea de Holmianka ha ocurrido algo por el estilo, y en Pawlodz se desarrolla una verdadera insurrección: allí han matado a terratenientes y han fusilado a todos los legionarios.

Potocki escuchaba, fruncidos los labios, y cuando Eduardo terminó le dijo:

—Todo eso son pequeñeces... Yo quiero ponerle al corriente de la situación en Ucrania.

—Le escucho.

—Naturalmente, usted estará enterado de que el primero de noviembre los galitzianos proclamaron la República de la Ucrania Occidental.

—El padre Jerónimo me habló de ello.

—A propósito, ¿quién es ese fraile?

—Un jesuita... El cardenal tiene confianza en él. Es un buen agente de información.

—¡Ah! Me lo suponía. Es mucho más inteligente que ese fabricante barrigudo. Pero me he desviado. En Varsovia consideran que Galitzia debe ser ocupada por nosotros en primer término. Allí hay petróleo, hierro... Al principio, nosotros protestamos contra este plan, porque casi todas nuestras fincas están en Volinia y Podolia y no en Galitzia. Pero los hombres de Pilsudski nos aseguraron que una vez que terminen con Galitzia se ocuparán inmediatamente de Ucrania. Hemos tratado la cuestión con muchas familias interesadas y concluido que la ocupación de Galitzia no contradice en absoluto nuestros planes: con ella tendremos asegurada la retaguardia. En fin, hemos dado nuestra conformidad, a condición de que Pilsudski envíe a Galitzia sus reservas y los destacamentos de los terratenientes de dicha región. Nosotros llevaremos los nuestros a Volinia y Podolia.

Eduardo hizo un gesto de aprobación y dijo:

—Es justo. Cada cual luchará con más ardor por sus posesiones que por el concepto abstracto de «la Gran Polonia».

Potocki esbozó una sonrisa.

—¿Cómo van las cosas en relación con Moscú? —preguntó Eduardo.

La sonrisa se borró de los labios de Potocki.

—Con Moscú tendremos que sostener una guerra muy seria. Pilsudski sueña con el camino napoleónico... Si no hasta Moscú, por lo menos hasta Smolensk.

Esta vez fue Eduardo quien sonrió.

—¿No cree usted que es un paralelo histórico arriesgado?

—¡No! Entonces, la situación era otra. Créame, en Varsovia no son tan tontos como pueda parecer. Un anillo de hierro oprime a Moscú, y Pilsudski es lo bastante astuto para aprovechar la ocasión y arrancar un buen pedazo de carne rusa para Polonia. La desgracia es que no tenemos bastantes fuerzas para una guerra seria... Y por si faltaba algo, esa Ucrania...

—Sí, conde, ha prometido usted informarme.

—¿Ve usted? En cuanto toca uno un problema, tiene que hablar forzosamente de otros ligados con él... ¿Qué sabe usted de Simón Petliura?

—Casi nada, a excepción de que ese sujeto lleva ahora la voz cantante en el llamado Directorio de Ucrania⁶ —respondió Eduardo.

Potocki rebuscó algo en sus bolsillos.

—Le hablaré de este hombre, ya que tendrá usted que ver con él. Ahora sus bandas se extienden por casi toda Volinia y Podolia. Los rojos cuentan allí con grupos dispersos. ¡Aquí está! —Potocki sacó de la cartera una hoja de papel cuidadosamente doblada—. Es una especie de ficha que el príncipe de Sapieha me rogó le entregase. Está sacada de los informes de nuestros agentes en Kiev.

Eduardo cogió el papel.

—Me hablaron de él cuando servía en París, en el Ministerio de la Guerra. El año pasado, este aventurero le jugó una mala pasada al general Tabouis, cuando en Kiev se encontraba todavía la llamada Rada Central.⁷

⁶ Directorio de Ucrania, gobierno contrarrevolucionario ucraniano, organizado clandestinamente en 1918, en Kiev, por la Unión Nacional Ucraniana. | N. del T.

⁷ La Rada Central, gobierno de la burguesía nacionalista ucraniana durante la guerra civil, que llamó a Ucrania a las tropas austro alemanas para aplastar la revolución. | N. del T.

—Exacto. Lea usted; su retrato está trazado con bastante exactitud.

Eduardo leyó a media voz.

«Su rostro ovalado y de facciones correctas no ofrece nada de particular. Sus ojos grises, hundidos en las órbitas, parecen ocultarse para que no se les mire. Su recia mandíbula, su boca sensual, con el labio inferior caído con gesto de cansancio, su papada grasienta y sus orejas grandes y algo salientes, no expresan la energía, la audacia y la fuerza de voluntad que caracterizan a los hombres destinados a mandar. Por su inteligencia limitada, es más aficionado a las intrigas que a las combinaciones políticas de altos vuelos. Posee una gran habilidad para organizar pequeños “sucesos” clandestinos, jugar con dos barajas y desconcertar a sus enemigos y amigos con maniobras tan rápidas como inesperadas. Es egoísta y ambicioso, y siempre pone sus intereses personales por encima del deber. Posee una cultura muy superficial y es un hombre vulgar, en el peor y más estrecho sentido de esta palabra.»

Eduardo miró significativamente a Potocki y luego continuó la lectura:

«Petliura nació en Poltava en 1877. Sus padres eran cosacos acomodados. Se educó en uno de aquellos seminarios en que se incubaba el movimiento nacional ucraniano. Cuando estalló la revolución de 1905, formaba en el ala derecha de la socialdemocracia. A juzgar por sus artículos, publicados posteriormente en un libro, era un periodista de poca monta, incluso entre la intelectualidad ucraniana de entonces, que no se distinguía por sus valores. En Kiev fue redactor jefe de la revista semanal *La Palabra* y después, en Moscú, de la revista *Vida Ucraniana*, que publicaba, a principios de la guerra, llamamientos de fidelidad al zar. Ésta fue la razón de que Petliura no viera el frente y desempeñara varios cargos administrativos en la retaguardia profunda, donde esperó tranquilamente el fin de las operaciones militares. En junio de 1917 fue nombrado secretario general de cuestiones militares en el gobierno de la Rada Central. Empezó a imitar a Kérenski, copiando todas sus actitudes y gestos... Petliura comenzó a perorar en los mítines de los soldados, tomando, como Kérenski, la tradicional postura napoleónica.

Cuando la Rada Central fue expulsada de Kiev por los obreros y soldados insurreccionados, Petliura se convirtió en uno de los más furibundos partidarios de la lucha implacable contra los bolcheviques y encabezó la extrema derecha en la Rada Central. A principios de 1918, Petliura cambió de pronto la orientación francesa por la alemana y regresó a Kiev en el convoy de las tropas alemanas de ocupación. Desempeñó cargos de importancia bajo el gobierno del atamán Skoropadski, pero pronto tuvo un escándalo con éste y, por ello, fue recluido en la cárcel, cosa que posteriormente supo utilizar para hacerse pasar por un “luchador” contra los alemanes y el atamán, a quienes poco atrás había lamido las botas. En el Directorio es el elemento más de derecha y, realmente, es él, y no Vinichenko⁸, quien dirige todo. Además, la salida de Vinichenko del Directorio es cosa decidida, y Petliura, sin duda alguna, ocupará su puesto. Ahora, este demagogo y aventurero aprovecha el movimiento insurreccional contra los alemanes y terratenientes para hacer carrera. No pone peros a nada, y lanza a diestro y siniestro, de un lado las consignas de “Por una Ucrania independiente”, “Abajo los señores polacos” y, de otro lado, las de “Abajo los rusos”, etc. Nuestros agentes en el Estado Mayor de Denikin comunican que Petliura ha enviado un emisario al general, ofreciéndole sus servicios. Pero, según afirman, Denikin no quiere ningún trato con él. Creemos que se puede comprar a Petliura mediante una recompensa moral y material, y servirá al reino polaco, naturalmente, si se le vigila de cerca, teniendo en cuenta que es un hombre capaz de vender a cualquier dueño en el momento menos pensado, si esto le conviene. Rogamos que en Varsovia tengan esto en cuenta. Repetimos: Petliura puede servir a Polonia si se le trabaja bien. Aunque sus tropas están compuestas en su totalidad por campesinos nuestros, el “atamán principal” ya ha puesto más de una vez de manifiesto su habilidad para cambiar radicalmente de política. Petliura luchará, realmente y sin engaño, sólo contra los bolcheviques, a quienes odia a muerte y extermina con un celo digno de encomio.

⁸ Vinichenko, escritor, nacionalista ucraniano contrarrevolucionario. En 1918 encabezaba el Directorio. | N. del T.

Consideramos que el momento es de los más apropiados para adueñarse, por lo menos, de Volinia y Podolia. Hay que aprovechar la ocasión: Rusia tiene ahora todas sus fuerzas ocupadas en los otros frentes. Recordamos que dicha empresa será más difícil si los regimientos de guerrilleros rojos se unen en un solo ejército. Hay que actuar inadvertidamente, empujando a los destacamentos de Petliura hacia el Sur, y, mientras ellos se entregan al saqueo y a la organización de pogromos contra los judíos, se podrá limpiar de sus bandas la parte norte de Volinia y restablecer el Poder de Polonia.»

Eduardo dejó la hoja sobre la mesa y dijo, después de breve reflexión:

—Bien, esto nos satisface por completo.

—Entonces, ¿está usted de acuerdo con nosotros? —le preguntó Potocki, animándose.

—Sí.

—Ahora comprenderá usted que nuestra política debe consistir, mientras tengamos pocas fuerzas, en actuar con precaución, arrebatando una comarca tras otra a Rusia y a Ucrania. Ellos apenas tienen tropas en Bielorrusia. Por ahora no vamos a declarar la guerra a Rusia y, aprovechando cada ocasión propicia, iremos expulsando las tropas rojas de Bielorrusia y Lituania. A este fin, el nuevo ministro de Negocios Extranjeros, señor Vasilewski, ya ha iniciado una campaña de prensa contra el gobierno soviético. Afortunadamente, tenemos un pretexto.

—¿Cuál?

—Los de Moscú han privado de sus privilegios diplomáticos al señor Zarnowski, a quien el enviado de la Rada de Regencia⁹, Lednicki, dejó, para que le sustituyera, en Moscú. Vasilewski ya ha puesto el grito en el cielo, acusando a los bolcheviques de infringir el derecho internacional, y ha enviado dos ultimátums exigiendo que se restituya inmediatamente sus derechos a Zarnowski y que devuelvan los archivos de la embajada.

Eduardo, asombrado, miró a su interlocutor.

⁹ La Rada de Regencia, Consejo de Estado, órgano de marionetas creado por los alemanes en Varsovia y que existió unos cuantos meses. | N. del T.

—Perdone; no lo comprendo. ¡Pero si Zarnowski era, en realidad, el representante de los ocupantes alemanes, y no de Polonia, y nuestro gobierno ha declarado fuera de la ley a la Rada de Regencia!

Potocki soltó una carcajada.

—Para nosotros es comprensible, claro está. ¿Quién, en Polonia, no sabe que la Rada de Regencia estaba compuesta por lacayos de los alemanes, que vendieron Polonia a Alemania «al por mayor y al por menor»? Verdad es que han sido declarados fuera de la ley, mas para los diplomáticos, el hecho de que en Moscú, partiendo de esta decisión, hayan privado a Zarnowski, como elemento declarado fuera de la ley, de sus prerrogativas, es suficiente para clamar contra la infracción del derecho internacional, aunque para el sentido común sea algo incomprensible. Lo fundamental es tener un pretexto. Nuestros periódicos ya vociferan que los bolcheviques atentan contra el honor de Polonia, detienen a los embajadores y otras cosas por el estilo... Esto caldea la opinión pública y justifica, en cierto modo, nuestra ofensiva en el frente de Bielorrusia.

Eduardo se removió en el sillón, buscando una postura más cómoda.

—Naturalmente, semejante actitud sería absurda en relación a otro Estado. ¡Pero en la lucha contra los bolcheviques, todos los medios son buenos! —Eduardo miró el reloj—. Por cierto, he ordenado al jefe de los gendarmes que fusile hoy a unos diecinueve rojos que tengo bajo llave. ¿Me permite que llame al Estado Mayor?

Potocki se levantó.

—¿Nos veremos mañana antes de que se marche? —le preguntó Eduardo.

—Probablemente, no. Saldremos en cuanto amanezca. Le ruego que mantenga estrecho contacto conmigo.

—Se lo prometo. ¡Cuidado por el camino!

*

Ludwiga escuchó tristemente las campanadas del reloj.

—¡Jesús y María! ¡Qué noche más terrible! —murmuró.

El sueño huía de ella. Eduardo había dormido todas aquellas noches en su despacho. Ahora estaban allí los oficiales de Potocki. Eduardo, seguramente, acudiría al dormitorio. Ludwiga no deseaba verle. ¿De qué podrían hablar? Además, vendría como marido, lo cual motivaría un choque entre ellos... Ludwiga se arrebujó en la manta cuando oyó que se abría la puerta. Eduardo tenía una llave de la alcoba.

Antes lo esperaba llena de gozo. Ahora se sentía una esclava de aquel hombre. Una esclava vestida de seda, que tenía derecho a mandar a los criados, a llevar un título, a imaginarse una pequeña reina, únicamente para que todo se sometiera a la voluntad de él... ¡Qué agradable era antes y qué pesado ahora...!

Eduardo entró en el dormitorio.

—Hoy pasaré la noche aquí —dijo, seguro de que Ludwiga no dormía.

Ella no le contestó. Eduardo comenzó a desnudarse. Por la violencia con que se desabrochó el correaje, comprendió Ludwiga que estaba furioso. Eduardo se acercó a la cama y, apartando la colcha, dijo, conteniéndose:

—Hoy quiero dormir contigo...

Ludwiga trató de taparse los hombros desnudos, pero él arrojó la manta al suelo.

—¿Qué es esto, Eddy? No quiero que te quedes aquí... —protestó, ofendida, Ludwiga.

—¡Pues yo sí quiero!

Eduardo se sentó en la cama y le puso la mano sobre los pechos.

—¡Márchate, Eddy! ¡No puedo verte...! ¡Márchate! —gritó Ludwiga, resistiéndose.

—Escúchame, Ludwiga, esta comedia me tiene harto. ¿Es que piensas que voy a continuar durmiendo por los diversos divanes, en espera de que tu cólera se transforme en benevolencia? Está lucha no es de mi gusto. ¡Hagamos las paces!

Eduardo se inclinó hacia su mujer.

Ella lo apartó.

—¡Déjame en paz...!

Pero la proximidad de su cuerpo desnudo ya había embriagado a Eduardo. Rechazó fácilmente las manos de ella y la pose-

yó por la fuerza... Luego, se volvió de espaldas y se durmió en el acto.

Ludwiga, humillada, lloraba. Lo más amargo era que se sentía impotente y sólo podía responder a aquella violencia bestial con sus lágrimas.

Eduardo le repugnaba. ¿Cómo podía dormir, después de haber herido su orgullo de mujer? ¿Cómo no inquietaba su alma el que por orden suya fusilaran a la gente aquella noche? Llena de repugnancia, se apartó al borde de la cama y, cautelosamente, temiendo despertarle, se levantó y se fue a su habitación. Una vez allí, se acurrucó en el diván y lloró, larga y silenciosamente.

*

Adán, que acababa de salir de la guardia, tomaba té frío. Su esposa y Elena dormían. El pabellón estaba lleno de gente extraña: pernoctaban allí veintitrés hombres de la escolta del conde de Potocki.

Adán masticaba, sombrío, una rebanada de pan, ausente la mirada.

Llamaron a la ventana. Adán se levantó a regañadientes y abrió la puerta.

En el umbral apareció la figura de Francisca. Acababa de volver de la ciudad.

Sin decir palabra, Adán la dejó entrar en la habitación, cerró la puerta y luego le preguntó con voz sorda:

—¿Qué hay?

Francisca se despojó con brusco ademán de la pañoleta, empapada por la lluvia.

—Nada —respondió con voz desfallecida—. No me dejaron verle.

Adán, gacha la cabeza, permanecía plantado ante ella, apretando en la mano la rebanada de pan que no había terminado de comer.

—Han venido a buscarte...

—¿Para qué? —preguntó con odio Francisca.

Adán tragó saliva y, mirando a un lado, respondió:

—Te llamaba el padre para que le hicieras la cama a Potocki.

Francisca suspiró hondamente, como si le faltara el aliento.

—¿Hacerle la cama? —sintió un espasmo en la garganta y miró con desprecio a Adán—. ¿Y qué le has dicho?

—Que irías cuando volviesses.

Los grandes ojos grises de Francisca se pusieron verdes. Una luz salvaje se encendió en ellos.

—¡Sois todos unos canallas! —murmuró con odio—. Tanto tú como tu padre... ¡Maldito sea el perro viejo!

Adán, asustado, se apartó de ella.

—¿Por qué no mandaste a Elena?

—Ella no sabe... —respondió, desconcertado, Adán.

—¡Sí sabe! Ese granuja de Wladislaw ya la ha enseñado... Nos habéis vendido a todos aquí... Tienes la suerte de que Bárbara es fea; de lo contrario, se habría acostado con ella quien lo hubiese deseado...

—¿Qué dices?

—Pregúntale a Elena; ella te lo contará... ¡Qué mala estrella me habrá traído aquí!

Adán la miró con ojos llenos de furia.

—¿Qué miras? En este momento quizá estén ahorcando a tu hermano, y tú, como un perro, los guardas, para que nadie pueda hundir su puñal en las tripas de los condes... ¡Lacayo maldito! —Francisca lo apartó de un empujón y salió corriendo del cuarto.

Adán, envenenado por las palabras de Francisca, despertó violentamente a su hija.

CAPÍTULO X

Los tres, inquietos, temblorosos, aguzaban el oído al tiroteo creciente. Los disparos restallaban ya en las inmediaciones de la estación. En aquella impetuosa tormenta de sonidos palpitaba el encono de la lucha. Andrés, con las manos apretadas contra el pecho, parecía de piedra.

—¿Por qué nos habrán dejado aquí? ¿Cuándo se ha visto que yo me estuviese cruzado de brazos, esperando a ver quién vence? ¿Creerán acaso que no valgo para nada? —musitó, lleno de amargura.

Jadwiga lo atrajo hacia sí y lo tranquilizó con la ternura de una madre.

—¿Qué le vamos a hacer? Nos han ordenado permanecer aquí.

Alejandra callaba. Oyéronse en la calle voces y —así se lo pareció a Andrés— el resoplar de un caballo. Alejandra se aferró al hombro del muchacho.

—Andrés, ¿qué es eso?

El muchacho se quedó frío. «¿Qué va a pasar? Si son los señoritos, estamos perdidos», se dijo, sintiendo que se le encogía el corazón.

Llamaron a la puerta.

Andrés, tropezando con los taburetes, se precipitó hacia el zaguán. Allí, en el suelo, encontrábase el hacha.

—¡Grigori Mijáilovich! ¡Soy yo, Schabel! ¡Abre!

—¡Ah, Schabel! —exclamó Alejandra, llena de gozo, y también corrió hacia la puerta.

—¿Quién es? —le preguntó Andrés, sujetándola.

—Uno de los nuestros... ¡Ahora abro! —gritó la muchacha, y alzó el pasador.

—Aquí me tenéis —dijo un hombre alto, cuyo rostro era imposible distinguir en la oscuridad.

—Los nuestros ya se han marchado, Schabel —le reprochó Alejandra.

—¡Ya oigo los tiros! Hemos llegado tarde porque tuvimos que regatear con los de Holmianka. Querían enviar una delegación a Mogielnicki para decirle que, si él no los atacaba, ellos tampoco lo atacarían. Pasó bastante tiempo antes de que lo grásemos disuadirlos... ¿No tenéis luz, Alejandra?

Schabel encendió una cerilla y vio a Andrés.

—¿Quién es? —preguntó con recelo.

—Andrés —respondió, turbándose, la joven—. Mi padre lo ha dejado aquí.

Tras de Schabel entró en la casa un campesino achaparrado y fornido.

—¡Salud, buena gente!

Schabel estrechó la mano de Jadwiga.

—Es Sachek, de Sosnowka —explicó, señalando con la cabeza al campesino.

Alejandra puso un quinqué sobre la mesa y corrió a tapar la ventana con una manta.

—He traído unos cincuenta hombres de Sosnowka y unos treinta de Holmianka. Hay que armarles inmediatamente —dijo Schabel.

Jadwiga lo llevó aparte.

—El camarada Rayewski me notificó que la munición para ustedes la dejarían cerca del río. Por orden suya, atacará usted la finca de los Mogielnicki. Así, una parte de los legionarios se verá retenida, mientras los nuestros ocupan la ciudad. Esfuércese por tomar, ante todo, la granja. Allí están los caballos de los alemanes...

Schabel se volvió rápidamente hacia Sachek.

—Ahora nos armaremos y atacaremos la granja. Diles a tus muchachos que hay allí buenos caballos...

—Magnífico —dijo Sachek, alegrándose—. Mis caballos han empezado a cojear y un par de bestias me vendrán como anillo al dedo...

—¡Bueno, bueno! ¡Vámonos! ¿Oyen lo que está pasando en la ciudad? No hay tiempo que perder...

Salieron a la calle, donde les estaban esperando los campesinos. Ptaja, resuelto, dijo a Jadwiga:

—¡Me voy con ellos!

—¿Está loco? ¿Y sus manos? ... —protestó, desconcertada, la mujer.

Alejandra, llena de indignación, reprochó a Andrés:

—¿Y nos vas a dejar solas? ¡Vaya un defensor! ¡Entonces, yo también iré! ¡No me quedaré sola por nada del mundo!

—¡Vaya, también yo tendré que ir! —dijo quedamente Jadwiga.

—¡Pues vámonos todos juntos! A mí me da miedo quedarme aquí sola —insistió Alejandra.

—¿Adónde vas a ir? ¡Si allí se está luchando! —intentó disuadirla Andrés, avergonzado.

—¿Y qué? Jadwiga Bogdanovna y yo llevaremos la bolsa de las vendas y prestaremos asistencia a los heridos, si los hay.

Andrés no supo qué responderle.

—¿Qué me dirá Gregori Mijáilovich?

—¿Qué te va a decir? Yo misma le responderé, llegado el caso. Vamos, Jadwiga Bogdanovna.

Jadwiga se estaba abrochando el abrigo.

—Alejandra, quítame la venda de la mano derecha —rogó Andrés a la joven.

—¿Cómo quieres que te quite la venda, si tienes toda la mano escaldada?

—Aunque no sea más que de estos dos dedos, para que pueda correr el cerrojo.

—No quiero, que los tienes en carne viva...

Andrés se acercó a Jadwiga.

—Tenga la bondad de quitarme la venda; si no, me la arrancaré con los dientes.

Jadwiga lo miró por un segundo y, en silencio satisfizo el ruego del muchacho.

—Aquí dejaremos un poco...

Entró Schabel.

—Todo va bien. ¡Tenemos cartuchos y fusiles! Ahora nos pondremos en camino. Está parando de llover...

—Nosotros los acompañamos —le anunció Jadwiga.

Ptaja salió corriendo al patio y regresó con un fusil y con los bolsillos de la chaqueta atiborrados de balas.

—¿Para mí no has traído? —le preguntó Alejandra.

Por primera vez en todo el tiempo, sus ojos se encontraron.

—¿Para ti? —el muchacho asombrado, sonrió.

Dio a Alejandra su fusil y, precipitadamente, le llenó los bolsillos de peines.

—Ahora te enseñaré a cargarlo. Mira, agarras esto, y luego tiras hacia ti... ¿Ves? Ya ha saltado el cartucho. Otra vez para dentro. Otra vez hacia ti. Ahora aprieta el gatillo, y un escorpión menos en el mundo... Apriétate bien la culata al hombro. ¡Quédate con el fusil, yo iré por otro!

Cuando ya salía, Andrés exclamó:

—¿Y Vasilek...? ¿Qué vamos a hacer con el pequeño? —Corrió a la cocina y gritó—: ¡Vasilek, levántate enseguida! ¡Despierta, marmota! Nos vamos, ¿me oyes? Cierra la puerta y duerme. Pronto volveremos...

Vasilek, adormilado, nada comprendía. Andrés lo empujó hacia la puerta.

—Cierra y acuéstate.

Vasilek pestañeaba, atontado, y balbuceaba inconscientemente; pero, a fin de cuentas, se enteró de que debía cerrar la puerta y echarse a dormir. Y así lo hizo.

*

Schabel tomó la granja sin un tiro. El golpe de mano fue tan inesperado como una ducha fría a medianoche. Eduardo había armado en la finca a todos los que podían empuñar un fusil para la lucha en la ciudad... En el palacio quedaron el conde de Potocki y sus acompañantes. Al oír el tiroteo en las cercanías de la finca, Eduardo regresó con su destacamento.

«¿Qué está pasando? —se dijo—. En la ciudad se combate. Pero ¿quién lucha contra quién? ¿Será posible que los alemanes se hayan liado la manta a la cabeza? ¿Qué ocurre en la granja?» El conde ordenó rodear la finca.

Potocki, montado a caballo, lo recibió en la puerta.

—¿Qué pasa, conde?

—No sé. No hay comunicación con la ciudad.

En la granja disparaban de cuando en cuando. Mogielnicki no se decidió a lanzarse hacia allí de noche, y resolvió esperar a la mañana, sin alejarse ni un paso de la finca.

Mientras, en la granja ocurrían cosas muy desagradables.

En cuanto la granja hubo caído en sus manos, los campesinos de Sosnowka y los de Holmianka empezaron a pelearse por los caballos.

—Nosotros hemos llegado primero al establo. ¡Los caballos nos pertenecen! —gritaba un gigantón de Holmianka, montado ya en un caballo alemán y sujetando a tres más de las riendas.

Sachek se le acercó de un salto, gritándole:

—¡Suéltalos, te digo! ¡En vez de dar las gracias porque te ha tocado uno, quieres llevártelos todos! Mis caballos apenas si arrastran las patas, y tú les has echado la zarpa a todos...

La disputa por los caballos tenía alborotada toda la granja. Schabel, que dirigía el ataque a la finca, comprendió, por el escaso tiroteo, que parte de los campesinos se había marchado. Corrió hacia la verja.

—¡Eh, amigos! ¿Adónde vais?

Pero nadie le hizo caso. Algunos campesinos habían comenzado ya a propinarse culatazos. El gigantón de Holmianka acuciaba a los suyos:

—¡Montad a caballo y para casa...! ¡Que se las arreglen solos! ¿Qué necesidad tenemos de meternos en líos? ¡Vámonos a casa, muchachos! ¡Al que se oponga, rompedle la crisma!

Schabel se dio cuenta del peligro demasiado tarde.

—¿Adónde vais, muchachos? ¿Nos traicionáis? —gritó.

—Apártese de en medio —rugió el gigantón.

—Si los de Sosnowka nos dan los caballos, nos quedaremos... Mogielnicki nos quitó los nuestros, y, por lo tanto, debemos aprovechar la ocasión...

—No gastes saliva con él. ¡A casa, muchachos, no sea que nos copen y perdamos la cabeza!

Schabel tuvo que hacerse a un lado.

Andrés apenas si logró salvar a Alejandra de los cascos de los caballos. Los de Holmianka, fustigando a los brutos, empujándose unos a otros, maldiciendo a Dios y al diablo, partieron al galope. Al cabo de un minuto ya no se les oía.

Los alemanes se pusieron en movimiento en cuanto sonaron los primeros tiros. Los suboficiales corrían a lo largo del convoy. Se oyeron lacónicas voces de mando. Cuando el tiroteo se hizo más nutrido y empezó a aproximarse a la estación, el trompeta, que se hallaba junto al coche cama del Estado Mayor, tocó a generala.

—Mi coronel, un caballero que dice ser oficial del ejército polaco desea verlo.

—¡Que pase! —ordenó el coronel Pflaumer.

—Mi coronel, se presenta a usted el capitán Wrona.

El coronel, amenazante, preguntó:

—¿Qué significa ese tiroteo?

—Ocurre lo siguiente, mi coronel. En la ciudad ha estallado una insurrección bolchevique. Nos presentaron un ultimátum exigiéndonos que no nos inmiscuyésemos en sus acciones. Quieren desarmarles a ustedes y fusilar a los oficiales. Hemos estado combatiendo toda la noche, pero ahora nos vemos obligados a solicitar su ayuda... Hemos hecho todo lo posible por evitar el motín, pero nuestras fuerzas se han agotado y tenemos que abandonar la ciudad.

El fragor del combate en los alrededores de la estación parecía confirmar las palabras de Wrona. Un grupo de oficiales alemanes, con cascos de acero, rodeaba al coronel.

Espesas filas de alemanes se alinearon, cuerpo a tierra, a lo largo del muelle de la estación; otros se afanaban en las plataformas, descargando el auto blindado y los cañones.

—Bien —dijo, entre dientes, Pflaumer, y escupió la colilla de su cigarro puro—. ¿Quieren desarmarnos? En fin, ya veremos...

—Naturalmente, mi coronel, si ustedes intervienen, no quedará de esa peste ni el recuerdo.

Wrona reconoció a Schmuldtke entre los oficiales.

El teniente decía algo, en voz muy baja, al coronel.

—Perdone, ¿cómo se apellida usted?

—Capitán Wrona —le apuntó Schmuldtke.

—¡Ajá! Pues bien, nosotros terciaremos sin falta. Tenga la bondad de apartar allá a sus soldados —y señaló hacia la izquierda—. Vamos a comenzar inmediatamente la operación. ¡Emplazad los cañones! ¡Descarguen el auto blindado! ¡Señor presidente del consejo regimental, explique a los soldados la razón del combate!

*

Al amanecer, la ciudad estaba ya en manos de los obreros. Schabel se había hecho fuerte en la granja y no dejaba a Mogielnicki abandonar la finca.

Pero, cuando la victoria completa parecía al alcance de la mano, unas descargas cerradas atronaron la estación, vomitando fuego y acero sobre la ciudad. Simultáneamente, prorrumpieron en ladridos unas quince ametralladoras.

Los alemanes habían emprendido la ofensiva sobre la ciudad.

Rayewski resistió casi una hora, defendiendo cada esquina. Mas por las calles corría, invulnerable, el auto blindado, ametrallando los patios y pasadizos.

—¡Lástima que no tengamos una bomba! —exclamaba Chobot, enfurecido.

Los insurgentes retrocedían, abandonando una calle tras otra. Las cadenas gris-verdosas de los alemanes avanzaban, metódicas y acompasadamente. Con la misma medida tronaban en la estación los cuatro cañones, lanzando contra la ciudad sus proyectiles de grueso calibre.

—¿Qué, Segismundo, hemos perdido? —dijo Kovaló, caminando rápidamente al lado de su amigo.

—Sí, esto es lo que más me temía. Aquí ha habido una provocación... Metelski quiso hablar ayer con el consejo regimental, pero el presidente, un tipo con alma de lacayo, lo amenazó con arrestarlo. Ahora debemos conservar la gente. Nos retiraremos a Sosnowka. Hay que salir de la ciudad a toda prisa, antes del amanecer; de lo contrario, nos cercarán aquí...

La neblina que precede al amanecer envolvía la ciudad. Los últimos grupos de los obreros abandonaban el suburbio.

*

Schabel aguzó el oído y dijo:

—Los nuestros abandonan la ciudad... ¿Oís? Están tirando ya en el suburbio. Por lo visto, los alemanes han metido baza en la contienda. En fin, también nosotros tendremos que retirarnos antes de que amanezca... Si estuvieran aquí los de Holmianka, podríamos atacar la finca; pero, así, no hay nada que hacer. Di a la gente que se retire —ordenó a Sachek.

—¿Le prendemos fuego a la granja?

—No; de todas maneras, será nuestra. Que ensillen los animales.

—¿Qué vamos a hacer con las mujeres? —gruñó Sachek.

—Que monten también a caballo.

—Ahí tengo mi carro con ropa; puede montar una de ellas.

Schabel ayudó a Alejandra a saltar a la silla.

—¿No te caerás? —le preguntó, entregándole las riendas.

—No; cuando estaba en la aldea, solía montar.

—Échate el fusil en bandolera. ¡Eh, guerrera, qué aspecto más heroico tienes! —bromeó; pero, al punto, una nube cubrió su rostro...

Ptaja galopaba al lado de Alejandra. A cada momento temía que la muchacha se cayese del caballo.

Media hora más tarde, se unían a los obreros que abandonaban la ciudad.

*

Eduardo Mogielnicki fue a la estación para agradecer personalmente al coronel Pflaumer su ayuda.

—¿En qué puedo serle útil? Dígamelo y haré todo lo que esté a mi alcance por satisfacerle.

El coronel Pflaumer contestó:

—Muy agradecido. No necesito nada. Ahora, de aquí a unos días llegará el regimiento de Fráncfort. El señor Schmuldtke dice que en él sirve el hermano de usted. Según mis noticias, necesitan pan y ropa de abrigo: ya va haciendo frío. Si los ayudan, les quedará muy reconocido.

—¡Los ayudaremos, los ayudaremos! —aseguró Eduardo—. ¿No me permitirá el señor coronel que recompense a sus bravos soldados? Quisiera dar cien marcos a cada uno...

—¿Por qué no? Comunicaré su amabilidad al consejo regimental. A propósito: pensamos quedarnos aquí hasta que llegue el regimiento de Fráncfort, y le rogaría que nos faciliten el suministro de pan en los hornos de la ciudad.

Mogielnicki se llevó la mano a la visera.

—Inmediatamente daré la orden de que les traigan a ustedes el pan a la estación. Ahora, permítame que, en nombre de nuestras damas y de toda mi familia, lo invite e invite a los señores oficiales al banquete que, en su honor, se dará en nuestro palacio. Vendrán a buscarlo en coche.

—¡Muchas gracias! Lo comunicaré a los oficiales. Si todo está tranquilo, no faltaremos.

Mogielnicki y su Estado Mayor abandonaron la estación.

*

—Debemos apresurarnos; de lo contrario, no podremos con ellos —dijo Mogielnicki a Wrona, camino de la ciudad—. Envíe dos enlaces al príncipe Zamojski. Que retire su destacamento de Pawlodz y que venga aquí. Le dirán de mi parte que tan pronto terminemos con los alemanes los ayudaré a derrotar a los pawlodz. Usted prepare en la estación todo lo necesario. Si nuestro plan falla, tendremos que abandonar la ciudad y dejar vía libre a los alemanes... No pierda de vista a los de Holmianka en cuanto se presenten. ¡Actúe con energía!

Potocki no se marchó aquel día, como pensaba. La insurrección en la ciudad lo detuvo. Cuando se normalizó la situación, elaboraron en el despacho de Eduardo el plan de desarme de los alemanes, propuesto por Potocki. El impulsivo conde defendía su proyecto con tanto ardor, que Eduardo, temeroso de pasar por cobarde, se abstuvo de hacer la menor objeción.

—Dice usted que el riesgo es grande; ¿pero en qué empresa no existe riesgo? Yo los ayudaré y estén seguros de que desarmaremos a los alemanes —afirmó, presuntuoso, Potocki.

Mientras conversaban, entró el padre Jerónimo, para anunciarles que había llegado una delegación de los campesinos de Holmianka. Eduardo ordenó que los arrestaran.

—¡Los voy a ahorcar! —gritó—. ¡Han armiñado nuestra granja en Holmianka y de aquí se han llevado los caballos que compré!

Potocki, con una tranquilidad insospechada, aconsejó:

—Siempre estaremos a tiempo de ahorcarlos. ¿No se les podría utilizar para nuestros planes?

Eduardo lo miró con asombro.

—¿Cree usted? ¡Pero si son unos canallas!

—¡No importa, no importa! Que el padre Jerónimo les hable. Dígales que si al atardecer envían a unos cincuenta hombres a la estación y nos ayudan a desarmar a los alemanes, recibirán una parte del botín, dinero y el perdón del conde —ordenó Potocki al jesuita—. En fin, ya sabe usted cómo se hacen estas cosas...

El sacerdote salió, para volver casi al instante.

—Piden que el propio conde les repita mis palabras.

Eduardo miró a Potocki.

—Vaya, vaya usted. Eso a nada le obliga. Eduardo se levantó.

*

Por la tarde, cuando en el palacio de los Mogielnicki se hallaban reunidos casi todos los oficiales alemanes, Eduardo y Potocki, rodeados de su escolta, se dirigieron a la estación.

Los nobles polacos, llamados apresuradamente con motivo de la fiesta, se desvivían por entretener a los invitados. José, alegre, no escatimaba el vino.

Los alemanes se iban animando.

Schmuldtke y Sonnenburg cortejaban a Estefanía. La astuta polaca les prodigaba miradas y risitas prometedoras. Nadie podía imaginarse lo que estaba ocurriendo en la estación.

Un soldado alemán zanquilargo corría, de vagón en vagón, gritando lleno de gozo.

—¡Apresuraos a recibir cien marcos por barba! ¡Corred, que a lo mejor no hay bastante y os quedáis con un palmo de narices! El dinero lo reparten en la sala de primera.

Los vagones quedaron desiertos. Una densa muchedumbre de soldados llenaba las salas de primera y de segunda. Un brigada pasaba lista en voz alta, y tres empleados del Ayuntamiento distribuían billetes de cien marcos. En torno a las mesas, apreturas y gritos. Algunos habían recibido dinero dos veces y los otros les afeaban su conducta.

Mientras tanto, un grupo de gendarmes, al mando de Dzio-bek, que despedía un hedor insoportable a pesar de los tres baños tomados por orden de Wrona, conducía a Vorobeiko a la locomotora.

—Monta y engancha el tren militar. En cuanto enganches, da todo el vapor, para que el tren salga de la estación en un santiamén. A unas cuantas verstas de aquí, te detienes. Ten cuidado con lo que haces, porque... —y mostró al ayudante del maquinista la pistola.

—¡Pero si los alemanes me van a matar por eso!

—¡No te pasará nada! ¡Monta y andando! ¡Como te pongas a discutir te doy el pasaporte aquí mismo!

Vorobeiko, maldiciéndose para sus adentros por haberse quedado en la estación, subió a la locomotora.

En la estación se oyeron unos gritos salvajes: traqueteando al entrar en agujas, el tren salió de la estación con velocidad creciente, y pronto desapareció tras el depósito de máquinas. Algunos soldados intentaron darle alcance, pero, al advertir la inutilidad de sus esfuerzos, se detuvieron.

Casi todos los alemanes estaban desarmados. Únicamente los suboficiales tenían pistola, y algunos soldados, sus machetes. Todos gritaban indignados:

—¡Traición! ¡Nos han vendido!

Los soldados, enfurecidos, apalearon a los empleados del Ayuntamiento, que nada tenían que ver en lo ocurrido, y volcaron la mesa con el dinero.

Un teniente rubio, con lentes, uno de los raros oficiales que quedaban en la estación, quiso imponer cierto orden y gritó:

—¡Aquí los que tengan armas!

Pero era tarde. El destacamento de Mogielnicki y los hombres de Potocki habían rodeado la estación. Los campesinos de Holmianka cerraban a los alemanes el camino por el Norte.

Encabezados por el gigantón a quien ya conocemos, obedecían sin replicar las órdenes de Zaremba, que, con unos veinte legionarios, se hallaba entre ellos.

Unas cuantas descargas bastaron para obligar a los soldados alemanes a salir, de uno en lino, de la estación, como les habían ordenado.

Al cabo de hora y media, sin capotes, y algunos de ellos hasta sin botas —se las habían quitado—, los alemanes, rodeados de polacos, fueron conducidos a las afueras.

—¡Atención! —vociferó Zaremba—. Se les ordena marcharse sin detenerse ni por un segundo. No se preocupen, que ya llegarán a su patria a patita.

Un silencio sepulcral fue la respuesta.

Varios cientos de hombres echaron a andar por el camino enlodado, abatida la cabeza, llenos de odio hacia los que les habían engañado...

—¿No se lo decía yo? —exclamó entusiasmado Potocki, pavoneándose a lomos de su nervioso caballo—. Ahora vamos a entendedrnoslas con los señores oficiales. Esta vez seremos un poco más finos. No hay que olvidar que hoy se han portado muy bien. Le escribiré al príncipe de Zamojski para que los deje pasar buenamente.

—Claro —aprobó Eduardo.

*

El tren cruzó raudo el apeadero desierto y, media hora más tarde, se detenía en la estación vecina. Vorobeiko saltó de la locomotora.

Grupos de hombres armados corrían presurosos hacia el tren.

—¡Eh, muchacho! ¿Qué tren es éste? ¿De dónde viene? ¡Mira, dos alemanes! ¡Y ahí otro...!

Rodearon a Vorobeiko. Un gigante barbudo, con una cinta de ametralladora cruzándole el pecho, pistola y bomba colgadas al cinto, le preguntó:

—¿Quién eres? ¡Responde! Estás hablando con el atamán Beresnia.

—¿Sois, entonces, insurgentes? —preguntó, alegrándose, Vorobeiko—. Yo pensaba que había ido a parar a manos de los señores y resulta que sois de los míos... —y añadió, sonriente—: Os he traído un auto blindado y cuatro cañones. Ahora tendréis con qué aplicarles sinapismos a los señores... Nosotros no pudimos. Nos lanzamos a la calle, sacamos a los nuestros de la cárcel, les cortamos el rabo a los legionarios, pero, ¡anda!, se metieron por medio los alemanes. ¡Todo un regimiento! Y, claro está, nos vencieron. Los nuestros se retiraron a Sosnowka, y los alemanes y los señores polacos empezaron a tirarse los platos a la cabeza. A mí me agarraron los señoritos de las agallas para que sacara de la estación el tren militar alemán. Y yo lo he traído hasta aquí. ¡Así ha ocurrido todo, camaradas!

Los hombres que rodeaban a Vorobeiko le escuchaban en silencio. El barbudo que se había presentado como atamán Beresnia le preguntó:

—Dime, ¿tú no serás, por casualidad, bolchevique?

—En efecto, soy un comunista del Partido —respondió con orgullo Vorobeiko.

—¡Ah, eres comunista! —el barbudo soltó un terno—. Pues nosotros reventamos como piojos a los tuyos. ¡Lleváoslo, muchachos!

Vorobeiko, desconcertado, miró en torno.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Nosotros somos del ejército de Petliura. ¿No has oído hablar de él, perro judío? —respondió el barbudo, mostrando los dientes en una mueca cruel.

—Entonces, ¿vosotros sois contrarrevolucionarios? —preguntó Vorobeiko con voz ahogada.

—Llámalo como quieras. Lleváoslo al cruce y enviadlo a reunirse con Carlos Marx, con su dios —dijo el barbudo, haciendo un ademán de fastidio.

Unos cuantos hombres agarraron a Vorobeiko y se alejaron con él.

El «ejército» de Petliura saqueaba el tren.

—¿Lo liquidamos aquí? ¿Para qué vamos a llevarlo más lejos? —propuso uno de los bandidos.

Vorobeiko, apenado, miró alrededor.

Junto al cruce comenzaban los campos. Soplaban un viento frío. Vorobeiko se estremeció de espanto al pensar que lo iban a matar y que nadie sabría de su muerte. ¡De qué manera tan estúpida había ocurrido todo!

—¿Eres ortodoxo? Entonces, santíguate. Te vamos a dejar seco enseguidita —le anunció tranquilamente uno de los que lo conducían.

—¿Por qué? —preguntó, sin saber lo que hablaba, Vorobeiko.

—Si el atamán ha dicho que te demos el pasaporte, por algo será...

—¿Acaso os he hecho algún mal? Os he traído un tren cargado hasta los topes. ¿No os da vergüenza matar, sin más ni más, a un trabajador?

—¡Pero si tú eres comunista!

Vorobeiko, temeroso de que lo asesinaran por la espalda, se volvía tan pronto hacia uno como hacia otro.

—¡Nosotros, los obreros, somos todos bolcheviques! ¿Qué de malo veis en ello? Mi padre estuvo toda la vida trabajando de jornalero en el campo. ¿Qué motivos podéis tener para matarme?

Uno de los bandidos, pensativo, aventuró:

—¿Y si lo dejamos suelto? ¿Qué falta nos hace matarlo?

Otro le apoyó, indeciso:

—¡Qué diablos, dejémoslo en paz!

El tercero, que ya se había descolgado el fusil, volvió a echárselo a la espalda y dijo:

—¡Arrea, pero ten cuidado, no te vea el atamán! ¡Y sal de la comuna, tonto!

—¿No me soltaréis un escopetazo por la espalda? —les preguntó francamente Vorobeiko—. Si tenéis esa intención, mejor será que me disparéis ahora al corazón; por lo menos, no sufriré. De todas maneras, que más os da...

—¡Arrea, arrea...!

Vorobeiko dio los diez primeros pasos, volviendo la cabeza a cada instante. Luego, echó a correr hacia el campo.

*

Al amanecer heló. Los charcos y pantanos se cubrieron de hielo. El Estado Mayor estaba reunido en la isba de Tsibula, en Sosnowka. Se decidió que los miembros del Comité Revolucionario regresaran a la ciudad para encabezar el trabajo clandestino. Los obreros que pudiesen vivir allí, sin ser descubiertos, también deberían volver. Un grupo quedaría en el destacamento de Tsibula y otro se dirigiría a Pawlodz. Cuando la reunión tocaba a su fin, llegó al galope un campesino de Holmianka, con una terrible noticia: Mogielnicki había ordenado ahorcar, en la ciudad, frente al Ayuntamiento, a once campesinos de aquella aldea. Al resto les propinaron, a cada uno de ellos, cincuenta baquetazos y, después de quitarles los caballos, los dejaron en libertad.

Patlai, Schabel, Chobot y parte de los obreros se dirigieron a Pawlodz, después de cargar, previamente, en carros, las ametralladoras, los fusiles y los cartuchos. Stepovoi no quiso regresar a la ciudad y se unió a ellos.

De los sesenta caballos cogidos en la granja, Schabel no pudo sacarles a los de Sosnowka más que diez, con los que formó mi pequeño destacamento montado.

—¡No llores por nosotros, muchachas! Pronto volveremos y viviremos felices y contentos —bromeó Schabel al despedirse de Alejandra y Sara, que se quedaban en Sosnowka.

*

Uno tras otro, regresaron a la ciudad Kovaló, Metelski, Jadwiga y Rayewski.

Kovaló se quedó con la boca abierta, al ver en el porche de su casa a una mujer desconocida, que estaba aventando el samovar.

«¿Quién podrá ser?», pensó.

Al percibir al maquinista, la mujer sonrió.

—¿Es usted el dueño? ¿Sí? Me alegro. Me daba no sé qué el hacer de ama en una casa ajena. Soy la madre de Andrés, María Ptaja.

—¡Buenos días! —dijo Kovaló, estrechando la mano a la mujer—. ¡Hay que ver en qué circunstancias hemos venido a conocernos!

La madre de Andrés era alta, fuerte y —lo que asombró a Kovaló —joven.

Cuando Rayewski entró en la casa, encontró a su amigo y a la mujer en animada plática.

—Les dije: «¿Qué sé yo en dónde puede haberse metido?

—¿Sí? —preguntó el cura, por decir algo—. ¿Por qué no recuerdo a su hermana?

Marcelina bajó los ojos.

—No frecuenta la iglesia, señor cura.

—¡Ah! Es viuda, ¿no? Recuerdo que en otoño me pidió usted que rezara por su marido.

—Gracias a Dios, su marido vive, señor cura. Hace poco que ha vuelto.

—¿Sí?

El cura andaba y desandaba, con pasito menudo, la habitación, interesándose vivamente por Marcelina, y se mostró tan cariñoso, que la mujer, emocionada, respondió gustosamente a todas sus preguntas.

—Bien, bien... No se amargue, querida, no se amargue. Naturalmente, es muy penoso que todos ellos se hayan apartado de Dios. Pero el Santo Padre es omnipotente. Todos volverán a su seno... ¡Malos tiempos corren! —la consoló, pensativo, el cura.

—Buenas tardes, padre Jerónimo. Ya están aquí el invierno y la nieve. Pase, pase a mi habitación ...

—Diga, padre Jerónimo, ¿no le parece todo esto un poco extraño?

—Sí, claro está. Sobre todo, ahora. ¿Dice usted que se apellida Rayewski...?

*

...Dziobek, vestido de paisano, llevaba ya dos días siguiendo los pasos a Jadwiga. Por las noches, lo relevaba Kobylski. Dziobek había conseguido verle el rostro dos veces. Recordaba bien los rasgos de aquella mujer, metida en carnes y guapa, tocada con un gorrito de punto blanco, su andar gracioso, su voz suave y agradable. La podía reconocer desde lejos. Al verla por primera vez, le calculó unos treinta años; la segunda, al examinarla de cerca, le añadió cinco más.

La mujer aquella no hacía nada sospechoso.

El primer día, Jadwiga estuvo trabajando en el taller hasta la noche. Al salir del taller, entró en una tienda, luego fue a la clínica del doctor Metelski, y de allí a casa. Por la noche no salió.

A la tarde siguiente, Dziobek se cansó de sus inútiles andanzas. Encargó la vigilancia a uno de sus agentes e hizo una investigación a fondo.

Pronto se enteró de que Jadwiga había vivido antes en otra calle, y no sola, sino con su hijo. Con el pretexto de dar las botas a arreglar, se presentó en casa del zapatero Mijelson.

El ovillo comenzaba a desenredarse. El capitán Wrona obtuvo de Shpilman todos los datos referentes a Sara.

—¡La hija del zapatero ha desaparecido! ¡El hijo de Rayewski, también...! ¡Aquí, señor jefe, hay gato encerrado!

Cuando Barankiewicz comunicó todo lo que sabía de Raimundo Rayewski, Wrona emprendió personalmente la investigación.

Dos días después, muy de mañana, Jadwiga se pasó por casa de Patlai.

—¡Ya está! —exclamó satisfecho Dziobek.

Era la primera prueba de cierta importancia. Habían decidido dejar tranquilamente a la mujer de Patlai —puesta en libertad durante la insurrección—, pero vigilaban sin embargo la casa.

—¡Sea cauto, no vaya a estropearlo todo! —frenó Wrona al charlatán de Dziobek, cuando éste le contó sus éxitos—. Por ahora, no sabe usted nada.

A la mañana siguiente llamaron a Wrona por teléfono desde la fábrica y desde el puesto de gendarmería de la estación.

—La noche pasada, de nuevo han pegado proclamas del Comité Revolucionario. Son unas cuantas palabras: «¡Camaradas obreros! No hemos sido vencidos. Hemos retrocedido temporalmente. ¡Esperad, pronto regresaremos! ¡Que lo sepa el enemigo! ¡Viva el Poder de los obreros y campesinos! El presidente del Comité Revolucionario, *Jmuri*».

Wrona colgó el auricular y quedó pensativo. Después, sacó una pequeña cajita de hojalata, tomó de ella un pellizco de polvo blanco y, con deleite, lo aspiró por la nariz.

*

Rayewski se detuvo en la esquina cercana a la tienda, esperando a Jadwiga, que debía pasar por allí después del trabajo. Necesitaba hablar con ella. Hasta entonces se habían visto únicamente en casa de Metelski. La clínica del médico era el lugar más apropiado para sus entrevistas.

Cerca de Segismundo estaba plantado un hombre muy bajito, que vestía pelliza. Siguiendo su inveterada costumbre de no permanecer inmóvil, para no llamar la atención, Rayewski se volvió de espaldas al viento y encendió un cigarrillo. El viento arrastraba por la calzada un fino polvo de nieve.

—¿Me hace usted el favor de darme fuego? —rogó a Segismundo el hombre de la pelliza, sacando con dedos entumecidos un paquete de cigarrillos baratos.

—Con mucho gusto.

Por el acento, Rayewski dedujo que era polaco. La gente iba y venía, rápida, por la acera, agujada por el frío. Rayewski vio en la vitrina de la tienda el reflejo de Jadwiga, que pasaba de largo, sin verle. El hombre de la pelliza no terminó de encender su cigarrillo, y salió apresuradamente en pos de ella.

Rayewski lo siguió con la mirada y, despidiendo bocanadas de humo, echó a andar tras él. Vio cómo Jadwiga entraba en la panadería. El hombre de la pelliza se detuvo en la puerta. Rayewski fingió leer la cartelera del teatro. Cuando Jadwiga salió de la panadería en dirección a casa, el hombre de la pelliza la siguió. Rayewski pasó de largo junto a la casa de Marcelina, por la acera opuesta, sin mirar siquiera hacia allí.

El hombre de la pelliza, en el callejón, regateaba con un cochero.

Rayewski caminaba, sumido en sus pensamientos. Al notar un gusto amargo, se quitó el cigarrillo de la boca: ardía la boquilla de carbón.

La mirada, aguda, percibió una figura extraña junto a la casa de Metelski.

El multicopista se encontraba en casa del doctor.

«Koval debe estar ahora con el doctor. ¡Otro más! Éste es, sin duda alguna, un papanatas. Aún no han tenido tiempo de elegir sabuesos bien amaestrados.»

Rayewski pasó de largo y, cuando se encontraba ya a una distancia respetable, dobló la esquina. Se persuadió de que nadie lo seguía.

«Jadwiga, Kovaló, Metelski... ¿Quién de ellos habría cometido una imprudencia? Ya es tarde para advertirles. Jadwiga no debía haber regresado a la ciudad...» Súbitamente, sintió una punzada en el corazón. «¡Jadwiga!» Tropezó con el hombro contra un farol, se recobró al instante y se dirigió rápidamente a la barriada obrera: había que avisar a los demás camaradas...

Gnat Verba recorrió todas las casas, aconsejando a los camaradas que salieran de la ciudad lo antes posible. Después, Rayewski lo envió a la ciudad, de donde regresó, al cabo de una hora, con malas noticias.

Apenas oscureció, Rayewski y Verba abandonaron la ciudad. Por el camino, se cruzaron, sin verse, con Schabel, que había dejado el caballo en una aldea y se dirigía a pie a la ciudad.

Por la noche comenzaron las detenciones en la barriada obrera.

CAPÍTULO XI

Rugía la nevasca, arrojando a puñados la nieve contra las ventanas del molino. El bosque, como alarmado, promovía un largo rumor.

Andrés sentía el corazón helado. Apoyándose en un roble, empuñaba con fuerza la carabina y escrutaba la oscuridad de la noche. En el crujir de la ramiza se imaginaba pasos furtivos. Cuando la tensión nerviosa lo rendía, daba la vuelta al roble y miraba las lucecillas de las ventanas del viejo molino.

Aquellas luces hablaban de la vida, de las gentes que se habían refugiado en las cálidas habitaciones del molino, para escapar a la tempestad enfurecida.

«Seguramente, Pshenichek estará contando alguna mentira de mí... Alejandra reirá. ¡Bien, que ría!»

Andrés sonrió, sin darse cuenta. Una oleada caliente inundó su corazón, como siempre que pensaba en Alejandra. La gente llamaba a eso amor. ¡Bien, que fuera amor!

Andrés se puso a soñar... ¿Qué, si él llegaba a ser un guerrillero famoso? Por las aldeas y caseríos correrían leyendas acerca de sus hazañas; su nombre causaría pavor al enemigo, y él, joven, valeroso, galoparía al frente de sus escuadrones, liberando su patria de señores polacos. Barankiewicz, huyendo de él, diría a su señora, aquella gata esquelética que vivía con permiso del sepulturero: «Es Ptaja, ese hijo de perra que trabajaba de fogonero en la sección de calderas de la fábrica».

Alejandra seguiría sus proezas y, en el fondo del alma, se enorgullecería de que aquel muchacho tan famoso le hubiese besado las rodillas, diciéndole palabras de amor... No bromearía con él, y Andrés no vería ya en sus ojos una burla mal disimulada.

Alejandra lo miraría, cubierto de gloria, y por vez primera reflejarían sus ojos admiración y amor...

Casi a su lado crujió la ramiza. Las manos alzaron automáticamente la carabina. Un grito cortante escapó de su pecho.

—¡Alto! ¡Quién vive! ¡Alto o disparo!

Una sombra gigantesca se movió ante él y dijo, con voz aca-
tarrada:

—¡Eh! ¿Quién hay junto al molino? ¡Soy yo, Schabel!

Andrés reconoció la voz y bajó la carabina.

—Aquí Ptaja —gritó.

La cabeza del caballo se detuvo a un paso. El jinete, con abrigo y gorro de piel de oveja, se inclinó hacia él, para examinarlo.

—¿Dónde puedo meter el caballo? ¿Quién hay en la isba? ¿Tsubula está aquí? —resolló Schabel.

—¡Todos están en la casa! ¿Cómo van las cosas en Pawlodz? —gritó Ptaja.

—Vengo de la ciudad. ¡Un descalabro! Han detenido al Comité Revolucionario...

Ptaja, espantado, dio un salto hacia atrás.

—¿Pero qué me dices?

*

La discusión, apasionada, se prolongó hasta bien entrada la noche. La noticia de la detención del Comité había anonadado a todos.

Schabel dijo, mientras se quitaba el abrigo:

—Alguien nos ha vendido. Los han detenido a todos.

Schabel no sabía que Rayewski había logrado escapar a Pawlodz.

Largo rato reinó en la habitación un silencio angustioso. El semblante de Raimundo se cubrió de una palidez de cera. El gigantón de Tsubula se mesaba sombriamente la enorme barba. No apartaba los ojos del banco del rincón, como si debajo de él hubiera oculto algo que atraía su mirada.

Con la cabeza caída sobre las rodillas, para ocultar sus lágrimas de desesperación, Alejandra se acurrucaba en el rincón cercano a la estufa. Poco antes su risa argentina alegraba a todos. Sara, con los ojos dilatados por el terror y la pena, miraba a Tsubula, con el vano afán de hallar en la conducta del gigante una chispita de esperanza. Pero el guerrillero de Sosnowka estaba cabizbajo.

Ptaja, a quien acababa de relevar Pshenichek, se levantó impetuosamente y, furioso, arrojó sobre la mesa su gorra.

—¿Qué hacéis cruzados de brazos, abuelos? ¡Hay que salvar al Comité! ¡Ataquemos la ciudad con todo el destacamento y saquemos el alma del cuerpo a los señores! ¡Los haremos pica-dillo a sablazos y pondremos en libertad a nuestros camaradas!

Tsibula volvió lentamente hacia él la pesada cabeza.

—¿Con qué vamos a atacar, mocosos? ¡Cállate, que en boca cerrada no entran moscas!

Andrés se sintió como si lo hubieran rociado con agua hirviendo.

—¿Cómo que con qué atacar? Ya lo he dicho: con todo el destacamento. ¡Hay que alzar a los campesinos de todas las aldeas! Y no me llames mocosos porque no voy a mirar que la barba te llega a la cintura y te voy a dar un sopapo que...

—Andrés... —suplicó, casi en un susurro, Sara.

Ptaja se serenó. Sachek hizo una mueca colérica.

—¡Cuidado con lo que hablas, chiquillo! Esas palabras pueden costarte unos azotes. Aunque no estamos en el ejército zarista, el jefe es el jefe, y cuando él habla, debes escuchar y comprender lo que dice. Cuando crezcas y teelijamos jefe, ya nos demostrarás tu caletre.

—¿Qué hablas tú de azotes? —refunfuñó Przygodzki—. Se ve que no has perdido aún tus malas costumbres de suboficial del viejo ejército.

Pronunciando lentamente en ucraniano, Raimundo preguntó:

—Camarada Tsibula, ¿se niega usted a atacar la ciudad, o la cárcel, por lo menos? Hablando sin rodeos: ¿no quiere enviar el destacamento para salvar al Comité?

Tsibula descargó sobre la mesa el peso de su mole y, carraspeando, turbado, respondió:

—¿Acaso he dicho que me niego? ¿Pero cómo hacerlo? Ya sabéis que no tenemos más que cincuenta campesinos a caballo, de los que sólo veinte poseen fusiles de reglamento; los demás están armados de escopetas de caza. En fin, podemos llevar en trineo unos veinticinco hombres más. Hablo de los míos, de los de Sosnowka. A las demás aldeas no se debe ni asomar la nariz.

Ellos son sus propios dueños. Si les aprietan los destacamentos de castigo, se defenderán, claro está; pero sin más ni más no irán en ayuda de los de la ciudad. Sus fuerzas son superiores a las nuestras. ¿Quién desea ser blanco de una ametralladora?

—¿Te echas para atrás? —preguntó ásperamente Schabel.

Una nube cubrió el rostro de Tsubula.

—¡Qué polvorillas sois los de la ciudad! Todo queréis hacerlo en un dos por tres... Yo, claro está, iré con vosotros, no me negaré; nunca olvido el bien que se me hace. No he olvidado aún quién me salvó de ser fusilado por los señores. Pero ¿qué les importa eso a los campesinos? Además, hablando francamente, nos matarán a todos como a patos; no podremos ayudar a nadie y nos dejaremos allí la cabeza. Yo, como jefe, tendré que responder por todo.

Schabel le interrumpió bruscamente:

—¡Déjate, Tsubula, de contarnos cuentos! ¡Sois muy flojos los guerrilleros! No queréis luchar lejos de vuestras isbas. Lo que os gusta es estar pegados a las faldas de la mujer; la revolución no os importa un comino. Tenéis lo pequeñoburgués, imaldita sea!, metido en los tuétanos.

—¿Que nosotros somos burgueses? —se asombró Tsubula.

—¿No lo sabías? —le gritó Andrés—. Nosotros nos jugamos la vida para sacaros de la cárcel, y ahora, cuando están alzando la horca para el Comité, no queréis saber nada de nada.

—¡Andrés, no hay que gritar así! No es eso lo que ha dicho el camarada Tsubula. ¿No es cierto, Emilian Zajarovich? —terció Sara, acercándose al guerrillero.

Tsubula se removió pesadamente en el banco y, mesándose la barba, gruñó:

—Si soy un burgués, nada tenemos que discutir; pero si se me trata como a un camarada, no me niego a ayudar. Ahora, que no iré a la ciudad. ¡Allí nos destrozarían! —respondió Tsubula, recalcando las últimas palabras.

—¿Entonces, los nuestros pueden despedirse de la vida? —pronunció sordamente Schabel.

—¡Jamás, mientras estemos vivos! —gritó Raimundo.

—Raimundo, si ellos no quieren, iremos solos —dijo, indignada, Alejandra—. ¡Yo también iré!

—Y yo —musitó Sara.

—¿No te da vergüenza, Tsibula, que los niños tengan que lanzarse a la muerte? —interpeló Przygodzki al gigantón.

—He dicho que no iré a la ciudad. Quien quiera ir, que vaya. Echarán el guante a siete más.

—¡Idos al cuerno! —gritó Ptaja—. ¡Vámonos, camaradas! Aquí no tenemos nada que hacer. ¡Prefiero que me hagan pica-dillo a esperar tranquilamente que cuelguen a mis camaradas!

Schabel y Przygodzki comprendían lo desesperado de la situación. Era evidente que sin la ayuda de los guerrilleros sería vana toda tentativa de poner en libertad al Comité. Przygodzki sabía que era imposible vencer la terquedad de Tsibula y buscaba la forma de impulsarlo a actuar. Ptaja acudió en su auxilio.

—¿Crees que los juzgarán, Schabel? —preguntó Przygodzki.

—¡Qué va! Aunque, a lo mejor, los juzgará un consejo de guerra para cubrir las apariencias. De todas maneras, es lo mismo. Si mañana no hacemos nada, todo estará perdido.

—¿Cómo perdido? —musitó Alejandra, pálida como un cadáver.

Se hizo un silencio insoportable.

—¡Si los nuestros mueren, no tendré piedad para nadie! —gritó apasionadamente Andrés—. Me pasaré un año reuniendo gente; pero la reuniré y me tomaré la venganza. ¡Maldito sea yo tres veces si no degüello a todos los Mogielnicki! Irrumpiré en la finca y los segaré a todos. ¡Ojo por ojo, y diente por diente!

—¡Espera, muchacho! ¿Sabes que has tenido una idea magnífica? —exclamó alegremente Przygodzki.

—¿Qué es magnífico, degollar a los Mogielnicki? ¡Cerca tienes el codo, pero no te lo podrás morder! —bromeó mordaz Tsibula.

Pero Przygodzki, sin escucharle, miraba a todos con ojos radiantes.

—Fijaos qué plan tan magnífico. ¿Cómo nos tratan los señoritos y los oficiales? ¡Como a fieras! Si cae uno en sus garras, puede despedirse de la vida. A quien no quiere llevar el yugo, le pegan un tiro en la cabeza. ¿Es que nosotros somos santos? A la serpiente, precisamente porque pica, no se la caza con las manos vacías.

—¿Qué quieres decir con esto? —le interrumpió Sachek.

—Que al amanecer podemos atacar, no la ciudad, pero sí la finca de los condes.

—¿Vas a combatir con las mujeres o qué? El conde está en la ciudad y no lo alcanzarán nuestras manos.

—¡Cállate, Sachek!

—Atacaremos la finca. Podemos sortear el puesto que tienen en Mala Holmianka. Es un rodeo de unas doce verstas. Con el tiempo que hace, ni el diablo nos verá. Pues bien... Barreremos a los destacamentos de protección. A Mogielnicki no se le va a ocurrir tener en su retaguardia una unidad importante. Él sabe que la táctica de los guerrilleros consiste en no salir de su madriguera.

—Bueno, ¿y qué más? —gruñó Sachek.

—¿Qué más? Pues nos llevaremos a sus mujeres y al viejo escorpión de regalo. A lo mejor cazamos allí a Mogielnicki en persona. Suele ir a casa con frecuencia. Yo conozco todas las entradas y salidas. Los apresaremos a todos, los montaremos en su propio trineo, y ¡andando! ¡Que busquen el viento en el campo! Los esconderemos en lugar seguro, y al conde le diremos por teléfono, si no lo cazamos: «Si tocas, aunque sea con un dedo, a uno de los nuestros, no les arrendamos la ganancia a los tuyos». ¿Eh?

—¡Eres un bravo, Przygodzki, eso me gusta! ¡Y qué sencillo es, vive Dios! —exclamó, entusiasmado, Andrés.

Todos miraban a Tsibula, esperando su opinión.

El gigante tardaba en hablar. Siempre pensaba lentamente y no acostumbraba precipitarse. Pero su silencio era ya una esperanza.

—Sí, eso ya es otra cosa. Eso se puede estudiar. Es más sensato que meterse en la ciudad. Lo único que me temo es que atacemos la finca, no encontremos a nadie ahí y perdamos el tiempo en vano... —dijo, por fin, Tsibula, aún vacilante.

—Entonces, ¿está decidido el asunto? —le acució Schabel.

—¿Qué piensas tú, Sachek?

—Yo, Emilian Zajarovich, lo mismo que usted... No es una mala idea. A lo mejor, podemos llevarnos de allí algún trapillo para los campesinos...

—¡Déjese de tonterías! —dijo Raimundo muy bajito, pero con tono tan tajante, que Sachek, avergonzado, parpadeó.

—¿Por qué, hombre? Si nos lo han robado a nosotros mismos.

—Debemos ayudar al Comité y tú nos sales con... —se indignó Schabel.

—Bien, estoy de acuerdo —expresó en voz alta su pensamiento Tsibula.

Y con el tono tranquilo de un verdadero jefe ordenó:

—Ve a la aldea, Sachek, y de aquí a una hora, que los muchachos estén montados. Avisa a los de caballería nada más. Los infantes, que se queden. Para esta operación no hacen falta. Así, pues, dentro de una hora...

*

Ludwiga estaba junto a la enorme ventana de la biblioteca.

La nevasca que se desencadenara por la noche se había calmado. Algún que otro copo de nieve caía lentamente sobre el albo tapiz que cubría la tierra.

Eduardo se había marchado la víspera, sin despedirse de ella.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué se sentía tan a disgusto, tan sola en la enorme casona?

Muchas cosas de las que ocurrían no estaban claras para ella, la confundían. Todos ellos —Eduardo, Potocki, el padre Jerónimo— hablaban de la lucha por una Polonia independiente; pero, en vez de heroísmo, nobleza y abnegación, ella veía traiciones, palizas, ajusticiamientos.

En fin, todo aquello se llamaba política. Pero, ¿y su vida personal? Era un ser extraño en aquella casa.

En verdad, nunca había estado con ellos. Sólo Eduardo la quería y la colmaba de atenciones.

¿Acaso había apreciado alguna vez a aquel viejo repugnante, a aquel pervertido desdentado, de cuya vileza no tuvo ni idea hasta que la historia de Francisca no le abrió los ojos?

¿Wladislaw?

¿Estefanía...?

Pero Eddy, su Eddy...

«¿Será posible que no lo ame?», pensó Ludwiga.

¿Quién tenía la culpa? ¿Él o ella? ¡Sí, no conocía a su marido! En un tiempo lo había creído un caballero sin tacha. ¿Acaso podía haberlo supuesto capaz de tal bajeza? Ludwiga se estremeció al recordar las horas en la plaza del Ayuntamiento... Eduardo, su Eduardo, había ahorcado a unos hombres apresados traidoramente, por haber creído en su palabra de honor. ¿Quién lo habría empujado a tal sima de ignominia? ¿Wrona? Ludwiga temía al capitán.

Se apartó de la ventana.

Altos armarios de roble, llenos de libros, se alzaban, pegados a las paredes. Ludwiga solía refugiarse en la biblioteca para trasladarse, por unas horas, al mundo encantado de las aventuras, del romanticismo y de la fantasía.

Esta vez la había llevado allí el deseo de olvidar.

Se acercó a uno de los armarios, y su mirada indiferente se deslizó por el lomo dorado de los libros. *Cartas del pasado*, leyó en uno de ellos. Sus pensamientos volvieron a Eduardo...

Recordó una vieja carta, hallada días atrás entre las páginas de un libro. En ella, la difunta condesa, la madre de Eduardo, contaba a su médico de cabecera las «travesuras juveniles» de su hijo mayor, que la intranquilizaban sobremanera. La condesa temía que el muchacho pudiera contagiarse de alguna mala enfermedad y rogaba al apreciado señor doctor que reconociese a la doncella Vera, a quien pensaba encargar «la limpieza» de las habitaciones del joven conde.

De nuevo la vergüenza, el orgullo herido, los celos y la indignación aparecieron. Ludwiga estalló en sollozos, pero se calmó muy pronto. ¿Acaso podía llorar cuando todo se desmoronaba, si la carta no había provocado en él más que una sonrisa despectiva?

Debía marcharse a casa de su madre. Allí, lejos de él, meditaría bien las cosas y decidiría...

Se oyó un disparo en el parque. Ludwiga corrió hacia la ventana y quedó petrificada. Por el jardín galopaba un jinete, vestido con pelliza. Empuñaba una tercerola que, al parecer, acababa de disparar. Un grupo de hombres a caballo corría por la ave-

nida hacia el palacio. Dos jinetes galoparon desde el parque hasta la puerta principal, saltaron a tierra y echaron a correr hacia el palacio.

En unos segundos, el jardín se llenó de hombres armados. Los encabezaba un gigantón barbudo. Obedeciendo a los bruscos movimientos de su mano, los hombres se dispersaban en distintas direcciones, rodeando la finca. Ludwiga oyó la voz del gigante. En la casa estallaron dos disparos.

No cabía duda: eran guerrilleros. Ludwiga se espantó.

¿Era aquello la muerte? Seguramente, entrarían en la biblioteca, y uno de ellos le dispararía al corazón. Todo terminaría. ¿Acaso se podía implorar clemencia, después de los fusilamientos y del engaño? En ella vengarían la crueldad de Eduardo. El miedo la paralizó por un instante; mas el instinto de conservación la empujó hacia la puerta, para cerrarla. Sin embargo, dio unos pasos y se detuvo, frenada por el orgullo y la conciencia de lo desesperado de su situación. Se encontraba en medio de la biblioteca, esperando, desconcertada y temerosa, que se abriera la puerta. Por fin, alguien la abrió de un violento puntapié. Entró en la biblioteca un muchacho alto, envuelto en una pelliza y sobre la cabeza una especie de bonete, caído hacia el cogote.

Al ver a Ludwiga, el muchacho se echó la carabina a la cara.

—¡Manos arriba! ¡Diablos, otra mujer!

El joven bajó el arma y, jadeante, gritó:

—Dime, ¿dónde se han escondido vuestros hombres? Dímelo, ya que de todas maneras los encontraremos.

Al darse cuenta de la palidez que cubría el semblante de Ludwiga, dijo más suavemente:

—Somos guerrilleros rojos, ¿comprendes? Así que no tengas miedo. Buscamos a los hombres, a los oficiales, pero con las mujeres no combatimos. Sin embargo, debo detenerla para canjearla. ¡Vamos!

Los ojos de Ludwiga se encontraron con los del joven, valerosos y grises.

—Quizá no sea usted burguesa...

—Soy la condesa de Mogielnicki.

—¡Ah! ¡Entonces, vamos! —y señaló hacia la puerta.

Por el pasillo corrían hombres armados, que iban registrando todas las habitaciones. Ludwiga vio al padre Jerónimo conducido por dos guerrilleros. Uno de éstos gritó:

—¿Qué, Ptaja, has cazado una pájara? ¡Nosotros le hemos echado el guante a este ganso! —y el guerrillero, sujetando al jesuita de la sotana, por si acaso, explicó—: Lo prendimos cuando estaba telefoneando al Estado Mayor.

Pshenichek, que pasaba por allí en aquel momento, le oyó y dijo, riéndose:

—No somos, santo padre, tan imbéciles como nos crees. ¡Antes de entrar en la casa, cortamos los cables! ¡Así, pues, padrecito, en vano te afanabas! Has caído en nuestras manos, y no te salvará ni el Espíritu Santo.

En la escalera había un joven muy alto, con la zamarra ceñida por una correa, de la que pendía un sable. Una de sus manos descansaba en la culata de la pistola que llevaba metida en el cinto. Su rostro le pareció a Ludwiga conocido, aunque no lo grababa recordar dónde lo había visto.

Abajo, en el vestíbulo, la condesa encontró a Estefanía, con el abrigo puesto, y a la desconcertada servidumbre. Przygodzki bajaba por las escaleras, arrastrando ruidosamente la culata del fusil, y gritando, furioso, a los lacayos:

—Eh, familia perruna, ¿qué hacéis ahí con la boca abierta? ¡Vivo, traedles los abrigos a los señores! Si no... —Sus ojos coléricos taladraron al viejo José, a quien gritó:

—¿Dónde se oculta ese canalla de Wladislaw? Sé que está en la casa. ¡Dime dónde se ha metido! ¡Tú sabes dónde se oculta ese cerdo!

El rostro del mayordomo se crispó.

—No sé nada. Seguramente, el señor Wladislaw se habrá marchado —y muy bajo añadió—: La sogá está suspirando por ti.

—No quiero mancharme las manos —le respondió su hijo—. Es una pena que no haya encontrado aquí al condesito —y añadió, mirando hacia la escalera—: ¡Eh, muchacho, arrastrad para acá al vejestorio!

Un grupo de guerrilleros bajaba en brazos al viejo conde, envuelto en pieles y paralizado de miedo. La alta puerta del vesti-

bulo estaba abierta. Tsibula entró a caballo en el recibidor. Su voz de trueno se oyó en toda la casa:

—¡Vivo, muchachos, vivo! ¡Daos prisa! ¡Vivo, digo!

Przygodzki corrió a registrar las habitaciones una vez más. Arriba, en el despacho de Eduardo, Schabel y Sachek llenaban una maleta del conde con los documentos encontrados. Raimundo terminaba una carta dirigida al coronel.

Unos minutos más tarde, dos trineos cubiertos con pieles de oso salían de la verja de la finca. En el primero iban Ludwiga, Estefanía y Francisca, a quien Przygodzki había obligado a acompañar a la condesa. En el otro viajaban el viejo conde y el jesuita.

En cuanto salieron al buen camino, los trineos corrieron veloces, rodeados de jinetes.

Frente a la puerta del palacio quedaron, montados a caballo, tres hombres: Raimundo, Ptaja y Pshenichek. Veinte minutos más tarde, también ellos abandonaron la finca.

Decidieron ocultar a los Mogielnicki en un viejo pabellón de caza, perteneciente a su vecino el terrateniente Maneczkiwich.

El pabellón hallábase en medio de un espeso bosque, que se extendía, en todas direcciones, a varios kilómetros.

La aldea más cercana, Ynilio Vodi, estaba a siete kilómetros de distancia.

—Es un lugar tranquilo. A Mogielnicki ni siquiera se le ocurrirá que los tiene al lado y atacará Sosnowka —insistía, cauto, Tsibula.

Alejandra y Sara, que habían llegado por la mañana, empezaron por encerrar en el desván al viejo guardabosque y a su mujer, diciéndoles que su cautiverio forzoso sería muy breve.

Un guerrillero, cojo de la pierna derecha, les ayudaba. Cuando hubo dejado en la cuadra los caballos y el trineo, entró en la casa, se quitó el gorro, se persignó ante el crucifijo que pendía en un rincón del comedor y, lentamente, se descolgó el fusil.

—¿Crees en Dios, amigo? —le preguntó Alejandra, medio en broma.

—Ni creo ni dejo de creer; pero tengo esa costumbre cristiana —respondió el cojo—. Por otra parte, sus santos son bastante decentes, a pesar de que pertenecen a la religión polaca.

Encendieron una estufa grande y la chimenea. La casa tenía tres dormitorios, comedor y cocina. Cabezas de animales desecadas adornaban las paredes del comedor. Un polvo espeso y abundantes telarañas eran indicios elocuentes de que desde hacía mucho nadie vivía allí.

La finca de Maneczkiwich estaba situada a unos treinta kilómetros de la casa, en la que no habitaba nadie más que el guardabosque.

Cuando el guerrillero cojo salió a dar un vistazo a los caballos, Alejandra dijo a Sara:

—¿Qué estará pasando allí? ¿Qué piensas, Sara?

Sara, silenciosa, tomó asiento en un banco de roble.

Alejandra, inquieta, iba y venía por la habitación, deteniéndose de cuando en cuando junto a la ventana, para escrutar el camino del bosque. La joven no se había quitado la pelliza que le regalara la mujer de Tsibula. Cubría negligentemente su cabeza con una pañoleta de lana de Angora. Calzada con muelles botas de fieltro, pisaba como un osezo.

—¡Si supieras, Sara, cómo sufro! Daría todo por saber de mi padre —dijo, y se sentó al lado de su amiga—. ¿Por qué callas, Sara? ¿Será posible que los maten?

Alejandra enmudeció, abrazándose las rodillas. Unas veces, la esperanza volvía a ella, y otras, la abandonaba. Aquella espera incierta era un verdadero suplicio. Sara, en silencio, la atrajo hacia sí, y Alejandra, dócilmente, se reclinó en su hombro.

—No hay que ser así, Alejandra. Tan pronto crees como desesperas, y yo, al verte vacilar, no sé a qué atenerme.

En la chimenea crepitaban secamente los leños encendidos.

En la casita, todo estaba en silencio. En el alejado desván cuchicheaban, asustados, la vieja y el viejo.

*

Ptaja irrumpió como una tromba en el comedor:

—¡Salud, salud! ¡Recibid a los invitados!

Un minuto más tarde, la casita estaba atestada de gente. Llevaban allí a Ludwiga y a Estefanía. El viejo conde y el padre Jerónimo iban con Tsibula, camino de Sosnowka.

—Así será mejor —dijo el gigantón a Schabel—. Todo puede ocurrir. Yo no debo meterme con mi destacamento en las tierras de Maneczkiwich. Dejaremos aquí cinco hombres de guardia. Que se queden vuestros jóvenes. Nosotros iremos a Sosnowka. Mogielnicki la atacará. ¡Eso es más claro que el agua! Hemos cumplido nuestro deber y no podemos dejar la aldea sin hombres. ¿No es así?

Schabel, después de pensar unos segundos, manifestó su acuerdo.

Destinaron a Ludwiga y a Estefanía la habitación contigua al comedor, en la que había dos cómodos divanes tapizados de cuero y un piano. Francisca también se alojó allí.

Raimundo, Ptaja, Pshenichek, Alejandra y Sara se acomodaron en el comedor. El avisgado León Pshenichek ya se había hecho el mejor amigo del guardabosque y su mujer. Entabló con ellos una conversación cordial y los tranquilizó lo mejor que pudo. Les gustó tanto, que los viejos le dieron de comer de lo suyo, que, como se vio más tarde, no era poco.

León se presentó en el comedor con un jamón que olía magníficamente y, entre las exclamaciones de sorpresa de sus amigos, dijo riendo, en su ruso chapurreado:

—Los viejos son la mar de simpáticos. Me han regalado un jamón. ¿Por qué me miras así, Andrés? ¿Crees que lo he robado? Entonces, vamos y les preguntas. Yo no soy de esos...

Przygodzki y Schabel entraron en el comedor. Schabel dijo, respondiendo a una pregunta muda de Raimundo:

—Parece que todo va bien.

—Los trineos y los caballos están en la cuadra. Los centinelas se hallan cada uno en su puesto. La nevada es espesa y, de aquí a una hora, borrarán todas las huellas. Tsibula pasará adrede por cerca de Holmianka. Los de allí lo verán, darán parte y, de esa manera, despistaremos a la gente. Es un zorro.

Raimundo preguntó:

—¿Qué te parece ese cura?

Ptaja terció en la conversación:

—Por los ojos, se advierte que es un canalla: no mira a la cara. Yo calo a la gente enseguida...

—Si la calas, sabrás que no he comido nada desde esta mañana y tengo la panza vacía— le interrumpió Pshenichek.

—¿Que no has comido? ¡Qué poca vergüenza tienes, León! ¡No hay un checo que no sea embustero! —dijo, irritado, Ptaja.

León replicó:

—Pues yo he oído decir que los checos han aprendido de los ucranianos a decir embustes.

Cuando todos se hubieron sentado a la mesa, el guerrillero cojo, hombre previsor, sacó de la mochila un pan y lo dividió fraternalmente en ocho partes iguales.

Sara se puso a cortar el jamón.

Przygodzki se levantó de la mesa, se acercó a la puerta de la habitación contigua, la entreabrió lentamente y llamó con voz seca:

—¡Francisca!

—¿Qué quieres? —respondió, al rato, ella.

—Ven a comer.

—No quiero.

Entonces, Mechislaw abrió del todo la puerta, entró y repitió con mayor aspereza:

—¿Vienes o no?

Ludwiga y Estefanía observaban la escena. Estaban sentadas en uno de los divanes, con el abrigo puesto. Ludwiga, triste e indiferente a todo. Estefanía, asustada y llena de desconcierto.

Francisca era la única que se había quitado el abrigo. La habitación estaba caliente. La mujer hallábase sentada junto a un veladorcito, cruzadas sobre el alto pecho las bellas manos.

—Come tú. Yo estoy harta —respondió testaruda.

A Mechislaw le molestaba que dos personas hostiles a él vieran cómo lo trataba su mujer. Estaba arrepentido de su necia tentativa de hacer las paces con Francisca. Pero le daba vergüenza salir vencido de la habitación.

Estefanía se levantó inesperadamente, se acercó a él, con paso rápido, y, alterada la voz, le preguntó quedamente:

—Dígame, señor Przygodzki. ¿Qué va a ser de nosotras?

—No soy un señor, condesa, sino un caballero —respondió Mechislaw en el mismo tono.

—No he pensado en ofenderle. Usted es polaco y sabe que entre nosotros se da a todo el mundo ese tratamiento. Pero no quiero hablarle de esto... La condesa Ludwiga y yo desearíamos conocer la suerte que nos espera... —su voz tembló; el temor le apuntaba la amenaza como medio de defensa—. Escuche, señor... ¡Perdone! ¿Cómo debo llamarle?

Mechislaw respondió, esforzándose por ser cortés:

—Nosotros nos llamamos unos a otros camaradas.

Estefanía frunció despectivamente sus labios pintados.

—Usted comprenderá que yo no soy camarada suya. En fin, dejemos esto. Exigimos que nos digan lo que se disponen a hacer con nosotras. No se olvide, Przygodzki, que por todo esto tendrá usted que pagar caro...

—No se preocupe, ya ajustaremos cuentas de una manera u otra —la cortó en seco Mechislaw.

—¡Debería usted acordarse de su padre y de su hermano!

—No me olvido de ellos.

Estefanía, incapaz de dominarse, le reprochó:

—¿No le da vergüenza? ¡Su familia nos sirve fielmente tantos años, y usted la cubre de oprobio, hecho un bandolero!

Ludwiga la interrumpió:

—¡Estefanía!

—Recuerde, Przygodzki, que si no nos sueltan ustedes ahora mismo, no escaparán a la horca. Comprenderá que el conde no va a dejar esto...

—¡Estefanía! —gritó, indignada, Ludwiga.

Francisca se agitó inquieta. Leyó en el rostro de Mechislaw que estaba dispuesto a hacer algo terrible. Se acercó rápidamente a su marido y le dijo:

—¡Vamos a comer!

La puerta se cerró tras ellos, y el miedo se adueñó nuevamente de Estefanía, que exclamó:

—¡Estamos perdidas, Ludwiga! ¡Estos bandidos no se detendrán ante nada! ¡Virgen santa!

—¿Por qué los irritas, hablándoles de esa forma?

—¿Quieres acaso que lllore delante de esas bestias?

—No hay que llorar; pero tampoco es necesario insultarles.

—¿Insultarles? ¡Pero si es un granuja! ¡Lástima que Shmuldtke no lo ahorcara entonces! ¡Cuánta razón tiene Eduardo! ¡A esos animales hay que ahorcarlos a todos! ¿Has visto cómo me ha tratado? —dijo Estefanía, sentándose al lado de Ludwiga.

CAPÍTULO XII

Al atardecer empezaron las negociaciones entre Sosnowka y Mala Holmianka. Llevaban las cartas campesinos que no participaban en el movimiento de guerrilleros. El primer mensaje que recibió Tsibula decía:

Aldea de Sosnowka.

Al jefe del destacamento de guerrilleros Emilian Tsibula.

Su carta ha llegado a mis manos a las once de la mañana de hoy. Le propongo, como rescate de los rehenes hechos por usted, cinco mil rublos oro. Pagaremos en monedas rusas de cinco rublos. El dinero le será entregado en cuanto ponga en libertad a los prisioneros. Dejo a su elección la forma del canje y pago del rescate, que debe realizarse mañana mismo. Le advierto, así como a todos sus cómplices, que, en caso de que caiga un solo cabello de las mujeres capturadas por ustedes, de mi padre o del sacerdote, ninguno de ustedes escapará a un cruel castigo. Ello aparte, fusilaremos a todos los bolcheviques detenidos por nosotros en la ciudad, a quienes, antes de su golpe de mano, nos disponíamos a juzgar. Le comunicamos que no amenaza a los prisioneros la pena de muerte ni aun en el caso de que tengamos que pagar el rescate estipulado por los miembros de mi familia. Únicamente serán condenados a penas de cárcel. Espero una respuesta inmediata. Prometo no emprender ninguna acción militar hasta que terminen las negociaciones.

El coronel, *De Mogielnicki*. 21 de diciembre de 1918.

Sachek leyó la carta a Tsibula. Ambos guerrilleros se encontraban en la isba de Emilian Zajarovich.

—¿Qué dices a esto? —preguntó Tsibula a su ayudante.

Sachek movió sus ojos de ralas pestañas y respondió, con una sonrisa:

—Si lo apretamos, dará diez.

Tsibula lo miró atentamente, como si lo riera por primera vez.

—¿Diez, dices?

—Sí, es muy posible que los dé.

—¿Y qué será de los de la ciudad?

—Lo que yo digo es que, si lo apretamos, soltará diez mil del ala. Seguramente, tiene más dinero que nosotros. Ya sabe cuántos siglos han cabalgado a nuestros lomos —respondió Sachek, gozoso al ver que Tsibula había acogido tan tranquilamente su alusión—. ¿Le preocupan los de la ciudad? Él mismo escribe que los meterá en la cárcel. Luego puede que ocurra algún cambio. La cárcel, en fin de cuentas, no es el fusilamiento. A lo mejor nuestras fuerzas aumentan. Beresnia ha enviado unos hombres para tratar de la unión de los destacamentos. Él también está contra los señores polacos, pero hace malas migas con los bolcheviques. En fin, ¿qué nos importa a nosotros?

—Sí... —gruñó Tsibula, acariciándose la barba—. A mí me parece que ese coronel miente, al hablar de la cárcel. Yo conozco sus maneras. Los de Holmianka le creyeron y los ahorcó sin más ni más.

Tsibula frunció el ceño. Sachek se dio cuenta, aunque tarde, de su error. Tsibula dijo:

—Tú, Sachek, eres un perro. Ya me lo habían dicho los muchachos, pero pensé que serían habladorías. Ahora yo mismo veo que eres capaz de vender a tu propio padre.

—Pero ¿qué dice usted, Emilian Zajarovich? Yo he hablado por hablar. Usted manda, hágase su voluntad.

—Bien... coge papel y escribe: «No vendemos por dinero». ¿Ya está? «Traigan a Holmianka a Rayewski, a su mujer, a Kovaló y Metelski.» ¿Ya está? Muy bien. «Los cambiaremos en campo abierto, iy que no haya engaños! En cuanto intenten lo más mínimo, fusilaré a todos los suyos. Nosotros no somos los de Holmianka.» Escríbele eso. ¿Ya está? Léemelo. Bien; trae que firme.

*

Ya era de noche cuando el guerrillero cojo regresó a la casita del bosque con las dos cartas de Mogielnicki. En la segunda el coronel respondía brevemente a Tsibula:

Estoy de acuerdo en canjear a mi familia por los bolcheviques. El canje se realizará de la siguiente manera: en el campo entre Sosnowka y Holmianka, a una distancia de una versta, cada parte situará, con los rehenes, un destacamento de diez hombres. En primer lugar, deberá ser canjeada mi mujer, la condesa Ludwiga de Mogielnicki. Ustedes la dejarán en libertad y ella vendrá, por el campo, hacia nuestro destacamento. Nosotros dejaremos en libertad a quienes ustedes indiquen. De esta manera, iremos canjeando a todos los rehenes.

—¡Hurra! —gritó Ptaja, y se puso a bailar como un loco.

Todos se alegraron. Hasta Sara, siempre tan poco expansiva, batió palmas y abrazó a Alejandra, quien no cabía en sí de gozo.

—¿Ves, Alejandra, qué bien? ¡Pronto abrazarás a tu padre!

—¡Dios mío! ¿Será posible? —exclamó Alejandra, sonriendo.

Ptaja dejó de bailar y se acercó a Pshenichek. Le preguntó:

—Oye, León, ¿no tendrán los viejos un poco de eso que hace más alegre la vida? —Andrés hizo un guiño a Raimundo, en cuyos labios, por primera vez en todo el tiempo, se dibujaba una sonrisa.

—¿Leche de vaca loca? —preguntó León, que había comprendido perfectamente lo que quería Andrés—. Supongo que sí que tendrán. A los señores, cuando van de caza, les gusta calentarse con espíritu de vino. Enseguida voy a preguntarlo; pero ¿qué dirán de esto los jefes? ¡A lo mejor no entra en el programa! —dijo León, deteniéndose en la puerta.

—Pienso que no debemos beber —dijo Raimundo, turbado, porque, al ser el primero en objetar, parecía adjudicarse el papel de jefe.

—Claro que no. ¿Para qué? —le apoyó Sara.

—En fin, como queráis —se sometió Ptaja.

—¿Para qué te esfuerzas por disuadirle, Sara? Si se limpia la nariz con la manga, es porque él mismo lo comprende —rió sonoramente Alejandra.

Schabel, sonriente, observó:

—¡Ah, tintinea la campanita!

Hasta Przygodzki, siempre sombrío, desarrugó el ceño y dijo a Schabel en voz baja:

—Estos muchachos son gente alegre. ¡Con ellos, ni la muerte apena!

Schabel se inclinó hacia él y le preguntó en el mismo tono:

—¿No cree usted, camarada Przygodzki, que deberíamos visitar a Tsibula? Dejaremos aquí a los chicos y a tres guerrilleros para que los releven en los puestos. ¿Ha leído usted la carta? Mogielnicki les ha propuesto dinero. Bien podría suceder... ¿Vamos?

Przygodzki accedió, después de breve reflexión.

Schabel, levantándose, anunció:

—Muchachos, el camarada Przygodzki y yo nos vamos a Sosnowka. ¡Estad alerta! Raimundo, te confiamos el mando de nuestro pequeño destacamento. Volveremos al amanecer y llevaremos a ésas —señaló con la mano la habitación— a Sosnowka.

Ya en la puerta, montado a caballo, Schabel aconsejó a Raimundo:

—No te duermas. Tapad las ventanas. Pasa revista tú mismo a los puestos. Por si acaso, tened dispuestos en todo momento el trineo y los caballos. Si los centinelas descubren un destacamento o un grupo de exploración del enemigo, mete a las condesas en un trineo, saltad vosotros a la silla y volad al galope a Sosnowka, por el camino del bosque. En una palabra: obra como mejor te dicte tu entendimiento.

Mientras tanto, Przygodzki se despedía de Francisca en el ángulo opuesto del patio.

—¿Piensas ir con ellas, si las canjean? —preguntó sordamente Mechislaw.

—Puede que sí. ¿Adónde voy a ir?

—No vayas con ellas. Ve a casa de tu padre, a Sosnowka.

—¿Contigo? ¿Para que me vuelvas a pegar? No, no soy tan tonta. No quiero vivir contigo, ¿comprendes? ¡No quiero!

—¡Francisca!

—No me amenaces. No me casé contigo para que me molieras las costillas a puñetazos.

El viento helado azotaba sus rostros encendidos.

Schabel llamó:

—Przygodzki.

—No te pegaré más; ve a casa de tu padre. Allí hablaremos. Si te marchas con ellas, te mataré...

*

Cuando todas las ventanas de la casa fueron cuidadosamente tapadas, Raimundo y Ptaja dieron una vuelta más a la finca. Ya no nevaba. La noche era clara. La luna se deslizaba, furtiva, por las copas de los árboles. Los pinos proyectaban sombras gigantes.

Silencio en el bosque. Apenas si crujía bajo los pies la mullida nieve. Todo lo había cubierto con su blanco edredón, envolviendo en él la casita y las dependencias.

Se oía cómo los caballos, en el establo, mascaban tranquilamente la avena.

—Estad alerta, camaradas —dijo Raimundo a los tres guerrilleros—. Os relevaremos al amanecer. Si observáis algo, avisad. Ahora, cada uno a su sitio.

Cuando Raimundo y Andrés entraron en el comedor, Pshenichek, que acababa de salir de guardia, estaba contando a las muchachas algo cómico.

—¿Qué mentiras está diciendo? —preguntó Ptaja, mientras se desabrochaba el cinto con las cartucheras.

—Dice que tú corrías tras tu propia sombra, tomándola por un legionario. ¿Es cierto? —dijo, risueña, Alejandra.

Esta vez Ptaja sonrió, bonachón, e hizo un gesto de desaliento.

—¡En fin, su profesión es fabricar «bolas»...!

—¿Qué vamos a hacer ahora, Raimundo? —preguntó Sara.

—Creo que tú y Alejandra podéis acostaros. Nosotros pasaremos la noche en vela, charlando.

—Yo no quiero dormir —dijo Sara.

—Yo tampoco —aseguró Alejandra.

—Entonces —dijo Pshenichek—, hay que idear algo; es muy aburrido pasarse la noche sin hacer nada, y Andrés empezará de nuevo a meterse conmigo, y si se me agota la paciencia habrá escándalo.

Andrés exclamó:

—Si tuviéramos una mandolina, tocaría una polca y podría-
mos bailar. De todas maneras, el día de mañana será de fiesta
para nosotros. ¡El alegrón que se va a llevar Gregori Mijáilovich
cuando nos vea a los dos, Alejandra!

—¡Hombre! De ver a Alejandra sí que se alegrará, pero de
verte a ti, no creo —observó León.

Andrés miró a Pshenichek en silencio por algunos segundos
y le dijo:

—¿Sabes? No os irán mal las cosas.

—¿A qué te refieres? —le preguntó, con recelo, León, teme-
roso de que le gastara alguna broma inesperada.

—Me refiero a las «bolas». El padre de ella te preparará la
materia prima, tú las fabricarás, y ella las llevará al mercado. En
fin, toda una empresa comercial.

—¿Por qué los has dejado juntos, Raimundo? Pon a uno de
guardia y estaremos tranquilos —propuso Alejandra.

León protestó:

—No, nosotros ya hemos cumplido nuestra guardia. Si quie-
res, puedes ir tú misma y estarte allí, de plantón, con el fusil.

Sara callaba, la cabeza apoyada en la mano.

Raimundo reposaba en un profundo sillón, junto a la chime-
nea, sin despojarse del sable y la pistola.

—En el armario de una de las habitaciones he visto guitarras
y mandolinas —dijo Sara.

—¿Y por qué te lo callabas? —preguntó Ptaja, saltando ale-
gremente en su asiento.

—Porque no estábamos para músicas. Quizá ahora sea aún
pronto para alegrarnos.

Al oír la voz cantarina y suave de Sara, Raimundo se imaginó
sus grandes ojos negros, un poco fríos y decididos, los labios de
dibujo impecable, denotando firmeza. Era extraño, pero al
mismo tiempo comprensible, que Andrés únicamente obe-
deciera a Sara. Raimundo no recordaba que el muchacho, tan
intranquilo y violento, le hubiera dicho ninguna grosería.

—León —dijo Ptaja—, toma el quinqué y vamos a buscar los
instrumentos.

Todas las habitaciones daban al corredor. León iba delante, con el quinqué. Ptaja lo seguía. Se detuvo a la puerta del desván y quedóse escuchando. Los viejos dormían.

Se oía hablar sordamente en la habitación donde se hallaban Ludwiga, Estefanía y Francisca.

—¿Qué hace aquí la llave? —dijo Andrés, y se la guardó en el bolsillo.

—De todas maneras, para huir tienen que pasar por donde estamos nosotros. Además, ¿a dónde van a ir? —dijo León; sin embargo, tanteó la puerta a ver si estaba cerrada.

Al cabo de un minuto, regresaban los dos, con tres guitarras y una mandolina.

—Debe hacer veinte años que nadie ha tocado estos instrumentos. De todas estas guitarras, apenas si podremos reunir cuerdas para una. Ahora mismo la arreglo.

Andrés puso manos a la obra.

Raimundo, señalando la puerta, preguntó:

—Dime, Sara, ¿aún no hemos dado de cenar a éstas?

—No; la más gorda se negó a comer —respondió Alejandra.

—¿Qué haremos? —preguntó Raimundo.

—Comprende que no iba a pedirle de rodillas que comiese. ¡Si hubieras visto cómo me miró! —respondió Alejandra.

—No os preocupéis. Cuando le dé hambre, ella misma lo pedirá —aconsejó Andrés, mientras sujetaba hábilmente las cuerdas de la guitarra.

Raimundo se acercó a la mesa, en la que había un plato con pan y jamón, y miró interrogativamente a Sara. La muchacha, pensativa, tenía los ojos puestos en el fuego de la chimenea y no le hizo caso. Raimundo cogió el plato y dijo:

—De todas maneras, hay que darles esto.

Sara le miró con cierta ironía.

—¿Crees, Raimundo, que a tu padre le dan también jamón?

—No; pero él está en manos de los señores. ¿Acaso ellos pueden compararse con nosotros? Si se niegan otra vez, les dejaré el plato allí y que hagan lo que quieran.

El muchacho se dirigió a la estancia contigua.

La abrió Francisca.

Ludwiga, que estaba tendida en el diván, se levantó. Estefanía no hizo el menor movimiento.

Raimundo se detuvo delante de Ludwiga y le dijo:

—Les he traído la cena. ¿Por qué no quieren comer?

—Muchas gracias, pero no tenemos hambre —respondió, vacilante, Ludwiga. Sentía apetito y hubiera comido, de no estar allí Estefanía, que se negaba a tomar cosa alguna de manos de aquellos «cerdos».

Raimundo dejó en la mesa el plato con jamón y pan.

—Puedo anunciarles que mañana las canjearé por nuestros camaradas detenidos.

—¿Nos van a canjear? ¿No miente usted? —preguntó, «despertándose» súbitamente, Estefanía, que hasta allí había apantado dormir. Raimundo le respondió secamente:

—Por lo visto, rara vez trata usted con gente a la que se puede creer.

Como el muchacho se había quitado su gorro de piel de liebre, Estefanía y Ludwiga lo reconocieron.

—Diga, ¿está aquí Przygodzki? No oigo su voz —preguntó, inquieta, Estefanía.

—No; ha marchado a preparar el canje.

—¡Gracias a Dios!

Estefanía exhaló un suspiro de alivio, y se transformó al instante. Miró a Raimundo de pies a cabeza y, tratando de ser cariñosa, inquirió:

—¿Cómo ha caído usted en tan mala compañía?

Ludwiga, temiendo que Estefanía cometiese una nueva falta de tacto, se puso sobre las rodillas el plato con jamón y dijo, sonriente:

—¡Vamos a cenar!

Raimundo se dirigió hacia la puerta. Estefanía lo detuvo:

—Diga, ¿puede usted confirmar la veracidad de sus palabras?

Raimundo sacó del bolsillo las cartas de Mogielnicki y las tendió a Ludwiga.

—Yo le creo —dijo la condesa.

Estefanía cogió las cartas y se puso a leerlas ávidamente.

—¡Virgen Santa, haz que esta noche pase cuanto antes! — exclamó, entregando las cartas a Ludwiga.

—¿Plantearon ustedes al conde, desde el primer momento, que querían canjearnos por sus camaradas? —preguntó Ludwiga.

—Sí, yo mismo le escribí la carta.

—¿Puede usted decirme lo que respondieron ustedes a su proposición inicial?

—¿Por qué no? Le dijimos que no queríamos cambiarles a ustedes por dinero. Nosotros deseamos salvar a nuestros camaradas...

Raimundo salió, dejando entreabierta la puerta.

*

—Ya está afinada —gritó, gozoso, Andrés, punteando las cuerdas.

Un minuto después, sus dedos rasgueaban veloces. La mandolina cantaba en sus manos.

—Toma la guitarra, Alejandra, y tocaremos una de nuestras canciones predilectas —dijo Ptaja, interrumpiendo el preludio.

Alejandra obedeció, punteó los bajos, y en su mente surgió la casita junto al río y las veladas que pasaran juntos los tres. «¿Qué estará haciendo ahora? ¡Padre querido! ¡Si supiera que vamos a abrazarnos mañana...!»

—Te estoy esperando, Alejandra.

Fluyeron, melódicos, los acordes de una nostálgica canción, que ora enmudecía lejos tras los túmulos de la estepa, ora parecía arrastrada por el viento. En la melodía lírica irrumpieron con fuerza unas notas alegres.

La primavera llegaba, triunfante, a la tierra, y en los linderos de las aldeas, voces jóvenes cantaban en medio de la noche tibia:

¡Oh!, allí, a orillas del Danubio.

A orillas del Danubio, quieto y apacible...

La canción huyó ante el brioso empuje de una polca traviesa y coquetona. Andrés se olvidó de todo. Tocaba con tal fuego, que la belleza de su ejecución llegó a impresionar a Estefanía.

—¡Qué bien toca...! —observó la condesa.

Ludwiga admiraba la maestría del joven. La música despertaba en su pecho un dolor dormido.

Andrés, con fingida indignación, dijo:

—¿Para quién estoy tocando, Raimundo?

León se acercó rápidamente a Sara.

—¡Mujer meditativa...! ¡Querida camarada! ¡No me desaires y bailemos a cuenta de la fiesta de mañana!

Sara se lo sacudió de encima con un ademán triste.

Andrés rasgueó de nuevo las cuerdas, y por la habitación volaron las notas de un vals. León, cariñosamente, tomó a Sara del brazo.

—¿Por qué no quiere bailar? ¡Para qué entristecerse...! ¿O es que no desea usted bailar conmigo?

Alejandra arrancó a la guitarra unos acordes profundos y sentidos.

Sara se levantó.

León abrazó tiernamente el talle de la joven, y empezaron a valsar.

¡Agradable espectáculo cuando baila una pareja graciosa y bella!

Raimundo, sonriente, contemplaba los movimientos ágiles y elegantes de sus camaradas.

Ptaja pensó con envidia: «¡Qué bien valsa el checo del diablo!».

Francisca, de pie en la puerta, contemplaba a los bailarines. Sus ojos se encontraron con los de Raimundo y, como en su primer encuentro, ambos sonrieron.

Raimundo vaciló un segundo. «Sara también baila», se dijo, y, desabrochándose resueltamente el cinto, dejó el sable y el máuser sobre la mesa.

Ruborizándose, se acercó a Francisca, que, sin pensarlo un instante, le puso la mano sobre el hombro, y en el comedor empezó a valsar otra pareja.

—¿Oyes, Ludwiga? Están bailando. Francisca también baila —Estefanía veía todo el comedor por la puerta abierta—. Quien toca no es el muchacho que ha entrado antes; él baila con Francisca.

Hacía ya rato que Alejandra había dejado de tocar la guitarra y, descalza, bailaba sola. Andrés debía continuar tocando para no aguar la fiesta a sus amigos. Por fin se cansó.

—¿Creéis que debo tocar yo solo? No es justo —gritó.

—¿Qué le vamos a hacer, Andrés, si nosotros no sabemos? —contestó León.

—Un poquito más, Andrés. Así la noche no se hará tan larga.

Entonces, Andrés se levantó y, en medio de la estupefacción general, entró en la habitación de las condesas.

—Perdonen —se dirigió a Ludwiga, señalando el piano—. He oído que todas las personas instruidas saben tocar ese trasto, y quisiera rogarles que, si pueden, me hagan el favor de ejecutar una polca: todos bailan, y a mí me ha caído en suerte el tocar.

Su sencillez, su franqueza y su pueril deseo de bailar cautivaron a Ludwiga. La condesa se acercó, sonriente, al piano y, recordando la *Canción italiana* de Rajmáninov, deslizó los dedos por las teclas. Ptaja, inesperadamente para sí mismo, se volvió hacia Estefanía:

—Perdone; no quisiera ofenderla, pero, en honor de la alegre velada y del día de mañana... le ruego que tenga la amabilidad de bailar conmigo.

Estefanía contempló al muchacho de ojos grises, níveos dientes y cabellera rizada, y resolvió que lo mejor para sus planes sería acceder...

Andrés se dio cuenta de que Alejandra y Sara se habían enfadado. Pero esto no lo detuvo...

*

Era ya de madrugada cuando en la casita del bosque se hizo el silencio. Todos dormían.

A Ludwiga le parecía, en sueños, que no podía haber sucedido de otra manera: precisamente en aquella casita, en situación tan extraordinaria, debía encontrarse con aquella gente. No, no

se había equivocado: las personas a quienes defendiera, con quienes simpatizaba, poseían realmente un alma noble.

Los guardianes y los rehenes dormían profundamente.

Abrazadas, Alejandra y Sara reposaban en un ancho banco. Andrés las había abrigado cariñosamente con su pelliza.

Ptaja dormía en el suelo, con el brazo a guisa de almohada. León yacía sobre la mesa; Raimundo, en otro banco.

*

Los guerrilleros se cansaron de dar vueltas y más vueltas, sin poder cambiar una palabra. Se reunieron los tres en la cuadra. Allí no hacía frío. Dos de ellos se metieron en un trineo y confiaron la guardia al cojo. Este sintió sed, entró en la casa, bebió del barril que se hallaba en el pasillo como una pinta de agua, se acurrucó junto a la estufa para entrar en calor y se le pegaron los ojos. Los guerrilleros que descansaban en el trineo, confiando en él, también se durmieron.

Estefanía se levantó, se puso el abrigo y el gorrito de pieles y salió al comedor. Habitualmente, en aquellos paseos al patio, las acompañaba una de las muchachas. Ahora, todos dormían. Estefanía abrió silenciosamente la puerta del comedor. El guerrillero cojo, extendidos los brazos, dormía dulcemente junto a la estufa, el fusil apoyado en la pared.

Estefanía permaneció unos minutos en el pasillo y, después, abrió sin ruido la puerta que daba al corral. Allí no había nadie. Estefanía salió, con el corazón en suspenso, y se dirigió rápidamente hacia el portón. «Si me dan el alto, diré que he salido por necesidad», pensó con el corazón latándole tumultuoso.

Nadie la detuvo y llegó al camino de Gnillie Vodi. Más de una vez había estado allí con Stanislaw, para beber una jarra de *kvas*, durante las cacerías de su marido.

Cuanto más se alejaba de la casita, más rápidamente caminaba, y por fin emprendió la carrera, tropezando por causa de sus chanclos, tan poco apropiados para semejante camino.

Estefanía, a pesar de todo, no creía que estuviera libre. Cuando ya se hallaba a unos dos kilómetros de la casita, sintió un fuerte cansancio. No podía seguir corriendo. Sentía punza-

das en el corazón, le palpitaba furiosamente. Se quitó los chanclos y, dejándolos abandonados en la nieve, prosiguió su camino.

Por fin, oyó un ladrar de perros y, cuando se acercaba al lindero de la aldea, la detuvo un grito en polaco.

—¡Alto! ¡Quién vive!

Dos hombres armados saltaron hacia ella por encima de un soto. Eran legionarios del escuadrón de Zaremba.

—Tranquilícese, señora condesa. El sargento la llevará hasta la ciudad. ¡Está cerca! El camino no ofrece el menor peligro: acabamos de llegar de allí. ¡Arrea! —ordenó Zaremba al sargento.

Los caballos salieron disparados. Estefanía, inquieta, volvió la cabeza. El escuadrón de Zaremba salía, al trote, de la aldea, en dirección al bosque. Amanecía.

El primero en despertarse fue el cojo: el frío entraba al pasillo por la puerta, que Estefanía había dejado abierta. El cojo, gritando: «¡Muchachos, sálvese quien pueda! ¡Aquí están los polacos!», despertó a todos. El cojo no pudo decir nada más. Zaremba le saltó la tapa de los sesos.

Raimundo se precipitó hacia sus armas.

Los legionarios irrumpieron en el pasillo. Ptaja se puso en pie con la agilidad de un gato. De un brinco llegó al ángulo del comedor, donde tenía la carabina. León saltó adormilado de la mesa, sin comprender lo que estaba ocurriendo.

Las muchachas tampoco comprendieron nada en el primer instante. Andrés se lanzó hacia la puerta. La abrió y, dando un salto hacia atrás, la volvió a cerrar. En el pasillo estallaron varios disparos. De la puerta volaron las astillas, arrancadas por las balas.

Una suerte ciega había salvado a Andrés de la muerte.

Al fin, León se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Volcó la mesa de un empujón y protegió con ella la puerta. Luego, corrió a empuñar el fusil. Andrés disparaba hacia la puerta, desde un ángulo de la habitación.

—¡Atrás! —rugió en el pasillo la voz de Zaremba—. ¡Alto el fuego! ¡Ahí está la condesa! ¡Maldita sea vuestra madre!

El pasillo quedó desierto.

—De todas maneras nos haremos con ellos. No hay ahí más que tres chiquillos; pero en el tiroteo puede caer la condesa —dijo Zaremba a sus soldados, explicándoles la causa de la retirada.

—De no haber sido por este perro —exclamó el teniente, dando un furioso puntapié al cadáver del cojo— los hubiéramos cazado dormidos.

Wladislaw, al ver que los soldados se retiraban al bosque, se acercó a Zaremba y le preguntó:

—¿Qué ha sucedido, señor teniente? ¿Por qué han retrocedido ustedes?

Zaremba respondió, colérico, al menor de los Mogielnicki:

—Hay que hacerlos salir de allí sin combate. Se han desperdado.

—¡Pero si ya estaba usted en la casa! —exclamó indignado Wladislaw.

Ofendido, Zaremba le replicó:

—Sí, yo he estado en la casa, señor alférez, pero usted, según parece, ni asomó por allí. Le ruego que se ocupe de su sección y se abstenga de hacer observaciones tan estúpidas a sus superiores. ¡Yo sé lo que me hago!

Wladislaw, rabioso, volvió grupas y se alejó.

—¡Tapad las ventanas con los bancos! —ordenó Raimundo. Todos se pusieron a levantar barricadas.

Raimundo entró corriendo en la habitación de las prisioneras. No vio más que a Ludwiga, pálida, y a Francisca, desconcertada.

—¡Por Dios! ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está Estefanía? —le preguntó, con un susto de muerte, Ludwiga, precipitándose hacia él.

Raimundo lanzó una rápida ojeada a la habitación.

—¿Dónde? ¡Debe estar aquí! —gritó el muchacho.

—¡Ah, se ha escapado la víbora! Nos hemos dormido, Raimundo, como unos idiotas —rugió Ptaja.

Ludwiga lo agarró del brazo.

—¿Qué piensan hacer?

Ptaja se soltó.

—Resistir hasta el último cartucho... ¡Tiéndanse en el suelo, que voy a disparar por aquella ventana! —gritó el muchacho—. ¡No nos entregaremos vivos! ¡Si hay que morir, moriremos mandando!

Ptaja, furioso, arrastró hacia la ventana un pesado diván.

—¿Por qué se ha quedado usted? —preguntó Raimundo a Ludwiga.

—No sabía nada de su huida... —respondió la condesa, con un hilo de voz.

*

—Mi teniente, hemos cazado a éstos en la cuadra —informó el cabo a Zaremba, señalando a los dos guerrilleros.

Zaremba hizo un ademán más que elocuente.

En la casa oyeron la seca descarga.

León y Ptaja se hallaban junto a una ventana, parapetados y dispuestos a disparar, en cualquier instante, contra quien se pusiese a tiro.

—¡Ah de la casa; no tiréis! ¡El señor teniente quiere hablar con vosotros! —gritó en el patio una voz estridente.

En la casa guardaron silencio...

—Escuchad, los que os habéis hecho fuertes en la casa. Soy el teniente Zaremba, enviado aquí por el coronel Mogielnicki... ¿Me oís?

—¡Sí! ¿Y qué? —le respondió, también a gritos, Ptaja.

—¡Os propongo que os entreguéis!

En la casa guardaron silencio. Las mujeres permanecían en el suelo, como se les había ordenado. Raimundo avanzó la mano que empuñaba el máuser, vigilando la puerta.

—Repito. Os propongo que os entreguéis. Si la condesa de Mogielnicki, apresada por vosotros, se encuentra sana y salva, prometo que respetaré vuestras vidas. Si no os entregáis, os fusilaré a todos. Os doy cinco minutos para que recapacitéis.

En la casa continuaba el silencio. Raimundo, Ptaja y Pshenichek cruzaron una mirada. Ludwiga comprendió que no se entregarían. En el patio, esperaban... La muerte rondaba la casita, esforzándose por hallar una rendija para introducirse por ella...

—¡Ah de la casa! ¿Os entregáis?

—¡Vete al diablo, canalla! ¡Lucharemos hasta el último alien-
to! ¡Viva la Comuna! —gritó en respuesta Andrés.

FIN

EPÍLOGO

AMIGO INOLVIDABLE*

La puerta del balcón está abierta. En la habitación, antes siempre cálida, como un nido, entra el frío de la tarde. El viento agita la cortina, que oscila, levantándose perezosamente, como una vela a medio arriar. Sobre el receptor de radio blanquea una toalla estrujada por alguien. Parece un conejo blanco que, inmóvil, presto a saltar, hubiese apretado a la espalda sus largas orejas.

Pasa por la mente el recuerdo de una clara mañana de septiembre en Sochi, dos años atrás: la casa en la calle Oréjovaya, los frutos rojizos en el pequeño jardín inundado de sol, el apacible cuarto de paredes pulcramente enjalbegadas y el simpático y familiar rostro sobre el fondo blanco de las almohadas, muy ahuecadas.

Un conejo blanco yace entre los pliegues de la manta. Los dedos cetrinos y nerviosos de Kolia [diminutivo de Nikolái] Ostrovski acarician tiernamente las largas y sedañas orejas del roedor. Kolia se ríe alegremente, y sus blancos dientes brillan como el azúcar. Sobre la mesa hay un montón de manzanas gruesas, jugosas y rubicundas, cuyo maravilloso aroma se esparce por toda la casita. El conejo blanco, moviendo graciosamente sus blandas orejas, lame con su rosada lengüecita la cariñosa mano del hombre.

Siento un intenso deseo de cerrar los ojos y ver otra vez la calurosa mañana de abril, llena de sol y de la fragancia de las manzanas. Al principio, el pensamiento rechaza la tristeza, como si no pudiera comprender lo acaecido y decirse categóricamente: «¡Ha ocurrido lo irreparable!».

Pero la realidad acaba venciendo: los ojos ven con despiadada claridad el rostro inmóvil ya para siempre. La lucha postrera por la vida lo ha consumido, lo ha secado como seca las hojas el tórrido viento del desierto. Se ha compadecido únicamente de la bella y despejada frente y del abundoso y sedoso pelo castaño.

* De *Recuerdos de Nikolái Ostrovski*.

La pequeña y chupada cara la corona esa frente luminosa, grande y combada como una cúpula. Parece que tras ella sigue bullendo la ardiente fantasía del artista, llena de pasión revolucionaria, de insaciable interés y de amor por la vida... Pongo la mano en la despejada frente, todavía tibia y hasta húmeda, como si, después de trabajar alegre e intensamente, Nikolái se hubiese sumido en la inmovilidad para descansar unos instantes. Se tiene la impresión de que un leve suspiro va a levantar, como si estuviera vivo, su flaco pecho, en el que relumbra la orden de Lenin.

En interminable procesión, niños, jóvenes y ancianos pasan durante tres días, de la mañana a la noche, ante el féretro, cubierto de flores y coronas. Sí, es la despedida con quien abandona la tierra.

Nicolái Ostrovski no sólo vive en sus libros: él mismo es una imagen heroica, una de las personalidades más brillantes y fuertes de nuestra época.

La naturaleza fue despiadada con él: lo privó de la salud, de los brazos, las piernas y la vista. Pero él se sobrepuso a la impotencia del cuerpo, a la enfermedad incurable, a la pena, a la debilidad y al abatimiento y, como vencedor, afirmó la vida, la creación y la lucha. La voz de este ardoroso bardo de la juventud bolchevique cantó con maravillosa fuerza lírica a todo el País de los Soviets y al mundo entero la combativa y luminosa canción de la lucha y la victoria del socialismo.

¡Fuera los recuerdos dolorosos! Dejémoslos a un lado, rechazemos ese tributo inevitable a lo efímero de la existencia física y pongamos los ojos en el inagotable y poderoso manantial de la vida...

Un ventoso y frío día de comienzos de la primavera de 1932 fui a ver a Nikolái Ostrovski, que vivía a la sazón en Moscú, en Miortvi Pereúlok.¹

El piso, grande, estaba atestado de vecinos. Ruido y apreturas. La gente iba y venía por los pasillos, los niños gritaban, y en algún sitio tecleaba tediosamente una máquina de escribir, recordando el picotear del pájaro carpintero.

¹ Hoy calle de Nikolái Ostrovski. | N. de la Editorial Progreso.

Cualquiera hubiese dicho: «¡Madre mía...! ¡Las condiciones se las traen! ¡Como especiales para un escritor!».

Se abrió la puerta.

En la cama yacía un hombre tapado hasta el pecho con mantas y chales. Vi una abundosa mata de pelo castaño, una frente despejada y un rostro exangüe, flaco, demacrado, sobre el fondo de unas altas almohadas.

Sus finos párpados temblaquearon levemente. Las pestañas, espesas, proyectaban unas sombras azulosas sobre las chupadas mejillas. Las manos, delgadas, céreas, casi transparentes, yacían sobre la manta.

Sabía yo que Nikolái Ostrovski era inválido, pero no me lo imaginaba tan acabado.

Me pareció tan débil, tan impotente, que resolví súbitamente marcharme, para no molestarle, y dejar para otro día nuestra conversación.

En aquel instante entró en el cuarto una anciana delgada y animosa, de ojos castaños y rostro cordial y sonriente.

—¿Quién ha venido, madre? —dijo una voz sorda y joven, que sonaba con fuerza.

La madre se lo dijo.

—¡Ah...! ¡Magnífico! ¡Acérquese, acérquese!

Una sonrisa encantadora dejó ver sus dientes níveos. Cada rasgo de su semblante parecía iluminado y evidenciaba juventud y optimismo. En los primeros instantes se me antojó que sus grandes ojos negros también brillaban expresivos. Pero pronto advertí que el brillo aquel se debía al denso color de la retina. Sin embargo, durante la conversación me olvidaba a menudo de que los ojos de Kolia no veían: tan atento y alegre era su semblante, reflejaba, como un espejo, la tensión de su pensamiento.

Hablábamos del primer libro de la novela *Así se templó el acero*, que se disponía a publicar la revista *La Joven Guardia*.²

² Anna Karaváeva [la autora de este texto], conocida escritora soviética, era en los años 30 redactora de la revista *La Joven Guardia*. | N. de la Editorial Progreso.

Nikolái preguntó, con ansia, qué impresión nos habían producido sus personajes.

—Creo que Pavka [diminutivo familiar de Pável] es un muchacho aceptable —dijo con humor, y en sus labios apareció una sonrisa deslumbrante—. No pienso ocultar que a Nikolái Ostrovski lo une con Pavka Korchaguin la más estrecha amistad. Pavka es obra de mi mente y de mi sangre... Pero... ¿sabe lo que me interesa?, ¿no parece mi novela una simple autobiografía...? ¿La historia de una vida, por decirlo así...? ¿Eh?

Su sonrisa se apagó de pronto, sus labios se apretaron, y su semblante adquirió una expresión severa y dura.

—Planteo adrede la cuestión tan categóricamente porque quiero saber si lo que hago está bien, si es bueno y útil para la sociedad. Hay multitud de casos que son interesantes sólo de por sí. Uno puede incluso admirarlos, como si estuviese ante un escaparate, pero, en cuanto se aparta, se olvida. Eso debe temerle todo escritor, sobre todo si es novel, como yo.

Le dije que sus temores, en ese aspecto, eran infundados.

Me cortó blandamente:

—Convengamos en que no hay que tranquilizarme por bondad. A mí se me pueden decir las cosas sin andarse por las ramas, con toda crudeza. Soy militar, desde que era chico sé mantenerme en la silla... y ahora tampoco saldré despedido por las orejas...

Aunque sus labios temblaron y su sonrisa era tierna y turbada, vi de pronto con la mayor claridad que su espíritu era fuerte, inquebrantable. Me sentí muy feliz de poder darle un alegrón.

Le hablé de toda una galería de personajes de la literatura rusa y occidental que habían venido a mi mente mientras trabajaba conocimiento con Pável Korchaguin. Muchos, cincelados por artistas geniales, habían contribuido a forjar la voluntad y la conciencia de generaciones. Tras aquellas imágenes de la literatura rusa y mundial se hallaban la historia de las relaciones sociales, las tragedias de la sociedad y del individuo, y la gloria secular de las realizaciones supremas de la cultura humana.

Ante aquella galería de personajes grandes y gloriosos, Pável Korchaguin podía sentirse seguro, imbuido del sentimiento de

su propia dignidad. Aquel joven templado en el crisol de la guerra civil no tenía por qué sentirse confundido y turbado ante los eméritos «ancianos». Tampoco tendría que inclinar la cabeza e implorar, por decirlo así, un hueco en los vergeles de la literatura. Poseía algo que no tenían los demás: en su joven corazón alentaban una fuerza inagotable y una insaciable pasión de lucha, y en su mente se encendían las ideas más avanzadas y nobles acerca de la libertad y la dicha del género humano.

Naturalmente, Pável Korchaguin era enemigo inconciliable de cualquier Rastignac³, pero el amor a la libertad de los héroes de Pushkin, Byron o Stendhal era afín a su espíritu. Claro que donde más almas afines —hermanos mayores y amigos— encontraría Pavka Korchaguin sería entre los personajes de Máximo Gorki.

Nos tuteábamos ya, la conversación saltaba a veces de un tema a otro, pero volvíamos inevitablemente a la novela. Nikolái manifestó gran interés por las correcciones que Mark Kólosov⁴ y yo hacíamos en el texto. Cuando le dije que habíamos tachado algunas frases «preciosistas», se echó a reír alegremente y se burló con malicioso humor de las palabras y giros desafortunados. Luego dijo de pronto, serio y pensativo:

—¿Sabes de dónde salen esas frases torpes? Dirás que de la falta de cultura. Y tendrás razón, pero no te olvides que hay otra causa: mi soledad en la labor creadora... He empezado solo, por mi cuenta y riesgo. ¡Qué alegría me da saber que, en adelante, tendré camaradas en mis actividades literarias!

Preguntó qué tal le había salido la composición de la novela en su conjunto y de los distintos pasajes, así como el diálogo y las descripciones de la naturaleza, si había logrado pintar un realce a las cualidades de los personajes y qué «fallos» tenía en cuanto a lenguaje, comparaciones, metáforas, epítetos, etc., etc.

³ Joven ambicioso y arribista, personaje de las novelas de Balzac. | Nota de la Editorial Progreso.

⁴ Escritor y crítico. En los años del 30 fue subdirector jefe de la Editorial *La Joven Guardia*. | N. de la Editorial Progreso.

Sus preguntas evidenciaban que no sólo había leído y meditado en torno a los problemas de la creación artística, sino también que en muchos de ellos poseía opiniones bien maduras.

El tiempo pasaba sin que nos diésemos cuenta. Reiteradas veces había querido despedirme, temerosa de que Nikolái pudiera fatigarse. Pero cualquier palabra u observación que consideráramos finales, encendían de nuevo la plática. Ésta, como he dicho, pasaba de un tema a otro, como suele suceder cuando conversan dos personas que acaban de conocerse, pero retornaba siempre a la novela, a sus futuros capítulos, y al trabajo del autor, que estaba preparando la segunda parte.

Nicolái me habló de sus preocupaciones, se marcaba plazos y tareas, y yo, a la vista de aquella energía verdaderamente inagotable y de su optimismo me olvidaba incluso de darle ánimos, de confortarlo.

¿Para qué? Me sentía infinitamente feliz de que, en nuestra revista, en *La Joven Guardia*, hubiese aparecido un escritor komsomol veterano, un artista bolchevique, de extraordinario temple ideológico y moral y talento lozano y poderoso.

Por eso, lejos de querer limitarle, sentía el deseo de ayudarle a ampliar sus planes: tenía ante mí una persona fuerte, voluntariosa y bien templada.

Me parece estar oyendo su voz profunda, henchida de felicidad y orgullo:

—¡De nuevo estoy en filas...! ¡Eso es lo principal! ¡De nuevo estoy en filas...! ¡Qué vida tan maravillosa se me abre...!

Mientras regresaba yo a casa, sonaban en mis oídos, como la melodía de una canción, aquellas palabras: «¡Qué vida se me abre!».

En los encuentros que siguieron, hasta que Nikolái partió para Sochi, se reveló ante mí con mayor profundidad todavía el modo de pensar y el carácter de aquel hombre tan magnífico y valeroso.

La vida en Moscú, en aquel piso superpoblado, no era nada fácil. Además de los sufrimientos físicos, que no había aprendido de golpe a ocultar con tanto arte, lo agobiaban las preocupaciones y los disgustos. El presupuesto de la familia era ultramodesto. Por más que Olga Osipovna se esforzaba por ocultar al

hijo las constantes dificultades monetarias, por más que se afanaba en torno a él, siempre animosa y bromista, Nikolái, con su fina y aguda intuición, lo adivinaba todo.

—Le digo: «Lo comprendo todo, todo, madre, así que no vengas con argucias, no pintes de color de rosa nuestra situación financiera». Y ella me responde: «Mira, no te metas en mis asuntos de vieja». En fin, se pone a bromear, y yo no quedo a la zaga.

Pero había cosas de las que, pese a su firmeza, no podía desentenderse con bromas: por ejemplo, la habitación, húmeda y fría. Estando tan enfermo no podía continuar viviendo en ella.

La redacción de *La Joven Guardia* pidió al Comité Central del Komsomol que enviara a Nikolái Ostrovski a Sochi. En el verano de 1932, el escritor salió para el Sur acompañado de su familia.

La víspera me escribió la siguiente carta:

Querida camarada Anna: Mañana, a las 10, salgo para el Sur. Han hecho todo lo posible para que reúna fuerzas y pueda continuar desplegando la ofensiva. Quiero vivir en Sochi hasta finales de otoño. Resistiré mientras quede pólvora.

Por «ofensiva» sobreentendía su trabajo en el segundo libro de la novela *Así se templó el acero*. Y aquello no eran palabras hueras, sino la denominación real del complejo, difícil y a veces torturante proceso al que Nikolái Ostrovski llamaba «mi trabajo».

Yo recordaba a menudo sus manos flacas y amarillentas, que descansaban siempre sobre la manta, aquellas manos de ciego, nerviosas y sumamente sensibles. Una terrible artritis (fue una de las causas de su muerte) se había adueñado, invencible, de su pobre cuerpo.

En cierta ocasión (poco antes de su partida para Sochi), me dijo, bromeando como siempre:

—Los hombros y los codos me parece que no son míos, es una sensación muy extraña...

Luego se sonrió entre triste y burlón, levantó sobre la manta las manos, movió los dedos y agregó:

—Esto es todo lo que me queda, toda mi hacienda. Y con ellas tengo que arreglarme.

Antes, parcamente, como siempre que hablaba de su enfermedad, me había contado que, durante cierto tiempo, escribió con ayuda de una pauta de cartón.

—No resulta muy cómodo, y lo peor es que no se ve nada, pero se puede utilizar.

A comienzos de agosto de 1932, Nikolái me envió una carta desde Sochi. La había escrito con lápiz, valiéndose de una pauta de cartón. Las líneas, excesivamente rectas, y las letras, inclinadas de modo poco natural, me hicieron imaginarme qué esfuerzo físico y de voluntad le habría costado aquello. Decía así:

5 de agosto. Sochi. Primóorskaya, 18.

Querida camarada Anna: Vivo, en compañía de mi madre, a orillas del mar. Me paso horas y más horas escribiendo en el jardín, al pie de un roble, aprovechando los días buenos (lo que sigue es ininteligible) ... la cabeza la tengo clara. Me apresuro a vivir, camarada Anna, para no tener que lamentar días perdidos; la ofensiva, detenida por la necia enfermedad, de nuevo se despliega. Deséame la victoria.

La fuerza y la tensión de la «ofensiva» se percibe en esa línea: «Me apresuro a vivir para no tener que lamentar días perdidos».

Nicolái enfermó al poco de llegar a Sochi. La enfermedad le parecía una «necia» pérdida de tiempo y un obstáculo, completamente insoportable, en el camino hacia su meta. Su indomable voluntad ayudaba al organismo, quebrantado, a sobreponerse a la dolencia.

Apenas repuesto, Nikolái ponía de nuevo a prueba su firmeza y escribía una carta «de su puño y letra». Me lo imaginé tendido a la densa sombra del roble, sin querer siquiera pensar en el descanso, dictando horas y más horas a sus secretarios voluntarios. Tenía la frente perlada de sudor, sus tupidas cejas se movían con excitación, los párpados le temblaban, y sus finos dedos pellizcaban la manta. Tosía a menudo, estaba ya cansado de dictar, pero su mente, anhelosa de trabajo después de los «días perdidos» por causa de la enfermedad, tendía ansiosa-

mente a recuperar las jornadas de inactividad forzosa. La frente le ardía, el corazón se le quedaba en suspenso: veía el campo de batalla, la tierra trepidaba, estremecida por los cascos de los fogosos caballos, y los intrépidos jinetes volaban como un torbellino, aniquilando a los enemigos del pueblo trabajador. Nikolái Ostrovski veía el Moscú de los primeros años de construcción pacífica, el Congreso del Komsomol en el Gran Teatro y los encuentros con los amigos de combate.

«Deprisa, deprisa... Me apresuro a vivir...»

La publicación del segundo libro de *Así se templó el acero* se inició en el número de *La Joven Guardia* correspondiente a enero de 1933.

Las cartas de aquella época evidencian que Nikolái pagó el «despliegue de la ofensiva» muy caro, con cada gota de su sangre, con todos sus nervios.

Me dedico al estudio. Solo me resulta difícil. No dispongo de los libros necesarios. No hay gente calificada, pero, de todos modos, me doy cuenta de que se ensancha mucho el marco de mi diminuta experiencia y aumenta mi bagaje cultural... ¿Cómo he vivido los tres últimos meses? He quitado mucho tiempo al estudio de la literatura para entregarlo a la juventud. De un artesano solitario me he convertido en un hombre de masas. En mi casa se celebran reuniones del Buró del Comité. Dirijo un círculo de activistas del Partido y soy el presidente del consejo distrital de cultura. Resumiendo, me he acercado a la labor práctica del partido y soy ya un muchacho útil. Verdad es que consumo muchas energías, pero, en compensación, la vida es más alegre. Me rodean los komsomoles.

He organizado un círculo literario y lo dirijo lo mejor que puedo. El Comité del Partido y el del Komsomol prestan una gran atención a mi trabajo. Los activistas del Partido me visitan con frecuencia. Percibo el pulso de la vida. He sacrificado conscientemente estos meses a la práctica local para palpar lo del día de hoy, lo actual.

Más adelante decía:

No obstante, leo mucho. He leído *La piel de zapa*, de Balzac, *Recuerdos*, de V. N. Fígner, *Preludio*, de Guerman, *El último de los udegués*, *Peldaño abrupto*, *Anna Karénina*, *Herencia literaria*, todos los números de *Crítica Literaria*, *Nido de hidalgos*, de Turguénev, etc.

Un camarada a quien di a leer la carta —no recuerdo quién— exclamó atónito:

—Oye, ipero si es un héroe! Si no supiera quién escribe, creería que se trata de un joven con una salud a prueba de bomba.

Cuán grave fue su enfermedad lo supimos más tarde. A comienzos de 1934 escribió:

...He estado a punto de morir... Durante todo un mes se desarrolló una lucha enconada. Ahora todo eso ha quedado atrás y recupero fuerzas día tras día...

La novela *Así se templó el acero* se iba haciendo más y más popular entre las masas de lectores, y Ostrovski recibía cada día más cartas en las que le decían que era muy difícil conseguir su libro.

Camarada Anna: Quiero pedirlos a ti y a Mark Kólosov que ayudéis a hacer una edición masiva del libro. Recibo decenas de cartas de las organizaciones del Komsomol de Ucrania y de otras regiones. En todas se quejan de lo mismo: el libro no se puede conseguir, se ha sumergido en el mar de lectores. Casi todos leen la novela en la revista. Un ejemplo: en la ciudad de Shepetovka no hay ni un solo ejemplar del libro.

La novela no sólo adquirió gran difusión, sino que era popular en el verdadero sentido de la palabra. La solicitaban en todas las bibliotecas, se hablaba de ella en todas las reuniones juveniles, y sus personajes eran los más queridos.

Los visitantes acudían en verdadera peregrinación a la casita de Nikolái Ostrovski en Sochi, en la calle Oréjovaya. Miles de personas entraban en el pequeño jardín en el que yacía el escritor. Cuando fui a verle en octubre de 1934, me dijo, con su habitual humor:

—¿Sabes?, como escritor tengo una suerte loca: como ves, no tengo que ir en busca de héroes, ellos mismos vienen a verme. Mi única desgracia es que no puedo verlos. Pero eso hace que los sienta con mucha mayor fuerza y me emocione más su presencia. Por otra parte, puedes estar bien segura de que no se me escapa nada interesante. Oigo hablar de su trabajo a multitud de personas: metalúrgicos, mineros, fundidores de acero, electricistas, maquinistas de locomotora, fogoneros, contadores, maestros, actores y pintores. ¡Y qué gente tan magnífica dirige nuestros koljoses...! ¡Hay jefes de equipo koljosianos que le muestran a uno la vida como si la tuvieran en la palma de la mano! ¡Qué caracteres! El alma rebosa de gozo al ver los conocimientos y la experiencia de la vida que poseen...

El realista, el hombre entregado al trabajo práctico hablaba siempre en él, pues no en vano había pasado en su vida por una escuela tan dura. Al mismo tiempo que señalaba con júbilo y orgullo todo bello rasgo de los demás, percibía con mucha mayor agudeza que muchos videntes toda mezquindad de espíritu. La chabacanería, la estulticia y la vanidad, en todas sus manifestaciones, le ofendían como si las sufriera directamente.

En una carta del año 1934 comentaba:

...Aunque, a decir verdad, mi vida es ahora mucho más alegre y «feliz» que la de muchos que vienen a verme, seguramente, por curiosidad. Poseen un cuerpo sano, pero su vida es incolora y triste. Aunque sus ojos ven, su mirada es indiferente y, sin duda, aburrida. Seguramente me creen infeliz y se dicen: «No quiera Dios que me vea en su sitio», pero yo pienso en su indignancia y en que por nada del mundo me cambiaría por ellos.

¿Qué se puede añadir a estas líneas tan elocuentes?

Antes decía ya: «el día me resulta corto». Comenzaba siempre la jornada acariciando planes, lleno de desbordante energía, optimismo y noble tesón.

Era difícil, no digo ya quebrantar, sino hacer vacilar en él, por poco que fuera, aquella fuerza de la vida. Si sufría algún contratiempo, los amigos siempre se enteraban por casualidad, pasado ya algún tiempo.

Nicolái ansiaba regresar a Moscú para estar más cerca de sus amigos, del campo literario, de las fuentes de información y de las consultas que necesitaba y para ponerse a escribir su nueva novela, *Nacidos de la tempestad*.

A comienzos de diciembre de 1935, logramos que destinaran a Nicolái un apartamento en la calle de Gorki, 40.

A pesar de nuestras amistosas represiones, Nicolái «no se apeaba del burro», como decíamos en broma: trabajaba quince horas diarias, derrochaba gran cantidad de energías en el trato con multitud de personas y dormía poco. Cuando, durante mi última visita a Sochi, le «reprendí» por ello, imprimió a su rostro una cómica expresión de culpabilidad, se puso a suspirar y balbuceó excusas absurdas.

Por unos instantes conservé la seriedad, pero acabé soltando la carcajada, y todo mi sermón se perdió en vano.

—Ya ves que soy incorregible —dijo Nicolái.

Pero la tensión y el derroche de energías trajeron sus consecuencias: en agosto de 1935, la salud de Nicolái empeoró mucho súbitamente.

Por mi tenacidad, la vida me devolvió una felicidad inmensa, maravillosa, magnífica, y olvidé todas las advertencias y amenazas de mis esculapios. Me olvidé de que mis fuerzas físicas son muy exiguas. Una vertiginosa cadena humana sin fin: jóvenes komsomoles, personas destacadas de las fábricas y las minas, heroicos constructores de nuestra felicidad, atraídos hacia mí por *Así se templó el acero*, reanimaron el fuego, que parecía extinguirse. Y de nuevo volví a ser un apasionado agitador y propagandista. Olvidaba a menudo hasta mi puesto en la formación, en el que se me había ordenado que trabajara más con la pluma que con la lengua. La salud pérfida, traicionó otra vez: rodé inesperadamente al borde de un peligroso abismo. A pesar del peligro, no pereceré tampoco esta vez, aunque sólo sea porque no he cumplido aún la tarea que me ha marcado el Partido. Mi deber es escribir *Nacidos de la tempestad*. Y no sólo escribirlo, sino poner en el libro todo el fuego de mi corazón. Debo escribir el guion de la versión cinematográfica de *Así se templó el acero*. He de escribir un libro para los niños: *La infancia de Pavka*. Y escribiré sin falta una obra acerca de la dicha de Pável

Korchaguin. Eso, trabajando intensamente, me llevará cinco años. Por eso debo orientarme a vivir esos cinco años, como mínimo. ¿Te sonríes? Mira, no hay más remedio. Los médicos se sonríen también, con desconcierto y asombro. No obstante, el deber está por encima de todo. Así que me pronuncio por cinco años más, como mínimo. Dime, Anna, ¿dónde encontrarás un loco que quiera marcharse de la vida en una época tan maravillosa como la nuestra? Quiero regresar a Moscú en otoño... Saludos a todos los amigos de *La Joven Guardia*.

En su carta, nuestro amigo se equivocó en una sola cosa: ¡Ni siquiera me pasó por la cabeza «sonreírme»! La vitalidad y la fuerza de resistencia eran en él tan grandes, y su optimismo tan contagioso, que no abrigué ninguna duda de que cumpliría su plan «mínimo». Así sería, sin falta. ¿Podía, acaso, ocurrir lo contrario?

En noviembre de 1935, recibí una carta de Nikolái en la que me anunciaba muy contento:

...Dentro de unos días vendrá un miembro del gobierno para hacerme entrega de la orden. Eso retrasará mi partida. Además, todavía tengo que obtener la autorización médica para trasladarme a Moscú, ya que me siento algo indispuerto otra vez. Cuando todo se ponga en claro te escribiré con detalle y te diré la fecha exacta.

Nos afanábamos para preparar el apartamento que Nikolái había de ocupar en la calle de Gorki, 40.

Un buen día, en medio del ajetreo y las prisas habituales de la jornada en la redacción, me dijeron que me llamaban por teléfono desde Sochi. En la calle soplaban las nevascas. El viento ululaba en la chimenea, de algún sitio llegaban músicas, silbos y chasquidos, toda una mezcla cacofónica de vagos sonidos y voces.

De pronto, la voz sorda y profunda de Kolia Ostrovski vibró joven, clara y tan cercana como si me estuviese hablando desde Arbat:

—Sí, sí... Salgo para Moscú... Llegaré el 11 de diciembre. En cuanto nos veamos celebraremos en el vagón mismo una

reunión del «Estado Mayor Central»... Me contarás todas tus novedades y yo te pondré al corriente de las mías... ¡Trabajo que no quieres ver...!

Recuerdo el 11 de diciembre, aquel día invernal en el que un pequeño grupo de camaradas fuimos a Sérpujov para recibir allí a Kolia Ostrovski. Nevaba. La locomotora, alta y vocinglera, irrumpió de pronto en la espesa niebla.

Cuando el tren se detuvo, nos precipitamos hacia un vagón oficial verde claro. Una mujer joven y carirredonda saltó al andén.

—Diga, ¿va en este vagón Nikolái Ostrovski?

—Sí, en este vagón —respondió, sonriente, la mujer.

El compartimento en el que yacía Kolia estaba oscuro y caliente.

La débil luz del pasillo proyectaba en el rostro de nuestro amigo unas sombras azulosas. Kolia parecía haber adelgazado, pero se reía tan contagiosamente, sus dientes brillaban tanto y su cara flaca, de finas facciones, era tan expresiva, que, como siempre, me olvidé de su enfermedad.

—¡Aquí tenéis a un soldado que se reincorpora a filas! —dijo en broma Nikolái, pero en su voz percibí una nota de jubiloso orgullo.

Nos habló de sus encuentros con los jóvenes durante el viaje.

Aprovechando unos instantes en que nos quedamos solos, me dijo con voz entrecortada:

—No puedes imaginarte cuán grande era mi deseo de ver las caras de esos maravillosos jóvenes... ¡Sentía con tanta fuerza su presencia, me eran tan cercanos y queridos, que, a veces, me parecía que los estaba viendo...! Naturalmente, en aquellos instantes pensaba que no había mozo más feliz que yo. Pero, si los hubiese visto, habría podido expresar con mayor fuerza a mis queridos komsomoles todo el cariño que les tengo.

Traté de imprimir un giro distinto a la conversación, pero Kolia movió las cejas con expresión tenaz: por lo visto quería acabar de expresar sus pensamientos.

—¡Anda y entiende, a veces, la sicología de los médicos! —continuó, y una sonrisa irónica y paciente a la vez apareció fugaz en sus labios—. Resulta que a un ciego se le puede hacer una

operación para que vea cinco o seis días, pero no más... Creo que se llama resección de la pupila. En fin, no es eso lo importante. Naturalmente, he renunciado a ese favor. La gente no comprende que con esas cosas no me empuja adelante, sino atrás. He sabido sobreponerme a todas las emociones negativas relacionadas con mi ceguera, pero los médicos, movidos por su amor al hombre, están dispuestos a donarme sufrimientos todavía mayores. Veros a todos vosotros, queridos amigos, y luego, ¿qué...? No; yo he vencido la oscuridad, me he habituado a vivir despreciando esa tara física, por lo tanto, queridos camaradas médicos, no me creéis sobrecargas complementarias.

Durante el camino lo dejamos solo varias veces, para no fatigarlo. Pero, mientras conversábamos en el pasillo, del oscuro compartimento nos llegaba de vez en cuando alguna palabra alegre e ingeniosa, intercalada siempre muy a propósito.

Días después nos vimos en el nuevo apartamento de Kolia.

En la espaciosa habitación, de techo muy alto, hacía calor: dos grandes estufas eléctricas mantenían allí la temperatura del mediodía estival: unos veinticinco o veintiséis grados sobre cero.

Kolia vestía una camisa ucraniana blanca, con bordados, y, como siempre, yacía sobre altas almohadas. Nunca le había visto con tan buen aspecto. La camisa aquella le favorecía mucho. Un leve rubor teñía sus chupadas mejillas; su sedoso pelo castaño se ondulaba sobre la despejada frente; los dientes le brillaban, y una sonrisa muy especial, reconcentrada y feliz, iluminaba su semblante. Todos los que nos hallábamos entonces en la habitación, sus amigos, que tanto cariño le teníamos, nos mirábamos unos a otros alegremente: tan grande, maravillosa e inagotable era la vitalidad reflejada en sus facciones.

La conversación se mantenía casi a gritos, salpicada de bromas. De pronto, uno de los presentes preguntó a Kolia si las visitas no armaban mucho ruido.

—¡Qué va! ¡Hay que celebrar con alegría el estreno del nuevo apartamento! —respondió, riéndose...

En cierta ocasión pasé a verle por la tarde, cuando él acababa de terminar su jornada de trabajo... Vestía la habitual guerre-

ra militar de paño y parecía fatigado. Le pregunté cuántas horas había trabajado aquel día.

—Poco, muy poco... —respondió, para engañarme, pero luego acabó confesando—: Unas diez horas. ¿No te parece bien? No sabes qué ansia sentía, cómo echaba de menos el trabajo... ¡Te juro que más que un enamorado a su novia...! Además, ya sabes tú lo que siente uno después del trabajo... La secretaria se marchó, me puse a pensar en la escena siguiente, y lo vi todo con tanta claridad, que me hubiese puesto otra vez a dictar... En tales instantes no hay persona más feliz que yo... Pero ¿no soy, acaso, un mozo feliz...? ¡Lo soy, ya lo creo...!

Recordó que, en cierta ocasión, estando en Sochi, lo había visitado una periodista norteamericana.

—Se me agarró como una garrapata: dígame esto, explíqueme lo otro... ¡Era una individua la mar de latosa...! Luego quiso «controlar» el funcionamiento de mi corazón, mi estado de salud, etc., etc. Yo la escuchaba con toda paciencia, pero, al final, le pregunté para qué quería tantos datos de mí, pecador. Se puso a divagar: «Sabe, por consideraciones de humanismo, de amor y compasión al prójimo...». Comprendí que quería presentarme como un héroe, como un estoico apartado de las preocupaciones terrenas... y me entraron ganas de meterle una buena bronca... Pero me limité a decirle que no había que enfocar así la «descripción» de mi vida y le expliqué por qué me creía útil a la sociedad.

Nicolái no podía soportar la compasión ni la condescendencia y no toleraba que se le tratara sentimentalmente, como a un enfermo. Se hubiera burlado duramente de cualquiera que se hubiese puesto a compadecerle lloriqueando. Pero era muy sensible y captaba enseguida el menor cambio de humor de sus familiares y amigos.

Conocía el secreto de dar ánimos a los demás. Al hacerlo, decía palabras muy sencillas, pero más fuertes que cualquier arduo discurso de simpatía. Procuraba poner en claro la razón de los disgustos de los demás y luego aconsejaba con palabras parcas, señalando con mucho tacto por qué, en su opinión, no había que criar mala sangre.

Esta capacidad de calar en todo objetiva y seriamente, pero con pasión, era una de sus mayores virtudes.

Todos los que le vieron, aunque sólo fuera una vez, saben cómo trabajaba. Siento mucho no haber estado en Moscú las semanas que antecedieron a su muerte. Sus secretarías me contaron con qué intensidad, pese a estar mortalmente enfermo, trabajó en los últimos días de su vida. Ellas se cansaban, escribiendo al dictado en dos y tres turnos, pero él no se daba punto de reposo, y, con la tenacidad de un combatiente, se apresuraba a dar fin a la primera parte de su novela *Nacidos de la tempestad*. Había prometido al Comité Central del Komsomol terminar la novela para mediados de diciembre, y cumplió su palabra.

Tenía el día rigurosamente programado. Por la mañana trabajaba con gran intensidad unas cuantas horas: dictaba a la secretaria y, luego, le hacía releer varias veces lo escrito... Seguía un breve descanso, para la comida, y, después, otra vez al trabajo. Luego venía la lectura de los periódicos y las novedades literarias o los clásicos. Le gustaba oír leer con expresividad. En su rostro se reflejaba en tales ocasiones una atención concentrada e ingenua, casi infantil. Terminaba el día oyendo la radio: música y las noticias de última hora.

Un día, sus amigos oímos en su habitación un concierto que era algo así como un regalo de Radio Moscú. Lo componían obras que gustaban particularmente a Nikolái. Cuando el concierto terminó, dijo blanda y pensativamente:

—Ahí tenéis la felicidad... ¿Podía sospechar yo que alguna vez oiría un concierto dedicado a mí?, ¿eh...?

Después nos pusimos a charlar de música. Nikolái recordó que en la infancia se detenía a veces bajo las ventanas de las casas en las que tocaban el piano.

—Es un instrumento que siempre me atrajo y maravilló. Claro que yo no podía siquiera soñar en tener un piano, pero, cuando aprendí a tocar el acordeón, me sentía orgulloso de que mis manos hicieran sonar una u otra canción. ¡Qué cariño le tenía al acordeón...! En el frente no me separé de él... ¡Cómo ayuda la canción en el combate!

Se puso a recordar los «tristes años» en que trabajaba de «chico» en la cantina de la estación de su ciudad natal.

—Era un trabajo muy duro: trae esto, llévate lo otro, corre, vuela... Sí, veía la vida muy desde abajo, ¿sabes?, como se ven las botas sucias de los transeúntes por las ventanas de un sótano. ¡No podría contar la gente perdida que desfiló ante mis ojos!

La conversación pasó a las imágenes femeninas de *Nacidos de la tempestad*. Kolia se puso a hablar con mayor calor todavía que antes. Quería mostrar en la novela un amor y una amistad grandes, profundos, una actitud verdaderamente moral y humana hacia la mujer camarada.

—Puede haber amistad sin amor, pero el amor sin amistad, sin camaradería, sin intereses comunes, es mezquino... Eso no es amor; es, simplemente, placer egoísta, un juguete. En fin, es cosa ya del pasado y lo puedo decir sin que sea jactancia: en mis mocedades, las chicas me miraban... pero, desgraciadamente, yo era tímido y torpe... Me miraba alguna Marusia o alguna Olesia, de ojos azules o negros... Huelga decir cuán grato es mirarse en esos ojos...

Se rio larga y sordamente, entregándose por un instante a los recuerdos.

—¿Sabes?... —dijo al cabo de unos instantes—. Tonia Tumánova me escribió una carta hace poco, es decir, no Tonia... En fin, ya me entiendes, la que fue el prototipo de Tonia. Imagínate, no me ha olvidado...

Nikolái se calló súbitamente y, durante unos minutos, guardó silencio y permaneció inmóvil, sumido en sus pensamientos; sus tupidas pestañas negras temblaban levemente. Luego, pareció sacudirse su ensimismamiento y se puso a hablar de Tonia Tumánova. No había tenido suerte. El ingeniero con el que se había casado resultó ser una persona débil y mala. Se separaron, y ella vivía sola. Era maestra, y sus dos hijos iban a la escuela.

—Era una chica buena y cordial, pero no valía para la lucha. Eso ocurría a muchos: no sabían luchar por la causa común y no lograron encarrilar su vida.

Un día, apenas vi a Nikolái, me di cuenta de que estaba muy pálido y parecía sentirse indispuerto. Después de «cerrarse a la banda» por cierto tiempo, respondió a mi insistente pregunta:

—Me duelen los ojos... Por lo visto debe ser una inflamación. Sobre todo, me duele el ojo derecho, me vuelve loco... ¿Nunca se te ha metido en el ojo carbonilla? Pues mira, yo siento a veces como si tuviera el ojo lleno de ese maldito polvo... que se revuelve allí, y lastima el ojo, lo desgarran... Hace poco me vio un profesor...

Guardó silencio unos instantes, dejó escapar una tos seca y continuó con voz ahogada:

—Propone, para evitarme sufrimientos... extirparme los globos de los ojos... «¿Qué? —le pregunté—, ¿me coserán los párpados o me pondrán ojos artificiales... de cristal?» ¡Fu!

Su rostro se crispó. Se mordió con fuerza el labio, cerró los ojos y pareció contraerse, como reuniendo todas sus fuerzas movido por el tenaz deseo de aguantar, de vencer el dolor.

—Le dije que yo debía pensar no sólo en mí, sino también en las personas con quienes me comunicaba... —continuó Kolia, tras un penoso silencio—. «Mire, le dije, ¿cree que a mis amigos les agrada ver a un galán... con esos... ¡idiablos!... ojos artificiales...? ¡No puedo! No, le dije, por más que sufra a veces, me quedo con mis ojos, que, aunque ciegos, son negros. ¿Cierto?»

Sus dedos, finos, nerviosos, que siempre parecían hablar su propio lenguaje, apretaron mi mano. Lo que más temía yo en aquellos instantes era «ponerme llorona», pues él no lo soportaba. Tomé en mis manos sus dedos fríos, como ateridos, y, bromeando, en el tono más tierno que pude, le dije que si fuera, por ejemplo, rojo como el cobre y narigudo como el chico del cuento de Perrault no le querríamos menos.

Se sonrió. Le gustaba bromear y sabía hacerlo, se alegraba de las chanzas de los demás y se reía tan contagiosamente, que sólo un hipocondríaco sin remedio habría podido permanecer impasible.

—Necesito tirar otros cinco años —decía sencilla y seriamente—, pues el segundo y el tercer libro de *Nacidos de la tempestad* suponen un trabajo colosal.

Guardó silencio unos instantes, exhaló un leve suspiro y dijo con aire soñador:

—Sí... habría que vivir otros cinco años... y luego... en fin... Si quedaba fuera de combate, por lo menos sabría que la ofensiva había triunfado.

«Ofensiva», «combate», «tesón», «victoria» y «filas» eran sus palabras predilectas, y las pronunciaba con mucho énfasis y pasión. Un día se lo dije. Se sonrió y frunció lentamente sus pobladas y largas cejas, como hacía siempre que se sumía en profundos y gratos pensamientos.

—¿Cómo no me van a gustar esas palabras, cuando son para mí la expresión principal de la vida...?

Recuerdo qué dicha iluminaba su rostro cuando el Ministerio de Defensa le hizo entrega de la cartilla militar.

—¡Me consideran un combatiente en filas...! No todo está perdido para mí...

En cierta ocasión hablamos de la amistad. De pronto, Kolia preguntó por qué Mark Kólosov y yo le visitábamos poco, relativamente. Había mucha gente que iba a verle casi cada día. Le dije que no estimaba necesario visitarle a menudo, cada día. En primer lugar, no queríamos fatigarle, pues el trato con la gente consumía muchas energías físicas y espirituales. En segundo lugar, no queríamos quitar tiempo a otros, para quienes era muy útil tener relaciones con él, por ejemplo, los jóvenes. ¿Acaso lo importante era el número de visitas? El artista necesitaba incluso quedarse solo, meditar, pensar sin que nadie le estorbara, conversar con sus personajes vis a vis, por decirlo así. Para él, tales horas eran especialmente importantes y necesarias, ya que tenía que dedicarse a la creación artística «en compañía», y eso era doblemente difícil, por no decir más. Teníamos en cuenta todas esas circunstancias y por ello seguiríamos ateniéndonos a nuestra costumbre de no prodigar las visitas. En cuanto a nuestra amistad y cariño, habíamos dado, en mi opinión, bastantes pruebas de ellos, ¿no era cierto?

—¡Cierto, cierto! —confirmó emocionado.

La conversación no tardó en tomar otro giro. No recuerdo cómo pasó a versar sobre la vasta correspondencia de Nikolái. Se animó, recordó muchas cartas muy interesantes, originales documentos humanos que «alegraban el alma», y, luego, me explicó que tenía bien ordenada toda su correspondencia.

—Si alguna vez tienes que revisar mis papeles, lo encontrarás todo con gran facilidad, cada papel tiene su sitio... Me gusta el orden, soy militar...

Todos los que le conocimos de cerca sentiremos siempre, al recordarle, la amargura de la pérdida irreparable, como si nos hubieran arrancado parte del corazón. La agudeza del dolor la mitigará el tiempo, naturalmente, pero su profundidad no amenguará nunca.

A Nikolái Ostrovski no se le puede olvidar. Nunca lo olvidarán sus amigos y nunca lo olvidarán millones de lectores. Jamás se borrará de la memoria su imagen, saturada de elevado valor y de fidelidad a la causa del socialismo. Era un hombre de raro encanto, y de una simpatía y una pureza verdaderamente conmovedoras.

1936

ANNA KARAVÁEVA

ÍNDICE

7 / NOTA EDITORIAL

9 / PRÓLOGO:

Nikolái Ostrovski, escritor y hombre de lucha

NACIDOS DE LA TEMPESTAD

11 / Capítulo I

28 / Capítulo II

51 / Capítulo III

69 / Capítulo IV

86 / Capítulo V

106 / Capítulo VI

127 / Capítulo VII

144 / Capítulo VIII

162 / Capítulo IX

181 / Capítulo X

201 / Capítulo XI

217 / Capítulo XII

233 / EPÍLOGO:

Amigo inolvidable

